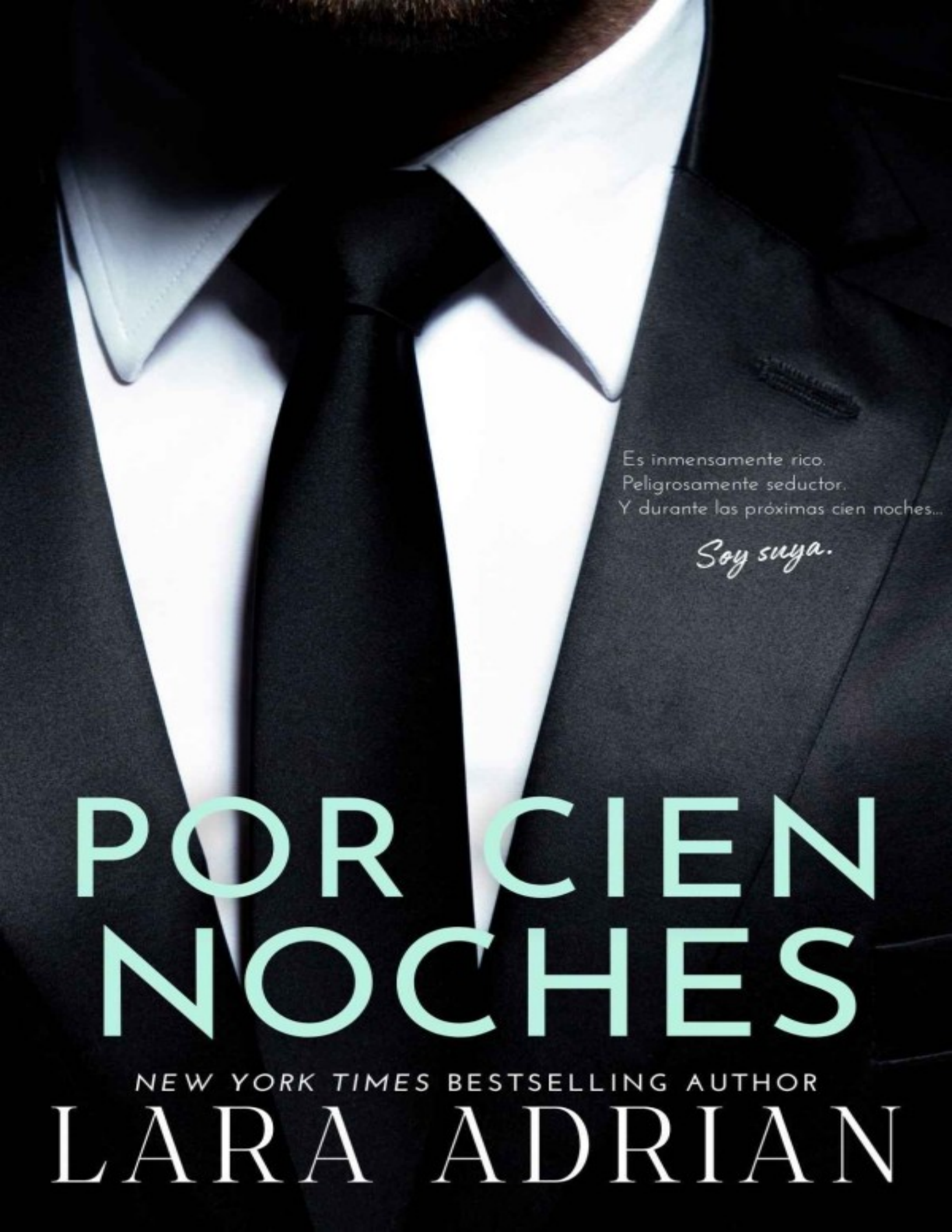

Es inmensamente rico.
Peligrosamente seductor.
Y durante las próximas cien noches...
Soy suya.
POR CIEN NOCHES
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
LARA ADRIAN

POR CIEN NOCHES

Una novela romántica de la Serie 100

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

LARA ADRIAN

Contents

Boletín Para Lectoras

Reseñas De La Serie 100

Book Title Page

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
Una Nota De Lara
Libros De La Serie 100
Sobre Lara Adrian
Derechos De Autor

ÚNETE A MI NEWSLETTER

Suscríbete a mi boletín exclusivo y entérate de todas las novedades sobre mis libros actuales y los próximos lanzamientos.

También recibirás ofertas especiales, contenido exclusivo y mucho más.

👉 Suscríbete ahora: https://subscribepage.io/VdTzyq

RESEÑAS DE LA SERIE 100

"Ojalá pudiera darle más de 5 estrellas. Adrian no solo incursiona en este género con brillantez... está lista para adueñarse de él. Acabo de encontrar mi nueva adicción."

— *The Sub Club*

"Hay giros que ya espero encontrar en un libro de Lara Adrian, y lo digo porque, con cualquier libro suyo, sabes que vas a descubrir una trama con muchas capas. Adrian simplemente domina el romance de multimillonarios."

— *Under the Covers*

"Si estás buscando tu próxima obsesión tipo Cincuenta sombras, no busques más. Lo sé, ya has oído esa frase antes... pero esta vez es verdad, y estoy dispuesta a apostar el penthouse."

— *Mile High Book Club*

POR CIEN NOCHES

Serie 100

Libro 2

Autora superventas del New York Times

LARA ADRIAN

© 2016 Lara Adrian, LLC
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. (v25.05ESLA)

1

EL AMANECER RESPLANDECE SOBRE las curvas serpenteantes del río Este, la luz dorada de la mañana de agosto adorna los elegantes hoteles, mansiones y demás bienes raíces exclusivos que rodean el verdoso Central Park, noventa y tres pisos abajo. Levanto la cabeza de mi almohada, aparto el enredo de mi cabello rubio revuelto por el sueño y contemplo, maravillada y sin aliento, cómo la luz del alba juega suavemente sobre la ciudad desde mi privilegiado punto de vista muy por encima de todo.

He estado despertando con esta vista —en esta cama en lo alto del mundo— durante las últimas dos semanas, y juro que cada mañana es más espectacular que la anterior.

Al igual que las noches.

Aunque resulta tentador deslizarme fuera de las sábanas de seda y saborear el esplendor del horizonte de Nueva York al despertar, mi cuerpo está lánguido y acalorado, mis extremidades demasiado débiles para moverse. Todos mis sentidos aún vibran por un increíble orgasmo antes del amanecer que apenas comienza a disiparse.

Suspiro de placer, y el firme y musculoso brazo que me rodea por detrás se flexiona para atraerme más cerca. Unos labios cálidos y un rostro áspero por la barba acarician mi nuca con un beso que envía un calor húmedo a través de mí, directo a mi centro.

La vista desde el ático del edificio más alto de Manhattan es impresionante, sin duda, pero es el hombre que sostiene mi cuerpo desnudo contra el suyo quien nunca deja de asombrarme y dejarme sin aliento.

Dominic Baine.

Todavía está dentro de mí, su miembro aún erecto incluso después del clímax que lo hizo gritar mi nombre como una maldición hace apenas unos momentos. Sus caderas se mueven contra mi trasero y me arqueo hacia su perezosa embestida con un gemido que ni siquiera intento contener.

—Tan insaciable, señorita Ross. Qué dulce y exigente coño tienes —se retira lentamente mientras habla, cada centímetro que se aleja es un tormento, una amenaza de pérdida que hace que mis paredes se contraigan a su alrededor en protesta. Siento la vibración de su risa divertida contra mi columna, su boca jugueteando con la sensible piel detrás de mi oreja—. Te he hecho venir dos veces desde que te despertaste y ya estás lista para que te folle otra vez.

No es una pregunta. Sin pretensiones de decoro, a pesar del refinamiento urbano de su voz profunda o el hecho de que es uno de los hombres más respetados, exitosos —y más ricos— del país.

Ya hemos superado todo eso.

—Dímelo, Avery —exige en voz baja, pero con firmeza, contra el lóbulo de mi oreja.

—Quiero que me folles, Nick. Ahora mismo. Otra vez. No quiero que dejes de follarme nunca.

—Buena chica —me recompensa con un pellizco en el pezón mientras se introduce en mí hasta el fondo.

Contengo la respiración ante su enormidad, ante lo primaria que es nuestra necesidad del uno por el otro. Ha ardido con intensidad durante casi cuatro meses, desde el momento en que nos conocimos —un encuentro casual en este mismo edificio, luego otro intercambio más provocativo en Dominion, la galería de arte que Nick posee en la Quinta Avenida.

La misma galería donde varias de mis pinturas habían permanecido sin venderse durante más de un año antes de ser retiradas por orden de Nick para dar paso a artistas más prometedores.

No me había dado cuenta de que Nick era el dueño de Dominion aquella primera noche que terminé en su cama. Aunque me enfurecí al descubrir quién era unos días después, eso no me impidió desearlo, ni caer de cabeza en el tipo de relación carnal, consumidora —infinitamente intensa— que nunca había tenido con ningún hombre antes que él.

Nada lo había impedido.

Pero, para ser justos, había cosas que Nick tampoco sabía de mí. Había estado jugando lo que yo creía que era un juego inofensivo —fingiendo ser alguien que no era, dejando que pensara que era alguien mejor, alguien sin mi feo pasado y el pesado equipaje que venía con él.

Había estado actuando como si perteneciera al mundo de Nick cuando en realidad era una artista fracasada y una bartender que luchaba por sobrevivir, viviendo una existencia temporal de cuento de hadas como cuidadora de una casa en su edificio.

Durante los primeros cien días que estuvimos juntos, dejé que Nick creyera todas mis mentiras.

Incluso las peores.

Cuando todo finalmente se derrumbó a mi alrededor, pensé que seguramente se habría ido. En cambio, vino por mí. Me encontró. Me perdonó.

Y luego nombró su precio por dejarme volver.

Cien noches.

Por cada día que lo engañé, exigió una noche a cambio. Me quería toda para él. En su cama. En sus términos. A su completa merced.

No puedo imaginar un castigo más exquisito.

Me penetra de nuevo, otra embestida larga y fuerte que arranca un grito quebrado de mi garganta. Mi cuerpo está agotado, mi sexo

hinchado y adolorido por la furia de la pasión de Nick anoche y de nuevo esta mañana. Pero anhelo este dolor. Anhelo a este hombre con una profundidad de necesidad que probablemente debería aterrorizarme. En cambio, solo me hace tener más hambre de él.

Mitad placer, mitad dolor, inclino mi cuerpo para recibirlo por completo mientras su siguiente embestida va aún más profundo —al límite de lo que creo que puedo soportar. Quiero todo lo que me dará, el placer y el dolor. La posesión cruda.

La dominación completa que no exige menos que mi rendición total.

Suelta una maldición entre dientes y gimo cuando lo siento retirarse demasiado lejos, demasiado rápido para mi gusto. Se mueve detrás de mí, la palma de su mano aterrizando en mi trasero con una palmada filosa.

—De rodillas y con las manos apoyadas, nena.

Mientras me apresuro a obedecer, me doy cuenta de que está deshaciéndose del condón usado de nuestra última ronda de la mañana y colocándose uno nuevo. Regresa un momento después, el calor de su cuerpo irradiando sobre mi trasero desnudo, que está completamente expuesto para él en la tenue luz de la mañana.

—Dios, eres hermosa —murmura, deslizando sus manos por la parte exterior de mis muslos separados, y luego sobre la curva redondeada de mi trasero.

Frente a la ventana del suelo al techo, observo los tenues fantasmas de nuestro reflejo en el cristal mientras él se cierne detrás de mí, desnudo sobre sus rodillas, sus fuertes manos recorriendo todo mi cuerpo. Me arqueo y me estremezco mientras sus dedos no dejan ni un centímetro sin tocar. El cálido espiral de necesidad que me sostenía hace un momento ahora se retuerce más fuerte, más caliente, doliendo con la anticipación del placer que aún está por venir.

—Todo esto me pertenece —dice, mientras sus dedos se deslizan hacia abajo para extenderse sobre mis nalgas desnudas, luego las aprieta, abriéndome más para él. Luego suelta mi trasero solo para

deslizar una palma a lo largo de mi columna arqueada mientras la otra se sumerge en la hendidura empapada y pulsante de mi sexo—. Toda tú, Avery. Mía.

—Sí —la palabra sale de mí, tanto una confesión como una súplica.

Soy suya, aunque no estoy muy segura de lo que significará su posesión para mí al final. Aunque me estoy enamorando de él —y se lo he confesado— no nos hemos hecho promesas más allá de estas cien noches.

Ahora mismo, todo lo que necesito es el siguiente momento. Necesito sentirlo dentro de mí.

—Nick, por favor —mi voz es apenas un quejido, mi respiración jadeante y superficial.

Se inclina sobre mí, empujando mis hombros hacia el colchón para que mi trasero quede en alto. La lujuria me inunda, animal y urgente. Él es naturalmente dominante, y, a pesar de mi historia, nada me excita más rápido o con más fuerza que someterme al control carnal de Nick.

Se estira para acariciar mi rostro con el dorso de su mano —la que está llena de cicatrices furiosas, heridas horribles que él ha desestimado como resultado de una pelea tonta cuando tenía dieciocho años. Son los únicos defectos en su cuerpo, por lo demás perfecto.

A veces, en estos últimos meses que hemos estado juntos, me he preguntado si hay otras cicatrices que no me permite ver. Sé que debe haberlas, porque las partes rotas de mí reconocen las fracturas en él, incluso si aún no me ha permitido acercarme lo suficiente para tocarlas.

Cuando su pulgar roza mis labios, deslizo mi lengua contra él, luego lo atraigo a mi boca de la forma en que quiero —necesito— que me penetre.

Su gemido suena desgarrado mientras lo succiono profundamente. Su pelvis se empuja contra mi trasero, su erección encajada entre la humedad de mi hendidura.

—Ah, carajo —gruñe, frotando la yema de su pulgar contra el cojín de mi lengua mientras guía su miembro a mi entrada—. Agárrate fuerte, nena.

La orden baja es una advertencia. Siento que su ferocidad aumenta incluso antes de que entre en mí con un rugido agudo. No hay delicadeza en él mientras retira su mano de mi boca y reúne mi cabello suelto en su agarre. Enrolla las hebras rubias firmemente alrededor de su puño, hasta que siento el escozor por todo mi cuero cabelludo.

Instantáneamente me pierdo en la violencia de su pasión —y la mía propia.

Me embiste como una tempestad, furioso e implacable. Sus palabras rasgan bajas y oscuras sobre mí, elogios y profanidades, mi nombre pronunciado como una oración mientras me toma por completo: cuerpo, corazón y alma.

Apoyada en mis manos, con mi cabeza tirada hacia atrás y mis hombros clavados en el colchón, miro a través de lágrimas de placer la carnalidad de nuestro acto reflejada con claridad difusa en el cristal de la ventana y los cálidos colores de la mañana de verano que ahora estalla con vida al otro lado.

Mi pecho duele de emoción mientras mi orgasmo se construye rápidamente. Es cuando me siento más viva —sujeta a este hombre, desnuda y rendida a él por completo. Sintiendo toda la medida de su poder y furia, pero sabiendo que no hay lugar más seguro donde pueda estar.

Las sensaciones me abruman. La belleza, el dolor y el placer.

Quiero mantener todo esto cerca. Quiero memorizar cada momento.

Quiero pintar todo lo que estoy sintiendo, aunque hace semanas que no trabajo en nada nuevo.

—Oh, Dios... Nick —mi agarre en el pensamiento lúcido se desvanece mientras mi clímax me persigue. Con los ojos cerrados, me muerdo el labio mientras el ritmo implacable de Nick me empuja

al abismo. El grito que sale desgarrado de mi garganta es irregular, descontrolado.

El gruñido gutural de Nick un momento después no es menos primitivo. Con los dedos de una mano clavados en mi cadera, la otra aún enrollada firmemente en mi cabello, arremete con fuerza, un fuerte estremecimiento recorriéndolo mientras se corre.

Aunque estoy agotada y temblando por mi liberación, él continúa moviéndose dentro de mí, perdiendo poco de su dureza a pesar de la ferocidad de su propio orgasmo. Se mueve lentamente, con paciencia, apaciguándome ahora. Besos tiernos caen en mi hombro y luego a lo largo de mi columna. Suelta mi cabello, desenrollándolo cuidadosamente, y luego peinando los mechones sueltos con sus dedos.

Tan turbulento como suele ser nuestro sexo, su cuidado posterior es increíblemente dulce.

Me atrae hacia él, llevándonos a ambos de costado sobre el colchón. Sus brazos me rodean, fuertes y cálidos, un refugio en el que me gustaría permanecer todo el día si pudiera. Para siempre, si soy sincera.

Pasa un tiempo antes de que ambos respiremos normalmente de nuevo y nos relajemos. Nick estira la mano para acariciar el lado de mi rostro brillante por el sudor. Cuando habla, su voz profunda es espesa como el terciopelo, una caricia que siento tan palpablemente como su toque.

—¿Mejor ahora?

—Perfecto.

No es una palabra que acostumbre a usar, especialmente cuando se trata de mi vida. Pero estos últimos meses —las dos semanas que he estado viviendo con Nick en particular— se han acercado bastante a eso. Nunca pensé que podría ser así con alguien. Nunca imaginé que me sentiría tan conectada con alguien, tan completa.

Tampoco me había sentido tan aterrorizada.

Porque tan profundamente como he caído, sé que el fondo de esta dicha podría derrumbarse en cualquier momento.

Casi lo hizo hace dos semanas.

Nick y yo superamos juntos algunos de mis peores secretos, pero hay más cosas que él no sabe. Cosas que no me atrevo a contarle. Una verdad que pienso llevarme a la tumba.

Besa mi nuca, sacándome del pasado que sigue acosándome.

—Ahora que he satisfecho uno de tus apetitos, ¿qué tal el desayuno?

Se me hace agua la boca con solo pensarlo.

—Mmm, suena genial —tan talentoso como es en la cama y en los negocios, los talentos culinarios de Nick son nada menos que espectaculares.

Dándome un ligero mordisco en el hombro, se retira cuidadosamente de mi sexo.

—Acompáñame en la ducha. Voy a abrir el agua.

Gimo cuando se aleja de mí, dejando aire frío donde había estado su delicioso calor. Girando, lo veo moverse hacia el borde de la cama y deshacerse del condón. La visión de su espalda musculosa y sus anchos hombros también me hace agua la boca. ¿Cómo terminé con este hombre increíble? Es una pregunta que me he hecho numerosas veces desde que el destino me puso en su órbita.

Dominic Baine, un hombre que puede tener cualquier cosa —y a cualquier persona— que desee, sin embargo, la única persona que parece querer soy yo.

Cuando mira hacia atrás para mirarme, me sorprende ahora, como siempre, lo guapo que es. Una impresionante mezcla de ángulos afilados y líneas duras, su rostro se suaviza solo por la línea exuberante de su boca. Una boca que conoce cada centímetro de mi cuerpo y cómo darle placer. Bajo las cejas negras y la corona de cabello oscuro despeinado por la cama, la mirada cerúlea de Nick hace que mi pulso se acelere con excitación contenida, pero aún ardiente.

Una de esas cejas de tinta se arquea irónicamente.

—Si no tuviera una reunión a la que no puedo faltar esta mañana, esa mirada podría hacer que te follara de nuevo ahora

mismo, señorita Ross. Estés lista o no.

Me río, pero mi centro palpita, sabiendo que lo dice en serio.

Se pone de pie, enfrentándome con una erección que no puedo evitar admirar.

—Ducha y desayuno —gruñe—. Si no decido saltarme la cocina y extenderte sobre la mesa antes de irme.

—Promesas, promesas —bromeo, deslizándome al borde de la cama donde espera. Tomando su miembro en mis manos, paso mi lengua por la punta. Antes de que pueda atraparme, salto a mis pies y bailo fuera de su alcance—. Ducha y desayuno, señor Baine. Pondré el café y te alcanzaré.

Su respuesta es poco más que un gruñido.

—Date prisa.

Camino descalza fuera del espacioso dormitorio, sintiéndome en casa en el inmenso y lujoso ático que domina todo Manhattan desde varios ángulos. Pasando por las ventanas de la sala de estar, que enmarcan el horizonte icónico de la ciudad y la vista que vislumbré la noche en que Nick me besó aquí por primera vez, me dirijo a la cocina con una sonrisa persistente en mis labios.

Mientras voy hacia la cafetera, noto que mi teléfono celular asoma de mi pequeño bolso de noche en el mostrador de granito negro donde dejé ambos anoche después de que Nick y yo regresamos de cenar y ver una obra de teatro.

La luz de mensaje de texto está parpadeando.

—Mierda —había silenciado el teléfono en el teatro y olvidé volver a encenderlo.

Deslizo la pantalla de bloqueo y toco el ícono de mensajes. Toda la sangre se drena de mi rostro cuando veo el número de teléfono de Pensilvania en el mensaje no leído. He visto este número antes. Ha quedado grabado en mi mente desde la última vez que lo vi aparecer en mi teléfono.

Mi dedo tiembla mientras abro el mensaje y absorbo la nueva amenaza que acabo de recibir.

¿Me estás evitando?

Te dije hace 2 semanas q necesitamos hablar.

No voy a desaparecer Avery. Esta vez no.

Estaremos en contacto. Es una promesa.

Mi respiración se acelera, mi corazón late tan fuerte que podría estallar fuera de mi pecho.

No puedo borrar el texto lo suficientemente rápido, pero incluso cuando desaparece, el terror de lo que significa me presiona como un tornillo.

No importa cuán lejos haya huido, no importa cuánto quiera creer que podría merecer algún pedazo de felicidad en mi futuro, mi pasado nunca me va a dejar ir.

2

DESPUÉS DE QUE NICK se va a trabajar, me doy cuenta de que voy a perder la cabeza si me quedo sola en el penthouse con poco que hacer. Mis nervios están demasiado alterados. Mi pánico después de ver ese horrible mensaje de texto ha puesto un nudo en mi estómago que solo se ha apretado en el tiempo que él ha estado fuera.

A pesar de que estaba limpia y medio vestida para el desayuno, me quito mi kimono corto de seda y tomo otra ducha, esta vez abrasadora. Bajo el castigo del agua caliente intento compartimentar el horrible pasado que aún se aferra a mí y el frágil y esperanzador presente que apenas he comenzado a conocer.

Pensar que casi me había convencido a mí misma de que la fealdad que dejé atrás en Pensilvania nunca me encontraría después de tantos años.

Hasta hace dos semanas, pensaba que estaba a salvo. Pensaba que esa parte de mi vida —y los secretos de los que escapé— nunca podrían lastimarme de nuevo.

Qué equivocada estaba.

Solo hay una persona que puede entender lo que estoy sintiendo ahora, pero me niego a cargar a mi madre con este nuevo problema

mío. Dios sabe que ya ha sacrificado más que suficiente en lo que a mí respecta.

Por mi propio bien, necesito sumergirme en el aquí y ahora, no retraerme en el miedo y la vergüenza que me están destrozando tras ese mensaje de texto. Necesito la cacofonía de la ciudad a mi alrededor. Necesito alguna apariencia de lo familiar para encontrar mi equilibrio nuevamente.

Cuando llego una hora más tarde a la entrada de cristal cerrada de Vendange, el restaurante donde trabajé como bartender hasta hace tres meses y medio, mi amiga, Tasha López, se apresura hacia las puertas dobles para recibirme. Sus rizos marrones sueltos en espiral enmarcan sus suaves facciones y sus ojos marrones de largas pestañas mientras inclina la cabeza para observarme por un momento a través del cristal.

Usando una de las llaves de gerente que cuelgan del espiral plástico verde neón alrededor de su muñeca, Tasha abre las cerraduras y me deja entrar. Vendange no abre hasta la hora del almuerzo, pero ya hay media docena de meseros trabajando en la preparación para el servicio. Como Tasha, el personal de servicio viste camisas negras entalladas con botones, chalecos de esmoquin negros y pantalones negros, un look pulido y discreto que complementa perfectamente el bar y restaurante elegante y de moda.

Antes de que ella y yo tengamos la oportunidad de saludarnos, uno de los empleados la llama desde el almacén del restaurante.

—Oye, Tasha, parece que solo nos quedan tres cajas para llevar.

—Revisa en la parte de atrás. Hice un pedido de otra caja a principios de esta semana. Creo que la vi cuando cerré anoche —Sin perder el ritmo, se vuelve hacia mí y me da un gran abrazo—. Te ves preciosa como siempre.

Su mirada recorre mi blusa suelta de seda blanca, mi falda ajustada color café claro y mis sandalias planas de diseñador marrón claro, solo una parte del generoso guardarropa que Nick me ha regalado desde que estamos juntos. Opté por llevar mi cabello rubio

suelto, un hábito que he adquirido desde que empecé a salir con él. De todos modos, él nunca permite que permanezca domado por mucho tiempo. Hoy flota alrededor de mi rostro y hombros en una masa de ondas playeras secadas al aire, en lugar de la ordenada cola de caballo alisada que era mi estilo habitual cuando trabajaba en el restaurante.

Tasha también parece aprobar mi nuevo look. Pone los puños en sus caderas y me sonríe.

—La vida en el penthouse definitivamente te sienta bien, aunque signifique que no te he visto en más de una semana.

Es un regaño nada sutil, pero tiene razón. He estado pasando mucho tiempo a solas con Nick, especialmente desde que me mudé a su casa. Tasha tiene su familia y un amplio círculo social propio, pero siempre me hace sentir especial y parte de su vida. Después de haber trabajado juntas en Vendange cinco o más noches a la semana en promedio durante el último año, no solo es mi mejor amiga, sino lo más parecido a una familia que he tenido desde que me mudé a esta ciudad.

—Hablando de belleza —dice—, ¿dónde está tu ardiente dios sexual del novio hoy?

—Reuniones todo el día en su oficina —Hace un par de semanas, recuerdo haberme burlado de la idea de que Nick y yo éramos una pareja en el sentido de novio-novia. Aunque no estoy completamente segura de cómo llamarnos ahora, es la sonrisa irónica de Tasha la que hace que mi propia boca se curve en una sonrisa socarrona—. En cuanto a la parte de ardiente dios sexual, aunque sea precisa, ¿es esa realmente la manera de hablar sobre tu nuevo jefe?

—Buen punto —Frunce los labios, sin parecer arrepentida en absoluto—. Es totalmente inapropiado que objetivice así al nuevo dueño de Vendange. De ahora en adelante, me referiré a él como *señor* ardiente dios sexual.

Su risa es grande y cálida, uno de los sonidos más reconfortantes que conozco. Enganchando su brazo con el mío, me conduce más

adentro del restaurante. El personal de servicio, tanto hombres como mujeres, se mueve alrededor de nosotras preparando las mesas, puliendo accesorios y limpiando superficies. Señalo los uniformes clásicos de los meseros y bartenders.

—Por cierto, me gusta el nuevo código de vestimenta. ¿Ya no más camisas escotadas con jeans negros ajustados y tacones para las mujeres?

Tasha pone los ojos en blanco.

—Eso fue lo primero que cambié después de asumir como gerente. También agregué tres nuevos meseros y entrené a dos de ellos como apoyo para la barra. No quiero que nadie trabaje dobles turnos obligatorios como Joel nos hacía hacer, especialmente aquellos de nosotros con niños en casa. Para asegurarme de que todos obtengan los turnos que quieren, reorganicé un poco el horario e hice una lista rotativa de personal que busca horas extras. Hasta ahora, está funcionando muy bien.

—Puedo verlo.

No puedo evitar estar impresionada. Recuerdo lo frenético y estresante que era Vendange antes, cuando trabajaba aquí con Tasha bajo la supervisión del gerente anterior. Ahora el ritmo es eficiente en lugar de frenético. Los rostros de los empleados están concentrados, pero relajados, no ansiosos de ganarse la ira de un jefe prepotente y patán. Tasha también parece infinitamente más feliz, lo que me hace aún más agradecida por la inesperada generosidad de Nick en lo que a ella respecta.

Hay una parte de mí que siempre lo considerará mi héroe por la forma en que intervino para proteger a mi amiga de los avances no deseados de Joel. Al puro estilo de Dominic Baine, logró comprar el restaurante por debajo de Joel y hacer que el bastardo fuera echado a patadas, todo en cuestión de horas. Nick afirmó que todo era en interés de una buena inversión comercial, pero sé que también lo hizo para ayudar a Tasha. Lo hizo por mí, a pesar de que estábamos en medio de una gran discusión y a punto de romper cuando Tasha

llegó al edificio de Nick entre lágrimas después de abandonar su trabajo tras el acoso de Joel.

Ella cruza los brazos y exhala un suspiro lento.

—Todavía no puedo creer que esté administrando uno de los restaurantes más populares de la ciudad.

—¿Por qué no puedes creerlo? Eres buena en esto. Te lo mereces.

—Gracias —Su mirada se posa en mí con tierna gratitud. Pero también hay una pregunta en sus ojos—. ¿Qué hay de ti, Ave?

—¿Qué hay de mí?

Duda por un momento, estudiándome mientras nos paramos cerca de la larga barra donde ella y yo a menudo trabajábamos juntas.

—¿Todo bien contigo?

—Sí. Todo está genial.

Mi respuesta es automática, perfeccionada por años de práctica fingiendo que estoy bien a pesar de la agitación interior. Quizás Tasha tiene experiencia haciendo lo mismo, porque inclina la cabeza, sus ojos escudriñando los míos. Me cuesta resistir el impulso de cerrarme a su escrutinio.

No es que funcionara con ella de todos modos. En el tiempo relativamente corto que hemos sido amigas, siempre parece ver a través de mí.

—¿Cómo está tu mamá?

Aunque me confié a Tasha hace un par de semanas, después de que Nick y yo regresamos de la prisión en Pensilvania, todavía me sobresalta oír a alguien preguntar por mi madre. Su encarcelamiento por asesinar a su esposo abusivo había sido un secreto que guardé durante una década, uno de los muchos que quería dejar atrás cuando me mudé a Nueva York. Estoy segura de que aún estaría guardando su secreto, pero entonces ella sufrió una mala caída y no tuve más remedio que apresurarme a la prisión para estar con ella.

Nick me siguió allí, a pesar de que era el último lugar donde quería que estuviera. No quería que nadie viera esa parte de mi

vida, mucho menos él. Pero se quedó conmigo todo el tiempo que necesité. Y luego, cuando estuve lista, me trajo de vuelta a casa.

—Está bien, considerando las circunstancias —le digo a Tasha—. Sus costillas rotas y el pulmón perforado están mejorando, pero su pierna está sanando más lento de lo que esperaban. Me dicen que estará en la enfermería por un tiempo más, posiblemente un mes.

Tasha asiente.

—Tiene suerte. Una caída por las escaleras como esa podría ser mortal a su edad.

—Lo sé —Y mientras lo digo, mis pensamientos se dirigen al mensaje amenazante que recibí esta mañana. El hombre que lo envió también me había llamado poco después del accidente de mi madre.

En ese momento no cuestioné cómo supo sobre su caída tan rápidamente. Estaba demasiado conmocionada por el sonido de su voz, y por el hecho de que me había encontrado, después de tantos años. Ahora, tengo que preguntarme si él tuvo algo que ver con el daño a mi mamá. ¿Podría su caída haber sido algo más que accidental? La mera posibilidad hace que el frío en mi sangre se vuelva aún más gélido.

No puedo suprimir mi estremecimiento, y solo espero que Tasha no note mi incomodidad antes de que uno de los nuevos miembros del personal del bar se acerque a hablar con ella. Mientras revisan los especiales del día en una tableta, respiro con alivio por la momentánea distracción. La necesito, aunque solo sea para controlar mi repentino latido acelerado y la humedad que se acumula en la parte posterior de mi cuello.

—Pensándolo bien, preferiría un maridaje de vino menos obvio con el pato asado —dice Tasha—. El Chardonnay es bueno, pero ¿podemos probar algo más interesante?

—Podríamos usar un tinto —sugiere la otra mujer—. Tanto el Cabernet como el Pinot noir funcionarían igual de bien.

Tasha sacude la cabeza.

—Otra vez, demasiado predecible.

—¿Qué tal un Carménère? —Cuando ambas mujeres me miran, me encojo de hombros—. Probamos uno chileno muy bueno la primavera pasada, si mal no recuerdo. ¿Todavía lo tenemos en existencia?

—Sí —dice Tasha, con una sonrisa extendiéndose por su rostro—. Y tienes razón. Es perfecto. Usa ese —le indica a la otra empleada antes de enviarla a cambiar el menú—. Dios, extraño trabajar contigo, Avery. Si alguna vez quieres volver, solo dilo.

Le lanzo una mirada de reojo.

—¿Y trabajar en el restaurante que ahora es propiedad de mi novio? No lo creo. Pero sí necesito encontrar trabajo pronto. Voy a volverme loca si no tengo algo productivo que hacer durante el día cuando Nick está trabajando. Además, no soporto la idea de depender de él para techo y comida mientras no contribuyo con nada.

Tasha sonríe con picardía.

—Dudo que él diría que no te estás ganando tu sustento. Además, ¿qué hay de tu arte? ¿No has estado pintando?

—No por un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé. Un par de semanas, tal vez.

Trato de sonar indiferente, pero ella se da cuenta.

—Quieres decir, desde que te mudaste con él.

—Sí. Eso creo —Ante su mirada contemplativa y vagamente desaprobadora, me apresuro a explicar—. Cuando Nick y yo estamos juntos, no hay tiempo para nada más. Por si no te has dado cuenta, el hombre es... intenso.

—Me he dado cuenta —dice, con una mirada burlona en sus ojos —. ¿Qué hay de cuando ustedes dos no están arrancándose la ropa? Tú misma dijiste que necesitas algo que hacer mientras él está ocupado siendo el rey del mundo corporativo.

—Quiero pintar —admito—. Pero no puedo exactamente instalarme en el penthouse y hacerlo.

—¿Por qué diablos no? ¿Nick dijo que no podías?

—No, por supuesto que no. Pero no hay espacio...

Sus cejas se elevan.

—No me digas que no puedes encontrar un pequeño rincón para ti en un apartamento que abarca dos pisos y más de ochocientos metros cuadrados.

—No, ese no es el problema tampoco. Es Nick. En realidad, el problema soy yo —Dejo escapar un suspiro—. No estoy lista para que él vea mi nuevo trabajo. Quiero que sea bueno primero.

—Porque él te dijo que no lo era.

—Tenía razón —admito, sorprendida de cómo el dolor de la crítica de Nick a mi arte ha disminuido con el tiempo—. Dijo que me estaba conteniendo y que se notaba en mi lienzo. Dice que cree que tengo talento, que tengo dentro de mí el potencial para ser grandiosa.

Dijo mucho más que eso, verdades que apenas estoy comenzando a entender desde que estamos juntos. Nick dijo que mi arte estaba cohibido, temeroso... como yo.

Pero eso no significa que esté lista para dejarlo entrar.

No puedo. No completamente.

No cuando hay cosas que no puedo permitirle ver.

Tasha pone su mano en mi muñeca, sus ojos suaves con simpatía, como si acabara de expresar todos mis miedos en voz alta.

—*Necesitas* pintar, Avery. He visto cuánto significa para ti. Es parte de ti.

—Lo sé —Asiento, agradecida por su comprensión—. Encontraré una manera.

—¿Qué tal alquilar un pequeño estudio en algún lugar?

—No tengo el dinero para eso.

—Ganaste cinco mil dólares cuidando la casa de Claire Prentice hace cuatro meses.

—Sí, y después de pagar el alquiler atrasado de mi antiguo apartamento en Brooklyn, luego alquilar un auto para ir a ver a mi mamá hace dos semanas, más docenas de otros pequeños gastos, me queda menos de la mitad.

—Tal vez pueda ayudar —Antes de que pueda preguntar qué quiere decir, saca su teléfono celular del bolsillo trasero y llama a su esposo, Antonio—. Hola, cariño. ¿La tía Rosa tiene algún amigo que pueda tener un pequeño espacio sin amueblar para alquilar aquí en la ciudad? Estoy hablando de algo muy económico, pero no peligrosamente barato —Hace una pausa y pone los ojos en blanco —. Sí, porque no tenemos ya una habitación perfectamente buena para eso. Estoy hablando de un lugar para que Avery lo use como estudio por un tiempo.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza en protesta, pero no hay manera de detenerla.

—Está bien, genial. No, solo dile que llame a Avery si encuentra algo. Te enviaré su número en un minuto. Sí, yo también te amo, cariño.

—Tasha...

—Ni siquiera empieces —dice, ya deslizando su teléfono de vuelta a su bolsillo—. Has hecho tanto por mí, esto es lo menos que puedo hacer por ti —Mientras habla, alguien llama desde la oficina trasera, alertándola de una entrega que necesita una firma—. Escucha, tengo que ir a ocuparme de algunas cosas más antes de que abramos.

—Está bien —cedo, mientras ella me atrae hacia un breve abrazo.

—Vuelve a verme más tarde esta semana, si puedes arreglártelas para alejarte de tu otra actividad creativa favorita —dice con un guiño—. Podemos charlar sobre él con una copa de Carménère.

3

EL CÁLIDO CLIMA DE verano es tan agradable cuando salgo de Vendange, que decido caminar en lugar de tomar un taxi o el metro de regreso al Upper East Side. Cientos de personas aparentemente tienen la misma idea. En vez de seguir el ritmo de los ejecutivos y otros manhattanitas que pasan apurados frente a mí en la Avenida Madison, me tomo mi tiempo, paseando por la amplia acera entre las multitudes de turistas y curiosos que miran escaparates.

A lo largo de este bullicioso tramo de asfalto, concreto y acero imponente, boutiques exclusivas se alinean junto a marcas nacionales de todo tipo, así como tiendas de diseñadores de lujo e instituciones financieras. No estoy buscando nada en particular, pero cuando me acerco a una lujosa tienda de lencería, no puedo evitar detenerme frente a los escaparates enmarcados en latón para admirar todas esas prendas de encaje y satén que esconden en su interior.

No es difícil imaginar cuán ardiente sería la mirada de Nick si me viera con una de esas sensuales prendas íntimas... o cuán rápido trabajarían sus fuertes manos para quitármela en su necesidad de estar dentro de mí.

Mis pezones se endurecen ante ese pensamiento. Una oleada de calor me recorre, un calor que siento con mayor intensidad entre mis

muslos desnudos, que ahora tiemblan ligeramente bajo mi ligera falda de lino.

La curiosidad, y el deseo de volverle a Nick aunque sea una fracción de lo loco que me vuelve a mí, finalmente puede más que yo. Con una sonrisa curvando mis labios, abro las puertas de cristal y entro.

Música clásica suave y un delicado perfume flotan en el aire agradablemente fresco de la boutique. Asiento saludando a una de las media docena de vendedoras elegantemente vestidas que están ocupadas con otros clientes. Agradecida por la privacidad para explorar por mi cuenta, me dirijo hacia la sección en la parte trasera de la tienda donde las prendas más bonitas están expuestas en nichos de cristal con espejos y cajones de vidrio apilados.

Inmediatamente me siento atraída por uno de los conjuntos de sujetador y braga que vi en el escaparate. Ambas piezas hechas de delicado encaje champán y malla transparente, cada pieza está bordada con rosas de satén burdeos y delicados adornos de cinta. El efecto es dulcemente inocente, pero decadentemente sexy.

—¿Hermoso, verdad?

Me giro para encontrar a una de las vendedoras acercándose. La guapa mujer negra que me sonrió cuando entré. Camina hacia mí con la gracia fluida de una modelo de pasarela, su figura esbelta y elegante, pómulos altos y llamativos ojos verde claro completan el efecto.

Asiento mientras se para junto a mí frente al mostrador. —Es perfecto.

—¿Le gustaría probárselo? Soy Evelyn. Estaré encantada de ayudarle a encontrar sus tallas y mostrarle un probador.

—De acuerdo, gracias.

Le digo mi talla y, después de sacar mi tamaño de un par de cajones cerrados con llave, me lleva a un sereno vestidor privado que es prácticamente del tamaño de mi antiguo apartamento tipo estudio en Brooklyn.

Evelyn coloca cuidadosamente el sujetador y las bragas sobre una mesa de tocador de cristal. Junto a ella hay un banco tapizado en terciopelo topo sobre una alfombra suave tejida en un patrón femenino de tonos neutros relajantes. Grandes espejos e iluminación suave tipo boudoir aseguran que cada ángulo se presente de la manera más favorecedora.

—Póngase cómoda —dice Evelyn.

Me siento en el banco acolchado y deslizo mis dedos sobre las casi inexistentes copas de encaje translúcido del sujetador, estremeciéndome ante la idea de Nick haciendo lo mismo mientras lo llevo puesto. Le encantará esto, estoy segura. Y me emociona la idea de verlo desenvolverme esta noche y descubrir mi sorpresa.

Emocionada, eso es, hasta que veo el precio.

Casi mil dólares por las dos piezas.

Si Evelyn nota mi mirada de desilusión, su expresión nunca vacila. —Tiene un excelente gusto. Este conjunto es parte de nuestra colección exclusiva. Es un clásico que se verá hermoso en usted por muchos años. —Cuando solo asiento en respuesta, sonríe amablemente y hace un gesto hacia el frente de la boutique—. Si siente que este no le conviene, tenemos algo similar en nuestra colección cotidiana que también podría gustarle. Solo dígame si quiere echarle un vistazo.

—Gracias. —En ese mismo momento, mi teléfono suena con una llamada entrante. El tono de Nick. Busco en mi bolso para sacarlo—. Disculpe.

—Tómese su tiempo —dice Evelyn. Señala una campanilla de latón colocada en el tocador—. Si necesita algo, solo llámeme.

Se aleja, cerrando la puerta del probador detrás de ella mientras deslizo el dedo por la pantalla de mi teléfono y contesto la llamada de Nick. —Hola.

—He estado pensando en ti toda la mañana.

Solo el sonido de su voz profunda y áspera hace que mi pulso se acelere. Miro la decadente lencería de encaje frente a mí y sonrío con nostalgia. —Yo también estoy pensando en ti.

Él hace un sonido bajo de aprobación en el fondo de su garganta. —Cuéntame más. ¿Te estás tocando mientras piensas en mí?

Me río suavemente, un rubor calienta mis mejillas. —No en este momento. No creo que fuera apropiado.

—Sabes lo que pienso sobre ser apropiado —murmura, y puedo imaginar la torcedura irónica de su boca mientras habla—. ¿Dónde estás?

—De regreso de Vendange. Pasé a ver a Tasha un rato.

—Escucho música de fondo.

—Estoy en una boutique en Madison.

—¿Cuál?

—L'opale.

—Qué bien —dice después de una breve pausa—. ¿Encontraste algo que te guste?

Trato de ignorar el hecho de que parece tan familiarizado con la tienda. Sé que ha tenido vida sexual antes que conmigo, pero la idea de que haya comprado alguna de estas cosas para otra mujer me provoca una punzada de celos en el pecho.

—¿Avery?

—¿Hm?

—Dijiste que estás comprando lencería y pensando en mí. Mierda, ya estoy duro solo de imaginarlo. —Su voz se baja a ese tono sedoso que siempre me deja débil de rodillas—. Compláceme antes de que tenga que entrar a otra maldita reunión. ¿Qué cositas sexys estás mirando? Mejor aún, pruébate algo para mí y déjame verte con eso. Podemos cambiar a videollamada y ver a dónde nos lleva.

Ahora el calor que había enrojecido mi cara viaja por mi cuello directamente a mi centro. —No puedo hacer eso —susurro, moviéndome un poco en el asiento de terciopelo—. Alguien podría ver.

—Los probadores son completamente privados —dice con más seguridad de la que me gustaría reconocer—. Métete en uno, Avery.

—Ya estoy en uno.

—Entonces estamos a mitad de camino. —Se ríe, pero hay más calor que humor en su voz—. ¿Ya estás desvestida también?

—No. Traje un sujetador y bragas para probarme, pero he cambiado de opinión sobre ellos. Iba a devolverlos antes de que llamaras.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros, y aunque no puede verme, parece captar mi incomodidad.

—Póntelos para mí. Te volveré a llamar por video en dos minutos.

Termina la llamada con esa exigencia, y exhalo un suspiro mientras miro la hermosa lencería que no tengo por qué fingir que puedo pagar. Pero sé que Nick hablaba en serio cuando dijo que esperaba que le mostrara lo que seleccioné, y hay una parte de mí que anhela su reacción. Hambrienta de ver su deseo por mí, especialmente cuando está ocupado con el trabajo, pero se hace tiempo para jugar traviesamente conmigo.

Quitándome las sandalias, me quito la blusa de seda y la falda de lino, luego me deslizo fuera de mi sujetador color durazno claro de tienda departamental. El primer roce del costoso encaje champán y el satén burdeos contra mis pechos desnudos se siente como una caricia. Abrocho el cierre delantero y ajusto las delicadas tiras de cinta, luego acomodo mis pechos para que queden altos y redondeados en las bonitas copas balconette.

Como no voy a comprar la lencería, dejo las bragas de trescientos dólares sobre la mesa del tocador y me acerco a los espejos para ver cómo me veo antes de que Nick llame. Pensaba que mi tanga color durazno con borde de encaje era bastante bonito cuando salí del ático, pero verlo junto al impresionante sujetador lo hace parecer tan mundano como un par de calzones de algodón. Con un bufido frustrado, me inclino para quitármelo, justo cuando mi teléfono suena con la llamada entrante de Nick.

Como prometió, está llamando desde una aplicación de video. Su apuesto rostro llena la pantalla, haciendo que mi respiración se entrecorte a pesar de que he tenido el privilegio de ver esos ojos

color cerúleo de largas pestañas oscuras y facciones brutalmente sensuales prácticamente todos los días y noches durante los últimos cuatro meses.

—Eso no fueron dos minutos.

Sonríe con suficiencia. —No tuve paciencia para esperar tanto.

No está en su escritorio, sino sentado en el sofá de cuero gris pálido en el área de conversación de su amplia oficina. Detrás de él, una amplia pared de reluciente granito plateado se eleva fácilmente quince pies desde el suelo hasta el techo. La pared sirve como telón de fondo para una única obra de arte: un Jackson Pollock original pintado en esmalte negro. El enredo de líneas caóticas y audaces salpicaduras contrasta fuertemente con el estable y controlado titán de los negocios sentado frente a la obra maestra.

Recostado contra las líneas limpias del sofá, Nick sujeta su teléfono con una mano mientras se afloja la corbata con la otra. Su boca se tuerce en una esquina mientras mantiene mi mirada desde su sede corporativa al otro lado de la ciudad. —Déjame verte, nena.

Extiendo lentamente mi brazo, dándole una vista del precioso sujetador. Su baja exhalación y maldición espesa me dice que le gusta.

—Más —ordena con el volumen bajo del altavoz—. Déjame verte completa.

—No llevo las bragas.

—Muéstrame.

Niego con la cabeza. —Tendría que probármelas sobre mi propia ropa interior a menos que piense comprarlas.

Nick no parece importarle mi explicación. Sus ojos arden ardientes sobre mí. Se inclina hacia adelante como si quisiera meterse a través del teléfono. —Déjame ver tu coño, nena.

Apretando los labios, giro la cámara para que pueda verme completamente.

—Mierda santa. —Hay un borde febril en su voz, una corriente cruda de necesidad que enciende lo mismo en mí—. Eres tan

malditamente hermosa. Me pones caliente con solo pensar en ti. Estoy duro como el acero aquí.

Mi cuerpo responde a su alabanza carnal como si estuviera aquí en la habitación conmigo, mirándome... acariciándome. Deseándome.

—Tócate. Quiero verte acariciar ese lindo clítoris.

—Nick —susurro, preocupada de que nos interrumpan, pero asombrada de que eso no me impida obedecerle.

Con mi mano libre, deslizo mis dedos sobre el parche recortado de rizos entre mis piernas, luego en la hendidura húmeda de mi cuerpo. Ya estoy empapada, mi sexo doliendo por él. No puedo contener mi gemido.

Su aliento lo abandona con un gemido profundo. —Jesucristo, lo que me haces.

Giro el teléfono para poder verlo también. Su mandíbula está apretada, sus cejas bajas sobre la intensidad de su mirada. Lo veo moverse en el sofá, el enfoque de la cámara agitándose con sus movimientos. Escucho el suave tintineo metálico de la hebilla de su cinturón, seguido del silencioso roce de la cremallera de sus pantalones de traje.

La idea de que tome su pene en la mano mientras me acaricio a varios bloques de distancia es casi demasiado para soportar. Lo deseo tanto que apenas puedo resistirlo. Me muerdo el labio inferior para evitar que el grito se derrame de mi lengua.

Nick sisea una fuerte maldición. —A la mierda con esto. Tengo una mejor idea.

—¿Qué? —Mi voz es espesa, mi sangre rugiendo en mis oídos mientras aparto mis dedos de mi carne palpitante.

—Voy a enviar a Patrick a recogerte. Te quiero en mi oficina. Ahora mismo.

—Pero tu reunión...

—Puede esperar —dice—. Yo, sin embargo, no puedo. Busca el auto en diez minutos. Trae el sujetador y las bragas contigo.

Niego con la cabeza, avergonzada por el recordatorio de que estoy fuera de mi liga en esta tienda y con este hombre. —Nick, no puedo permitírmelos. Cuestan casi mil dólares.

—Haz que la tienda los cargue a mi cuenta.

¿Su cuenta? La desilusión batalla con mi vergüenza, y no estoy segura de cuál me molesta más. —¿Tienes una cuenta en L'opale?

Arquea una ceja oscura. —Tengo cuentas en muchos lugares agradables de la ciudad.

—Me lo imagino. —Estoy un poco enfurruñada por esa admisión, pero es difícil estar totalmente irritada con él cuando me mira como si fuera la única mujer que jamás ha deseado tanto. El poder de esa sonrisa acalorada y sensual es suficiente para derretir todo excepto mi deseo por él.

—Pregunta por Evelyn, ella es la gerente. Se encargará de todo por ti.

Mis labios se aplastan en reacción a esa reveladora declaración. —¿A cuántas otras mujeres has vestido con lencería cara?

—¿Realmente quieres saberlo? —Sus ojos sostienen los míos sin pestañear.

Permanezco muda, porque, maldito sea, no quiero saber la respuesta a esa pregunta. No es que fuera a cambiar de opinión, de todos modos. Trazo mi dedo sobre una de las rosas de seda burdeos bordadas en el sujetador, sintiendo demasiada satisfacción en la forma en que su ardiente mirada sigue cada uno de mis movimientos. —¿Estás seguro de que tienes tiempo para esto? ¿Para mí?

La mirada que me da es tan posesiva que destruye toda duda.

—Diez minutos. En mi oficina. Y Avery, tengo la intención de mostrarte lo seguro que estoy.

4

EL CONDUCTOR DE NICK me deja frente a la torre de cristal oscuro en West 57th Street donde se encuentra Baine International. Mientras sostiene la puerta abierta para que yo salga, me ofrece un agradable gesto con la cabeza una vez que piso la acera.

—Gracias, Patrick.

—Es un placer, como siempre, Srta. Ross.

Entro al vestíbulo del edificio de usos múltiples —una de las varias propiedades que Nick posee en Manhattan— deseando haber tenido la previsión de traer un bolso más grande cuando salí del apartamento esta mañana. Mi pequeño bolso cruzado es inútil cuando se trata de ocultar mis compras de boutique, así que no tengo más remedio que llevar la bolsa blanca perlada de L'opale al edificio conmigo, con el logo estampado en lámina dorada en ambos lados para que todos lo vean.

Mientras camino hacia el mostrador de seguridad en el lobby, saludo con la mano al guardia de turno. Es el mismo hombre que estaba aquí la semana pasada cuando Nick me trajo a su oficina después del horario laboral para recoger unos documentos de último momento que necesitaba firmar. Veintitantos años, ojos color avellana agudos y serios bajo una corona de cabello castaño cortado apenas un poco más largo que el corte militar, no hay forma de

confundir al musculoso guardia de seguridad de Baine International con otra cosa que no sea un veterano reciente.

—Hola, Gabe.

—Buenos días, Srta. Ross —mientras me acerco para registrarme, se levanta y me gesticula hacia los ascensores—. No es necesario que se registre. El Sr. Baine llamó hace unos minutos para avisar que la esperaba.

—Oh. Está bien, gracias.

Debo admitir que se siente bien atravesar el vestíbulo de Baine International como si no fuera solo una visitante más del edificio o una invitada del muy codiciado soltero que dirige media ciudad desde su oficina en el último piso. Claro que no imagino que muchos visitantes de Nick vayan a verlo en el trabajo llevando una bolsa de lencería cara en la mano.

Al menos, más les vale que no.

Como no tengo otra opción que asumir la situación, subo en el ascensor hasta el piso treinta y cuatro con las asas de cinta de la bolsa sostenidas casualmente en mi mano. Lily Fontana, la asistente personal de Nick, está terminando una llamada telefónica cuando salgo del elevador. Nunca nos han presentado, pero la conozco a través de Nick y, por casualidad una vez, vi su bonito rostro en forma de corazón y su largo cabello negro azabache en una foto en el directorio de contactos de su teléfono.

Ella capta mi mirada y continúa hablando con la persona al otro lado de la línea. Su voz es profesional, pero fría, en contraste con la agradable sonrisa que me dedica mientras camino hacia el área privada de recepción.

—Lamentablemente, como le informé a su secretario de prensa a principios de esta semana, Senador McCormack, la agenda del Sr. Baine está bastante completa. Me ha pedido transmitirle sus disculpas porque no podrá asistir. Por supuesto. Sí, me aseguraré de informarle al Sr. Baine.

Lily termina educadamente la llamada y dirige todo el impacto de su deslumbrante sonrisa hacia mí.

—Tú debes ser Avery —dice, rodeando su escritorio para ofrecerme su mano en señal de saludo.

La tomo, sorprendida por su franqueza y la firmeza de su apretón para una mujer tan pequeña. Diminuta solo en tamaño, la asistente de Nick es claramente una fuerza a tener en cuenta, lo cual tiene sentido. Sé por experiencia que las violetas tímidas no durarían mucho en el mundo de Dominic Baine.

—Encantada de conocerte, Lily.

—Encantada de conocerte también. Nick debería salir en breve —me dice—. Está terminando en la sala de conferencias al final del pasillo. Dijo que le gustaría que lo esperaras en su oficina.

—De acuerdo.

—¿Has estado de compras? —Mira la bolsa en mi mano mientras me conduce hacia la oficina de esquina de Nick al final del corredor —. Adoro L'opale. Aunque, ¿qué mujer no lo haría, verdad?

Asiento sin comprometerme y, antes de que pueda responder, escucho la voz de Nick proveniente de algún lugar frente a nosotras. Sale de una sala de juntas acompañado por otros tres hombres en traje y una mujer de mediana edad vestida con un hábito azul de monja y una blusa blanca de mangas largas. Reconozco a uno de los hombres como Andrew Beckham, el abogado de Nick. El apuesto abogado negro ayudó a orquestar la compra de Vendange. Los otros hombres me son desconocidos, pero la forma en que se dirigen a Nick no deja dudas sobre quién está al mando.

Todos nos miran, y no estoy segura de qué hace que mi cara se enrojezca más de vergüenza: la ardiente mirada de Nick o la curiosa mirada de la hermana detrás de sus gafas redondas con montura de alambre.

Mierda. De toda la maldita suerte.

¿Por qué no podría estar entrando con una bolsa de libros de la biblioteca o productos horneados en mi mano? ¿O ropa para donar a los necesitados?

Lily sigue caminando, y no tengo más remedio que seguirla.

Sonriendo y murmurando un educado "Disculpen, por favor", nos conduce más allá del grupo mientras yo hago lo posible por fingir que no me dirijo a la oficina de Nick con toda la intención de pecar tan pronto como pueda poner mis manos sobre él.

Su voz profunda no ayuda mucho a mi concentración. —Nuevamente, Hermana Margaret, Comisionado Rhodes, caballeros, me disculpo por acortar la reunión de hoy. Surgió algo urgente hace unos minutos y debo atenderlo personalmente.

Apenas logro contener la sonrisa que tira de mis labios por su muy deliberada elección de palabras. Aunque no me atrevo a mirar detrás de mí, estoy segura de que siento el calor de la mirada de Nick en mi trasero mientras camino con Lily el resto del camino por el corredor.

Ella me deja entrar en la amplia oficina y señala el área de asientos frente al cuadro de Pollock. —¿Puedo traerte algo de beber mientras esperas, Avery?

Le devuelvo la sonrisa y niego con la cabeza. —No, gracias.

Dándome un ligero gesto de reconocimiento, sale de la habitación, cerrando la puerta silenciosamente tras ella. La pared del fondo de la oficina de Nick es una inmensa ventana que ofrece el tipo de vistas espectaculares que he llegado a esperar de los lugares donde pasa cantidades significativas de tiempo. Sin embargo, por grande e impresionante que sea el espacio, es casi clínico en su falta de efectos personales o expresiones de estilo individual.

Cuando me trajo aquí brevemente hace unas noches, realmente no me detuve a absorber los detalles. O, más bien, su ausencia. Ahora, no noto mucho más. No hay fotografías ni baratijas en su escritorio. No hay recuerdos ni *objets d'art* en ninguna de las consolas o gabinetes. Excepto por el lienzo multimillonario que consume casi toda una pared de la habitación, no hay nada que proporcione siquiera un vistazo a Dominic Xavier Baine, el magnate empresarial internacional, o al hombre.

Y aunque su oficina está cómodamente equipada e impecablemente situada en una de las mejores zonas de la ciudad,

siento una sensación inquebrantable de tristeza mientras estoy de pie en medio de tanto vacío. Me siento sola y perdida. Solitaria.

Encarcelada, a pesar de la apertura de la ciudad a mi alrededor.

¿Él también lo siente?

¿Alguna vez me permitirá acercarme lo suficiente a él para averiguarlo?

Esta no es la primera vez que me he preguntado sobre su aparentemente impenetrable lejanía y aislamiento. No es la primera vez que me cuestiono si permitirme enamorarme de un hombre con el tipo de demonios y oscuros secretos que sospecho que Nick alberga puede ser otra cosa que insensato —incluso peligroso— cuando tengo tantos propios.

Si mi corazón pudiera elegir otra opción, nunca habría dejado entrar a Nick.

Si fuera inteligente, todavía intentaría encontrar la fuerza para alejarme, ahora, antes de que mi pasado me alcance. Antes de que tenga la oportunidad de lastimar a Nick de la manera en que ha lastimado a todos los demás que he amado.

Si no pensara que él vendría tras de mí otra vez, tal vez me iría.

Pero hay una parte aún más cobarde de mí que está aterrorizada de que no lo haga.

No si supiera la verdad.

He dejado mi bolsa y mi cartera en el sofá para deambular frente a las enormes ventanas cuando escucho que la puerta se abre detrás de mí unos momentos después. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo responde como si estuviera entrenada para reconocer la presencia de Nick. Me quedo quieta, con la respiración atrapada en mis pulmones, esperando el momento en que lo sienta acercarse.

Sus brazos me rodean desde atrás. Me hundo en su abrazo, mis demonios ahuyentados hacia las sombras ahora que él está aquí. Exhalo con un suspiro profundo y tembloroso que siento que he estado conteniendo desde que salí del probador de L'opale. Su calidez y fuerza me envuelven, reconfortándome tanto como me excita. La presión rígida de su creciente erección descansando

cómodamente contra mi trasero envía fuego lamiendo a través de mis venas.

Dios, cómo lo deseo.

La necesidad que despertó en mí por teléfono regresa multiplicada por diez ahora que estoy de pie en sus brazos.

Acurruca su rostro en la curva de mi cuello y mordisquea mi tierna piel. —¿Tienes idea de lo incómodo que es estar sentado frente a una monja cuando tienes una erección desenfrenada escondida bajo la mesa?

Me río mientras giro en su suave agarre para enfrentarlo. —Tú eres quien lo empezó, insistiendo en un espectáculo privado en tu oficina.

—¿Supongo que Evelyn se encargó de todo como te dije que lo haría?

—Sí, Evelyn fue genial. Fue muy amable, extremadamente discreta. Apenas pestañeó cuando le dije que tú le habías indicado que pusiera mis cosas en tu cuenta personal.

—Me alegra oírlo —sonríe, aflojándose la corbata color peltre—. Siempre es bueno tener informes de primera mano de clientes satisfechos.

Me quedo boquiabierta. —¿Estás diciendo que tú *eres dueño* de L'opale?

—Técnicamente, soy dueño del edificio. Beck es dueño de la tienda —Beck, como Andrew Beckham, el abogado de Nick—. Compró la boutique para que su hermana la administrara hace unos años, después de que Evelyn pasara por un momento difícil en su vida personal y necesitara empezar de nuevo.

Cierro los ojos mientras la comprensión se hunde. Ahora que ha hecho la conexión para mí, me doy cuenta de los rasgos sorprendentemente similares que Beck y su hermana comparten, desde sus cuerpos altos y delgados y estructuras faciales dramáticas, hasta sus tonos de piel marrón cremoso y sus impresionantes ojos de color claro.

Y aunque todavía no estoy lista para preguntar si soy la primera mujer para la que ha comprado lencería de mil dólares en su cuenta en la boutique, el hecho de que sea dueño del edificio y su amigo y colega sea el propietario me ayuda al menos a racionalizar algo de su aparente familiaridad con la tienda.

—Entonces, ¿me estás diciendo que Baine International invierte en todo, desde hoteles de cinco estrellas y propiedades comerciales en todo el mundo, hasta espacios minoristas para lencería femenina?

—Entre otras cosas —la boca de Nick se tuerce—. Tengo intereses variados y eclécticos.

Casi resoplo. —No son las primeras dos palabras que me vienen a la mente.

Él se ríe, atrayendo mi mano hacia la suya y guiándola hacia su muy impresionante erección. —Supongo que no necesito elaborar sobre las palabras que están apareciendo en mi mente en este momento. O menos convenientemente, durante mi reunión con la buena hermana.

Pongo mi mano alrededor del bulto en sus pantalones de traje gris carbón. —Te lo mereces, por hacerme caminar aquí cargando lencería en mi mano, especialmente cuando aparentemente sabías muy bien quién estaba aquí.

Él sonríe, completamente impenitente. —Podría haber sido peor. Hay una interesante tienda de artículos sexuales en el Village que me gustaría que vieras.

—¿Supongo que también tienes una cuenta allí? —Levanto las cejas—. ¿Más que una cuenta?

Mantiene mi mirada sin responder, y mi imaginación gira con curiosidad sobre este hombre y todas las piezas de él que todavía tiene que revelarme. ¿Qué tipo de cosas eróticas querría mostrarme? ¿Qué tipo de cosas carnales, crudamente sexuales, exigiría de mí?

Los recuerdos de nuestro tiempo juntos en su velero en Miami hace varias semanas se reproducen vívidamente en mi mente. Recuerdos de entregarme a él por completo, mis manos atadas firmemente, mi cuerpo perteneciéndole totalmente. Mi sexo palpita

ante el recuerdo... ante la posibilidad de conocer ese tipo de placer oscuro con él nuevamente.

Confía en mí, había exigido.

Y lo hice, aunque me aterrorizaba.

Aunque la confianza es lo único que nunca he podido darle a un hombre.

En estos últimos meses, le he dado a Nick más de mí de lo que le he dado a cualquier otra persona en mis veinticinco años de vida. Eso también debería aterrorizarme. Lo hace, pero con él incluso el miedo tiene su propio tipo de atractivo.

Con él, estoy bailando justo al lado de las llamas de todo lo que temo y estoy aprendiendo que realmente puedo disfrutar de la quemadura.

Con él, estoy aprendiendo que lo anhelo.

La mirada de Nick es demasiado conocedora mientras desliza su palma alrededor de la parte posterior de mi cuello, sus dedos fuertes y firmes contra mi nuca, pero infinitamente tiernos. Hace un ruido bajo en el fondo de su garganta, luego presiona un beso ligero en mi frente. —Guardaremos esa conversación para otra ocasión. Ven.

Toma mi mano y me lleva de vuelta al sofá de cuero, deteniéndose para alcanzar un delgado control remoto plateado que cierra las persianas de madera oscura en todos los cristales de la habitación que dan al corredor. Ese mismo control remoto aparentemente también bloquea la puerta, el débil susurro metálico sellándonos dentro.

—¿No se preguntarán tus empleados qué estamos haciendo aquí?

—No. Y si lo hacen, ninguno de ellos se atreverá a dejarlo ver de una forma u otra —Me lanza una mirada seria—. Exijo confianza de las personas que me rodean tanto como exijo un excelente desempeño. Pago bien por ambos.

Siento una punzada fría mientras echo un vistazo a la bolsa de lencería ridículamente cara, que no es el único regalo extravagante que he recibido de él. Nick me ha mimado con cosas finas estos

últimos meses. Increíbles cenas en los mejores restaurantes de la ciudad. Escapadas románticas. Una larga soga de exquisitas perlas que seguramente le costaron decenas de miles de dólares.

—¿Así es como te sientes también con las mujeres con las que sales?

Frunce el ceño. —¿Que espero confianza y desempeño? ¿O que estoy dispuesto a comprarlo?

Niego con la cabeza, deseando no haber expresado mis pensamientos en voz alta. —No lo sé. Ambos.

Cierta dureza se apodera de su expresión. —¿Qué es lo que realmente estás preguntando, Avery?

Demasiado tarde para retirar las palabras, sostengo su mirada escrutadora. —¿Es así como te sientes conmigo?

En lugar de responder, acuna mi rostro en sus manos y me atrae hacia un lento beso que me derrite hasta los huesos. Cuando nuestros labios finalmente se separan, no me suelta. Con las cejas fruncidas, exhala una maldición silenciosa y baja su frente para apoyarla contra la mía. —*Así* es como me siento contigo. Nunca dudes de eso. Nunca dudes de lo que tenemos juntos.

Logro asentir, pero eso no parece suficiente para él. Levantando mi barbilla con el borde de su mano cicatrizada, busca en mi mirada. —Dime que no dudarás de lo que tenemos juntos.

—No lo haré —prometo, insegura de por qué significa tanto para él escucharlo cuando nunca me ha prometido más que un momento. Sin embargo, sus ojos prometen más que eso. Desde el principio, esos ojos azules insondables me han prometido todo lo que me atreva a alcanzar. Solo necesito extender la mano—. No dudaré de ti, Nick.

Su pulgar traza la línea de mi labio inferior. —Buena chica.

Encuentro su toque con la punta de mi lengua. —Pensé que venía aquí para ser una chica mala —digo, esperando llevarnos de vuelta a la diversión que vi en él antes de que mis inseguridades amortiguaran el ambiente—. Me sorprende que el hábito de la

Hermana Margaret no se haya incendiado por todas las cosas sucias que estaba pensando cuando pasé junto a ustedes en el pasillo.

Su voz desciende a un retumbo espeso. —¿Es eso cierto?

Asiento. —Tengo que admitir que verte con una monja fue... inesperado.

—¿En serio, por qué? —Se sienta en el sofá, pero no me persuade para que me siente con él. Hay un destello juguetón en sus ojos al que no puedo resistirme—. ¿Porque soy el diablo encarnado?

Le doy una mirada arrogante, demasiado consciente de que mi posición frente a él ha colocado perfectamente mi sexo al nivel de su cara. —Si te refieres a en la cama, la respuesta es definitivamente sí.

Gruñe, pasando sus manos por mis piernas desnudas y bajo mi falda de lino. —Algunos argumentarían que en los negocios también.

—No sé, la Hermana Margaret parece quererte bastante. Parecía completamente encantada, si me preguntas —Aspiro bruscamente cuando su toque roza mis muslos internos—. ¿Con qué frecuencia te reúnes con ella?

—Solo cuando hablamos sobre planes para el centro recreativo infantil que quiero construir.

Me quedo inmóvil en sus brazos. —¿Esa es la reunión que cancelaste?

Nick me confesó, poco después de conocernos, que había estado tratando de obtener permisos y aprobaciones de construcción para un centro recreativo para niños pobres del centro de la ciudad. Es un proyecto personal que obviamente significa mucho para él, y sin embargo, aquí está, dejando plantada una reunión sobre eso para entretenerse conmigo.

Agarro sus manos errantes debajo de mi falda y las mantengo quietas. —¿Por qué no me dijiste que eso era lo que ibas a hacer hoy? Dios, Nick. No quiero interrumpir tu trabajo en ese proyecto —. Tan importante como es la construcción del centro recreativo para él, soy yo quien se ha convertido en su único foco de atención en este momento. No puedo negar la emoción que me produce, aunque

probablemente iré al infierno por tentarlo a alejarse de hacer un buen trabajo caritativo con la Hermana Margaret—. Deberías habérmelo dicho. Nunca habría aceptado venir aquí así si lo hubiera sabido.

—¿Qué te hace pensar que te habría dejado negarte? —Palabras irónicas, pero el brillo oscuro en sus profundos ojos azules está intenso de significado—. ¿Necesito recordarle nuestro acuerdo, señorita Ross? Usted conoce los términos.

Como para enfatizar su punto, saca sus manos de debajo de las mías para reanudar su deslizamiento hacia arriba bajo mi falda. Sus dedos se mueven sobre la curva de mi trasero y se contraen, amasando los montículos desnudos de mi carne. La delgada tela de mi tanga se encaja en la hendidura entre mis nalgas, haciéndome hiperatenta a cada flexión de sus dedos, cada caricia que acerca su toque dolorosamente a mi centro.

—Donde yo quiera, lo que te pida —murmura, repitiendo la promesa que le di en ese estacionamiento empapado por la lluvia el día que vino a buscarme—. Sin límites. Sin barreras entre lo que deseo y lo que estás dispuesta a entregarme.

Asiento y libero un suspiro tembloroso, dividida entre querer que alivie el dolor húmedo y palpitante de mi sexo, y saborear la anticipación del placer que sé que me dará. No puedo apartar la mirada de su rostro. La combinación de su voz baja y su toque sensual me cautiva. Eso es todo lo que necesita para hacer que el resto del mundo desaparezca para mí.

El hecho de que pueda mirarme y hacerme creer que, de alguna manera, yo hago lo mismo por él es el afrodisíaco más poderoso que jamás conoceré.

Sus ojos se clavan en los míos, sosteniendo mi mirada con tanta posesión que apenas puedo respirar. Todo en lo que puedo pensar es en la necesidad de que me toque, que me bese... que me haga venirme como casi lo hice en el probador de L'opale.

Pero no está listo para darme ese alivio todavía. Veo la verdad de eso en su mirada despiadada.

Sus manos se alejan lentamente de mí. Aflojando su corbata, la arroja descuidadamente a un lado, luego desabrocha los dos primeros botones de su camisa. Se recuesta ahora, con los brazos extendidos a lo largo del respaldo del sofá, los muslos separados. Sus rodillas me encierran por ambos lados donde estoy de pie frente a él. Con su sexo tensándose bajo los confines de sus pantalones de vestir, me mira con una mezcla profana de lujuria ardiente y control frío e irritante.

—Desvístete para mí, Avery.

Lanzo una mirada de reojo a la puerta y las ventanas cerradas, las únicas cosas que nos ocultan de un piso entero lleno de gente. Las voces amortiguadas se escuchan indistintamente desde el pasillo exterior. Casi al mediodía, la oficina bulle de actividad y conversación.

—No pienses en ellos —me instruye con firmeza—. No hay nadie más ahora. Solo nosotros. Y te quiero desnuda.

No hay indulgencia en su orden, solo la certeza de que obedeceré. Porque él sabe que lo haré. No porque sea parte de nuestro acuerdo, sino porque deseo desesperadamente complacerlo.

A pesar de mi miedo a ser descubierta, a pesar de mi conciencia de todas las razones por las que no debería encontrar la dominación completa de un hombre tan seductora como lo hago con Nick, asiento con la cabeza en señal de aceptación y comienzo a hacer lo que exige.

Me quito las sandalias, luego me despojo lentamente de mi blusa de seda blanca y la dejo caer sobre la mesa de centro detrás de mí. Mis pechos se sienten pesados, demasiado constreñidos dentro de las copas de encaje de mi sostén. Mis pezones han estado duros como guijarros desde que Nick entró a la habitación conmigo.

Ahora los siento fruncirse aún más bajo el resplandor hambriento de sus ojos mientras me estiro para desabrochar mi falda. El lino se desliza por mis piernas desnudas, acumulándose en mis tobillos. Salgo de ella, un movimiento que me acerca un paso más al borde del sofá y al erótico y negligente desparramamiento de Nick.

Tiemblo, no por ningún escalofrío, sino por el puro calor animal que emana de él mientras estoy frente a él. Puedo ver lo que le está costando no alcanzarme, negarse el impulso de agarrarme ahora mismo y arrojarme debajo de él. Sus manos están extendidas sobre sus muslos abiertos, sus fuertes dedos curvándose en el músculo de sus piernas con tanta intensidad que sus nudillos están blancos como el hueso.

—El resto, Avery —su voz es áspera, ronca de deseo.

Con un brazo cruzado sobre mis senos, alcanzo con la otra mano para desabrochar el cierre de mi sostén. Se suelta, sostenido en su lugar solo por un momento antes de que lo deje caer. El aliento de Nick se escapa de él con una maldición baja. Esa maldición se convierte en un gemido un momento después, cuando deslizo mis dedos en el frente de mi tanga y la bajo por mis caderas.

—Jesucristo, nena. ¿Cuántas veces te he visto quitarte la ropa, y sin embargo nunca estoy preparado para lo jodidamente hermosa que eres?

Me alcanza por fin, arrastrándome bruscamente hacia él mientras se mueve al borde del cojín de cuero. Sus manos agarran mis muñecas y empujan mis brazos detrás de mí, dejando mi cuerpo completamente abierto para él. Luego está fuera del sofá y de rodillas en el suelo, su boca cerrándose sobre mi sexo. La sensación me invade en ola tras ola mientras su lengua se clava en los pliegues de mi hendidura, húmeda y caliente y hambrienta.

Mi cabeza cae hacia atrás, un maullido irregular de placer desgarrado de mi garganta.

Nick no me muestra piedad.

Gracias a Dios.

Mi cuerpo ha estado al borde de explotar durante lo que parece horas, y ahora que la boca de Nick está sobre mí, sé que no duraré mucho. Me besa, lame y succiona, su malvada lengua moviéndose desde el apretado nudo de mi clítoris hasta la hendidura empapada de mi cuerpo.

Cuando su agarre en mis manos se afloja, sé que es mejor no arriesgarme a moverlas. Conozco sus señales lo suficientemente bien a estas alturas. No tiene cuerda para atarme, pero quiere mi rendición de todos modos. Mi recompensa es el poder profundizante de sus labios y su lengua en mi carne temblorosa, mientras sus manos ahora vagan libremente por mi cuerpo.

—Nick —jadeo entrecortadamente—. Oh, mierda... estoy tan cerca. Me voy a venir.

Él gime contra mi sexo, su lengua empujando hacia adentro ahora, añadiendo combustible al fuego de mi liberación inminente. Aprieto mis manos juntas detrás de mi espalda, mis piernas comenzando a temblar violentamente bajo el asalto sensual de su boca. Él tira de mi clítoris entre sus labios, succionando el paquete de nervios tan intensamente que veo estrellas detrás de mis párpados cerrados.

Cuando su dedo entra en mí y empuja profundamente, mi orgasmo estalla. Me lleva al límite, fragmentando mis sentidos. Grito con la fuerza de ello, sin importarme si cada persona en el piso puede oírme. Esto es lo que él me hace. Me vuelve desvergonzada. Me vuelve audaz.

Con él, me he convertido en alguien que no habría reconocido hace apenas cuatro cortos meses.

Su nombre brota de mis labios mientras fuertes temblores me sacuden. Mis piernas se sienten sin huesos, mi cuerpo exprimido y temblando bajo el implacable placer de su malvada boca y hábiles manos.

Su mirada atrapa la mía, sus ojos azules tormentosos, tan oscuros y salvajes como una tempestad. La vista de él lamiéndome tan carnalmente mientras observa mi rostro retorciéndose en pasión incontrolada es casi suficiente para hacerme venir de nuevo.

Alcanzo sus hombros para estabilizarme, pero en el momento siguiente él se está moviendo entre mis piernas separadas, dándome un último y vertiginoso latigazo de su lengua antes de volver al borde del cojín del sofá.

Su boca está húmeda con mis jugos, esos labios llenos y sensuales sostenidos de una manera que me dice que está tan febril como yo. Más, porque mientras mi clímax todavía resuena a través de mí, el suyo está contenido y ardiendo. Esperando ser liberado.

Con un gruñido sin palabras, me tira hacia abajo para encontrar su beso. Su boca arrasa la mía. No hay suavidad en ello. No hay suavidad en su duro agarre en mis brazos mientras me insta a arrodillarme ante él ahora, su significado inconfundible.

Forcejeo con la hebilla de su cinturón de cuero liso. Espero que el metal esté frío, pero está calentado por el infierno de su cuerpo. Mientras lo desabrocho y bajo su cremallera, la lengua de Nick se empuja profundamente en mi boca, dulce y almizclada, el sabor de mí todavía persistiendo allí.

Mis dedos trabajan rápidamente para liberarlo, impulsados por la conciencia de su necesidad y mi propio hambre voraz de tenerlo en mi boca. Grueso y caliente y pesado, llena mis codiciosas manos. Me separo de nuestro beso con un gemido, muriéndome por deleitar mis ojos en él.

Su gran miembro sobresale de sus pantalones abiertos, proyectándose hacia arriba contra su abdomen. Mi centro se contrae ante la vista. Mi boca se humedece desvergonzadamente. Me lamo los labios, luego bajo la cabeza para tomar la amplia corona en mi boca.

Usualmente, me gusta provocarlo un poco al principio, pero no tengo paciencia para eso ahora. Ninguno de nosotros la tiene. Lo tomo todo en un deslizamiento largo y lento, sin detenerme hasta que golpea la parte posterior de mi garganta.

—Ah, Cristo —las palabras de Nick son estranguladas, pronunciadas a través de dientes apretados.

Cuando me elevo hasta su punta, su pelvis se sacude reflexivamente, un estremecimiento sacudiéndolo. Sus manos vagan por la parte posterior de mi cabeza, enredándose en mi cabello, sus dedos flexionándose y contrayéndose con cada centímetro de él que devoro mientras voy aún más profundo con él esta vez.

—Nena —gime—. Sí... tómalo todo. Dios, eso se siente tan jodidamente bien.

Tarareo en respuesta a su elogio, moviendo mi cabeza más rápido, más duro, tomándolo tan profundo en mi garganta como puedo soportar. Nunca me ha gustado mucho hacerle una felación a un hombre, y considerando mi historia, probablemente no es de extrañar. Pero no puedo tener suficiente de Nick. No puedo tener suficiente de su placer, o de saber que tengo el poder de proporcionárselo.

Su gruñido me dice que está cerca. Un líquido resbaladizo y salado se forma contra mi lengua mientras alcanzo la punta de él una vez más. Él empuja en mi boca, siseando una maldición mientras aprieto mis labios alrededor de él y bajo mi cabeza hasta su ingle.

—Avery...

No cedo ni por un momento. Estoy obsesionada con la necesidad de hacerlo venir. Acariciando sus testículos con una mano, envuelvo la otra alrededor del duro tallo de su eje, bombeándolo firmemente mientras lamo y succiono y venero cada delicioso centímetro de él.

Su respiración sale de sus pulmones, jadeos pesados que se agudizan mientras continúo trabajándolo. —Ah, mierda, nena. Tu boca es increíble.

Sus manos sostienen mi cabeza en su lugar, sus brazos temblando con la fuerza de su necesidad. Mientras deslizo mi boca hasta la corona de su miembro nuevamente, sus caderas se sacuden, luego comienzan a moverse como pistones dura y rápidamente. Un rugido bajo se forma dentro de él mientras folla mi boca.

Cuando grita mi nombre otra vez, es crudo, irregular. Y entonces la primera ráfaga caliente de su semen estalla en mi lengua. Chorrea contra la parte posterior de mi garganta, espesa y abrasadora, casi más de lo que puedo manejar. Trago y él llena mi boca una y otra vez, sus caderas aún sacudiéndose en un ritmo salvaje, sus manos aún cerradas en mi cabello.

Ambos estamos jadeando, ambos agotados y lánguidos, cuando los últimos de sus espasmos han desaparecido. Hundido contra el cojín de cuero a su espalda, me atrae a su lado. Con ternura, acuna mi rostro en sus manos y me acerca para un beso sin prisas. Mis labios están hinchados, pulsando por la febril intensidad de nuestra pasión y la fuerza de su clímax.

La lengua de Nick se desliza sobre la mía en caricias lentas y calmantes. Durante largos momentos, simplemente nos besamos y acariciamos y abrazamos. Cuando me suelta, me acurruco desnuda contra su costado, con mis piernas recogidas sobre el sofá.

Levanto la cabeza y encuentro su mirada entrecerrada. —Tanto para el desfile privado de lencería que querías.

Él gruñe, una sonrisa tirando de la esquina de su pecaminosa boca. —¿De qué estás hablando? Pensé que esto era solo el preludio.

Me río, mis dedos jugando ociosamente en su desordenado cabello oscuro. Su camisa blanca y crujiente está arrugada y desalineada, sus pantalones de traje a medida desabrochados y fruncidos alrededor de sus caderas. —Te ves terriblemente sexy así, señor Baine, todo agotado y desarreglado.

Una ceja negra se arquea en diversión oscura. —¿Quién dice que estoy agotado?

Se inclina hacia mí y acaricia mi pecho, rozando su pulgar sobre el pezón y haciendo un sonido bajo de aprobación cuando el capullo se tensa en respuesta incluso a ese breve toque. Levantando mi barbilla con las puntas de sus dedos, roza su boca sobre la mía en un beso tierno que me deja suspirando por más. Cuando se aleja de mí un momento después, no puedo frenar mi ceño fruncido.

—Evidentemente no soy el único que no está agotado todavía —pellizca mi pezón, luego toma mi mano y me levanta del sofá—. Ven conmigo.

—¿Adónde?

—A refrescarnos —dice—. Luego te llevaré a almorzar. Eventualmente.

5

CASI DOS HORAS DESPUÉS, Nick y yo estamos sentados en una acogedora mesa de esquina, disfrutando de un almuerzo tardío en uno de los mejores restaurantes del Upper East Side. Incluso a media tarde, el comedor está repleto. Como he trabajado en este negocio durante algún tiempo, soy perfectamente consciente de que la espera para una reservación en cualquiera de los locales del chef estrella en la ciudad puede ser de días o incluso una semana o más con anticipación.

Sin embargo, Nick y yo entramos sin problemas momentos después de llegar. Y aunque el maître fue infinitamente discreto mientras nos alejaba de la multitud de personas que esperaban en la entrada sus reservaciones, no dudo ni por un segundo que una mesa "casualmente está disponible" cada vez que Dominic Baine cruza la puerta.

Picoteo mi deliciosa comida de lubina a la parrilla, tratando de no quedarme mirando cuando veo a más de unas cuantas celebridades sentadas entre las mesas y banquetas ocupadas por ejecutivos, titanes de los negocios y medios, y señoras que almuerzan. A pesar de mi esfuerzo, noto que no soy la única tratando de no boquear. Nick y yo tampoco hemos pasado desapercibidos, y las miradas

disimuladas desde varias direcciones a través del salón me hacen revolverme un poco en la mullida silla de terciopelo debajo de mí.

Mi incomodidad no mejora por el hecho de que debajo de mi holgada blusa blanca de seda, estoy usando el sostén nuevo que Nick me compró. A su insistencia, después de hacer el amor en la ducha del baño privado de su oficina, le di el desfile de lencería que le prometí. No tenía intención de usar estas sensuales prendas íntimas para el almuerzo, pero una vez que me las vio puestas, se negó a dejar que me las quitara. Ahora, no puedo evitar sentirme conspicua por la forma en que las pequeñas rosas color borgoña se transparentan bajo mi blusa. Para mi mortificación, también puedo ver mis pezones, que apenas están cubiertos por las copas poco profundas del balconette.

Cuando miro a Nick, él me está observando mientras lleva su vaso de Lagavulin de doce años a sus labios. —Deja de preocuparte por lo que piensen de ti, Avery.

—Eso es fácil para ti decirlo —le digo, con voz tan baja como la suya, aunque nadie puede oírnos por encima del bullicio de animadas conversaciones que llenan el comedor—. Supongo que estaba imaginando sándwiches en una taberna o en una tienda de delicatessen, no... esto.

Me estudia por encima del borde del ancho vaso de líquido ámbar. —¿No te sientes cómoda aquí?

Me burlo suavemente. —Realmente no. —Mi mirada cae, incapaz de mirarlo mientras susurro mi vergüenza—. Si sabías que veníamos aquí, ¿por qué me hiciste vestir así?

—Porque me complace. —Coloca su bebida sin hacer ruido sobre la mesa cubierta con mantel y alcanza mi mano inquieta. Su palma se posa sobre mis dedos, cálida y firme—. Porque quiero que cada hombre en este lugar te mire con la misma lujuria que yo siento por ti. Quiero que entiendas el tipo de poder que tienes.

—¿Poder? —Mi cabeza se levanta confundida.

Intento retirar mi mano de la suya, pero él me mantiene en mi lugar. Curiosamente, su contacto me estabiliza, me centra, incluso

mientras siento que el pánico y la indignación crecen en mi pecho. Nick conoce mi historia. Le he confiado sobre el abuso repetido de mi padrastro, sobre mi violación la noche en que mi madre mató al hijo de puta. Lo último que quiero es atraer la atención de hombres que no conozco.

O la de personas que podrían mirarme en este refinado lugar y ver que no pertenezco aquí. Que no soy como ellos.

Que soy menos que ellos.

Que estoy dañada... sucia.

—Nick, no...

—Sin esconderse, Avery. No conmigo, ¿recuerdas? —Su mirada es intensa bajo la luz tenue del restaurante. Su agarre sobre mí no disminuye, pero su fuerza es persuasiva, no coercitiva—. Prometiste confiar en mí. —Acaricia el dorso de mi mano, con lentos roces de su pulgar sobre mi piel—. Acordaste que durante estas cien noches, eres mía. Lo que sea que pida, lo que me complazca. No meramente porque te lo exija, sino porque confías lo suficiente en mí como para dejarme llevarte a lugares a los que nunca has ido.

Trago saliva, lanzando una mirada ansiosa a nuestro alrededor. Estamos comenzando a atraer la atención de las mesas más cercanas a la nuestra. Siento que el calor inunda mis mejillas.

Sin embargo, por muy cohibida que me sienta, mi pánico está retrocediendo. Siento que su frialdad se derrite mientras Nick sostiene mi mano, acariciando mi piel mientras su ardiente pero fríamente controlada mirada me atrae hasta que él es todo lo que veo... todo lo que siento. Todo lo que conozco.

—¿Confías en mí, Avery?

—Sí. —La palabra sale de mi lengua sin titubear—. Sí, Nick. Confío en ti.

Sus labios se curvan casi imperceptiblemente, con satisfacción brillando en sus ojos. —¿Ves? Poder.

Jalando suavemente mi mano hacia su boca, besa las puntas de mis dedos, luego me suelta. Con naturalidad, toma sus cubiertos y

corta un trozo de su chuleta de cordero a la parrilla. —¿Qué tal está la lubina, señorita Ross?

Lo miro atónita, asombrada de que pueda pasar de una intensidad a toda máquina a una relajada despreocupación en un abrir y cerrar de ojos. Su cambio brusco me dice que nuestra conversación ha terminado. Ha dejado claro su punto y tengo que admitir que siento cierto desafío mientras enderezo mi columna y tomo un sorbo de mi Sauvignon blanc. Todavía no estoy totalmente cómoda con las miradas furtivas —y, ahora, la oleada de susurros— circulando por la sala, pero estoy cómoda con Nick.

Y, sí, confío en él.

—La lubina está increíble, señor Baine.

—Bien —dice, su tono cargado de calor sexual—. Te prometo que nunca te guiaré mal.

La mirada que me da es puro pecado. Me remuevo en mi silla, ansiosa por la anticipación de descubrir hasta dónde tiene la intención de llevar esa promesa.

Caemos en un silencio cómodo, ambos disfrutando de nuestra comida y bebidas. No me había dado cuenta de lo absolutamente hambrienta que estaba, pero, por otro lado, Nick y yo definitivamente sabemos cómo despertar el apetito. Estoy tan absorta en el placer de mi comida de cinco estrellas, que apenas registro el timbre amortiguado del tono de llamada de mi teléfono.

—Lo siento. —Horrorizada por ser esa comensal maleducada cuya llamada interrumpe toda la sala, me apresuro a alcanzar mi bolso y silenciar el maldito aparato. Nick me observa mientras miro la pantalla y luego envío a la tía de Tasha al buzón de voz.

—¿Nada que necesites atender?

Niego con la cabeza. —Revisaré mis mensajes más tarde.

—Porque si es algo relacionado con tu madre...

—No —respondo rápidamente—. No, no es nada de eso. Solo algo de lo que Tasha y yo hablamos hoy.

Él gruñe, tomando un sorbo de su whisky. —He estado pensando en ella últimamente. En tu madre, quiero decir.

—¿Ah, sí? —Soy ferozmente protectora con mi mamá. El tono de Nick no es más que de preocupación, pero que Dios me ayude, por mucho que intente sonar meramente curiosa, hay una tensión en mi voz que solo puedo rezar para que él no detecte—. ¿Qué hay con ella?

Deja su vaso, frotando pensativamente su pulgar a lo largo del borde. —Conozco gente, Avery. Abogados que podrían ayudar. Entre Beck y yo, conocemos a docenas de los mejores abogados del país, incluidos abogados de defensa penal. También conocemos a algunos jueces.

No digo nada por un momento, sin estar segura de lo que podría estar sugiriendo y reacia a adivinar. —Ella tiene un abogado, Nick.

Él se burla. —Un defensor público que, por lo que he entendido de ti, difícilmente sería apto para representar al perrero local. —Por muy dura que sea su opinión sobre Walter Stadler, Nick tiene cuidado de mantener su voz lo suficientemente baja para que solo yo la escuche—. Creo que podría ayudar. Quiero ayudar, Avery. Podemos conseguirle a tu madre un nuevo equipo de abogados de inmediato. A partir de ahí, podemos trabajar para conseguirle un nuevo juicio, con el tipo de representación que merecía desde el principio.

Escucho, atónita. Conmovida.

Aterrorizada.

Hay tanto que él no entiende. Tanto que no sabe, que no puede saber.

—Nick, el juicio fue un infierno para ella. Y ahora está en la enfermería sin idea de cuánto tiempo podría estar recuperándose. No creo que esté de acuerdo con nada de esto...

—Entonces tendrás que convencerla. —Extiende la mano por la mía nuevamente—. Déjame hacer esto por ella. Por ti.

—Nick, yo solo... —Niego con la cabeza débilmente mientras su mirada se clava en mí. Nick es un hombre acostumbrado a hacer que el mundo entero se doble a sus deseos. Lo he visto en acción,

así que sé que es completamente capaz de mover montañas si eso es lo que hace falta para conseguir lo que quiere.

Esto es diferente. Apenas puedo respirar mientras miro su hermoso rostro, tan lleno de sincera convicción. Tan lleno de determinación para arreglar algo que no puede ser arreglado, no de la manera que él piensa.

Me conmueve que quiera intentarlo, que genuinamente se preocupe por la situación de mi madre y, por extensión, que se preocupe por mí.

Pero hay cien razones por las que no puedo permitirle involucrarse. Todas se atascan en mi garganta, junto con el miedo que tengo de que un día, no seré capaz de mantenerlas dentro de mí.

—Nick. —Trago saliva, con la boca repentinamente seca. Mi mano sigue atrapada en su agarre, mi mirada igual de cautiva por la intensidad inquebrantable de sus ojos fijos—. No... no sé qué decir...

—Hola, Dominic.

La voz femenina cultivada nos toma a ambos por sorpresa.

Siento el pequeño sobresalto del pulso de Nick donde su mano cubre la mía, pero está ahí y desaparece en un instante. Sin retirar su contacto de mí, su rostro permanece impasible, imposible de leer. Pero el sonido inexpresivo de su voz me dice cuán disgustado está por la interrupción.

—Kathryn.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho. Conozco el nombre de esta mujer. Aunque, en realidad, su nombre es básicamente todo lo que sé sobre ella. Nick se ha negado a hablar de ella conmigo, aparte de admitir que habían sido íntimos en un momento, años atrás, cuando recién llegó a Nueva York. Dijo que ella solo estuvo en su vida por un corto tiempo, y aunque ahora trato de tranquilizarme con ese conocimiento, es obvio por el cambio en su comportamiento que esta mujer todavía tiene algún poder sobre él.

Es sorprendente darme cuenta de ello.

En los meses que he estado con él, no he conocido a nadie más que haya sido capaz de alterar el control impecable de Dominic Baine.

Ella ha entrado con otras dos mujeres, todas vestidas con el clásico negro neoyorquino y rebosantes de elegantes joyas. Hace un gesto para que sus compañeras se adelanten mientras ella se detiene en nuestra mesa y le da a Nick una sonrisa insegura. —Te ves bien, Dominic.

Él gruñe. —Te ves cansada, Kathryn.

Es grosero, pero tiene razón, noto. Hay una calidad vagamente demacrada en su refinado y hermoso rostro. Es alta y delgada, casi etérea, con una espesa melena de elegantes ondas grises que brillan como mercurio bajo la luz halagadora del restaurante. La falta de líneas en su piel de porcelana sugiere abundante vanidad y los medios para satisfacerla, pero ningún cirujano puede eliminar el tormento que vive en sus ojos oscuros.

Me mira brevemente, y siento una inexplicable punzada de simpatía por ella. Nick tiene la reputación de ser despiadado cuando se trata de sus antiguas amantes, un hecho que no se me escapa completamente mientras me siento incómodamente frente a él mientras la congela con su silencio.

Kathryn me ofrece una sonrisa agradable, aunque insegura, antes de volver su atención a Nick. Él levanta su copa a los labios y se termina el resto del whisky como si ella ya se hubiera marchado de nuestra mesa.

—Jared mencionó que te vio hace unas semanas en la fiesta del alcalde. Habría sido agradable si te hubieras acercado a saludar.

Me tenso ante la mención de Jared Rush. Conocí al encantador y apuesto artista más o menos al mismo tiempo que a Nick. Los dos hombres son amigos, lo que me parece interesante considerando que Jared insinuó que tenía algo más que una relación estrictamente platónica con Kathryn. Jared también permitió entender que hubo un tiempo en que Kathryn era prácticamente familia para Nick. Lo que

haya querido decir con eso, no lo sé, porque Nick se negó a dar más detalles.

Kathryn levanta la barbilla, todavía majestuosa incluso bajo la fulminante animosidad de Nick. —He oído sobre los planes del centro recreativo. Es algo bueno lo que estás haciendo. Para los niños y para ti.

Él la mira ahora, casi como una ocurrencia tardía. Sus ojos son acerados. Fríos con algo que quiero decir que es indiferencia, pero no lo es. Su filo es demasiado afilado para ser apatía.

Nick está furioso.

—¿Hay algo que quieras, Kathryn?

Su animosidad hacia esta mujer es obvia, si bien solo para mí. No me avergüenza admitir que he pasado estos últimos meses estudiándolo con un interés casi devocional. Lo conozco. Me gusta pensar que lo conozco mejor que casi cualquier otra persona. Pero ahora que estoy sintiendo la fuerza glacial de su reacción ante Kathryn, tengo mis dudas.

—Solo quería decirte que si necesitas mi ayuda en algún momento. Si necesitas mi respaldo...

—No lo necesito.

La respuesta cortante la silencia. Durante un largo momento, ella simplemente se queda allí, aunque dudo en llamarla derrotada. —Está bien, Dominic. Entiendo. —Se lleva la mano para arreglar un defecto inexistente en su cabello perfectamente peinado. Manchas claras y moteadas salpican el dorso de su esbelta mano enjoyada, otra pequeña traición de su edad—. Perdón por interrumpir su almuerzo.

Me mira, y me pregunto si hay algo que me diría si Nick no estuviera sentado aquí, vibrando con ira contenida. ¿Me advertiría que me alejara de él como lo había hecho Margot, mi amiga que trabaja en la galería de Nick? ¿O Kathryn disfrutaría más viendo cómo me estrello y me quemo una vez que Nick se canse de mí como aparentemente lo hizo con ella?

No me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración hasta que sale precipitadamente de mí tras su partida. Ella se desliza fluidamente para unirse a sus parlanchines compañeros, mientras un manto se asienta sobre el rincón que comparto con Nick.

—Lo siento por eso. —Suelta mi mano, la suya retrocediendo suavemente, incluso casualmente, de vuelta a su lado de la mesa. Siento la ausencia como si una ráfaga de aire frío acabara de barrer la habitación. De hecho, lo ha hecho.

El frío que existe entre Nick y Kathryn ahora se ha expandido para engullirme a mí también.

Terminamos nuestra comida en un horrible e incómodo silencio. Tan pronto como el camarero aparece para retirar nuestros platos, Nick pide la cuenta.

Estoy desesperada por que me hable, que me explique lo que acaba de suceder y por qué esta mujer todavía parece tener un control perturbadoramente fuerte sobre sus emociones. Me cuesta mantener mis preguntas para mí misma mientras nos levantamos de la mesa y nos dirigimos afuera para encontrarnos con la limusina de Nick en la acera.

Patrick está esperando en la puerta trasera del pasajero mientras nos acercamos, con la palma de Nick apoyada en la parte baja de mi espalda. Me siento aliviada por el contacto, y por el pequeño beso que coloca en mi mejilla mientras el conductor nos abre la puerta.

Entro primero, esperando que Nick se deslice detrás de mí.

En cambio, hace una pausa fuera del auto. —Patrick, por favor lleva a Avery de regreso a Park Place. Tengo algunas cosas que terminar en la oficina. Tomaré un taxi desde aquí.

—¿Qué? —Lo miro desde el auto, confundida. No dudo que tenga mucho trabajo esperándolo en su oficina, pero sé muy bien que esto es una evasión. Una evasión. No quiere lidiar con las preguntas que debe saber que tendré, así que me está excluyendo tan seguramente como lo hizo con Kathryn—. Nick...

—Patrick se asegurará de que llegues a casa a salvo. Te veré más tarde esta noche.

No me da la oportunidad de discutir o responder. Cerrando la puerta, asiente a su conductor, luego se aleja para llamar a un taxi mientras la limusina se incorpora al tráfico y me aleja velozmente sin él.

6

EL PORTERO DEL EDIFICIO Park Place me recibe en la limusina con su habitual alegría cuando Patrick conduce bajo el pórtico cubierto con techo de cristal. Corpulento y con pecho de barril, viste un traje oscuro con un doble ribete de piping plateado en las muñecas, a pesar del calor de agosto. —Buenas tardes, Srta. Ross.

—Hola, Manny.

El hombre grande, de mediana edad, con su rápida sonrisa y cálidos ojos color avellana, ha sido sumamente amable conmigo desde la primera noche que aparecí aquí. Había venido con Tasha a cuestas, las dos ansiosas por revisar el apartamento que me habían contratado para cuidar, perteneciente a otra residente del edificio, Claire Prentice, una actriz que conocí mientras trabajaba en Vendange.

Esa también fue la noche en que vi a Nick por primera vez, después de casi chocar con él en el elevador. Cuatro meses y medio atrás a veces parece ayer. También parece una eternidad.

Se ha convertido en parte de mi vida, y hay días en que no puedo imaginar cómo sería sin él. Cuando Nick me mira a veces, quiero pensar que él siente la misma inexorable conexión hacia mí. *Creo* que la siente.

Pero después de hoy —después de su reacción casi visceral ante una mujer de su pasado, seguida por su brusco rechazo hacia mí— me pregunto si realmente sé algo sobre él. Me pregunto si alguna vez me permitirá entrar de verdad.

—¿Tiene algún otro paquete con usted hoy, Srta. Ross... eh, Avery?

Me divierte notar el cambio de Manny hacia una menor formalidad conmigo, algo en lo que insistí poco después de mudarme al edificio. A pesar de la confusión y el enojo que aún cargo desde el almuerzo, no es difícil esbozar una sonrisa para el único hombre que siempre tiene una sonrisa brillante o una palabra amable para mí.

—Solo esta bolsa —le digo mientras salgo de la limusina—. La llevo yo, gracias.

Como llevo puestas las compras del día, la bolsa de L'opale que guardé en el vehículo durante el almuerzo contiene la ropa interior que tenía cuando salí del apartamento esta mañana.

Todo el discurso de Nick sobre querer que me sienta poderosa y segura parece una broma mientras Manny me abre la puerta y me dirijo por el vestíbulo de la imponente torre que es solo una más de las extensas propiedades de Baine International.

Yo me siento como una broma.

¿Cuánto tiempo pasará antes de que Nick se canse de mí y me encuentre en el lugar de Kathryn?

¿Estaré algún día parada frente a él, desesperada por alcanzarlo pero recibiendo solo un desprecio impenetrable y mordaz a cambio? ¿Ya estoy encaminada hacia esa eventualidad?

Cien noches.

Eso es lo único que me ha prometido.

¿Debería sorprenderme realmente si eso es todo lo que tengo al final?

Ese pensamiento me persigue mientras presiono el botón del elevador y espero a que el ascensor descienda. Mientras estoy allí, me doy cuenta de que no he revisado mi buzón de voz desde que

llamó la tía de Tasha. Saco el teléfono de mi bolso y reproduzco el mensaje que me espera.

Ha hecho algunas llamadas sobre espacios baratos para estudios de arte, pero no ha encontrado nada. La única posibilidad que ha encontrado es una situación de subarriendo compartido en una zona en desarrollo de East Harlem.

—Hay una buena posibilidad de que pueda pedir un favor y conseguirte una cita para verlo hoy, pero necesito saber de ti lo antes posible. Por favor, avísame si estás interesada.

Mierda.

Su mensaje fue marcado hace casi dos horas.

Haciéndome a un lado mientras llega el elevador y sale un pequeño grupo de personas, presiono el botón de rellamada y espero no llegar demasiado tarde.

—Sra. Vargas —digo cuando contesta al segundo timbre—. Hola, soy Avery, la amiga de Tasha. Lamento mucho haber perdido su llamada antes. ¿Todavía será posible ver ese subarriendo que encontró?

Me dice la dirección y me pregunta si puedo encontrarme con ella allí en media hora. Considerando que es un viaje de quince minutos en metro hasta el vecindario de East Harlem, eso significa que tengo unos diez minutos para cambiarme de ropa y llegar a la estación.

—El espacio es pequeño y nada lujoso, querida. Pero según entiendo, estás principalmente interesada en el precio y una ubicación decente, y esto cumple con ambos requisitos.

La idea de tener un espacio propio en el que pintar nuevamente me revitaliza tanto que no me importaría si el subarriendo fuera un armario infestado de ratas. Necesito pintar simplemente por mi propia cordura, pero no puedo negar que todavía tengo la esperanza de ver algún día mi arte a la venta en una galería nuevamente. Estoy prácticamente vibrando de emoción mientras entro al elevador vacío y presiono el botón del ático.

—Suena genial, Sra. Vargas.

Por muy ansiosa que esté por ver el espacio, también me siento aliviada de tener algo productivo que hacer, en lugar de quedarme sentada lamiendo mis heridas y esperando a que Nick regrese.

Tasha tenía razón cuando dijo que mi arte es parte de mí. Es una parte que he estado descuidando durante demasiado tiempo. Si aprendí algo hoy, es que no puedo permitirme perderme a mí misma porque estoy enredada con alguien más. Ni siquiera si ese alguien es Dominic Baine.

Diablos, especialmente él.

—Gracias de nuevo, Sra. Vargas. La veré en treinta minutos.

~ ~ ~

Resulta que el subarriendo no está infestado de ratas. Sin embargo, es solo un poco más grande que un armario. También es un estudio cooperativo utilizado por otros dos artistas: un pintor y una escultora de técnica mixta. Solo una de ellos, la escultora, está allí cuando llegamos al estudio de una habitación sobre una zapatería en la avenida Lexington. Es una chica curvilínea con un rostro hermoso y un cabello corto y desigual teñido en los colores oscuros del arcoíris, como un derrame de petróleo. Innumerables tatuajes y piercings decoran su pálida piel marfil.

—Soy Lita Frasier —dice, dándome un apretón de manos rutinario mientras la Sra. Vargas y yo entramos al espacio estrecho y desordenado.

—Avery Ross. Gracias por permitirme venir a echar un vistazo.

Ella se encoge de hombros y se aleja de nosotras, dirigiéndose a silenciar la música que suena desde una grabadora decrépita salpicada de pintura al otro lado de la habitación. El CD que suena es Mozart, lo que es una sorpresa, pero algo me dice que a Lita le gusta sorprender a la gente.

Dos caballetes, uno vacío, el otro con una pintura a medio terminar, están instalados en un lado de la habitación. La mayor parte del otro lado está ocupada por una colección de lo que me siento tentada a llamar basura. Cajas de plástico para leche rebosan de objetos metálicos de todas formas y tamaños, trozos aleatorios

de madera, piezas de vidrio roto, contenedores de alambre retorcido y otros materiales variados.

En la larga mesa de trabajo hay una escultura abstracta hecha con muchos de esos objetos. Su forma es a la vez perturbadora por sus muchos bordes dentados y protuberancias afiladas, pero sublimemente elegante en la forma en que todas sus piezas de alguna manera se combinan para crear algo hermoso.

—Trato de mantener todo bastante relajado por aquí —me informa Lita, dándose cuenta de que estoy mirando su trabajo—. Este es mi estudio, pero arriendo espacio a corto plazo a otros artistas para ayudar a cubrir mi renta, que es ridícula, incluso para esta sección de la ciudad. Normalmente solo dejo hacer esto a personas que conozco, pero como mi mamá y Rosa son amigas, le dije que estaba dispuesta a hacer una excepción contigo. Supongo.

Miro a la Sra. Vargas con interrogación. —Cuando dijo que estaba pidiendo un favor para conseguirme una cita hoy...

Ella levanta el hombro. —Mi sobrina te adora y dijo que necesitabas ayuda para encontrar un lugar donde trabajar. Para eso son los favores.

—Cobro doscientos ochenta al mes en efectivo, más un mes de depósito por una copia de mi llave —dice Lita—. Si eso te parece bien, arreglamos las cosas, luego puedes venir cuando quieras, instalar tus cosas y trabajar aquí tan a menudo como gustes.

Suena bien. Me parece bastante genial.

—Lo tomaré.

No puedo decir si el movimiento de su ceja perforada significa que está feliz o decepcionada. Le entrego la mayor parte del efectivo que metí en mi bolso cruzado antes de salir del ático, y ella me entrega una llave oxidada para la puerta.

Mientras la guardo en mi bolsillo y la Sra. Vargas se aleja para responder a un mensaje entrante, Lita apunta un dedo tatuado bajo mi cara y luego me da algunas instrucciones concisas sobre cómo espera que me comporte cuando use su estudio.

—No ocupes ilegalmente aquí. Tampoco te acuestes con nadie aquí. Y absolutamente nada de robar. ¿Claro?

Asiento. —Sí, por supuesto. ¿Has tenido ese problema antes?

Ella entrecierra los ojos, y aclaro mi garganta antes de que decida cambiar de opinión sobre todo esto.

—Bien. No tienes que preocuparte por nada de eso conmigo. Lo prometo.

Sin responder, saca su teléfono del bolsillo trasero de sus jeans negros rasgados y comienza a tocar la pantalla. —¿Celular?

Mientras le doy mi número de teléfono, su cabeza colorida se inclina hacia mí.

—¿Código de área de Pensilvania? Crecí en Filadelfia.

—Ah —Fuerzo una sonrisa ante la mención de mi estado natal—. El mundo es pequeño.

No por primera vez, desearía haber tenido la previsión de conseguir un número de Nueva York tan pronto como me mudé aquí. Quería facilitarle las cosas a mi mamá, así que conservé el viejo número que ella sabía de memoria. El que también registré con la prisión el día que fue procesada y encerrada.

—Bien, todo listo —Lita me da un leve asentimiento, luego toca algo en su teléfono. El mío inmediatamente vibra con un mensaje entrante—. Ese es el código de acceso al edificio. La mitad del tiempo, mis vecinos imbéciles lo dejan abierto, pero en caso de que alguna vez vengas aquí y esté cerrado, marca 9-3-2-7 para entrar.

—Está bien. Gracias.

La Sra. Vargas y yo salimos unos minutos después, deteniéndonos para despedirnos en la calle.

—¿Puedo llevarte a algún lado, Avery? Tengo una reunión con un cliente al otro lado de la ciudad en unos minutos, pero estaré encantada de dejarte en la estación del metro.

Miro hacia el cielo despejado de la tarde y sacudo la cabeza. —No, gracias. Está subiendo la calle y es un día tan agradable que prefiero caminar. Además, me dará la oportunidad de ver qué hay alrededor.

Después de que ella se despide con la mano y se dirige al estacionamiento a un par de cuadras de distancia, emprendo un paseo tranquilo hacia la estación del metro. Este barrio de Spanish Harlem parece un mundo alejado de las elegantes manzanas del Upper East Side, pero el cambio de escenario es refrescante. Estas aceras están bordeadas de modestas tiendas minoristas y restaurantes locales que tientan con todo, desde tacos hasta teriyaki.

Más adelante en la siguiente cuadra, una pequeña tienda de comestibles con frutas frescas y productos agrícolas en exhibición afuera llama mi atención. Camino en esa dirección y me detengo bajo los toldos rojos para examinar los recipientes de fresas maduras y naranjas aromáticas. Todo se ve tan bien que no puedo resistirme a llevar algunas cosas a casa.

No llevo más de diez minutos en la tienda cuando suena mi teléfono. Malabareando con mi canasta de comestibles en un brazo, miro la pantalla. Número privado. Raramente contesto este tipo de llamadas. Todo en mí me insta a ignorar esta también.

Pero podría ser Lita. Podría ser alguien de la enfermería de la prisión llamando sobre mi mamá. Podría ser cualquiera. Sin embargo, hasta la médula, sé que no es cualquiera, incluso mientras deslizo la pantalla de bloqueo y me llevo el teléfono al oído.

—¿Hola?

Durante un largo momento no dice nada. En el silencio, siento una chispa de esperanza de que tal vez mi paranoia sea solo eso. El sentimiento no dura.

—Hola, Avery —Mi respiración se paraliza en mis pulmones mientras la voz que temo —la única persona que temo más que cualquier otra en mi vida en este momento— suelta una risita delgada—. Tanto tiempo sin oírnos.

Miro nerviosamente alrededor de la tienda, sintiendo que el pánico frío comienza a burbujear dentro de mí. —Deja de llamarme, ¿me oyes? Deja de mandarme mensajes —Mi voz es tensa, cortante. Ruego que lo tome como furia y no como el terror que saboreo en

mi lengua mientras siseo en el receptor—. No tengo nada que decirte.

—Ohh, ¿ves? Ahí es donde te equivocas. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar —Lo escucho dar una calada a un cigarrillo, luego exhalar lentamente—. Podemos comenzar hablando del veintiuno de agosto.

Una humedad pegajosa se asienta en mi nuca. Hace nueve años en esa fecha, mi madre disparó y mató a su esposo, Martin Coyle. Él es la razón por la que ha estado viviendo en la Prisión Estatal de Muncy todo este tiempo. *Yo* también soy la razón. Porque si mi padrastro no me hubiera estado abusando, si no hubiera logrado finalmente hacer más que eso el veintiuno de agosto, mi madre no estaría cumpliendo una cadena perpetua por asesinato.

Mis sienes comienzan a palpitar. Estoy respirando fuerte y rápido, pero no parece que pueda obtener aire. La pequeña tienda se siente de repente demasiado caliente, demasiado llena de otras personas.

—¿Sigues ahí, Avery? —Suena divertido—. Tal vez prefieras hablar de tu mamá. Parece que esa caída realmente le pasó factura.

Ante su tono inexpresivo, un escalofrío me recorre. La sospecha que me ha estado carcomiendo respecto a su accidente en la prisión hace dos semanas ahora inunda mis venas como agua helada. —¿Tuviste algo que ver con eso?

—¿Yo? —Se ríe como si acabara de contar un chiste—. Vamos, ¿qué te haría decir algo tan hiriente como eso, Avery? Solo estoy preocupado por ella, eso es todo.

—Déjala en paz —Bajo la voz, tratando de que no me escuchen dentro del ajetreado mercadito—. Quiero que nos dejes en paz a las dos, maldita sea. ¿No hemos sufrido todos lo suficiente?

—Ni de cerca, niñita.

El término cariñoso raspa mis sentidos incluso más que su amenazante respuesta, como estoy segura que pretende. La bilis surge en la parte posterior de mi garganta como reflejo al escucharlo nuevamente después de tantos años. —Aléjate de mi madre. Aléjate de las dos, o llamaré a la policía.

—Ambos sabemos que no lo harás. Y ambos sabemos por qué.

Ignoro esta última amenaza. No porque sea falsa, sino por el puro terror que enciende en mí escucharle decir esas palabras. Necesito proteger a mi mamá. Necesito protegerme a mí misma y esta nueva vida que estoy tratando de crear a partir de las cenizas de mi horrible pasado.

—He terminado con esta conversación —le espeto—. No sé qué crees que tienes que ganar acosándome a mí o a mi madre, pero estás equivocado.

—¿Sí? Estoy seguro de que ese ricachón con el que te acuestas podría tener algo más que decir al respecto.

Bufo, horrorizada. —¿Esto es por dinero?

—Esto es sobre deudas, niñita.

Un violento escalofrío me sacude. En lugar de su voz, en mi cabeza ahora escucho otra cantando el nauseabundo término cariñoso. Una voz tan similar a mi acosador actual, porque pertenecía a su padre, Martin Coyle.

Mis sienes comienzan a palpitar. —No me llames así. No me llames así nunca, maldita sea, o voy a...

—¿O vas a qué, Avery? ¿Dispararme?

Si hubiera escuchado ira en sus palabras —o cualquier otra emoción— podría haber disminuido parte de mi temor. Pero todo lo que registro es frialdad. Y una determinación inquebrantable.

—Déjame en paz, Rodney. Por favor. Solo... vete. Déjanos en paz a mí y a mi mamá.

Le toma un segundo responder. Cuando lo hace, la agudeza de su voz me atraviesa como una hoja. Como una bala. —Hablaremos de nuevo, Avery. Puedes apostar tu vida a eso.

Termina la llamada y me quedo allí, aturdida y temblando.

Sé que Rodney habla en serio.

No va a dejarme en paz.

No va a dejar de llamar.

Ahora que me ha encontrado después de todos estos años, no dejará de perseguirme. No hasta que consiga lo que sea que piensa

que se le debe. Tal vez ni siquiera entonces.

—¿Está bien, señorita? —Uno de los empleados me llama desde donde está reabasteciendo una canasta de productos horneados.

—Sí. Estoy... —Sacudo la cabeza, sintiéndome aturdida. Atrapada.

Desesperada por escapar del problema que sabía que me encontraría algún día.

Dios, ¿qué voy a hacer?

Abandonando mi canasta llena de comestibles justo donde estoy, me apresuro hacia la salida. Escucho al empleado de la tienda llamándome con preocupación, pero no me detengo. No disminuyo mi paso ni por un instante, ni siquiera una vez que estoy afuera bajo la brillante luz del sol de la tarde.

Mientras me apresuro hacia la estación del metro a unas cuadras de distancia, el semáforo me detiene en la esquina mientras los autos pasan rápidamente. A mis pies hay una gran rejilla de alcantarilla, con aberturas lo suficientemente anchas para perder un tacón.

O un teléfono.

Miro mi mano. Mis dedos están tan apretados alrededor de mi celular que es un milagro que el dispositivo no se haya destrozado.

No puedo huir de mi pasado. Lo sé.

Pero me condenaré si voy a facilitarles las cosas a mis demonios para que me atrapen más de lo que ya he hecho.

El semáforo cambia a verde.

Relajo mi agarre sobre mi teléfono, luego veo cómo la rejilla lo traga antes de bajar de la acera.

7

ESTOY DEMASIADO ALTERADA PARA regresar de inmediato al gran y vacío penthouse. La voz de mi hermanastro suena en un ciclo interminable en mi cabeza, su amenaza apenas disimulada se cierne sobre mí como un fantasma oscuro del que no puedo librarme.

En lugar de tomar el metro hasta la estación más cercana al edificio de Nick, me bajo un par de paradas antes y hago un pequeño desvío caminando hacia Central Park. Sentada bajo los árboles, rodeada de casi 850 acres de naturaleza y el sonido de las risas de los niños que llega hasta mí desde el carrusel cercano, finalmente puedo respirar de nuevo.

Apenas noto el paso del tiempo hasta que las sombras comienzan a alargarse y los grupos de niñeras con sus pequeños a cargo empiezan a dispersarse.

Para cuando llego al edificio Park Place, ya casi ha anochecido.

Escucho la voz tensa de Nick tan pronto como salgo del ascensor hacia el penthouse. Aparece en el vestíbulo, con el teléfono en la oreja. Se ve demacrado, todavía con los pantalones de traje y los zapatos oxford negros, la camisa blanca por fuera y desabrochada en la parte superior, las mangas enrolladas sobre sus antebrazos. Su mirada me atraviesa, cargada de enojo... y alivio.

—No te preocupes, Tasha —cuando habla ahora, su voz es baja. Inquietantemente serena—. No. Acaba de entrar.

Termina la llamada y, sin decirme una palabra, camina de vuelta hacia el amplio apartamento y deja su teléfono sobre la encimera de la isla de la cocina. Noto una botella de whisky abierta allí. A su lado hay un vaso con casi dos dedos de líquido ámbar. Nick se lo toma de un solo trago.

—¿Dónde has estado?

La calma de su voz desmiente el descontento que percibo en cada línea tensa de su cuerpo. Aunque solo nos separa el espacio abierto de la gran sala de estar, siento como si todavía estuviera parada al otro lado del muro emocional que construyó entre nosotros esta tarde. Miro la parte posterior de su cabeza oscura mientras me acerco a él.

—Tenía una cita para ver un estudio de arte en subarriendo esta tarde.

—Eso escuché. Tasha me dijo que su tía te dejó en East Harlem hace tres horas.

¿Había pasado tanto tiempo? —Decidí pasar por el parque un rato después.

Me digo a mí misma que no tengo motivos para sentirme culpable por haber ido, pero cuando Nick gira para mirarme ahora, apenas puedo evitar estremecerme. Está furioso. Solo una vez antes he sido el blanco de su ira: la noche en que casi terminamos por mis secretos. Entonces tenía una mirada similar en sus ojos.

Una mirada de sospecha.

Desconfianza.

—¿Te vas sin decir nada? Por Dios, Avery. Ni siquiera sabía que estabas interesada en buscar un estudio.

Mi propio temperamento se enciende ahora. —No sabía que tenía que informarte de cada uno de mis movimientos. ¿O eso también es parte de tus condiciones para nuestra relación? ¿Acaso tenemos una relación, Nick?

Sé que eso es injusto, incluso mientras lo digo. Pero yo también sigo enojada con él. Todavía estoy dolida por el hecho de que me excluyó hoy. No espero su respuesta. Dándome la vuelta, me dirijo al dormitorio para dejar mi bolso en la cómoda y quitarme los zapatos.

Nick me sigue. —¿Qué está pasando? Obviamente estás molesta conmigo. ¿Así es como lo manejas, ignorando mis llamadas y mensajes? He estado tratando de contactarte durante horas, Avery. Luego llego a casa y no estás aquí. Por el amor de Dios, pensé que te había pasado algo. —Suelta un suspiro brusco—. Pensé que te habías ido.

Lo miro. No hay duda de que está enfadado, pero solo ahora estoy viendo la preocupación en su rostro. Sus labios están tensos, su mandíbula rígida. Y detrás de la ira que destella en sus ojos hay un miedo real.

Miedo por mí.

Porque llegó a casa y me encontró ausente.

¿Porque pensó que lo había dejado?

—Lo siento. —Niego con la cabeza, sintiéndome mal por haberlo preocupado. Y debo ser terrible en muchos sentidos, porque esa pequeña admisión de que él podría necesitarme tanto como yo lo necesito a él hace que mi corazón comience a latir con fuerza en mi pecho—. No sabía que me estabas buscando. Yo... perdí mi teléfono hoy. —La mentira se siente amarga en mi lengua—. Supongo que debí dejarlo caer en el metro o algo así.

—¿Has estado caminando por la ciudad sin forma de comunicarte conmigo todo este tiempo? —Frunce el ceño, su rostro oscureciéndose—. Esa es una razón más por la que debería ponerte sobre mis rodillas.

Mi respiración se entrecorta y siento que mis mejillas arden ante ese comentario. —No soy una niña, Nick.

—No, no lo eres. —Da un paso hacia mí—. Y eso no es lo que quise decir.

Que Dios me ayude, esa curva seria pero inconfundiblemente carnal de su boca mientras habla debería provocar un centenar de reacciones diferentes en mí. Y lo hace, pero junto a la conmoción, la más fuerte es la excitación. Aparto la mirada de él, inquieta por lo fácilmente que este hombre puede seducirme.

Sus dedos están brevemente bajo mi barbilla, levantando mi mirada hacia la suya. —Al diablo con el teléfono. Puede reemplazarse. En cuanto a un estudio, si querías espacio para pintar, solo tenías que decirlo. Hay bastante espacio para que trabajes aquí.

—Nick, tú no...

—Sí, Avery, lo hago. Si tienes necesidades, cualquier necesidad, me encargaré de ellas. Tengo los medios. Creo que ambos sabemos que soy capaz.

Me humedezco los labios, sintiendo el calor de esa promesa envolver mis sentidos. De alguna manera logro liberarme del hechizo que está lanzando sobre mí y niego con la cabeza. —Ya di un adelanto por el subarriendo. Es un estudio compartido con otros artistas. Necesito poder pintar. No aquí, sino en un lugar propio. —Me obligo a mantener su penetrante mirada—. Necesito algunos límites entre tú, yo y la realidad.

—Realidad. —Su rostro permanece impasible, pero hay un destello de sorpresa en sus ojos. Disgusto en la forma en que su mano lentamente se aleja de mí—. ¿Esto es por lo que pasó en el almuerzo hoy?

—Ver a alguien con quien te acostaste no me molestó tanto como lo que sucedió después. —Es la verdad, aunque ardo de sospecha sobre lo que Kathryn alguna vez significó para él—. Me excluiste hoy. Me hiciste sentir que no era importante para ti.

Tan conmocionada como sigo estando por mi conversación con Rodney Coyle, es esta confrontación actual la que me hace temblar. No quiero perder a Nick. No quiero perder lo que tenemos, por elusivo que sea. Hoy sentí que nuestra conexión se desvanecía, y me aterrorizó. Todavía tengo miedo de mantener mi corazón abierto para él cuando no tengo nada sólido a lo que aferrarme.

Cuando empiezo a alejarme de él, Nick traza el dorso de sus nudillos contra mi mejilla, deteniendo mi retirada. Su otra mano se desliza hacia mi espalda, acercándome más de lo que estaba antes.

—Te dije una vez que no hago relaciones. Demonios, no sabría cómo aunque lo intentara. Soy demasiado egoísta, Avery. Arruino las cosas. Lastimo a la gente. Supongo que hoy es un buen ejemplo de eso.

Suena arrepentido, sus palabras cuidadosas mientras acaricia el costado de mi rostro.

—Tú *eres* importante para mí. *Esta* es la realidad. —Mientras habla, toma mi mano, presionándola contra su pecho. Su corazón late fuerte y pesado contra mi palma. Estamos tan cerca ahora, que también puedo sentir el calor y el poder de su cuerpo. Su mirada está fija en la mía, sin darme espacio para huir. Ningún lugar donde esconderme—. Te sientes bastante real para mí.

La tentación de ceder ante él en ese mismo instante es abrumadora, pero necesito más.

Hoy más que nunca, con la duda arañándome y mi pasado resucitado y amenazando con destruirme, necesito algo más de Nick que solo esta necesidad mutua que ninguno de nosotros puede resistir.

—Cuéntame sobre ella. Dime qué significa para ti.

—Kathryn Tremont no significa nada para mí. Ya te lo he dicho.

—Pero no me has contado qué pasó entre ustedes dos.

Los pocos detalles que ha compartido —y solo porque lo presioné una vez antes— han pintado apenas un breve bosquejo. Sé que ella y Nick fueron amantes. Según él, fue solo por un corto tiempo después de que él llegara por primera vez a Nueva York. Sé que hubo un momento en que sus necesidades sexuales eran considerablemente más oscuras de lo que son ahora, pero él ha insistido en que Kathryn nunca formó parte de eso con él.

Como no tiene motivos para mentirme, no dudo de ninguna de las cosas que ha revelado sobre su pasado. Son las cosas que no ha

compartido las que más me asustan. Después de todo, yo también soy maestra en ese juego.

—Kathryn y yo somos historia antigua, Avery. No es importante, ella tampoco lo es.

—Entonces, ¿por qué todavía la odias?

—No la odio.

—¿La amaste? —Necesito saberlo, incluso si él nunca será capaz o estará dispuesto a aplicar la palabra a mí. Quizás especialmente por eso—. ¿Alguna vez estuviste enamorado de ella?

—No.

Mi alivio se escapa en un suspiro contenido.

—Sin embargo, me preocupaba por ella. Y lo que es más, confiaba en ella. —Su mandíbula parece tensa, aunque no puedo estar segura si es por la renuencia a hablar de ella o por el recuerdo de lo que pasó entre ellos—. Confié en Kathryn en un momento en que no tenía nada más que dar. Me traicionó. No le permito a nadie la oportunidad de hacerlo dos veces.

Hay una cualidad vulnerable en esta confesión, pero no me atrevo a tomarla como debilidad. No cuando sus ojos son fríos y oscuros de significado. Por mucho que esté compartiendo una parte de sí mismo conmigo, también es una advertencia.

Es una que respeto, porque cuando se trata de confianza y el castigo por romperla, Nick y yo somos muy parecidos.

Es una lucha mantener su mirada penetrante, especialmente cuando el peso de mis propias mentiras y evasiones me presiona aún más ahora. Él parpadea, y parte del filo ha desaparecido de su mirada.

—No debí haberte dejado en la acera como lo hice. Ver a Kathryn me convirtió en una compañía inadecuada. Habíamos tenido un día tan bueno juntos hasta entonces, no quise arruinarlo llevando mi mala actitud a casa contigo. En su lugar, desahogué mi agresión en algunas negociaciones de contratos en la oficina.

Acaricia el costado de mi cabeza, pasando su mano sobre mi cabello suelto. Cuando sus dedos se hunden en los mechones

sueltos para rodear mi nuca, la sensación es tan cálida y posesiva que no puedo contener mi pequeño gemido de placer. —Si hubiera vuelto a casa contigo, dudo que tu mala actitud hubiera durado mucho tiempo.

Una leve sonrisa tira de la esquina de su pecaminosa boca. —¿Ah, sí?

Asiento, cayendo más profundamente bajo el hechizo de su toque. —La próxima vez, háblame. Podrías haber descargado parte de esa agresión en mí.

Un gemido bajo retumba en su garganta. La tensión que siento en él cambia instantáneamente a algo más profundo, algo necesitado y hambriento. Desciende sobre mi boca. Febril, hambriento, me besa como si no hubiéramos estado en los brazos del otro durante días, no solo unas pocas horas.

Cuando finalmente rompe el contacto, estoy jadeando y tan excitada que apenas puedo ver con claridad. Su boca se desliza hacia el punto sensible debajo del lóbulo de mi oreja antes de bajar por el costado de mi cuello hasta la curva de mi hombro.

Me sobresalto cuando me da un mordisco agudo.

—Eso es por no decirme dónde estabas esta tarde. —Cuando se retira para mirarme, su hermoso rostro está tenso con exigencia... y deseo—. No vuelvas a preocuparme por tu seguridad nunca más. Y nunca me ocultes tus necesidades. ¿Entendido?

Deslizo mis manos bajo su camisa desabotonada. —Sí, señor.

Una cruda energía sexual emana de él mientras lo miro y murmuro esas palabras. Hemos jugado a estos juegos solo unas pocas veces, lo suficiente para que yo sepa el poder que mi sumisión tiene para él. Su erección ya es prominente, pero se vuelve aún más firme, rígida como una gruesa columna de piedra donde presiona contra mi abdomen.

—Nena —gruñe, y luego toma mi boca nuevamente, su lengua empujando mientras sus manos se mueven con eficiencia para despojarme de mi blusa y sostén. Cuando mis pechos quedan desnudos ante él, los recoge en sus palmas, amasándolos con

dureza, su toque tan primario como su beso. Su boca está caliente sobre la mía, luego salvaje sobre mis pechos mientras lame, chupa y acaricia hasta llevarme a un estado de excitación casi sin huesos.

Forcejeo con los botones de su camisa de vestir, pero soy demasiado lenta. Mis movimientos están impedidos por la necesidad resbaladiza y caliente que ruge a través de cada fibra de mi ser. Con un sonido inarticulado de impaciencia, él se arranca la camisa hecha a medida, enviando botones por todas partes.

Mis manos recorren su piel suave y la firme musculatura de su pecho y abdomen. Pero es su verga lo que necesito aún más en mis manos. Envuelvo mi mano sobre el bulto sólido debajo de la cremallera de sus pantalones de traje, gimiendo cuando siento su miembro contraerse contra mi palma. Un profundo temblor responde en mi núcleo, encendiendo mi sangre.

—Oh, Dios, Nick. Por favor...

Mis jeans y bragas desaparecen en el siguiente instante. Su mano va entre mis muslos, abriéndolos más. Grito cuando sus dedos se deslizan en la hendidura húmeda de mi sexo. Atormenta mi clítoris, sus dedos frotando y rozando, sabiendo exactamente cómo hacer que arda. El placer se espiral a través de mí, agudo y blanco, listo para explotar. Me retuerzo en su mano, desvergonzada en mi necesidad. Cuando me penetra con dos dedos, luego otro, me aferro a sus hombros, necesitando algo a lo que agarrarme mientras mi orgasmo se retuerce con los primeros indicios de liberación.

Hace un ruido bajo, entre una risa y un gruñido. —No debería hacértelo tan fácil.

Estoy jadeando, a punto de venirme cuando de repente retira su toque. Da un paso atrás y me mira con ojos ardientes y entornados.

—Después de cómo me preocupaste hoy, debería hacerte rogar. —Su voz está cargada de una peligrosa y carnal autoridad.

Mi clítoris palpita como si obedeciera una orden.

—Lo haré —jadeo, sin sentir vergüenza alguna. Con él, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. Y él lo sabe—. Si eso es lo que quieres, rogaré.

Sus dedos encuentran mi clítoris nuevamente, pero esta vez solo está jugando conmigo. Provocándome. Mostrándome cuán completamente controla mi placer. Su toque me quema, pero son sus ojos los que me consumen aún más. No puedo estar segura si es el hambre que veo en su mirada lo que me ha atraído desde el principio, o la oscuridad que vive detrás de ella.

—¿Qué es lo que *tú* quieres, nena?

—A ti —jadeo mientras me lleva al borde nuevamente, luego afloja—. Te quiero en mis manos. En mi boca. Dentro de mí, Nick... Por favor.

Sus dedos envuelven los míos ahora, guiando mis dos manos hacia la hebilla de su cinturón. Es todo el permiso que necesito. No puedo liberarlo lo suficientemente rápido, no puedo esperar para sentir el pesado largo de su verga en mi agarre, en mi boca.

Me arrodillo frente a él y cierro mis labios alrededor de la cabeza de su pene. Quiero hacerlo venirse como lo hice esta mañana en su oficina, pero él no tiene ese tipo de paciencia esta vez. Demasiado pronto, me levanta, besándome larga y duramente.

—Ve a la ventana.

Miro por encima de mi hombro el gran panel de vidrio que va del suelo al techo. Afuera, el sol acaba de hundirse por debajo del horizonte. El horizonte resplandece en tonos de durazno, salmón oscuro y lavanda, mientras que sobre el manto de luces parpadeantes de Manhattan, el cielo brilla con un azul imposible. El mismo tono increíble de los ojos de Nick.

Desnuda, me acerco al cristal y espero a que él se una a mí o me ordene hacer algo más. Por mucho que necesite la liberación con la que me ha estado provocando, sé cuán delicioso puede hacer el tormento de la espera. Mi cuerpo está listo para cualquier cosa que quiera darle.

Un escalofrío recorre mi piel desnuda mientras miro la ciudad reluciente debajo y anticipo cualquier placer que esté por venir. Escucho el suave deslizamiento de un cajón de la cómoda que se abre dentro de su enorme armario adyacente al dormitorio.

—Manos en el vidrio —me ordena mientras sale detrás de mí un momento después—. Abre las piernas. Más. Quiero que esa hermosa concha rosa esté abierta y esperándome cuando esté listo para follarla.

Me apresuro a obedecer. Cualquier cosa para complacerlo, especialmente cuando la recompensa es mía al final.

Estoy de pie en la ventana, las palmas presionadas contra el frío cristal a ambos lados de mi cabeza. Mis pies están más separados que mis hombros, haciendo que mis caderas se inclinen hacia adelante y mi trasero sobresalga hacia atrás detrás de mí. Me siento expuesta, vulnerable. A merced de Nick en esta posición que no me permite moverme sin perder el equilibrio.

Siento que se acerca, aunque sus pasos son silenciosos sobre el piso de mármol cubierto de alfombra, sus movimientos suaves y silenciosos a mi espalda. Sin embargo, cada suave circulación del aire en la habitación pasa por mi carne húmeda e hinchada como un beso. Tiemblo ante la sensación, desesperada por darme la vuelta y buscarlo. Me muerdo el labio para evitar preguntar dónde está, qué pretende.

Su toque se posa en mi columna vertebral, los dedos extendidos entre mis omóplatos antes de moverse suavemente, tiernamente, hasta la parte baja de mi espalda arqueada.

—Me volviste loco de preocupación hoy —dice, su voz profunda tranquila, pero firme—. ¿Qué crees que debería hacer al respecto, señorita Ross? ¿Recompensarte? ¿O castigarte?

Trago saliva. Él ha jugado con esta palabra antes, también, pero nunca después de que lo haya disgustado. Y nunca cuando no puedo ver su rostro o sus ojos para saber si habla en serio.

Su tono parece sugerir que sí.

Cuando siento el fresco deslizamiento de largos cordones de cuero que se colocan suavemente contra la curva de mi trasero, no tengo dudas de que habla en serio. La alarma me atraviesa, junto con algo demasiado caliente para ser miedo. Mueve las colas del

látigo lentamente sobre mi piel, dándome la oportunidad de acostumbrarme a ellas, evaluando mi respuesta.

—¿Sabes qué es esto?

Asiento, aunque mi conocimiento se limita a fotos y ficción.

—¿Alguna vez has sentido uno?

—No.

Gruñe. —¿Quieres sentirlo?

—No lo sé.

Se inclina cerca, sus palabras bajas y calientes contra mi oído. —Sí lo sabes.

Inhalo bruscamente mientras las largas colas de cuero se deslizan en la hendidura de mi trasero. Rozan mi coño, todavía frescas pero calentándose por el calor de mi cuerpo. Tiemblo, aunque no por miedo.

Nada parecido al miedo.

No cuando Nick me calma con una mano, mientras la otra balancea el látigo hacia atrás, luego golpea las colas contra mi trasero desnudo. Me encojo, aunque el ardor del cuero es menos intenso de lo que esperaba.

—Eso es por la primera hora, cuando pensé que solo estabas tratando de hacer un punto al ignorar mis mensajes y correos de voz.

Hace chasquear el látigo contra mi otra mejilla. Las puntas de los cordones de cuero rozan mis pliegues hinchados, y el grito que emito es cualquier cosa menos de dolor.

—Eso es por la segunda hora, después de que dejé media docena de mensajes en tu maldito teléfono, pidiéndote que solo me devolvieras la llamada y me hicieras saber que estabas bien.

Su voz profunda es nivelada, controlada, pero puedo escuchar el borde crudo en sus palabras. Puedo escuchar la preocupación que lleva, incluso ahora, cuando estoy parada aquí frente a él, sana y salva y vibrando de deseo por él.

El látigo azota mi trasero de nuevo, y esta vez sí duele. Hay más poder en este golpe, aunque la voz de Nick baja a un tono tan tenso

y crudo como nunca antes había escuchado.

—Maldita seas, Avery. Eso es por la tercera hora que estuviste ausente sin decir una palabra, y por lo jodidamente seguro que estaba de que te había perdido hoy.

—Nick...

Él no me da oportunidad de decir nada. Ni de disculparme ni de asegurarle que no tengo intención de alejarme de lo que tenemos juntos. No voluntariamente, de todos modos. Demonios, ni siquiera estoy segura de que podría alejarme si me viera obligada.

Estoy demasiado metida con él.

Hoy, más que nunca, me doy cuenta de que él también está profundamente metido conmigo.

Miro por encima de mi hombro, justo a tiempo para ver que ha arrojado el látigo. Ya está usando un condón, y cuando se acerca detrás de mí, está vibrando con calor sexual. Necesito tenerlo dentro de mí con una desesperación que me sacude. Mi cuerpo lo anhela. Está vacío sin él.

Guiando su verga hacia el centro de mis pliegues húmedos y resbaladizos, me empala con una embestida dura e implacable.

Un rugido bajo y gutural brota de él mientras me penetra, sus movimientos rudos y profundos. He probado la furia sexual de Nick antes. Sé lo que es ser inundada por la ferocidad de su necesidad, su poderoso y despiadado deseo.

Hay un tormento en él, pero nunca ha sido más evidente que en este momento. No puedo resistirlo. Con las palmas y la frente presionadas contra el vidrio, grito su nombre mientras mi cuerpo se hace añicos, cada terminación nerviosa detonando con la increíble fuerza de mi orgasmo.

Nick no está muy lejos detrás de mí. Su grito es gutural, animal. El sonido más sexy que conozco. Su gran cuerpo se estremece contra mí, su verga tan profundamente dentro de mí que apenas puedo distinguir dónde termina él y dónde comienzo yo.

—¿Sientes eso, nena? —Su voz raspa junto a mi oído mientras su ritmo finalmente se ralentiza—. Esto es *real*. Tú, yo... nosotros.

—Sí —susurro, deseando tanto creerlo que mi pecho duele con ese deseo.

Nuestros cuerpos continúan moviéndose juntos, apretados entre el refugio de nuestra bonita jaula en el cielo y el resto del mundo que hierve y gira afuera. El mundo donde viven monstruos reales —los míos, y tal vez los suyos también— esperando la oportunidad de separarnos algún día.

Pero no hoy.

8

—ESTABA EMPEZANDO A PENSAR que nunca te vería de nuevo.

Lita levanta sus gafas protectoras cuando entro al estudio más tarde esa semana. Hoy tiene un viejo CD de Godsmack en el equipo de sonido. Mientras los tambores retumban rítmicamente y Sully Erna canta sobre mordeduras de serpientes y vudú, Lita sostiene un cautín de soldadura de tamaño industrial en la mano, con la punta metálica todavía humeante por lo que sea que esté trabajando. Lo usa para señalar mi pequeño maletín con ruedas que contiene mis pinturas y pinceles. —¿Dónde está el resto de tus cosas?

—Esto es todo. —Llevo la caja al interior, con cuidado de no sacudir el gran portafolio con cremallera que llevo colgado sobre el hombro y que es casi tan grande como yo.

—No me digas que arrastraste todo eso en el metro.

Miro hacia el otro lado del pequeño estudio, donde un artista alto y delgado con una mata de cabello castaño claro ha pausado su trabajo para mirarme mientras entro. Tiene un rostro delgado, juvenil y una sonrisa abierta y amigable.

—No —respondo—. Yo, eh, tomé un auto hoy. —Una limusina, en realidad, pero no veo razón para mencionar que tengo un novio multimillonario que insistió en que su chofer me llevara al estudio.

—Por cierto, soy Matt. Tú debes ser Avery. —Cuando asiento, inclina la cabeza en dirección al modelo vivo que está pintando, y bastante bien, por cierto—. Esta sexy bestia es Travis.

Sonrío, tratando de no quedarme boquiabierta ante el hombre rubio desnudo que mayormente me da la espalda, su cuerpo musculoso retorcido lo justo para resaltar la definición y la belleza de su forma masculina. Me saluda sin romper su pose. —Hola, Avery.

—Hola, Travis. Hola, Matt.

Lita señala el caballete vacío detrás del espacio de trabajo de Matt. —Ese es tu lugar. Siéntete libre de usar las mesas, los paños y cualquier otra cosa que encuentres por ahí.

—Okay, gracias.

Matt gira para mirarme. —Solía dividir los costos de productos químicos con la otra artista que trabajaba aquí antes que tú. Si quieres que compartamos gastos, solo para que sepas, estaría bien conmigo.

Asiento, agradecida por su cálida bienvenida. —Está bien. Me parece perfecto.

Tanto él como Lita vuelven a su trabajo mientras desempaco mis cosas e intento sentirme cómoda con el nuevo entorno de trabajo. Una vez que mis pinturas y pinceles están organizados como me gusta, recupero mi portafolio y abro la funda protectora que contiene mi obra más reciente en progreso.

El lienzo está solo parcialmente pintado. Apenas las pinceladas iniciales en una pieza con la que estaba experimentando antes de terminar mudándome con Nick. No he trabajado en ella desde entonces. Ahora, mientras la saco y la coloco en el caballete, no puedo resistir pasar mis dedos sobre las líneas. El recuerdo de lo que la inspiró hace que mi boca se curve en una pequeña sonrisa privada.

—¿Te interesan los simbolismos religiosos? —Levanto la mirada y encuentro a Lita mirándome desde el otro lado de la habitación—. ¿Ángeles y demonios, ese tipo de cosas?

—¿Qué? Oh. No, esto es otra cosa. —Miro la imagen abstracta que aún no está completamente realizada en el lienzo. Solo la sugerencia de cielo y agua y una gran ala blanca con plumas cayendo, sus puntas chamuscadas y ennegrecidas con hollín—. Es Ícaro.

—Genial —dice Lita, volviendo a su propio trabajo.

Esta pieza no se parece en nada a las otras pinturas que he hecho. Mi trabajo temprano consistía en paisajes urbanos, pintura arquitectónica, incluso algunos retratos, ninguno particularmente bueno. Nick tenía razón cuando dijo que mi trabajo estaba inhibido, estrangulado antes de que tuviera la oportunidad de convertirse en algo real en el lienzo.

Pero esta pieza es diferente. Es mi primer paso alejándome del realismo y acercándome a lo abstracto, inspirada por mi escapada a los Cayos de Florida hace un par de meses en el velero de Nick, el *Icarus*.

Aunque mi visión para esta pieza está lejos de estar terminada, me gusta lo que veo.

Me gusta la libertad que transmite. Me gusta la pasión que esta pintura despierta en mí cuando la miro y pienso en todo lo que Nick y yo compartimos en ese barco.

Mezclo algo de pintura y me preparo para reencontrarme con mi lienzo, pero no sé por dónde empezar. Tengo miedo de echarlo a perder.

Igual que tengo miedo de echar a perder las cosas con Nick.

Cuando suspiro y dejo mi pincel por cuarta o quinta vez sin tocar el lienzo, Matt lentamente gira en su taburete para mirarme. —¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Desde que pinté? —Me encojo de hombros—. Unas semanas. Pero antes de eso, había pasado aún más tiempo.

Asiente con sobriedad, viéndose a la vez inocente y sabio. —Mi novio murió hace un año y medio. Pasaron ocho meses antes de que volviera a agarrar un pincel. Me tomó otros tres recordar cómo mover la pintura sobre un lienzo.

—Dios —murmuro, con un nudo de simpatía en la garganta—. Lo siento mucho, Matt.

Su expresión se suaviza, luego me da un leve encogimiento de hombros. —El punto es que te presentas ante el lienzo. Y luego comienzas de nuevo.

Me hace señas para que me levante y lo siga hasta la esquina trasera del estudio. Apoyada contra la pared hay una pila de lienzos usados de varios tamaños. Lo que sea que se había pintado en ellos ahora está cubierto con una gruesa capa de imprimación. —Este es mi montón de reciclaje. Si quieres calentar con algo más, sírvete cualquiera de estos.

—Gracias.

Selecciono uno rectangular de tamaño mediano y lo llevo de vuelta a mi caballete, intercambiando Ícaro por este lienzo fresco. No tengo idea de qué debería pintar, así que me digo a mí misma que mezcle algunos colores nuevos sin ninguna expectativa y simplemente vea adónde me lleva.

Con el bajo pesado y el tempo lento y sensual de la canción que sale de los altavoces al otro lado de la habitación, mis pensamientos vuelven a Nick. No es sorprendente, considerando lo descaradamente que me hizo gritar de placer esta mañana. Durante las últimas dos semanas, hemos comenzado cada día con un orgasmo —o tres— y hoy no fue la excepción. Mi sexo todavía está sensible por tenerlo dentro de mí, y cada pequeño movimiento que hago en mi taburete crea una deliciosa fricción que es tanto placer como dolor en partes iguales.

Un escalofrío de excitación me recorre, haciéndome pensar en la otra noche con Nick. En finas colas de cuero y cielos de terciopelo azul.

Arrastrada por los recuerdos, agrego más pintura a mi paleta, convirtiendo el pequeño remolino de azur en un oscurecido charco de azul insondable y un índigo tan profundo que es casi negro. Cuando los colores se sienten correctos, sumerjo mi pincel, luego lo

llevo al lienzo y doy rienda suelta a mi mano para moverse donde y como quiera.

Es liberador, embriagador.

Estoy fascinada por la sensualidad de mi pincel mientras lame el campo inmaculado del lienzo. El color explota tras cada pincelada, algunas oscuras y brutales, otras sublimes.

Estoy tan absorta en mi trabajo que ni siquiera me doy cuenta de que me están observando hasta que otra canción en el equipo de música termina y el estudio se sumerge en silencio por un momento. Me recuesto en mi taburete y me sobresalto al encontrar a Lita parada detrás de mí con Matt y Travis, quien ahora está vestido con jeans holgados y una camiseta blanca que de alguna manera lo hace verse aún más hermoso.

—Tierra llamando a la chica nueva. No escuchaste ni una maldita palabra de lo que dije, ¿verdad?

—Um... —Ni siquiera puedo fingir que no me acaba de descubrir, así que niego con la cabeza.

—Es mediodía, así que todos vamos a salir a comer algo. ¿Quieres venir?

Miro mi lienzo, reacia a dejarlo.

—No importa. —Lita sacude la cabeza—. Estás en la zona, así que no la rompas. Te traeremos el almuerzo. ¿Te gusta el pavo o la carne asada?

—Pavo, por favor. —Salto y saco un billete de veinte dólares.

—Nah, olvídalo. Siendo tu primer día y todo, invito yo.

—¿De verdad? Eres muy amable. Gracias.

Sonríe con sarcasmo. —No te acostumbres. Volveremos en cuarenta y cinco minutos.

Después de que se van, agarro una botella de agua de mi maletín y bebo mientras me paro y miro lo que está tomando forma en mi caballete. Un complicado tumulto de emociones se enreda a través de mí mientras sigo las líneas y pinceladas que llenan el lienzo. No está mal.

Demonios, incluso podría ser bastante bueno.

Mirando lo que he creado, estoy emocionada y esperanzada.

Estoy feliz por primera vez en mucho tiempo, no solo porque finalmente me he reunido con mi arte, sino porque durante las últimas semanas —los últimos cuatro meses— me he sentido más viva que durante la mayor parte de mi vida.

Solo hay una parte de mí que todavía falta, y en la soledad del estudio vacío, mi corazón duele por la parte de mí que he dejado atrás en Pensilvania.

Sacando de mi bolso el nuevo teléfono celular que Nick me compró, marco la enfermería de la prisión y pregunto si mi mamá podría tener permiso para tomar mi llamada. Ya actualicé a sus médicos y defensor público con mi nuevo número de teléfono, pero no he hablado con mi madre en varios días.

Me comunican esta vez, informándome que está despierta, pero que debe recibir otra dosis de analgésicos en unos diez minutos. Su accidente hace un par de semanas le dejó un pulmón perforado y múltiples fracturas, la peor de ellas siendo su fémur roto.

A su edad, se espera que la recuperación lleve tiempo, pero no puedo frenar mi preocupación cuando escucho lo pequeña que suena su voz cuando finalmente habla en la línea.

—¿Avery, cariño? Oh, estoy tan feliz de que llamaras. ¿Estás de vuelta en la ciudad?

—No, mamá. Estoy en Nueva York. —No paso por alto su pequeña exhalación, ni la decepción en esa respuesta sin palabras—. He estado pensando en ti. ¿Cómo te sientes hoy?

—Cansada, principalmente. Siguen dándome pastillas e inyecciones a todas horas de la noche. Desearía que me dieran de alta para poder volver a casa.

Hago una mueca, reconociendo con más que un poco de remordimiento que para mi madre, hogar es la celda con una sola ventana en la que ha vivido durante estos últimos nueve años.

—Los médicos solo están tratando de mejorarte —le digo suavemente—. Te lastimaste bastante mal en esa caída. Llevará tiempo para que sanes.

Hablar sobre su accidente hace que el espectro de las amenazas de mi hermanastro se agolpe sobre mí como una nube de tormenta. No puedo probar que él tuviera algo que ver con su caída, pero mi instinto lo siente con certeza.

—¿Recuerdas algo de ese día, mamá? ¿Recuerdas qué pasó antes de que cayeras?

—Nada que no te haya dicho ya, cariño. Estaba saliendo de la lavandería después de mi turno de la mañana. Recuerdo que había mucha gente cerca de las escaleras. Todo pasó muy rápido. Debo haber perdido el equilibrio de alguna manera.

Se queda callada, y sé que puede sentir que estoy pensativa.

Me conoce demasiado bien, aunque hayamos estado separadas durante casi una década.

Conoce mi corazón mejor que nadie.

Es la única persona que conoce todos mis secretos... así como yo conozco los suyos.

Aunque, tal vez hay otra persona que también los conoce.

—¿Has tenido visitas últimamente, mamá? ¿Alguien que no me hayas mencionado?

Su silencio casi me mata. Puedo sentir su cautela. Su preocupación.

—¿De qué se trata esto, cariño? ¿Ha pasado algo?

No puedo decírselo. No en un teléfono de la prisión. Las líneas están monitoreadas, y es demasiado arriesgado para mí siquiera mencionar el nombre de Rodney Coyle, mucho menos lo que me está exigiendo.

Pero más que eso, no quiero cargar a mi madre con ese conocimiento.

Ella ya tiene suficiente con lo que lidiar.

Ya ha cargado demasiados fardos por mí en su vida.

—Avery —susurra—. Por favor dime que estás bien. Por favor dime que estás a salvo.

Cierro los ojos, sintiéndome egoísta por mi llamada ahora. Necesitaba escuchar su voz, pero ahora la he puesto ansiosa. La

estoy asustando, cuando eso es lo último que quiero hacer.

—Estoy bien, mamá. Todo está perfectamente bien. —Fuerzo una ligereza en mi voz que realmente no siento—. Tú solo mejórate, ¿de acuerdo? Hablaré contigo pronto, lo prometo.

9

TOMO EL METRO PARA volver a casa desde el estudio esa tarde, aunque Nick parece menos que entusiasmado con la idea cuando le envío un mensaje para informarle de mis planes. Por mucho que aprecie su preocupación por mí, necesito que entienda que también disfruto de mi libertad. Y además, lo último que quiero es alienar a mis nuevos amigos llegando y saliendo del estudio en una sedán con chofer.

Sé que a Nick no le gusta, pero cede con la condición de que le envíe un mensaje cuando salga del estudio y luego le llame cuando llegue a Park Place.

Mientras deambulo por el penthouse vacío, dejando mi bolso y quitándome los zapatos, marco su celular. Contesta inmediatamente.

—Justo a tiempo —dice a modo de saludo—. Buena chica.

Mi boca se curva ante su tono exasperantemente autoritario y confiado. —¿Satisfecho, Sr. Baine?

—Todavía no, pero trabajemos en eso. —Su voz está cargada de significado, y lo siento hasta lo más profundo de mi ser—. Te llevaré a cenar esta noche. ¿Puedes estar lista en una hora?

—Claro. ¿Adónde vamos?

Duda un momento. —A un lugar donde no hemos estado antes. Estaré esperando abajo para recogerte en una hora.

—Apenas puedo esperar.

A pesar del peso que todavía llevo conmigo después de mi breve conversación con mi mamá hace unas horas, no puedo negar mi emoción ante la perspectiva de estar con Nick. Me ducho y me visto rápidamente, poniéndome un sencillo vestido negro cruzado que cae justo por encima de mis rodillas y se ata a la cintura. Unas sandalias negras de tiras completan el look, y luego, por impulso, voy al cajón superior de la cómoda en el dormitorio y saco el largo collar de perlas que fue un regalo de Nick.

Las gemas cremosas están frías contra mi escote, y son tan ricamente lustrosas que no hay necesidad de ninguna otra joya. No puedo usarlas sin recordar el modo perverso en que Nick las utilizó la noche que me las regaló. Ahora, colgando alrededor de mi cuello, la larga soga se desliza sensualmente contra mi piel con cada paso que doy al salir del apartamento y bajar por el ascensor hasta el vestíbulo.

Como prometió, Nick me está esperando.

De pie justo dentro de la entrada del edificio, está hablando con Manny mientras cruzo el reluciente mármol y me dirijo hacia ellos. Lleva puesto el traje negro que tenía cuando salió para la oficina esta mañana, pero su cabello oscuro se ve suave y ligeramente húmedo por una ducha reciente, y la sombra de barba que generalmente oscurece su rostro por la noche ha sido eliminada con una afeitadora. Es tan guapo y dominante, tan profundamente masculino, que mis rodillas amenazan con ceder bajo mi peso.

Nick nota mi ligero titubeo. Sabe el efecto que tiene sobre mí y durante nuestro tiempo juntos he aprendido que es inútil tratar de fingir que no estoy completamente cautivada por él. Aún más poderoso es el hecho de que él parece igual de absorto en mí. Su expresión es tan lobuna, tan inquebrantable, que apenas puedo mantener mi paso firme cuando su ardiente mirada evaluadora está lamiendo fuego a través de mis sentidos y haciendo que el mundo se incline sobre su eje.

Asiento a Manny, y él me ofrece una radiante sonrisa. —Buenas noches, señorita Avery.

—Impresionante —dice Nick, mirándome como si Manny y la otra docena de personas en el vestíbulo ya no existieran—. ¿Vamos?

Manny nos abre la puerta y Nick me guía hasta su BMW M6 negro que está esperando bajo el pórtico. Rechaza la ayuda de Manny con el auto, abriendo suavemente la puerta del pasajero para mí, y luego deteniéndome para presionar un fugaz beso en mi mejilla.

—Las perlas fueron una elección perfecta —murmura junto a mi oído—. Estaré imaginándote desnuda sin nada más que ese collar toda la noche.

Tiemblo ante la sugerencia, porque ahora estaré tensa de anticipación, anhelando el momento en que Nick hará esa visión realidad para nosotros.

Estoy medio tentada de suplicarle que nos saltemos la cena y nos quedemos en casa, pero su mano es firme y decidida en la parte baja de mi espalda, así que me subo al auto y espero mientras él cierra la puerta y camina alrededor hasta el lado del conductor.

—¿Día ocupado? —pregunto, una vez que está sentado y ambos estamos con los cinturones abrochados.

—Reuniones sin parar —dice, navegando hacia el bulevar con un dominio fácil tanto del vehículo como del ajetreado tráfico que nos rodea—. Acababa de salir de la última cuando llamaste para decir que estabas en casa. ¿Cómo estuvo el primer día de regreso al caballete?

—Estuvo bien. En realidad, estuvo genial. —Cuando me mira, no puedo resistirme a contarle sobre mi nueva obra—. Estoy probando algo diferente. Jugando con colores y abstractos. Viendo hacia dónde me lleva mi pincel.

Asiente, estudiándome por un momento. —Suena interesante.

—Lo fue. No puedo explicarlo. La obra completa simplemente... brotó de mí hoy. La terminé en cuestión de horas. Eso nunca había pasado antes.

Gruñe, levantando las cejas mientras observa el mar de luces traseras iluminadas en la intersección frente a nosotros. —Debiste estar inspirada.

—Lo estaba. —Deslizo mi mano sobre su muslo, deleitándome en la tensión y flexión de sus músculos mientras detiene el auto en el semáforo en rojo—. Tú me inspiras, Nick.

Veo algo parpadear en su mirada mientras mira por el parabrisas, pero no estoy segura de cómo llamarlo. Allí y desaparecido en un instante, cuando gira la cabeza para mirarme, todo lo que veo es hambre. Su mano rodea la parte posterior de mi cuello y me acerca, capturando mis labios en un beso profundo y sensual.

Cuando la luz cambia, pisa el acelerador y pasamos junto a taxis y otros vehículos hasta la siguiente esquina. Giramos a la izquierda, avanzando un par de cuadras antes de que Nick disminuya la velocidad hasta detenerse frente a un edificio alto de ladrillo marrón con molduras de piedra caliza que está anidado en una calle llena de edificios de aspecto similar. Algunos son claramente espacios de oficinas, otros parecen ser edificios de uso múltiple con tiendas minoristas y todo lo demás.

No hay señalización en el que nos hemos estacionado enfrente, y solo unas pocas ventanas brillan con luz desde el interior, la mayoría viniendo del último piso cinco pisos arriba.

—¿Pensé que íbamos a cenar?

—Así es. —La respuesta críptica de Nick solo me confunde más mientras sale del auto y viene a abrirme la puerta—. Confianza, Srta. Ross. ¿Recuerda?

Sonriendo, y tan curiosa que estoy a punto de estallar, tomo su mano y camino con él hasta la puerta principal del edificio. Está cerrada, pero él tiene la llave en el bolsillo de su chaqueta.

—Después de ti.

Entro en el vestíbulo tenuemente iluminado, sorprendida al ver hermosas baldosas Art Deco en los suelos y carpintería de madera oscura pulida en las paredes. Hay un ascensor inmediatamente a nuestra derecha. Nick presiona el botón de llamada y observo el

marcador sobre las puertas de latón contar hacia abajo mientras el coche desciende para encontrarnos.

—¿El restaurante está en otro piso o algo así?

Nick no me responde, solo me guía dentro del ascensor y luego presiona el número cinco. Mientras subimos la corta distancia, finalmente percibo el aroma de algo delicioso cocinándose. Ajo, humo de parrilla y pan recién horneado, junto con una multitud de especias fragantes que ni siquiera puedo comenzar a nombrar. Se me hace agua la boca cuando las puertas se abren y Nick y yo salimos del ascensor.

Pero no hay ningún restaurante esperándonos aquí.

Solo una mesa individual en el centro de un espacioso loft con techos de vigas altas y hermosas paredes de ladrillo expuesto. La luz de las velas brilla suavemente desde altos candelabros instalados alrededor de la habitación, y desde la gruesa vela de pilar en el centro de la mesa, que está cubierta con un mantel de lino blanco con una longitud diáfana de seda roja drapeada sobre su centro. Un balde plateado con hielo se encuentra en un pedestal junto a la mesa, con una botella de champán Krug de etiqueta negra enfriándose entre los cubos.

Me vuelvo hacia Nick con una pregunta.

—Estoy considerando comprar la propiedad —dice, instándome a avanzar—. Quería primero sentir el ambiente desde adentro. También quería tu opinión.

Mis cejas se elevan. —¿Evalúas todas tus propiedades potenciales con champán y cena romántica a la luz de las velas para dos?

—No. Solo esta. —Una pequeña sonrisa tuerce el borde de sus labios mientras se quita la chaqueta del traje y asiente hacia la mesa que espera—. Vamos, toma asiento. Estamos celebrando.

No bien lo dice cuando un par de camareros emergen de una puerta y entran a la habitación con nosotros. Están vestidos con esmoquin y guantes blancos, su servicio es eficiente e impecable mientras atienden nuestra comodidad en la mesa, luego proceden a servirnos el champán y una canasta de pan francés caliente.

Un plato de ostras llega un momento después, traído por un tercer camarero.

Estoy boquiabierta y no hay nada que pueda hacer al respecto. —¿Cómo organizaste todo esto?

Nick sonríe e inclina su copa hacia la mía. —Tengo mis métodos.

—Ciertamente los tienes. —Me río mientras nuestras copas se encuentran con un suave tintineo—. ¿Qué estamos celebrando esta noche?

—Las aprobaciones del centro recreativo llegaron hoy.

—¡Nick, eso es maravilloso!

Asiente, su orgullo claramente evidente. —Tomó muchísimo tiempo, pero finalmente obtuvimos la autorización para los planes de construcción.

—Felicitaciones. —Levanto mi copa hacia él en otro brindis—. Esto es algo importante, Nick. Sé cuánto significa el centro para ti. Deberías tener una gran celebración.

—La estoy teniendo. Esta cena me está costando una pequeña fortuna —dice con una sonrisa infantil. Deja su copa y alcanza mi mano—. Y vale la pena. Solo había una persona con quien quería compartir esta noticia fuera de Beck y el resto de mi personal.

Acaricia el dorso de mi mano, su mirada fija en la mía con tanta intensidad que de repente he olvidado cómo respirar. Su sonrisa se dibuja lentamente, pecaminosamente, y solo puedo preguntarme cómo pretende continuar nuestra celebración una vez que salgamos de aquí esta noche.

Mi cuerpo ya va muy por delante de mi imaginación. Solo la sensación del toque de Nick, el calor hipnotizante de sus profundos ojos azules, es suficiente para hacerme temblar con deseo desinhibido. Si me pidiera que me fuera con él ahora mismo, no dudaría ni un momento.

—Espero que te gusten las ostras.

Asiento, observándolo tomar una concha y aflojar la tierna carne de su cuna. Sus dedos se mueven con tanta gracia, tan diestramente, que se me hace agua la boca solo al observar sus

manos en movimiento. Tiene manos hermosas, incluso con las cicatrices.

—¿Pediste ostras porque estás planeando una seducción, Sr. Baine?

Su gruñido de respuesta es áspero, sexy. Me lamo los labios mientras me entrega la ostra a través de la salpicadura de seda roja que nos separa. Nuestros dedos se rozan, persistiendo.

—¿Necesitaré ostras para seducirte, Srta. Ross?

—¿Tú qué crees? —Tomo la concha de él, pero en lugar de poner la carne en mi boca, sumerjo mi dedo en la copa poco profunda de carne suave y resbaladiza.

Su gemido es un sonido crudo, un profundo retumbar en la parte posterior de su garganta. Después de haberlo atormentado por otro momento, lamo mi dedo húmedo y salado, luego inclino mi cabeza hacia atrás y deslizo la ostra en mi boca abierta.

—Carajo —pronuncia con voz ronca—. Eres mejor en este juego de lo que deberías ser.

Sonrío y arqueo una ceja, totalmente sin arrepentimiento. —Estoy aprendiendo de un maestro.

Nos acomodamos, disfrutando de los aperitivos y el champán, que fluye sin cesar gracias a nuestros atentos camareros. Es divertido, definitivamente impresionante, sentados en nuestro comedor privado en la cima de un encantador, aunque vacío, edificio a solo cinco minutos del lujo del penthouse de Nick.

Como siempre con este hombre, ha logrado conjurar magia para mí.

Para nosotros.

Disfrutamos el resto de las ostras, y momentos después de haber comido la última, nuestro camarero regresa para retirar los platos.

Asiente educadamente hacia mí, luego se dirige a Nick. —La cena será servida en unos minutos, señor.

Con el murmullo de agradecimiento de Nick, una vez más nos quedamos solos. —Espero que no te importe que haya ordenado para ambos esta noche. Filete mignon a la Castille.

—Castille —repito, con la boca un poco floja—. No te refieres a, como, ¿Gavin Castille?

Nick asiente, luego toma un pausado sorbo de su champán.

Estoy boquiabierta. —¿Gavin Castille, uno de los chefs celebridades más reconocidos del país? ¿Ese Gavin Castille?

—Ese mismo. El único e inigualable, estoy seguro de que el arrogante australiano se apresuraría a añadir.

—Comimos en su restaurante a principios de esta semana.

—Sí, lo hicimos. —Lo único más increíble que tener al chef posiblemente más cotizado del momento atendiendo una cena privada para nosotros es la sonrisa de autosatisfacción de Nick mientras me observa absorber la noticia. Cuando dijo que esta comida le costó una pequeña fortuna, ahora no tengo dudas al respecto. Se encoge de hombros, con tanta naturalidad—. Te dije que quería compensar la forma en que terminó nuestro almuerzo. Considera esto mi versión de un nuevo intento.

—Estás loco —suelto una carcajada que no podría contener ni aunque quisiera. Levantándome de un salto, me inclino sobre la mesa y lo atraigo hacia mí para darle un beso impulsivo—. Estás completamente loco, ¿lo sabes?

Él se ríe, aunque sus ojos oscurecidos por el deseo me observan mientras lo suelto y vuelvo lentamente a mi asiento frente a él. —Gavin es un amigo. También va a formar parte del centro recreativo. Ha accedido a donar una cocina profesional y a dar clases personales de cocina a los niños cada mes, una vez que el centro abra. Esperamos que les dé a los que se están recuperando de lesiones u otros traumas una salida creativa mientras aprenden habilidades que necesitarán como adultos.

—¿La cocina como terapia, eh? —Recuerdo que Nick me mencionó una vez cómo aprendió a cocinar porque le ayudó a recuperar la destreza y el uso de su mano. Que esté aplicando algo tan personal a sus planes para el centro recreativo me conmueve. Me asombra, igual que el hombre mismo.

—Tendremos otros programas también —dice—. Planeo cobrar muchos favores para hacer que el centro sea un éxito.

—Suena genial, Nick. Estoy emocionada por ti. Estoy emocionada por los niños a los que vas a ayudar. —Él asiente en reconocimiento, y aprovecho la oportunidad para extender la mano y acariciar el dorso de su mano derecha, esa cuyas cicatrices brillan plateadas bajo la tenue luz de la vela—. Tal vez deberías dar algunas de las clases de cocina también. Puedo dar fe personalmente de tu talento asesino en la cocina. Solo tu repertorio de desayunos es suficiente para hacerle la competencia a Gavin Castille.

Él sonríe con picardía, girando su mano para detener mi recorrido por sus cicatrices, capturando mis dedos en su cálido y firme agarre. —Y yo que pensaba que me amabas por mis muchos otros talentos.

Me río suavemente, pero mi pulso se acelera y el centro de mi pecho se calienta al escucharlo reconocer la profundidad de mis sentimientos por él.

—¿Te molesta que te haya dicho lo que siento por ti?

Me estudia, su rostro apuesto e indescifrable. —¿Por qué habría de molestarme?

—Porque tú mismo me has dicho que no tienes relaciones. —Porque también he visto los restos calcinados de sus otras amantes anteriores, comenzando con mi amiga Margot, quien administra su galería, Dominion. Y, más recientemente, Kathryn.

Trago saliva ahora, insegura de si debería aventurarme por este camino, especialmente cuando lo estamos pasando tan bien esta noche. Cuando no respondo de inmediato, Nick lo hace.

—¿Y porque no te he dicho esas palabras?

Quiero negar que me duele, que me confunde cómo puede desearme tan intensamente —tomarme tan posesivamente— pero mantenerme a distancia cuando se trata de su corazón. Solo llevamos juntos unos pocos meses. Un parpadeo de tiempo.

Pero ha sido suficiente para que yo lo sepa.

Cuando habla ahora, su voz profunda es suave, tan reflexiva como nunca la he oído. —Nunca he sido material para relaciones,

Avery. No tenía ilusiones de que pudiera serlo cuando te vi por primera vez. No estaba buscando esto. Seguro que no tenía la intención de que las cosas llegaran tan lejos entre nosotros. No estaba esperando... a ti.

Asiento, porque está diciendo las mismas cosas que yo sentí. Cosas que siento incluso ahora, excepto que mis arrepentimientos por lo profundamente que me he enredado con él se complican por lo mucho que me importa.

Su pulgar acaricia el centro de mi palma. —A veces desearía poder empezar de nuevo contigo, ser alguien mejor para ti. Alguien que no esté tan jodido. Alguien que pueda amarte adecuadamente... alguien que merezcas.

—Todo el mundo está jodido, Nick. Y de todos modos, ¿qué te hace el mejor juez de lo que merezco? —Cuando su mano comienza a alejarse de la mía, la sostengo con firmeza—. Yo tampoco te esperaba a ti. No estaba buscando sentir algo así. Pero entonces me miras como lo estás haciendo ahora mismo... tomas mi mano, o me atraes debajo de ti, y pienso que tal vez he estado esperándote a ti, buscándote a ti, a esto, *a nosotros*, toda mi vida.

No dice nada durante unos segundos, y hay una parte de mí que teme haber dicho demasiado. Haber revelado más de lo que debería, más de lo que él quiere manejar. Podría destrozarme con una sola palabra en este momento, con una sola mirada reservada.

Pero no lo hace.

—Avery. —Mi nombre suena tan suave y reverente en su lengua que casi me hace llorar. Sus dedos se cierran más intencionadamente alrededor de los míos y atrae mi mano hacia él. Roza sus labios sobre mis yemas, llevándose una de las almohadillas sensibles a su boca en un beso sensual, pero desgarradoramente tierno.

Mi garganta se contrae con todo el amor que siento por este hombre, mientras dentro de mí cada terminación nerviosa cobra vida, anhelando el momento en que pueda estar a solas y desnuda con él nuevamente.

Nunca he estado más dividida que en el instante siguiente cuando nuestros camareros regresan a la habitación, interrumpiéndonos con una comida que se ve y huele más que divina.

Nick me suelta mientras ponen nuestros platos delante de nosotros y abren una botella de vino tinto junto a nuestra mesa. La comida es increíble, todo cocinado y sazonado a la perfección.

Comemos con abandono a la luz de las velas, la ciudad nocturna brillando como una caja de joyas oscuras en el exterior. Me siento como una princesa en un cuento de hadas. Incluso mejor que eso, porque como Nick me ha prometido, esto es real.

Me sonríe mientras termino el último bocado de mi bistec. —¿Qué te parece?

Tomo un sorbo del suave Cabernet, deleitándome en el ligero mareo que crece dentro de mí por el champán, el vino y la comida. La parte más embriagadora de la noche es el hombre guapísimo sentado frente a mí en la mesa, mirándome como si no pudiera esperar para devorarme a continuación.

—Creo que me estás malcriando más allá de toda razón. Y no solo estoy hablando de esta noche.

—La razón está sobrevalorada —responde, con su mirada oscura sobre mí—. Las mejores cosas, las más placenteras, solo existen al otro lado de ella.

—¿Es así?

Asiente lentamente, su mirada clavada en mí mientras acerca su copa de vino a su boca, estudiándome por encima del borde. —Quiero empujarte hasta los límites de todo lo que te complace, Avery. Quiero llevarte más allá de esos límites.

Trago saliva, el calor invadiendo mi piel ante su promesa sensual. Mis pechos se sienten más pesados bajo su mirada hambrienta, mis pezones endureciéndose en anticipación de su toque, su beso. El deseo que ha estado ardiendo dentro de mí toda la noche se intensifica ahora que sé que no falta mucho para estar en los brazos de Nick, en su cama.

Quiero pedirle que me lleve allí ahora mismo, antes de que me consuma la necesidad, pero en ese mismo momento, nuestro personal privado entra a la habitación para retirar nuestros platos y quitar la botella de vino vacía y las copas de la mesa. Nick no parece tener prisa, y no puedo negar que su paciencia es algo enloquecedora, especialmente cuando estoy prácticamente picando con el impulso de saltar sobre él y arrancarle su hermosa ropa.

El sonido amortiguado de ruedas rodando sobre el suelo rústico de madera gira mi cabeza en dirección a la puerta. Un hombre alto con pantalones negros y una túnica blanca de chef entra ahora con nosotros, trayendo un carrito plateado con cuencos cubiertos y platos con pedestal.

Aunque solo he visto a Gavin Castille en televisión y en Internet, su característica sonrisa con hoyuelos y su melena de cabello rubio playero es inconfundible. El poder de esa sonrisa, junto con sus ojos verde pálido, me golpea como una ola cuando se acerca a Nick y a mí en la mesa. Después de dar una palmada en el hombro de Nick, Gavin me mira.

—Tú debes ser Avery. —Extiende su gran mano, y mis dedos quedan envueltos en su cálido y firme apretón—. ¿Todo a tu gusto esta noche?

—Sí, um, sí —balbuceo—. Todo estuvo increíble.

—Me alegra oírlo. No hago muchas visitas a domicilio, pero mi buen amigo aquí dijo que esta era especial. —Mira a Nick, dándole una sonrisa torcida—. No estabas bromeando, amigo.

La mirada de Nick todavía me abrasa, pero mis sentidos están tentados por todas las intrigantes delicias escondidas bajo las cúpulas de acero pulido en el carrito de postres que Gavin ha traído. Huelo chocolate caliente, pastel con mantequilla y fruta fresca. No puedo ver lo que nos espera, pero estoy segura de que es decadente.

—¿Cómo lograste todo esto?

—Magia australiana —responde Gavin con un guiño—. Y una cocina portátil completa en el camión que tenemos estacionado

detrás del edificio.

—Castille sobre Ruedas —añade Nick con ironía.

—Oye, no está mal.

—Haré que mi asistente te facture por el consejo de marketing.

Gavin se ríe. —Sí, lo harías, maldito.

Por muy impresionada que esté con Nick por su tremendo éxito empresarial y su obvia destreza erótica, es este otro lado de él que estoy viendo ahora lo que me hace caer aún más bajo su hechizo. Me encanta su reflexiva generosidad cuando se trata de los niños a los que pretende ayudar a través de su proyecto del centro recreativo. Me encanta su inesperado romanticismo conmigo esta noche, y su fácil camaradería con su amigo.

Dios, la verdad es que simplemente lo amo... a *él*.

—Muy bien, ustedes dos —dice Gavin, dando una palmada—. Hemos limpiado y estamos listos para irnos. He enviado a mi personal a casa y yo mismo me marcharé en un minuto.

Nick asiente. —Cierra al salir.

—Entendido, jefe. —Gavin se gira hacia mí y ofrece una ligera reverencia—. Mi dama, un placer.

—Gracias, Gavin. Un gusto conocerte también. —Miro a Nick con interrogación mientras nuestro apuesto chef personal sale de la habitación, apagando las luces a su paso y dejándonos solos bajo la luz de las velas—. ¿No van a servir el postre?

—No —dice Nick, con un destello oscuro en sus ojos—. Lo haré yo.

10

OBSERVO, FASCINADA Y ANSIOSA, mientras Nick se levanta lentamente, desatándose la corbata. La deja sobre el respaldo de su silla, donde descansa su chaqueta, se aleja de la mesa y camina hacia mí, enrollando casualmente las mangas de su camisa blanca sobre sus musculosos antebrazos.

—No te muevas, Avery.

Dios mío. No podría aunque quisiera. Su voz es tan profunda, cargada de orden carnal, que me deja clavada a mi asiento.

Ni siquiera estoy segura de estar respirando mientras se acerca a mí al otro lado de la mesa. Es tan alto y poderoso, tan intensamente masculino, que todo lo femenino dentro de mí responde con una ansiosa y descarada invitación.

—Te ves tan hermosa esta noche —murmura, estirándose para acunar mi rostro en la palma de su amplia mano—. ¿Tienes idea de lo difícil que fue para mí no echar a todos para poder tocarte, para poder saborearte, como he estado muriendo por hacer toda la maldita noche?

Sus palabras me hacen estremecer. Hacen que el cálido y húmedo nudo de deseo entre mis piernas se retuerza aún más caliente, aún más húmedo. Sus dedos se deslizan bajo mi barbilla, viajando a lo largo de mi mandíbula hacia mi oreja mientras se

mueve detrás de mí. Cierro los ojos cuando sus manos se posan ligeramente sobre mis hombros. El calor de su cuerpo a mi espalda irradia con tanta intensidad que es un milagro que no me derrita donde estoy sentada.

—Dios, estas perlas —dice, moviendo sus manos hacia las curvas de mis pechos, luego hacia el suave valle entre ellos donde descansa la larga cadena—. No puedo verte con ellas sin recordar lo sexy que te veías con ellas atadas alrededor de tus muñecas mientras te follaba.

—Sí. —Mis palabras salen temblorosas, mi corazón late rápidamente—. Eso es todo lo que pienso cuando las llevo también.

Mi sexo se contrae al recordar su miembro enterrado profundamente dentro de mí y su dedo hundiéndose en el estrecho canal de mi trasero hasta que me corrí en ola tras ola de violento placer. Sé que mientras viva, nunca podré ver un collar de perlas sin pensar en Nick y todas las cosas sucias, perversas y deliciosas que hemos hecho juntos.

Él las alcanza, reuniendo la cadena entre sus dedos. Las gemas hacen clic y se deslizan una contra otra, enviando otro escalofrío erótico a través de mi cuerpo. Levanta el collar, sacándomelo por encima de la cabeza.

—Manos a la espalda, nena.

En cuanto cumplo, siento la fría presión de las perlas envolviéndose alrededor de mis muñecas cruzadas. Me ata lo suficientemente apretado para mantener mis manos inmóviles sin forzar la delicada cadena de preciosas gemas. No voy a ponerlas a prueba. No voy a ponerlo a prueba a él, porque sé que esto es solo el comienzo del placer que tiene en mente para mí. Con Nick, siempre hay más por venir.

Una vez que estoy atada, toma mi silla y me arrastra hacia atrás, alejándome de la mesa. Se coloca frente a mí, mirándome con una combinación de aprobación y lujuria ardiente en sus ojos.

—Tan hermosa. —Sus dedos rozan tiernamente debajo de mi mandíbula, levantando mi rostro—. ¿Qué te gustaría probar primero

de postre?

Observo mientras alcanza el carrito y quita las pulidas tapas de los tazones de bayas maduras, salsas decadentes y un montón de crema batida esponjosa. No puedo elegir, y además, mi única verdadera tentación es el hombre que me tiene completamente bajo su hechizo.

—Sorpréndeme.

Sus cejas negras se arquean con leve diversión. —Una vez me dijiste que no te gustaban las sorpresas.

—Estoy aprendiendo a disfrutar muchas cosas nuevas contigo.

Su boca se curva, y se inclina para recompensarme con un beso profundo y sin prisa. Siento su cuerpo girando ligeramente mientras nuestros labios y lenguas se entrelazan. Ha alcanzado algo en el carrito. No estoy segura de qué es hasta que lo acerca a nuestras bocas unidas y aspiro su dulce fragancia.

Se aleja, colocando la fresa entre mis labios. Muerdo, gimiendo mientras el sabor explota en mi lengua. Después de masticar y tragar la suculenta fruta, Nick la sigue con una porción de crema en la punta de su dedo.

Envuelvo mis labios alrededor de la punta, nuestras miradas fijas mientras lo succiono dentro de mi boca y lamo la crema. Ahora es él quien respira pesadamente y gime, su cuerpo volviéndose tenso y rígido mientras arremolino mi lengua sobre la punta de su dedo, luego lo succiono con fuerza dentro de mi boca.

Con un gruñido bajo, se libera, solo para agarrar mi cara con ambas manos y mantener mi cabeza quieta mientras su boca desciende sobre la mía. Lame más allá de mis labios, su beso hambriento, abrasador.

—Me encanta el sabor de la crema en tu lengua —dice con voz ronca—. Me encantó ver cómo envolvías esa linda boca alrededor de mi verga en la oficina el otro día. Me pone jodidamente duro pensar en ti chupándome así hasta dejarme seco.

Ya estoy medio loca de deseo por él, pero escuchar su voz enronquecida por el deseo, oírlo describir las cosas que hemos

hecho juntos, hace que mi excitación sea casi insoportable. Pero aún no está listo para mostrarme ningún alivio.

Se aleja de mí, con un destello despiadado en sus ojos. —Abre la boca para mí, nena. Inclina tu cabeza hacia atrás un poco. Así es. Ahora déjame ver esa linda lengua rosa.

Le obedezco, esperando con las manos aseguradas detrás de mí y mi rostro inclinado hacia él como una suplicante en el altar. Mantengo mi lengua afuera, observando mientras levanta un pequeño cucharón de salsa de chocolate y lo sostiene a unos centímetros por encima de mi cabeza. Lo vierte lentamente, observando cómo lamo el espeso y rico chorro, tragándolo, sorbo tras delicioso sorbo.

Es difícil atrapar cada gota. Algunas gotean en mis labios, en mi barbilla. Nick no me da la oportunidad de lamerlas. Desciende sobre mí, besándome profundamente, su lengua borrando cada gota errante.

Gimo su nombre, incapaz de evitar moverme en mi silla mientras mi centro se inunda de calor y anhelo. Quiero alcanzarlo, pero las perlas restringen todo menos el movimiento más cuidadoso. Mis preciosos lazos son tanto una frustración como una excitación.

Estoy jadeando cuando rompe nuestro beso. Mi cuerpo se siente electrificado y palpitante con la necesidad de alivio. No puedo contener mi suspiro esperanzado cuando se inclina para desatar el lazo de mi cintura, lo único que mantiene unido mi simple vestido cruzado. La prenda se afloja, y Nick barre la tela negra de mis hombros, dejando al descubierto mi pecho y torso.

—Te pusiste el nuevo sostén para mí —dice, con aprobación profunda y oscura en su voz espesa.

No puedo frenar mi sonrisa. Tengo otra sorpresa para él, pero como está disfrutando tanto atormentándome, decido guardarme el secreto por ahora.

Acaricia mis pechos por un momento, claramente deleitándose con la forma en que mis pezones se elevan bajo su toque. Cada

terminación nerviosa en mi cuerpo le pertenece. Así como cada jadeo y suspiro y sonido de placer que hago es solo para él también.

Me quita el sostén, desabrochando el delicado broche frontal y deslizando las tirantes flojas por mis bíceps antes de que sus manos vuelvan a mí para amasar y acariciar mis pechos desnudos. Besa mis pezones, provocándolos con su lengua y dientes hasta que me retuerzo, desesperada por la estimulación.

Luego alcanza el cucharón y toma otra porción de salsa de chocolate. Con su mirada abrasadora, lentamente vierte el chocolate sobre mis pechos expuestos. Delgados riachuelos caen sobre mi piel, haciendo que mi centro se apriete en respuesta refleja. Apenas puedo soportar la sensación erótica de los chorros cálidos de chocolate lloviendo sobre las curvas de mi carne y el valle entre ellos. Chorrea más sobre los brotes de mis pezones, y puedo ver por la mirada tensa en su apuesto rostro que no soy la única siendo atormentada y tambaleándome al borde de la locura.

Con una maldición de voz ronca, deja el cucharón a un lado y cae en cuclillas para comerme el chocolate. Lamiendo, chupando, mordisqueando con sus dientes, me deja temblando de deseo.

—No es justo —digo cuando se aleja de mí y se pone de pie. Niego con la cabeza—. Yo también quiero saborearte.

No discute. Por la expresión de su rostro, no estoy segura de que tuviera la voluntad de intentarlo.

Desabrochándose el cinturón y los pantalones, empuja los pantalones a medida y los bóxers por sus musculosos muslos, luego se quita rápidamente la camisa. Su miembro se mantiene duro y pesado frente a mi cara, más tentador que cualquiera de las suculentas delicias que he probado esta noche.

Me inclino hacia adelante, ávida de él, pero decidida a tomarme mi tiempo. Provoco la suave y ancha cabeza con la punta de mi lengua, luego trazo el lado venoso inferior de su eje en un largo y lento recorrido. Cuando finalmente trabajo mi camino de regreso y lo tomo completamente en mi boca, la maldición de Nick es poco más que un gemido estrangulado desde el fondo de su garganta.

Agarrándose al borde de la mesa, deja caer la cabeza hacia atrás por un momento, con los tendones saltando a los lados de su cuello. Continúo mi exploración sin prisa de su verga y testículos, sabiendo que debe estar volviéndolo loco más allá de la locura que no pueda ordenarme que también ponga mis manos sobre él ahora.

Sus dedos se clavan en mi pelo suelto, cerrándose y flexionándose mientras lo chupo profundamente en mi boca y aprieto mis mejillas a su alrededor, todo el tiempo sosteniendo su mirada oscura y entrecerrada.

Luego libera su agarre en mi pelo, mi nombre un áspero jadeo mientras alcanza detrás de él algo en la mesa. El camino de seda rojo. Sus ojos arden con perversa intención mientras trae la banda frente a él, balanceando el borde con flecos sobre mis hombros desnudos.

Acariciando el lado de mi cara, suavemente me aleja de su erecto miembro.

Hay una pregunta en sus brillantes ojos. Le respondo quedándome quieta, permitiéndole atar la seda alrededor de mi cabeza como una venda.

—Aún no has terminado con el postre —me dice, su voz mi único ancla en mi nuevo mundo de tonos fundidos.

Lo oigo moverse, seguido por el suave tintineo de una cuchara contra un tazón. Sus dedos se posan suavemente debajo de mi barbilla, guiando mi boca de vuelta a su miembro y a cualquier golosina adicional que pretenda regalarme ahora. Lo sé en ese instante, cuando algo dulce y pegajoso encuentra mi lengua mientras lamo la corona de su pene.

Miel.

Se desliza por los lados de su grueso eje y la persigo con mi lengua, con mis labios, saboreando su sabor incluso más que el néctar que ahora recubre su carne lisa y acerada.

—Mmm —tarareo mientras lamo y chupo a lo largo de cada dura pulgada de él—. Ahora me has hecho antojar crema.

Su maldición en respuesta es profana, altamente erótica. —Voy a darte un poco, nena. Justo después de probar la crema que estoy anhelando.

Se agacha frente a mí y bruscamente levanta mi falda. Escucho su brusca inhalación cuando me encuentra desnuda debajo de mi vestido. Desnuda, empapada y temblando por él.

—Jesucristo. Tu coño ha estado desnudo y esperándome todo este tiempo. —No suena en absoluto como una queja.

No puedo ver su rostro, pero estoy bastante segura de que su mirada está más allá de lo febril ahora. —Si te lo hubiera dicho, nunca habríamos pasado del champán.

—Nena, si me lo hubieras dicho, nunca habríamos llegado al auto.

Me devora sin previo aviso, empujando mis muslos separados y enterrando su rostro en mi sexo. No tengo esperanza de contener el orgasmo que ha estado al borde de estallar desde que comenzamos a disfrutar de nuestro decadente postre. Con sus palmas sosteniéndome en alto en mi silla y manteniéndome firme contra su malvada boca, Nick me hace correr en lo que parecen segundos.

Tiemblo contra su lengua, el placer arqueándose a través de mí en ola tras gloriosa ola.

Estoy sin huesos, todavía girando a través de mi clímax mientras cuidadosamente me levanta de la silla, consciente de las perlas que aún atan mis manos detrás de mi espalda.

Con mi venda en su lugar, no tengo más remedio que entregarme a él completamente mientras me inclina sobre la mesa y me abre. Escucho el suave crujido del paquete de condón que saca del bolsillo de sus pantalones, y luego siento el calor de Nick contra mí mientras guía su miembro a la entrada de mi cuerpo y empuja dentro con una larga y lenta embestida.

—Quiero que te corras de nuevo para mí —exige con dureza—. Quiero escucharte gritar para mí.

Y en esos momentos siguientes, mientras él ruge y embiste con el ataque de una liberación impresionante, caigo por el precipicio

con él, su nombre arrancado de mi garganta como una oración.

No puedo negárselo. Mi cuerpo y mi voluntad están a su merced.

Y también mi corazón.

11

ME DUELEN TODOS LOS lugares correctos mientras salgo de la ducha a la mañana siguiente y me seco con una toalla en el amplio baño principal del penthouse.

Nick me lleva casi una hora de ventaja. Su toalla está húmeda en el toallero cromado calefaccionado montado en la pared donde ahora cuelgo la mía, y puedo oírlo hablando con alguien por Bluetooth mientras me pongo una bata kimono corta de seda y luego procedo a peinarme con los dedos y secarme el pelo. Mi maquillaje toma apenas cinco minutos ya que solo voy al estudio a trabajar hoy, y cualquier cosa más allá de rímel y un poco de color en los labios es excesivo cuando estoy con Lita y Matt.

Salgo descalza del dormitorio y encuentro a Nick en la cocina.

—Me dejaste dormir de más.

—Pensé que agradecerías el descanso extra esta mañana.

Para mi sorpresa, veo que no solo ya está vestido para su día con una camisa gris perla y pantalones negros, sino que también ha tenido tiempo para preparar el desayuno. Mientras me acerco, coloca un huevo poché esponjoso sobre una cama de carne de cangrejo, tomate y espinaca, y luego vierte una salsa amarilla cremosa por encima de todo.

—¿Tienes hambre?

—No debería tenerla. Pero ¿por uno de tus famosos Benedicts? Siempre.

Arquea una ceja oscura.

—Sentí la necesidad de reestablecer mi dominio en la cocina después de la comida que Gavin nos preparó anoche. No quiero que pienses en ningún otro hombre hoy.

—La cena fue increíble —admito—. Pero mi cuerpo solo conoce a un maestro. —Me pongo de puntillas para besar su boca sexy—. Mi estómago, y el resto de mí, es todo tuyo.

Sirve otra porción y llevamos nuestros platos a la mesa donde ya ha colocado los cubiertos. Busco café para ambos mientras él sirve dos vasos de jugo. Todo es muy doméstico y natural, y no puedo negar la sensación de satisfacción que me invade mientras nos sentamos juntos y desayunamos como cualquier otra pareja normal.

No puedo negar lo natural que se siente estar con Nick, sin importar lo que estemos haciendo. Ya sea un ligero bondage con juegos de comida o preparándonos para comenzar nuestras rutinas diarias juntos la mañana siguiente.

Nos instalamos en un ritmo fácil en la mesa, disfrutando de nuestro café y desayuno y haciendo planes para el resto de la semana. El teléfono de Nick suena repetidamente con mensajes de texto y llamadas entrantes, todas las cuales ignora deliberadamente.

—¿No deberías contestar? —le pregunto por encima del borde de mi taza de café después de que ambos terminamos lo último de nuestro desayuno—. Por lo que he entendido, la mañana en esta ciudad no comienza oficialmente hasta que Dominic Baine lo dice.

Me da una sonrisa irónica.

—Cuidado, o inflarás mi ego.

—Disfruto inflando tu ego. —Me lamo los labios, sonriendo ahora —. Junto con otras cosas.

Hace un ruido bajo en el fondo de su garganta y por un momento no estoy segura si el destello oscuro y sensual en sus ojos es una advertencia o una promesa. Luego coloca su servilleta junto a su plato vacío y se levanta de la mesa.

Contengo la respiración mientras camina hacia mí.

—Cierra los ojos.

Visiones de anoche envían ráfagas de deseo corriendo por mis venas. Lo miro cuando se mueve detrás de mí en un silencio insostenible.

—Ciérralos, Avery.

Mis párpados caen y espero, incierta de sus intenciones y demasiado fácilmente excitada con solo pensar en lo que podría tener en mente para mí ahora.

Algo sedoso roza mi mejilla.

Está atando algo suavemente alrededor de mi cuello desde detrás de mí. Luego... algo frío y metálico se asienta entre mis pechos desnudos.

Miro hacia abajo y encuentro una llave al final de un largo cordón de seda roja.

Reconozco la llave inmediatamente. Era la misma que usó para abrir la puerta del edificio anoche.

—Nick, qué... —Giro para mirarlo boquiabierta—. ¿Qué es esto?

—Un regalo. —Extiende la mano, tocando la llave que descansa contra mi piel—. Tu nuevo estudio de arte privado.

¿Mi propio estudio? Estoy tan incrédula que, por un momento, no puedo hablar.

—Dijiste que estabas pensando en comprar el edificio. ¿Te referías a comprarlo... para mí? ¿Por eso me llevaste allí anoche?

Lentamente niega con la cabeza, deslizando su palma alrededor de mi nuca. Suspiro ante la calidez y el confort de su toque.

—También quería celebrar contigo, como dije. Así que llámalo multitarea.

Su sonrisa está tan llena de orgullo y afecto que me siento mareada mientras lo miro.

—Nick, no deberías haber hecho esto. Lo digo en serio.

—El edificio es una inversión sólida. Además, no hay razón para que gastes tu propio dinero en un espacio compartido al otro lado de

la ciudad cuando puedes tener tu propio estudio privado a solo cinco minutos de aquí.

Miro la llave, asombrada de que hiciera algo tan generoso. Aunque, no debería sorprenderme. Nick puede haberse ganado una reputación de empresario frío y astuto —un jugador sin corazón en los negocios y en la vida— pero nunca ha sido así conmigo. Ni con las personas que me importan. Intervino con Vendange cuando Tasha necesitaba ayuda. Incluso ha estado presionándome últimamente para que le permita ayudar con la situación de mi madre.

Me ha brindado más bondades de las que jamás podré retribuir.

Pero esa no es toda la razón por la que dudo ahora.

Por mucho que haya soñado con tener algún día mi propio espacio para trabajar, nunca he querido que me regalen el sueño. Mi arte es mío. Siempre ha sido lo único que me pertenece exclusivamente. Mi válvula de escape. Mi refugio.

El lugar al que voy cuando no hay ningún otro sitio donde me sienta segura o comprendida.

No estoy lista para entregar esa parte de mí.

Ni siquiera a Nick.

—Gracias por ofrecerme esto —murmuro—. Me encanta que quieras ayudar. Pero ya me has dado demasiado. Más de lo que jamás podré retribuir.

—¿Alguna vez he dicho algo sobre retribuirme? —Su voz adquiere un filo mientras me mira ahora—. Quiero que lo tengas. Tú misma dijiste que necesitas un lugar para pintar.

—Ya tengo un lugar, Nick. —Tomo el cordón de seda y lo levanto por encima de mi cabeza—. Espero que entiendas. Cuando se trata de mi arte, quiero hacerlo —*necesito* hacerlo— por mi cuenta.

Él no se mueve. No abre su mano para tomar la llave cuando se la ofrezco. La coloco sobre la mesa entre nosotros, junto a su teléfono. Luego doblo mis manos en mi regazo y espero a que diga algo. Toma mucho tiempo.

Finalmente, exhala un pesado suspiro.

—Si vas a hacer el viaje a East Harlem regularmente, entonces hazme el favor de permitir que Patrick te lleve y te recoja. Prefiero no pasar la mayor parte del día preguntándome si estás a salvo o si has perdido tu maldito teléfono en algún lugar y no puedes contactarme.

—De acuerdo.

Asiento, suponiendo que este es el mejor compromiso que puedo esperar obtener de él. Está reflexionando, no está feliz con mi rechazo a su regalo, pero al menos me está hablando.

Cuando acaricia mi mejilla, sus dedos son tiernos y afectuosos contra mi cara.

—Tu transporte comienza hoy. Iré contigo, luego Patrick puede llevarme a mi oficina.

—Está bien.

Mientras se inclina para besarme, su teléfono suena de nuevo. Mira hacia abajo frunciendo el ceño. La foto de Andrew Beckham está en la pantalla. Nick me da una mirada de disculpa, luego extiende la mano para deslizar el bloqueo de la pantalla.

—Sí, Beck.

—Perdón por llamarte en casa. —La voz de barítono del abogado se escucha a través del altavoz—. ¿Tienes un segundo? Es sobre ese proyecto de condominios en Brooklyn.

Nick exhala, alejándose ya de mí.

—Tengo que atender esto.

—Está bien. Yo me encargo de todo esto.

Me levanto y empiezo a recoger los platos mientras él camina hacia la sala con su teléfono. Cargo los platos y cubiertos en el lavavajillas, luego limpio la encimera y la mesa.

La llave en su cordón de seda se siente pesada y fría en mi palma mientras la coloco sobre la barra.

Cuando miro a Nick, me está observando. Aparta el teléfono de su boca.

—Necesito irme ahora. ¿Cuánto tardarás en estar lista?

—Dame cinco minutos.

Asiente, recogiendo su chaqueta de traje de donde está doblada pulcramente sobre el respaldo del sofá.

—Te veré abajo. Patrick tendrá el auto esperando afuera.

—¿Está todo bien?

—Solo los retrasos habituales y tonterías de contratos. Nada grande, solo cosas que necesito revisar personalmente.

—Está bien. Bajaré enseguida.

Vuelve a su llamada, saliendo por la puerta mientras habla, y yo camino al dormitorio para vestirme. Unos minutos después, vistiendo jeans y una camisola con una túnica vaporosa, salgo del ascensor hacia el vestíbulo.

Nick ya no está al teléfono. Está de pie justo afuera de la entrada del edificio, hablando con una hermosa rubia fresa. Aunque la mujer alta y elegante está de espaldas a mí y no la conozco bien, la reconocería en cualquier parte.

Pero no me había dado cuenta de que Nick también la conocía.

Ambos se giran hacia mí cuando Manny me abre la puerta y salgo del edificio.

—¡Hola, Avery! —Claire Prentice me sonríe, tan vivaz y elegante como la recuerdo.

—Hola —respondo, mientras me atrae hacia ella para un beso al aire a un lado de mi cara.

Hace cuatro meses nos conocimos por primera vez en Vendange, después de que una amiga que supuestamente iba a cuidar el apartamento de Claire aquí en Park Place le fallara en el último minuto. Camino al extranjero para un trabajo de actuación durante varios meses y sin nadie que vigilara su lugar mientras estuviera fuera, Claire me convenció de que me mudara a su apartamento.

En realidad, fueron sus cinco mil dólares en efectivo lo que me convenció.

Además del hecho de que necesitaba desesperadamente encontrar un lugar para vivir, ya que el horrible edificio de apartamentos donde alquilaba un minúsculo agujero de una habitación había sido vendido sin consultarme.

Si no fuera por Claire, nunca hubiera tenido una razón para venir a este edificio.

Tampoco habría casi chocado de frente con Nick en el ascensor esa primera noche, cuando ambos fuimos golpeados por la intensa atracción que nos unió inexorablemente, comenzando con nuestro encuentro casual esa noche, seguido por nuestro explosivo segundo encuentro en su galería, Dominion, que terminó con nosotros dos enredados, calientes y sudorosos en su cama.

A veces me desconcierta pensar que le debo toda mi felicidad actual a la amiga irresponsable de Claire.

Observo su bronceado resplandeciente y su elegante vestido de diseñador. Parece que acaba de salir de un anuncio de moda, mientras que con mi atuendo casual bohemio y mi cara escasamente maquillada, me siento como la barista que debería estar sirviéndole un skinny latte.

Mi confianza aumenta inmensamente cuando Nick casualmente envuelve su brazo alrededor de mi espalda como para decirle a ella y a cualquier otra persona en las inmediaciones que estoy con él.

—No te he visto por aquí últimamente —le digo a Claire—. ¿Cómo va el programa de entrevistas?

Iba a ir a Japón para grabar el piloto cuando me contrató para cuidar su casa. Tres meses y medio después, regresó a casa y le conté lo básico sobre cómo había conocido a Nick y me estaba mudando con él.

Parecía emocionada por mí, pero no tuve la sensación de que ella y yo fuéramos a ser mucho más que vecinas ocasionales. Parecía bastante reservada con su vida personal, y Dios sabe que Nick y yo también lo somos.

—El programa fue cancelado, desafortunadamente. Justo le estaba contando a Nick al respecto. Recientemente hicieron un montón de pruebas de audiencia con el piloto y los productores decidieron cancelarlo.

—Oh, lo siento.

Sonriendo, me hace un gesto desdeñoso con su mano enjoyada.

—Ah, bueno. C'est la vie. O como sea que se diga en japonés. Hay muchos otros proyectos por ahí.

—Deberíamos irnos. —La mano de Nick me impulsa hacia la limusina en marcha donde Patrick espera para abrirnos la puerta—. Claire, un gusto verte.

—Igualmente. Nos vemos, Avery.

Asiento mientras Nick me guía hacia el auto y subimos atrás.

Observo a Claire Prentice entrar en el edificio, notando cómo Manny y todos los demás hombres en el vestíbulo no pueden apartar sus ojos de la impresionante mujer. Diablos, incluso a mí me resulta difícil apartar la mirada de su paso suave y su radiante atractivo sexual.

Pero Nick mira hacia adelante, casi deliberadamente.

No puedo negar la repentina y aguda punzada de sospecha que me aguijonea. Con Patrick aún no dentro del vehículo, miro a Nick.

—No sabía que tú y Claire se conocían.

Me da un encogimiento de hombros indiferente.

—Soy dueño del edificio. Estoy relacionado en cierta medida con todos los que viven aquí.

—Pero nunca lo mencionaste. Ni siquiera cuando te dije esa primera noche en la galería que estaba cuidando su casa. —Cuando incluso llegué a mentirle y le dije que era amiga de Claire, él nunca la mencionó. En ningún momento en los últimos cuatro meses—. Nunca dijiste que la conocías.

—¿No lo hice?

—No. No lo hiciste.

Ahora gira su cabeza para mirarme directamente.

—¿Hay algo que quieras preguntarme, Avery?

Siento el desafío en su tono, aunque su mirada permanece inquebrantable, ilegible.

Los celos reducen mi voz a un susurro.

—¿Tú y Claire Prentice se han acostado?

Extiende la mano, acunando tiernamente mi mandíbula.

—No. No lo hemos hecho.

—¿Nunca?

—Nunca. No me acuesto con nadie que viva en mi edificio. Así como no me acuesto con mis empleados. Esas son dos reglas de larga data que he respetado siempre. —Acaricia mi mejilla, y la mirada solemne en su rostro elimina todas mis dudas—. Solo hay una mujer que me ha tentado a romper mis reglas, y está sentada justo aquí.

Me atrae hacia él para un beso dulce y lento mientras Patrick se desliza en el asiento del conductor. Mi corazón late con fuerza, mi cuerpo se acelera mientras Nick me acerca contra él en el asiento y coloca su brazo posesivamente alrededor de mis hombros.

—East Harlem, por favor, Patrick. Toma el camino lento, para que la Srta. Ross y yo podamos besarnos un poco más.

Patrick se ríe.

—Sí, señor.

12

A MEDIDA QUE LA semana llega a su fin, no solo he terminado otra pintura sino que he comenzado una tercera. No estoy segura si mi explosión de creatividad ha sido inspirada por mi nuevo ambiente de trabajo, la compañía de los otros artistas con quienes comparto el espacio, el gusto ecléctico y siempre cambiante de Lita por la música, o una combinación de las tres.

No tengo duda de que Nick también me ha inspirado.

Como la primera pintura que hice hace unos días, estas otras nuevas piezas son abstractas y temperamentales, inconfundiblemente sensuales. Aunque no pinté ninguna de ellas con la intención de producir algo erótico, es difícil no ver la poderosa sugerencia sexual en la combinación de líneas agresivas y pinceladas audaces yuxtapuestas contra curvas sinuosas y formas fluidas y entrelazadas.

Me alejo de mi caballete e inclino la cabeza, evaluando el progreso de mi obra actual. Matt se detiene a mi lado, habiendo regresado de limpiar sus pinceles en el pequeño lavabo del baño del estudio.

—Me gusta lo que hiciste con el rojo en esa, Avery. Muy caliente.

—Gracias —dejo que mi mirada siga la cinta retorcida de escarlata que corre a través de la composición, atando las formas

suaves que parecen brillar en primer plano, iluminadas por una llama invisible. En el fondo, pequeños puntos de luz atraviesan un campo de oscuridad negra.

—En realidad está bastante buena —dice Lita, lo que, viniendo de ella, es el colmo del elogio—. Pero mi favorita hasta ahora es la otra.

Usa el extremo de un martillo de bola para señalar la primera pintura que completé desde que llegué al estudio. La que todavía hace que mi corazón se acelere y que las mejillas de mi trasero hormigueen deliciosamente cada vez que la miro.

Intento contener mi sonrisa privada mientras murmuro el título que le he dado. *"Hora Azul, Cuero Negro"*.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Alguna vez has intentado vender algo?

—No —respondo—. Bueno, lo intenté durante un año aproximadamente, poco después de llegar a Nueva York. Solo se vendió una pieza en todo ese tiempo, una de las primeras cosas que pinté. Nada se vendió después, y perdí mi espacio en la galería.

Lita frunce sus labios perforados, examinando mi trabajo desde el otro lado de la habitación.

—¿Pintabas así en aquel entonces?

Miro hacia mi caballete y la pieza que me recuerda a mi cena a la luz de las velas —y el travieso postre— con Nick hace unas noches.

—No, esto es algo diferente para mí.

Matt cruza los brazos mientras mira mi nueva obra.

—Tengo un amigo con una galería en SoHo. Apuesto a que podría conseguirte un espacio allí si se lo pido.

—Oh, gracias, pero no creo. No creo estar lista para eso —Y si lo estuviera, querría conseguir el espacio en la galería por mis propios méritos, no a través de favores o amistades.

—Hablando de galerías —me dice Lita—, algunas de mis mierdas van a ser parte de una exposición de varios artistas la próxima semana en Brooklyn. ¿Quieres venir?

Matt me da un codazo.

—Por favor, di que sí. Ya me torció el brazo para que esté allí. Es en alguna galería chic nueva en Greenpoint en plena tarde, por el amor de Dios. Si no vienes, me veré obligado a encontrar un rincón y beber solo todo el día.

Sonrío, pensando que pasar un tiempo con mis nuevos amigos suena divertido.

—Está bien, claro. Iré.

Mientras acordamos planes para encontrarnos en el evento, mi teléfono suena con un mensaje entrante. No hay forma de disimular mi sonrisa cuando veo el mensaje de Nick en la pantalla.

Pensando en ti toda la mañana.

Suspiro, atrapando mi labio entre los dientes con anhelo. Ha estado en Boston por negocios desde ayer por la tarde, y no regresará a la ciudad hasta más tarde esta noche.

Yo también he estado pensando en ti. Me alejo de Lita y Matt, que de todos modos ya han pasado a otra conversación sin mí. *Te extraño como loca.*

Bien. Me gusta que tengas hambre.

Entrecierro los ojos mientras escribo mi respuesta. *No es lindo provocar.*

Su respuesta llega inmediatamente. *No es lo que dijiste la otra noche.*

Ahora estoy sonriendo, y deseando no estar en una habitación con otras dos personas cuando me hace pensar en todas las cosas perversas que hicimos antes de que saliera de la ciudad.

¿Tienes hambre ahora, nena?

Muy bien, Nick. Dos pueden jugar este juego. *¿De ti? Siempre.*

Esa es mi chica. Hay una pausa antes de que llegue su próximo mensaje. *¿Qué te parece almorzar?*

Me quedo inmóvil, mirando su mensaje por un segundo. La sospecha, junto con una agitada emoción de esperanza, me lleva a la ventana que da a la calle de abajo.

El BMW negro de Nick está esperando en la acera.

—Oh, Dios mío —cuando Lita y Matt me dirigen miradas curiosas, una pequeña explosión de risa nerviosa brota de mí—. Mi, um... mi novio está aquí.

Lita frunce el ceño.

—¿Tienes novio?

Matt sonríe.

—¿Qué estás esperando? ¡Dile que suba para que podamos conocer a tu hombre!

Dos minutos después, ambos se quedan boquiabiertos de incredulidad cuando les presento a Dominic Baine y le muestro el pequeño estudio.

Todavía no ha subido aquí, aunque lo invité a venir a ver las cosas y conocer a mis amigos. Sé que está ocupado, pero parte de mí se había estado preguntando si seguía molesto por el hecho de que insisto en mantener esta parte de mí separada de él por ahora. Si los papeles se invirtieran, dudo que yo lo manejaría mucho mejor que él. Tal vez mucho peor.

Pero si está molesto o resentido, no lo demuestra mientras habla con facilidad con Matt y Lita, luego me sigue hasta mi área de trabajo mientras busco mi bolso y mi teléfono. Veo su mirada astuta recorrer mis lienzos.

No puedo negar que el impulso de esconder mi trabajo de él es fuerte. Nick conoce el arte —el buen arte— y no ha ocultado el hecho de que encontró el mío carente. Por mucho que me doliera oírselo decir, mirando hacia atrás, sé que tenía razón.

Pero estas nuevas piezas son diferentes. Son más parte de mí que cualquier cosa que haya hecho antes, y me aterroriza verlo mirarlas con decepción.

—¿Lista? —pregunta, su rostro adoptando esa máscara ilegible que no revela nada.

Nos despedimos de mis amigos y Nick me pide que elija un restaurante que me guste en el vecindario. Me decido por un hueco italiano en la pared que no parece muy prometedor desde la calle,

pero sirve la mejor lasaña que he probado en toda la ciudad de Nueva York.

—¿Te gusta? —le pregunto a Nick mientras ambos devoramos esa bondad de queso y salsa.

Asiente con entusiasmo, pareciendo algo fuera de lugar sentado en nuestra pequeña mesa tambaleante con su mantel a cuadros rojo y blanco, con su camisa blanca a medida y su corbata gris carbón. Ha hecho que más de una cabeza se gire desde que llegamos. Estoy segura de que no es frecuente que uno de los hombres más ricos y reconocibles del país se siente a disfrutar de un plato de pasta de diez dólares en el Harlem español en medio de un jueves por la tarde.

Trato de ignorar las miradas disimuladas que recibimos tanto de los clientes como del personal del restaurante. No dudo que muchas de las miradas curiosas también estén dirigidas a mí, aunque Nick nunca ha tratado de ocultar el hecho de que estamos saliendo.

En cuanto a mí, solo me maravillo de cómo se las arregla para evitar salpicar salsa marinara por todas partes mientras yo como bajo la constante amenaza de un desastre.

—Sabía que te gustaría. Lita, Matt y yo comemos aquí al menos dos veces por semana porque la comida no solo es barata sino increíble. Si no tengo cuidado, pronto se comenzará a notar en mis caderas.

Nick sonríe.

—No me vas a oír quejarme. Amo tus curvas.

Nuestros ojos se conectan y la mirada hambrienta que me da hace que se me enrojezcan no solo las mejillas. Me aclaro la garganta, moviéndome un poco en el cojín de vinilo negro de mi silla.

—¿Cómo estuvo la reunión en Boston?

—Prometedora. Esa empresa de tecnología en la que invertí el año pasado está preparándose para lanzar su primera aplicación muy pronto. Tiene todos los indicadores de un verdadero éxito, trabajo e ideas realmente innovadoras.

—Nick, eso es genial.

—Sí. Se acerca una gran exposición internacional de tecnología en Londres. Anunciarán el lanzamiento ante una sala llena y medios de comunicación de todo el mundo —levanta la botella de vino tinto barato envuelta en rafia y me sirve otra copa—. Me gustaría que estuvieras allí conmigo.

—¿Londres? —Nunca he estado fuera de Estados Unidos, y viajar a Europa ha sido un sueño mío durante mucho tiempo. Pero hay un pequeño problema—. No tengo pasaporte.

—Me encargaré de eso por ti. Me encargaré de todo lo que necesites —extiende la mano hacia la mía—. Te quiero conmigo, Avery.

Lo miro, hipnotizada. No solo por su impresionante belleza, sino por su amabilidad. Por el hecho de que en unos pocos meses me ha hecho sentir más importante que cualquier otra persona en mi vida, aparte de mi madre.

Me hace sentir contenta, segura y valorada... tan increíblemente viva.

Me hace sentir amada.

Hay momentos, como ahora, en los que me hace sentir como si el tiempo que estamos compartiendo continuará para siempre. Me hace desear que pudiera ser así.

—Está bien, Nick —giro mi mano debajo de la suya y entrelazo nuestros dedos—. Estoy lista para ir a cualquier lugar donde quieras llevarme.

Su teléfono suena y él maldice por lo bajo.

—Es Beck otra vez.

—Adelante, contesta. De todos modos necesito encontrar el baño.

Llevándome el bolso conmigo, me abro paso entre las mesas estrechamente dispuestas, dirigiéndome al pasillo trasero del pequeño y sombrío restaurante. Los baños están escondidos en una esquina cerca de la puerta trasera del lugar. Para mi asombro, el baño de mujeres está desocupado.

Empujo la maltratada puerta blanca y entro...

Y antes de que pueda cerrarla y girar el seguro en la perilla descolorida, la puerta explota hacia adentro. La fuerza me hace tambalearme hacia atrás. Abro la boca para gritar mi indignación al torpe que irrumpió, pero mi voz se evapora en mi lengua.

Miro fijamente el rostro que rogué nunca volver a ver, y menos aquí y ahora.

—Sorpresa, sorpresa, nena. Te dije que sabrías de mí otra vez.

La cara de Rodney Coyle es más vieja de lo que recuerdo, y tensa con amenaza mientras cierra la puerta detrás de él, sellándonos juntos dentro del pequeño baño.

13

ME LANZO HACIA LA puerta, pero Rodney me bloquea el paso. El adolescente desgarbado que había entrado y salido de mi vida durante el horror del matrimonio de mi madre con su padre ha ganado peso y músculo desde entonces. Intento abrirme paso empujándolo, pero no puedo ni rodearlo ni atravesarlo.

El miedo se filtra hasta mi médula. Un grito se atasca en mi garganta y hago todo lo posible por contenerlo. No puedo liberarlo. No cuando lo último que quiero es llamar la atención hacia nosotros.

No cuando Nick está sentado en el restaurante afuera.

Rodney lo sabe. Puedo ver esa confianza brillando en sus ojos oscuros y juntos.

—Cambiaste tu número de teléfono —me regaña moviendo el dedo—. ¿Es esa forma de tratar a tu hermano perdido?

Nunca fue mi hermano, ni por asomo. Dos años mayor que yo, expulsado de la casa de su padre mucho antes de que mi mamá y yo nos mudáramos allí, Rodney estaba habitualmente drogado y crónicamente desempleado. Un perdedor al que apenas conocía, y mucho menos consideraba familia.

Ahora, veo a un oportunista frente a mí. Uno peligroso.

—Pensé que estábamos retomando nuestra amistad. ¿Qué se suponía que debía pensar cuando de repente me cortas así?

Retrocedo mientras él avanza hacia mí. —¿Q-qué estás haciendo aquí?

—Siempre quise venir a Nueva York. Pensé que era un buen momento para hacer el viaje. Venir a verte y comprobar lo bien que vives —chasquea la lengua—. Viviendo muy bien, niñita. Estoy impresionado.

—¿Cómo me encontraste? ¿Cómo sabías dónde estaría hoy?

Se ríe. —Te he estado siguiendo durante días, estúpida. Te esperé fuera del apartamento de tu novio en Park Ave, luego tomé un taxi para seguirte en tu limusina con chofer hasta ese edificio de mierda a unas calles de aquí. Como parece que comes en este lugar con regularidad, pensé que sería mi mejor oportunidad para encontrarte. Y mira tú, aquí estás, *atrapada*.

Me estremezco internamente por mi estupidez que lo llevó directamente hacia mí. Nunca imaginé que vendría hasta aquí. Temo adivinar qué hará falta para que se vaya ahora que está aquí. Ahora que ha visto de primera mano cómo es actualmente mi vida con Nick.

Da otro paso hacia mí. Retrocedo otro paso, solo para ser detenida por el lavabo montado en la pared a mis espaldas.

A pesar de estar aterrorizada, levanto la barbilla y reúno toda la rebeldía que puedo en mi voz. —Déjanos en paz, Rodney. A mi mamá y a mí. Si tú o cualquiera de los malditos delincuentes con los que seguro te juntas piensan siquiera en ponerle un dedo encima otra vez, juro por Dios que yo...

Su risa delgada interrumpe mi amenaza. —Relájate. Ya no me interesa esa vieja puta. Solo la necesitaba para llamar tu atención. Tenía que hacerte saber que iba en serio.

Mi odio por él aumenta aún más al oírle admitir que hizo que lastimaran a mi madre para llegar a mí. —Bueno, ya tienes mi atención. ¿Qué quieres de mí? ¿Dinero?

—Podemos empezar por ahí —dice, sonriendo ahora—. Podemos empezar con diez mil, ¿cómo suena eso?

—¿Diez mil dólares? —prácticamente me ahogo con la exigencia —. Estás loco. No tengo ese tipo de dinero.

—Vamos, no seas así. Eres más inteligente que eso. Y yo también. Puedes encontrar una manera de hacerlo funcionar. Un tipo como el que te espera allá afuera es tan jodidamente rico que ni siquiera notará que falta el dinero.

—¿Crees que le robaría? Nunca. Vete a la mierda por siquiera sugerirlo.

—Entonces voy a tener que hablar con él —la boca de Rodney se aplana con la amenaza—. Tal vez hable con algunos reporteros mientras esté en la ciudad también. Apuesto a que podría ganar un dineral con lo que sé sobre la novia de Dominic Baine. Apuesto a que las revistas de chismes se tragarían esa mierda. Aunque él no estará muy feliz.

¿Cuánto sabe Rodney? Seguramente no todo. Nadie sabe tanto. Mi madre se aseguró de eso.

Aun así, el pavor se asienta frío en mi estómago mientras miro sus ojos estrechos y depredadores, ojos tan parecidos a los de Martin Coyle que no puedo controlar el escalofrío que me sacude. —Si te refieres al hecho de que tu padre abusó repetidamente de mí y finalmente me violó, ahórrate el aliento. Nick ya lo sabe.

La noticia lo toma por sorpresa, pero no lo conmueve. No, esa mirada de buitre se niega a soltarme. —Eso es todo lo que él sabe, ¿verdad? Hay algo que nadie sabe sobre ti.

No está haciendo una pregunta. Puedo ver por la mirada satisfecha en la cara de Rodney que ha estado seguro de su conocimiento durante mucho tiempo.

Desde el principio, si tuviera que adivinar.

Lo confirma con una sonrisa escalofriante.

—Vi tu auto estacionado afuera de la casa esa tarde, Avery. Unos amigos y yo regresábamos de una noche de fiesta y justo por casualidad pasamos por la casa del viejo. Estaba ese Honda de mierda tuyo en la entrada.

No digo nada. Dios mío, apenas puedo respirar mientras continúa describiendo el día que está grabado en mi memoria.

—Quizás no hubiera pensado nada al respecto. Probablemente lo hubiera olvidado, pero más tarde, después de que la noticia se difundiera por todo el pueblo de que el hijo de puta había sido asesinado y tu mamá confesara, recuerdo haber pensado qué extraño era que ella se empeñara en decirle a todos que estaba sola cuando se cargó al viejo. Que tú habías estado fuera todo el día.

—Estaba en casa de mis abuelos —murmuro, repitiendo la historia que mi madre me hizo contar después del asesinato—. Estaba enferma ese día y me quedé en casa en vez de ir a la escuela. Mamá me mandó a casa de la abuela esa mañana, luego ella y Martin empezaron a pelear...

Rodney se ríe incluso antes de que termine de recitar la mentira. —Sí, sé que eso es lo que le dijo a los policías. Pero tú y yo, niñita, sabemos la verdad. ¿No es así?

Lo miro, dándome cuenta con fría certeza de que es un problema del que no puedo escapar. No ahora.

—Si estás tan seguro de que tienes algo contra mí, ¿por qué esperaste hasta ahora para hablar?

Se encoge de hombros. —Mi viejo recibió lo que se merecía. Claro que no derramé ninguna lágrima cuando me enteré de que el imbécil estaba muerto. Y me importaba un carajo por qué tu madre lo hizo. No tenía nada que ganar revolviendo esa mierda en aquel entonces. Ustedes dos perras eran pobres como ratas. ¿Qué tenían ustedes que yo pudiera querer? —su sonrisa se aplana en una mirada lasciva—. No me malinterpretes, tú y yo, niñita, podríamos haber hecho las cosas interesantes. Pero por la forma en que el viejo te miraba, imaginé que ya había estado por todo ese lindo culito y yo no acepto sobras.

Mientras habla, la bilis me sube por la garganta. ¿Pensar que él sabía lo que su padre tenía planeado para mí y nunca se molestó en hablar o ayudarme? Me enferma. Me enfurece. Mis dedos se curvan en puños, mis uñas se clavan en mis palmas.

Se acerca más a mí. —Ya casi había olvidado lo que vi esa mañana... hasta que hace un par de meses, me topé con una foto en Internet. Una foto tuya toda arreglada, colgada del brazo de un tipo rico que parece ser dueño de medio Nueva York. Una preciosura como tú, supongo que no debería sorprenderme que la estés usando para atrapar a un rico como Dominic Baine.

Su vulgaridad me irrita, pero peor aún, odio que conozca el nombre de Nick. Odio haber traído esta vil parte de mi pasado a mi vida con Nick. No tengo a nadie a quien culpar, ni siquiera a Rodney. Todo esto es mi culpa, y necesito arreglarlo. Necesito que desaparezca.

El problema es que no puedo darle a Rodney lo que está exigiendo.

—No tengo el tipo de dinero que quieres. Y no lo tomaré de él, por ninguna razón.

—Entonces tienes un gran problema que viene en camino. Vine aquí a cobrar una deuda que me has debido durante mucho tiempo, y si no la recibo, no hay forma de saber qué me veré obligado a hacer.

—Rodney, tienes que creerme...

—No, niñita. Tú tienes que creerme a *mí*. Quiero ese dinero. Tienes los próximos siete días para conseguirlo —extiende la mano, arrebatándome la cartera del suelo y sacando mi teléfono de adentro. Marca un número y su teléfono suena. Luego silencia ambos dispositivos, arrojándome el mío—. Espero tener noticias tuyas cuando tengas el dinero. No seas lo suficientemente estúpida como para ponerme a prueba, Avery.

Con una mueca de desprecio, me deja caer contra la dura porcelana del lavabo mientras gira hacia la puerta del baño. Desbloqueándola como si tuviera todo el derecho de estar dentro conmigo, sale con descaro.

Dios mío. El aire sale de mis pulmones en un jadeo. Mis piernas se sienten débiles, inestables debajo de mí. No estoy segura de cuánto tiempo permanezco ahí, suspendida entre la miseria y el

terror. Mis manos tiemblan tanto que me resultan inútiles mientras me miro en el espejo y trato de recuperar la compostura.

Nick se preguntará por mí pronto, si es que no lo está haciendo ya. Con Rodney fuera del baño ahora, no tengo idea de lo que podría hacer y no me atrevo a demorarme aquí más tiempo. Obligándome a calmarme, mojo una toalla de papel con agua fría y presiono la frescura contra mis mejillas y frente pálidas.

Ayuda un poco. Me veo mejor, aunque por dentro esté nauseabunda de miedo y preocupación. Después de unos momentos, finalmente salgo del baño y me dirijo al área del comedor del restaurante. Nick ya no está hablando por teléfono, y veo que ha pagado nuestra cuenta.

—¿Todo bien? —pregunta cuando me acerco a nuestra mesa—. Has estado fuera un buen rato.

—Sí. Estoy bien —me encojo de hombros, encontrando difícil mirarle a los ojos—. Siempre hay fila en el baño de mujeres.

Mi respuesta evasiva parece satisfacerlo, pero noto su mirada perspicaz mirando más allá de mí, como si solo sus instintos le dijeran que algo no está bien. Apenas resisto el impulso de mirar por encima de mi hombro, especialmente cuando los pelos de la nuca comienzan a erizarse.

No sé cómo logro sonar tranquila cuando estoy desesperada por salir del lugar. —¿Listo para irnos?

Nick asiente. —Claro. Podemos irnos cuando quieras.

En ese mismo momento, para mi horror, veo a Rodney por el rabillo del ojo. Camina con arrogancia por el restaurante, pasando casi directamente por nuestra mesa en su camino hacia la salida. Mientras se dirige a la puerta principal, contengo la respiración, rezando para que siga caminando. Afuera, gira a la izquierda en la acera, finalmente desapareciendo de la vista.

Sé que Nick lo vio, aunque no hay razón para que piense nada del hombre con la camiseta del logo de cerveza y jeans que parece cualquier otro cliente del lugar.

—¿Quieres que te lleve de vuelta al estudio?

—No —niego con la cabeza, forzándome a salir de mi ansiosa distracción—. Yo, um... me siento algo rara. Tal vez tomé demasiado vino o algo así. ¿Podemos simplemente ir a casa en vez de eso?

—Por supuesto.

Nick envuelve su brazo alrededor de mis hombros mientras me guía lejos de la mesa.

Cuando subimos a su auto en la acera, me alivia no ver rastro de Rodney en ninguna parte. Pero sé que está observando. Sé que está esperando.

Después de hoy, me doy cuenta de que ha estado observando y esperando durante mucho tiempo.

Desde el día en que apreté el gatillo y disparé a su padre.

14

LA AMENAZA DE RODNEY se cierne sobre mí, fría, húmeda e ineludible. No estoy segura de cómo sobrevivo el fin de semana y llego a la siguiente semana con el temor de la situación presionándome como el peso muerto de un cadáver.

Como el cadáver ensangrentado y acribillado de Martin Coyle.

Resulta irónico que a él y al abuso que sufrí en sus manos les deba mi actual capacidad para fingir que todo es normal, sin importar lo que esté enfrentando por dentro.

Estar con Nick también ayuda.

Él es mi puerto seguro, aunque no sabe lo desesperadamente que necesito su refugio ahora. Es tan apasionado y protector, tan sólido y fuerte, que casi puedo convencerme de que nada de esta fealdad está sucediendo. Que Rodney no sabe nada sobre aquel horrible día. Que no está aquí en Nueva York, haciéndome temer salir del edificio por miedo a encontrármelo, con o sin Nick a mi lado.

Casi puedo creer, durante breves períodos, que Martin Coyle nunca existió.

Y que mi madre no está cumpliendo cadena perpetua únicamente por amor a mí.

De todos mis secretos, vergüenzas y pecados, este ha sido el más difícil de soportar.

—¿Dónde estás, nena? —La voz profunda de Nick me devuelve a él mientras yacemos enredados en la cama el martes por la mañana. Apoyándose en un codo, acaricia mi mejilla, su tacto infinitamente suave después de un par de horas vigorosas de sexo intenso y alucinante. Tan tierno como es su contacto, su mirada está oscura por la preocupación—. Algo te ha estado molestando durante días. ¿Qué es?

Niego con la cabeza mientras miro sus tormentosos ojos azules, odiando que pueda leerme tan bien. Amándolo también por ello. De todas las personas en mi vida, él es el único que me entiende tan íntimamente que puede medir mis emociones incluso cuando mis muros de autoprotección están en su punto más alto.

Pero no puedo bajar esos muros, no ahora.

Ni siquiera con él.

Dios, ahora mismo, especialmente no con él.

—Estoy bien. Solo estoy... pensando.

Mientras murmuro esa patética explicación, giro la cabeza lejos de él, porque el cuidado en sus ojos es demasiado para soportar. Si miro demasiado tiempo, me sentiré tentada a desnudar mi alma y esa es una carga que no pondré sobre él.

Mis problemas son míos. Yo los creé. Seré yo quien los arregle, si puedo.

Y si no puedo arreglarlos, entonces debo estar preparada para alejarme de Nick antes de que mi pasado se acerque más a él y a su mundo.

Ya lo he dejado demasiado cerca.

Cierro los ojos, invocando en mi voz una calma que no siento.

—Lo que estoy pensando es que soy un desastre y necesito una ducha.

Cuando empiezo a alejarme de él, su mano me sujeta la muñeca. No está jugando. No hay ninguna flexibilidad en su agarre. Con mi retirada detenida, no tengo más opción que volverme hacia él.

—Dímelo, Avery.

—¿Decirte qué?

Su mirada es dura, su agarre en mi brazo inquebrantable.

—¿Qué te está pasando? Has estado diferente... distante. Algo te tiene alterada.

Trago saliva para pasar el nudo de miedo que ha residido en mi garganta desde mi confrontación con Rodney.

No quiero mentirle a Nick. No puedo traicionar su confianza cuando no me ha dado ninguna razón para sentirme insegura con él. Pero no puedo decirle lo que estoy pasando.

No puedo decirle lo que he hecho.

Nadie puede saberlo. Esa fue la promesa que le hice a mi madre hace nueve años.

Si pudiera volver atrás en el tiempo y deshacerlo, lo haría.

Daría cualquier cosa por volver y convencer a mi madre de que me dejara quedar a su lado en lugar de dejarla limpiar mi desastre.

Todo lo que tengo —mi vida, mi libertad, este hombre increíble y el amor que siento por él— es un regalo que no tendría si no fuera por el sacrificio de mi madre.

Desharía todo esto, incluso sabiendo que significaría que nunca habría conocido a Nick.

—Solo... —me obligo a encogerme de hombros con naturalidad —. Tengo muchas cosas en mente, eso es todo.

—Entonces, cuéntamelo. —Debería saber que es inútil tratar de evadirlo. Solo me estudia con más atención, su mirada aguda estrechándose—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

Debo parecer sorprendida, quizás incluso impactada. Cuando no puedo articular palabras, Nick suelta mi muñeca pero levanta su mano para acunar el costado de mi rostro.

—No digas que no has estado preocupada por tu madre, Avery. Has estado evitando hablar de ella durante días. Y no es como si fueras muy comunicativa antes. —Su mirada busca la mía—. Deberíamos ir a verla. Quiero hablar con ella sobre su representación legal y comenzar a poner esa bola en movimiento.

El pánico trepa por mi columna vertebral.

—Nick, no tienes que...

—Sé que no tengo que hacerlo. —Su pulgar acaricia mi mejilla—. Quiero hacerlo. Por ti y por ella. Ya tengo a Beck trabajando en algunos contactos. Deberíamos tener un nuevo equipo de defensa armado en un par de semanas.

—¿Qué? —No puedo controlar la brusquedad de mi respuesta. Estoy conmocionada. Más que eso, estoy alarmada y presa de un nuevo tipo de pavor—. No me habías dicho nada de esto.

—En realidad, sí lo hice. Mencioné lo que quería hacer durante el almuerzo aquel día en el restaurante de Gavin.

Recuerdo la conversación, por supuesto. Me había opuesto a la idea entonces, y él no había dicho nada sobre darle órdenes a su abogado para iniciar el proceso. Mi madre no querrá esto, y él no tiene idea de lo que estará removiendo si su caso se reabriera.

—Ni siquiera me preguntaste, Nick. —Me alejo de él, deslizándome hacia el borde de la cama—. ¡No tienes derecho a meterte en mi vida de esta manera!

Su expresión se paraliza, luego se endurece.

—Qué gracioso. Pensé que ya estaba metido en tu vida.

—No es eso lo que quiero decir.

—¿Entonces qué quieres decir? —Gira hacia el otro lado del colchón y se levanta para enfrentarme, desnudo e imponente. Sus manos están ligeramente cerradas a sus costados, y puedo ver por su postura rígida que está furioso—. ¿Qué carajo está pasando, Avery?

Lo miro a través de la amplia extensión de su cama king-size. Se siente como si más de un kilómetro nos separara en este momento, pero no me atrevo a cruzarlo. En cierto sentido, la distancia física me da fuerza. Prefiero tenerlo enojado y apartándome que verlo arrastrado más profundamente en el desastre que he creado.

Prefiero que me odie ahora que enfrentar su decepción si alguna vez descubre la peor de mis mentiras.

—No pedí tu ayuda con la situación de mi mamá, Nick.

—No, no lo hiciste. —Palabras cortantes. Un tendón pulsa en su mandíbula mientras me mira—. Pensé que habíamos superado hace

tiempo el punto en que necesitabas pedírmelo. ¿Me equivoco en eso?

Podría alejarlo con una respuesta descuidada. Siento la volatilidad de este momento y sé que podría terminar las cosas entre nosotros aquí y ahora.

Una parte de mí sabe que debería hacerlo. Sin la riqueza y el estatus de Nick en la ecuación, la amenaza de Rodney de exponerme no tiene peso. No tengo miedo de enfrentar las consecuencias de lo que he hecho. En muchos sentidos, sería un alivio. Lo que no puedo soportar es la idea de que Rodney use mis pecados contra Nick y todo lo que ha construido.

—¿Me equivoco sobre nosotros, Avery?

—No. —Lentamente niego con la cabeza, incapaz de negarlo a él o lo que significa para mí—. No te equivocas sobre nosotros.

—Entonces dime de qué se trata realmente.

Quiero hacerlo. Dios, cuánto quiero soltar todo ante él y esperar, *rezar*, que lo entienda. Me ha perdonado por mentirle cuando nos conocimos, pero ¿cómo puedo esperar que perdone el resto de las mentiras que aún penden entre nosotros? Mentiras de omisión y medias verdades. Mentiras que me han protegido durante la mitad de mi vida.

Él exigió confianza y honestidad de mí, cosas que prometí darle libremente.

Cosas que nunca me he atrevido a dar a nadie antes que a él.

—Dime qué es lo que realmente te molesta, Avery. —Su voz es firme y tranquila, pero firme con autoridad. Camina alrededor de la cama, acortando la distancia entre nosotros—. Tienes miedo de algo. Si no es de mí, ¿entonces de qué?

Siento el peso de mi promesa mientras sostengo su mirada penetrante. Le debo mi confianza. Se la ha ganado, después de todo.

Pero las palabras se atascan en mi garganta.

—Solo... me agarraste desprevenida, eso es todo. —Extiendo la mano hacia él y encuentro su mandíbula como granito bajo mis

dedos—. Lamento haber exagerado.

Sus ojos me estudian demasiado de cerca. No es un hombre que se engañe fácilmente, y no soy lo suficientemente ingenua como para suponer que me cree ahora.

Pero no me presiona para profundizar mi mentira.

—Le diré a Beck que retenga esas llamadas. —Alcanzando mi mano, la aparta de su rostro—. Tengo reuniones en la oficina todo el día. Necesito limpiarme y salir de aquí.

Se aleja de mí sin otro contacto o palabra.

Lo veo marcharse, sintiendo la frialdad de su alejamiento como un escalofrío que se ha abierto en mi pecho. Quiero seguirlo, pero mis pies permanecen clavados al suelo. La culpa y el arrepentimiento se sienten como ácido en mi lengua, pero no son nada comparados con el sabor amargo de mi cobardía.

Mientras el sonido de la ducha corriendo se escapa del gran baño principal, mi teléfono suena en la mesita de noche con una llamada entrante.

Lo alcanzo, esperando a medias encontrar a Rodney esperándome al otro lado de la línea. Por un momento perversamente autodestructivo, realmente espero que sea él, imaginando al mismo tiempo que Nick sale del baño para encontrarme hablando con mi hermanastro y no dejarme otra opción que confesar todo lo que estoy guardando.

Pero no es Rodney.

—Hola, Matt.

—Hola. —La alegre voz de Matt me devuelve al aquí y ahora—. ¿Así que seguimos con lo de Lita esta tarde?

A mi cerebro le toma un segundo ponerse al día.

—Um. ¿Es hoy?

—A la una en Greenpoint. Oh, mierda. Por favor no me digas que vas a cancelar.

La excusa que está en la punta de mi lengua se disuelve cuando escucho la decepción en su voz.

—No. No, todo está bien —le aseguro—. Por supuesto que iré.

Él exhala dramáticamente.

—Oh, gracias a Dios. Lita ya me ha llamado y mandado mensajes cinco veces esta mañana por una u otra neurosis. Te juro que no hay suficiente Chardonnay barato en todo Greenpoint para ayudarme a soportar una tarde entera de sus angustias.

Me río, aunque realmente no lo siento. Hacemos arreglos para encontrarnos en la galería, y aunque una exposición a cuarenta y cinco minutos en Brooklyn es lo último que siento ganas de hacer hoy, no quiero decepcionar a mis nuevos amigos. También sé que no puedo acobardarme en el ático por más tiempo, deseando que mis problemas simplemente desaparezcan.

Tarde o temprano, necesito averiguar cómo voy a lidiar con Rodney.

Y si no puedo lidiar con él, necesito descubrir cómo voy a encontrar la fuerza para alejarme de Nick.

15

SALÍ HACIA LA EXPOSICIÓN de Lita en Brooklyn poco después del mediodía, usando el largo viaje en metro y la multitud de personas a mi alrededor para ahogar el ruido en mi cabeza. No es tan fácil ahogar mi remordimiento. La culpa por cómo dejé las cosas con Nick esta mañana se aferra a mí mientras me bajo en la estación de Greenpoint.

Han pasado meses desde que regresé a mi antiguo vecindario, pero hoy se siente como años. Algunas de las tiendas en la Avenida Nassau han cambiado o cerrado. Otras lucen nuevas capas de pintura e interiores renovados. Incluso mi antiguo edificio de apartamentos —ese esperpento de ladrillo de mediados de siglo donde alquilaba un pequeño apartamento de una habitación— está siendo sometido a una renovación dramática.

Estoy tan cerca de la estrecha calle lateral que sale de Nassau que no puedo resistirme a desviarme para echar un vistazo rápido camino a la galería. El andamiaje de construcción trepa por los costados del edificio y en la valla metálica que rodea la propiedad, pancartas de vinilo anuncian los modernos condominios nuevos que abrirán para su ocupación más adelante en el año.

Una vez que las renovaciones estén completas, quedará poco del antiguo edificio. ¿Lo reconocería siquiera? En muchos aspectos, mi

vida ha sido alterada tan profundamente desde que dejé este vecindario hace unos meses.

Qué diferente sería todo si nunca hubiera conocido a Claire Prentice.

En su momento, consideré su oferta de cuidar la casa como un milagro —un salvavidas que desesperadamente necesitaba.

De no ser por esa oportunidad de Claire, tan fortuita como fue, nunca habría conocido a Nick. Sin él, mi hermanastro no tendría nada que ganar de mí. Todavía estaría trabajando detrás de la barra en Vendange y puede que Rodney nunca hubiera vuelto a entrar en mi vida.

Pero no hay manera de volver atrás el reloj ahora, no más de lo que puedo retrocederlo y cambiar lo que sucedió hace nueve años.

El destino nunca perdona.

Nunca olvida.

Ahora me doy cuenta, aunque haya sido demasiado tonta —demasiado egoísta— para entenderlo realmente antes.

Mientras regreso a la calle principal hacia la galería, me siento aliviada de encontrar a Matt esperándome tan pronto como entro al lugar.

—¡Aquí estás! —Tiene una copa de vino medio vacía en la mano mientras engancha su brazo con el mío y me guía hacia el centro de la reunión. Me dirige una mirada seria y baja la voz—. Tenemos una situación.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Te refieres a Lita?

—Nuestra chica está al borde de un colapso. Ha estado escondida en el baño durante veinte minutos y no quiere salir.

—¿En serio? —Me apresuro con él hacia la parte trasera de la galería, atravesando la multitud lo más discretamente posible. Hay un pequeño baño unisex, y encontramos la puerta cerrada con llave. Golpeo suavemente el panel y llamo a Lita por su nombre.

—Déjenme en paz —su respuesta es apagada, con un sonido miserable—. Solo... váyanse, chicos. No puedo hacer esto.

Matt y yo intercambiamos una mirada.

—¿Qué quieres decir con que no puedes hacer esto? Lita, abre la puerta.

Todo lo que obtengo es silencio. Seguido por el sonido de un rollo de papel higiénico agitándose y luego Lita sonándose la nariz.

—Vamos, cariño. Habla con nosotros. Abre la puerta —deslizo mi mirada hacia Matt y bajo mi voz a un susurro—. ¿Esto es normal en ella?

Él se encoge de hombros.

—No sé. Esta es la primera exposición suya a la que he venido. Como te dije por teléfono esta mañana, ha estado neurótica con esta muestra todo el día.

—Puedo escucharlos perfectamente a los dos —abruptamente, la cerradura de la puerta se libera y Lita abre la puerta—. Si van a hablar de mí, al menos háganlo aquí dentro.

Sé que estoy boquiabierta, pero no puedo evitarlo.

En lugar de su estilo habitual gótico-grunge, Lita lleva un vestido vintage de los años 40 azul real con un corpiño ajustado y un escote de corazón que trabajan juntos para enfatizar todas sus curvas de infarto. La falda en línea A cae desde su cintura ceñida en largos pliegues sueltos que terminan en sus rodillas. Se han ido las botas de combate que Lita suele preferir, y en su lugar hay un par de zapatos Mary Jane de charol negro de tacón alto.

Con su corte de pelo pixie multicolor y su extenso arte corporal yuxtapuestos con su atuendo romántico y maquillaje impecable, se ve moderna y femenina. Más que eso, está absolutamente espectacular.

—Lita —jadeo, con los ojos bien abiertos—. ¡Te ves increíble!

—Me veo jodidamente ridícula. ¿A quién diablos estoy tratando de impresionar, verdad? —Frunce el ceño mirándose antes de volver la vista hacia Matt y hacia mí con terror en sus ojos—. ¿Vieron cuánta gente hay allá afuera? Oh, Dios. Creo que voy a vomitar.

Agarrándose el estómago, gira de nuevo hacia el baño. Matt y yo la seguimos adentro, cerrando la puerta detrás de nosotros.

—Tienes que recomponerte, chica —Matt le extiende su copa de vino—. Toma, bebe un poco de esto.

Ella toma la copa de él y la vacía. Para mi sorpresa —y alivio—, en lugar de empeorar la situación, el vino parece calmarla. Se apoya contra la pared de azulejos y presiona la copa fría contra su frente.

—¿Alguno de ustedes tiene idea de quién está en esa sala ahora mismo? —antes de que podamos siquiera intentar adivinar, ella responde su propia pregunta—. Olvidando a los otros artistas de la exposición —cuyas cosas son, como, cien veces mejores que las mías— hay no menos de tres críticos de las publicaciones de arte más grandes del país y un par de curadores de museos ahí afuera. Sin mencionar a todos los coleccionistas privados dando vueltas sorbiendo martinis y champán y esas mierdas.

Inclino mi cabeza hacia ella.

—¿Y eso es un problema porque...?

—Porque no estoy lista para todo... *esto*.

—Sí lo estás —dice Matt—. Pero no lo vas a saber a menos que salgas de este baño.

Ella gime y le devuelve la copa de vino.

—Creo que voy a necesitar más vino antes de estar lista para eso. Dios, estoy bastante segura de que incluso vi al CEO de esa nueva empresa tecnológica hot de Brooklyn Heights ahí fuera —ya saben, el tipo que solía estar en esa banda de rock hace unos años.

Matt asiente, pero no creo que esté realmente escuchando. Sostiene la copa vacía.

—Voy a buscarte otra de estas. Avery, ¿te asegurarás de que no intente ahogarse en el inodoro antes de que regrese?

Asiento con la cabeza, conteniendo mi sonrisa mientras me deja sola con Lita. Ella me mira ceñuda, con una ceja perfectamente delineada arqueada.

—Parece que no soy tan dura como aparento, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—La mayoría de la gente no lo es.

Ella resopla, alejándose de la pared y arrastrando los pies hacia el inodoro. Baja la tapa y luego se desploma sobre ella.

—Mierda. ¿Qué estoy haciendo aquí, Avery? ¿Viste el otro arte allá afuera? Las pinturas, la fotografía, la cerámica —sacude la cabeza, soplando una ráfaga de aire—. Todo es tradicional, cosas hermosas... incluso las otras esculturas en esta exposición son refinadas. Son jodidamente encantadoras. La mía no se parece a nada de eso. Es dura. Es irregular e inquietante. Es...

—¿Única? —sugiero—. Lita, tu arte es especial. Es un reflejo de ti, y es hermoso. Es sorprendente e inusual y totalmente inolvidable. Igual que la artista que lo creó.

Sus labios rojo rubí se tuercen en una línea escéptica.

—¿Y si esos críticos de allá me destrozan? ¿Y si todos se ríen a carcajadas de mi trabajo?

—¿Y si no lo hacen?

Me mira como si nunca hubiera considerado esa posibilidad alternativa. Por un largo momento, simplemente me mira en silencio. Luego traga.

—Esto es importante. Y tengo miedo, Avery.

—Por supuesto que lo tienes. ¿Tres críticos de arte, un par de curadores de museo más una antigua estrella de rock convertida en CEO? Cualquiera que no tenga miedo de esa multitud tendría que estar seriamente jodido.

Una risa burbujea de ella, luego pone los ojos en blanco.

—Crees que estoy siendo una idiota.

—No. Creo que estás siendo humana.

Sin decir nada, me mira fijamente, y me pregunto, no por primera vez, sobre la cautela que veo en sus ojos. Está protegida, autoprotectora. Está herida, y tan vulnerable por el dolor de lo que hay dentro de ella que es todo lo que puedo hacer para no abrazarla y decirle que yo también entiendo esos sentimientos.

Apenas nos conocemos, y a pesar de su irascibilidad, siento un espíritu afín en Lita Frasier. Siento el comienzo de una amistad que no esperaba con ella.

—Entrando —la voz de Matt atraviesa la puerta antes de que entre al baño con una botella de agua en una mano y una copa de vino en la otra—. Elige tu veneno, cariño.

—Agua —murmura Lita—. Guardaré el vino para después de que termine esto.

Matt me lanza una mirada de sorpresa.

—¿Vino para ti?

—Gracias. No me vendría mal.

Mientras sorbo el vino, Lita traga la botella de agua, luego aplasta el envase vacío y lo lanza al bote de reciclaje al otro lado de la habitación.

—Gracias, chicos. Solo por... estar aquí.

Sonrío, contenta de verla recuperada.

—Cuando quieras.

—Entonces, ¿estás bien ahora? —pregunta Matt.

Ella asiente.

—Sí. Estoy bien.

—¿Entonces, qué estás esperando? —Cierra los puños en sus caderas, luego sacude la cabeza en dirección a la puerta—. ¡Sal ahí y arrasa, chica!

—Está bien, sí. Maldita sea, lo voy a hacer —se levanta, alisando su vestido azul. Luego, con la columna recta y los hombros cuadrados, marcha delante de nosotros.

Gracias, Matt articula silenciosamente hacia mí.

—¿Me acompañas al bar?

Levanto mi copa en señal de saludo.

—Guía el camino.

Serpenteamos entre los grupos de personas, y noto que Lita se acerca a la exhibición de su escultura, donde una pequeña multitud se ha reunido para ver su arte. Hay poco rastro de la mujer ansiosa que consolé en el baño. Se ve serena, confiada y cautivadoramente única. No paso por alto el hecho de que uno de los asistentes a la galería —un tipo guapo de unos veintitantos años vestido con jeans

y una camisa oxford negra con las mangas enrolladas sobre sus brazos tatuados y musculosos— también se ha fijado en ella.

Con su aspecto rudo y atractivo, su melena sedosa de pelo oscuro y su aire de chico malo, tiene escrito por todas partes lo de ex estrella de rock. Las numerosas miradas de asombro y susurros que deja a su paso mientras se acerca a mi amiga no dejan lugar a dudas. Para crédito de Lita, la sonrisa que le dirige cuando él extiende su mano para saludarla es serena e inafectada.

Le guiño un ojo cuando ella me mira brevemente.

Sí, va a estar muy bien.

La exposición ha reunido una impresionante variedad de artistas y patrocinadores, y la energía en la sala es vigorizante. Mientras nos dirigimos al bar, Matt y yo esquivamos a un pequeño grupo de asistentes que escuchan complacidos a un joven fotógrafo que habla poéticamente sobre su amor por las puertas pintadas como tema. Cerca, escucho a una artista textil explicando cómo su año sabático en África inspiró el intrincado trabajo con cuentas e hilos tejidos que ha incorporado en su trabajo. En otra área de la galería, los pintores conversan con los espectadores, varios de los cuales veo tocando en tablets y hablando en voz baja en grabadoras portátiles.

El zumbido de la conversación y la risa intermitente llena el aire, tanto que apenas registro la familiaridad de la voz femenina que pide un martini muy seco en el bar cuando Matt y yo atravesamos la multitud.

Pero la figura esbelta y delgada de Kathryn Tremont es inconfundible.

Me congelo, pero es demasiado tarde para evitar que me note.

Gira la cabeza hacia mí, y sus cejas se elevan en sorpresa sobre sus ojos oscuros.

—Oh. Hola... Avery, ¿verdad?

—Hola, Kathryn.

Siento que Matt se detiene a mi lado en señal de interrogación, pero debe percibir mi incomodidad. En lugar de esperar una presentación, se aleja discretamente para pedir una bebida.

La mirada de Kathryn pasa por mí por un segundo, casi imperceptiblemente.

—¿Estás aquí con Dominic?

—No. Estoy aquí con amigos.

¿Me estoy imaginando el sutil cambio en su expresión cuando se entera de que él no está conmigo? Sé que Nick la incomoda. Lo vi el día que nos encontró durante el almuerzo. Por mucho que esté segura de que a él le desagradará saber que estoy hablando con ella ahora, no puedo negar mi curiosidad sobre esta mujer de su pasado.

El barman le entrega a Kathryn el martini que pidió, y ella deja un billete de veinte en la barra antes de volverse para prestarme toda su atención.

—Una exposición bastante interesante. No esperaba mucho cuando vine aquí hoy, pero tengo que decir que estoy intrigada.

La forma en que me examina mientras lo dice me hace preguntarme si solo está hablando de arte.

—Una de mis amigas es escultora de medios mixtos. Lita Frasier —añado, señalando hacia la numerosa multitud de personas reunidas cerca de su arte—. Vine para apoyarla.

Kathryn asiente, luego toma un sorbo de su cóctel.

—¿También tienes algunas de tus obras expuestas hoy?

La pregunta me sorprende.

—No. ¿Cómo sabes que yo...?

—Jared —explica con naturalidad—. Te mencionó hace unos meses, después de conocerte en la galería de Dominic.

Menciona el nombre de Jared Rush casualmente, como si asumiera que estoy al tanto de que ella y el exitoso artista mucho más joven son íntimos. Estoy al tanto de que Kathryn y él comparten algún tipo de conexión, pero el hecho de que Jared le haya hablado de mí es más que un poco sorprendente.

—Entiendo que pintas.

—Un poco —admito—. Todavía estoy empezando, realmente.

—Hmm —me estudia por encima del borde de su copa—. Me interesaría ver tu trabajo.

—¿Por qué?

Su barbilla se levanta.

—Porque disfruto del arte, por supuesto.

Tomo un trago de mi vino, buscando valor. Sé que no tengo derecho a indagar, pero de todas las preguntas que tengo sobre Nick, esta mujer es el misterio que más me preocupa.

—¿Qué pasó entre tú y él?

—¿No te lo ha dicho? —No finge no entender. Sus ojos astutos me taladran, buscando la verdad de la misma manera que yo lo hago. Inclina la cabeza—. No. No te ha dicho nada, ¿verdad?

No esperaba esas palabras. No estoy preparada para el escalofrío que envían a través de mí. O las preguntas —la incertidumbre— que de repente comienzan a inundar mi corazón.

¿Qué quiere decir?

Aparte de Kathryn, ¿cuánto más no sé? ¿Solo está tratando de desestabilizarme, de hacerme perder el equilibrio? Si es así, está funcionando.

—Lo traicionaste —suelto la acusación. Es una acusación vacía, ya que Nick no ha elaborado más allá de los aspectos básicos de su ruptura con Kathryn. Pero veo cómo la golpea. Ella se estremece como si la hubiera golpeado—. Él confiaba en ti, Kathryn. Ahora te odia porque lo traicionaste.

—Querida niña —dice, y esa voz cultivada suya vacila un poco—. Dominic me odia porque lo amé.

Todavía estoy procesando el peso de esa declaración cuando Lita se acerca a nosotras, prácticamente rebotando de emoción.

—Avery, ¡oh, Dios mío! No vas a creerlo —agarra mi brazo con ambas manos, sus ojos muy abiertos y su sonrisa radiante—. ¡Derek Kingston acaba de invitarme a proponer un diseño de escultura para el vestíbulo de Dektech!

Es imposible no compartir su entusiasmo, no importa lo distraída que esté por mi conversación con Kathryn.

—Lita, felicitaciones. Eso es genial.

—Lo sé, ¿verdad? Y estoy hablando de Derek-puto-Kingston, además —tardíamente, aparta la mirada de mí para mirar a Kathryn —. Ah, lo siento. Estoy interrumpiendo totalmente.

—Para nada —responde Kathryn suavemente. Me mira—. Te dejaré volver con tus amigos, Avery. Pero lo dije en serio cuando mencioné que me encantaría ver algo de tu trabajo. Siempre estoy buscando nuevas piezas para añadir a mi colección —abre su pequeño bolso y saca una tarjeta color crema con elegante letra cursiva—. Si estás interesada en hablar más, ponte en contacto.

Tomo la tarjeta de sus dedos impecablemente manicurados. Aunque tengo la tentación de romper su información de contacto tan pronto como Kathryn se diluye entre la multitud, no puedo obligarme a hacerlo.

Deslizando la tarjeta en el bolsillo interior de mi bolso, miro a Lita y devuelvo su sonrisa vertiginosa.

—Deberíamos ir a buscar a Matt y celebrar tus buenas noticias.

Ella resplandece.

—Apruebo ese plan. ¡La primera ronda de champán corre por mi cuenta!

16

EL ÁTICO ESTÁ VACÍO cuando regreso más tarde esa noche.

Nick me envió un mensaje alrededor de las tres para avisarme que sus reuniones de negocios se habían alargado y que se había comprometido con Andrew Beckham a llevar a algunos clientes potenciales a cenar. En lugar de volver a casa y comer sola, me uní a Lita y Matt para celebrar con hamburguesas y cerveza tras el exitoso evento de exhibición de ella.

El tiempo con amigos fue divertido, pero no me hizo olvidar a Rodney. No me hizo olvidar a Kathryn o el hecho de que las respuestas sobre el pasado de Nick y, diablos, posiblemente incluso mi mejor oportunidad de ganar algo de dinero con mi nuevo arte, está solo a una llamada de distancia.

La tarjeta de Kathryn ha sido una tentación desde que la deslicé en mi bolso.

Debería haberla roto. Probablemente todavía debería hacerlo. Pero tengo que admitir que me sentí más que tentada por su oferta. Incluso ahora, mientras me hundo en una bañera llena de agua tibia y jabonosa en el baño principal del ático. Nick ha sido claro al exigirme que me mantenga alejada de ella. Pero ¿por qué solo ella? Ha tenido otras amantes descartadas —Margot Chan-Levine de su

galería, Dominion, por nombrar una. No me ha prohibido hablar con ella.

Solo con Kathryn.

Kathryn, quien había sido como familia para Nick en algún momento, según Jared Rush.

Su comentario sobre Nick —que él la odia porque ella lo amó— ha estado dando vueltas en mi mente repetidamente hoy.

Soy consciente de su patrón de cortar a las personas de su vida cuando se acercan demasiado. Pero con Kathryn siento algo diferente, algo más profundo.

Siento un secreto que Nick hará cualquier cosa por proteger.

Un secreto que o bien comienza o termina con Kathryn Tremont.

Quizás ambos.

Margot me dijo hace meses que tuviera cuidado o saldría lastimada, que Nick es frío e insensible. ¿Es Kathryn la razón? ¿Qué diablos pasó entre ellos? ¿Qué podría haber hecho ella para ganarse el tipo de desprecio que él obviamente siente hacia ella?

Mi mente da vueltas sobre todas las cosas que claramente no sé del hombre del que me he enamorado. Todas las cosas que él no sabe de mí también se agolpan en mis pensamientos, hasta que mi cabeza parece a punto de explotar.

Con un gemido, me muevo en la bañera y alcanzo la copa de Malbec que está colocada en el amplio borde de mármol de la tina hundida, junto a un trío de gruesas velas que proporcionan la única luz en la habitación. Fuera de la ventana que enmarca la enorme bañera, Manhattan brilla como diamantes esparcidos contra el fondo índigo profundo del crepúsculo.

Tomando un sorbo del suave vino tinto, aumento el volumen de la canción que suena a través de mis auriculares hasta que el canto contralto de Adele es lo único que escucho. Mis ojos se cierran y me dejo llevar por la música, por la paz del agua fragante que me envuelve.

Suspendida en un estado artificial, pero bienvenido, de calma, no sé cuánto tiempo permanezco allí. Lo suficiente para que una

canción de mi lista se mezcle con otra, y luego otra más. Lo suficiente para que mis huesos se sientan ingrávidos y toda la tensión finalmente haya desaparecido de mis extremidades.

Lo suficiente como para comenzar a imaginar que Nick está en la habitación conmigo. Puedo oler el ligero rastro de su colonia y el aroma cálido y especiado que le pertenece únicamente a él. Siento una carga en el aire detrás de mí, un calor que me despierta a nivel celular, instintivo.

Es *él*.

No mi imaginación.

Exhalo lentamente, un escalofrío de excitación recorre mi cuerpo. Mis sentidos reconocen la presencia de Nick conmigo incluso antes de que sus dedos rocen suavemente los lados de mi cara desde atrás. Me quita los auriculares y se agacha al lado de la bañera, su voz un bajo rumor contra mi sien.

—No te muevas —sus labios rozan mi piel en una tierna orden—. Te quiero justo donde estás.

La tela raspa, un susurro rápido y satinado. Un momento después, algo elegante y sedoso cubre mis ojos. Su corbata. Su calor corporal aún permanece en ella, junto con su embriagador aroma. Lo respiro mientras asegura la corbata alrededor de mi cabeza, fijándola con un nudo debajo del desordenado moño de mi cabello recogido.

Siento el cambio en el aire cuando se pone de pie, luego lo escucho desvestirse. Su camisa está desabotonada, luego retirada de la cintura de sus pantalones de traje a medida. La oigo caer a las baldosas, y frunzo el ceño ante mi incapacidad para abrir los ojos y ver la magnificencia del cuerpo de Nick revelándose. Mi mente pinta la imagen de memoria.

Detrás de mis párpados cerrados, veo sus anchos hombros y fuertes brazos. Veo su piel suave, su pecho musculoso y abdomen, todos los relieves y planos que he explorado con mi boca y manos. Lugares que ahora estoy hambrienta por explorar de nuevo. La

anticipación por sí sola es suficiente para encender la floración de calor húmedo que se enciende en el centro de mi ser.

Su cinturón tintinea mientras lo desabrocha, luego baja la cremallera de sus pantalones. Me relamo los labios, sabiendo que en cualquier segundo, estará completamente desnudo. Ya está totalmente excitado. No necesito ver su miembro erguido para saber que está tan hambriento de mí como yo de él. Puedo oírlo en el tempo entrecortado de su respiración. Puedo sentirlo en la electricidad que crepita en mis venas mientras se acerca a mí en la bañera.

Sus dedos se posan bajo mi barbilla. Sin decir palabra, me gira hasta que estoy frente a él, hasta que me he levantado de rodillas en el agua.

La mano que sostenía mi barbilla se aleja, solo para bajar y guiar mis dedos hacia él. Su gran miembro llena mis palmas, grueso y pesado y gloriosamente erecto. —He deseado tus manos sobre mí todo el día —dice bruscamente—. Acaríciame ahora.

Apenas necesito la instrucción, pero pone mis dedos en movimiento instantáneamente. Acaricio cada pulgada rígida desde la raíz hasta la punta, deleitándome en su fuerza, tanto poder envuelto en el terciopelo de su piel. Las venas recorren toda la longitud de su eje, y trazo cada una con la punta de mi dedo, ansiosa por hacer lo mismo con mi lengua. Una gota de humedad caliente y resbaladiza se escapa mientras deslizo mi palma sobre la cabeza de su erección, y gimo con la necesidad de saborearlo.

Sosteniéndolo con ambas manos, me inclino hacia adelante para encontrarlo con mis labios.

—Todavía no —tiene los extremos de la corbata en su mano ahora. Los enrolla más fuerte alrededor de su puño, reteniéndome físicamente de hacer lo que quiero—. No hasta que yo diga que puedes.

No me muevo, golpeada por la brusca negativa. A pesar de la venda en los ojos, no me había dado cuenta de que estábamos jugando un juego. Aunque, su orden cortante suena cualquier cosa

menos juguetona. ¿Sigue molesto por lo que sucedió entre nosotros esta mañana? ¿O es esto simplemente lo que anhela de mí esta noche?

No puedo ver su rostro para estar segura. Lo único de lo que estoy segura en este momento es que él tiene el control aquí.

Está al mando de mi cuerpo y mi placer.

Y está esperando oírme decir que lo entiendo. Que estoy de acuerdo.

Que me someto.

—Sí, señor.

Mi recompensa es el bajo sonido sin palabras de aprobación que retumba en el fondo de su garganta. Luego la tensión en mi venda aumenta, inclinando lentamente mi cabeza hacia atrás sobre mis hombros. La boca de Nick desciende sobre la mía, su lengua lamiendo la costura de mis labios antes de empujar hacia adentro. Gimo ante la sensual invasión, sintiendo el calor erótico de ello en mi núcleo.

—Tócame —gruñe contra mis labios entreabiertos—. Frota mi verga. Usa tus manos para mostrarme cuánto me deseas.

Lo acaricio mientras continúa besándome. Su lengua empuja en mi boca al ritmo del bombeo de sus caderas mientras deslizo mis manos por todo su cuerpo, acariciándolo, ordeñándolo.

Adorándolo.

Quiero hacerlo venir así, solo con mis manos. Quiero salvar el abismo que se abrió entre nosotros esta mañana y hacerle saber que sin importar qué, a pesar de todo lo que aún podría destruirnos, esto es real.

Nosotros somos reales.

Necesito que lo sepa.

Necesito que sienta mi amor, incluso a riesgo de que me odie por ello algún día.

Deja escapar un gruñido febril, rompiendo nuestro beso mientras mis manos y dedos trabajan su eje. Mis caricias son fervorosas, determinadas, suplicantes.

—Sí —gruñe—. Carajo, nena. Sí. Justo así.

Su puño aún está aferrado a los extremos de la corbata, manteniendo mi cabeza inclinada hacia él. Siento que su eje se endurece más en mi agarre, la fricción de mis manos se vuelve resbaladiza y sedosa por el fluido que gotea de la ancha corona de su pene.

Un gemido sale de él, crudo y primario. Le respondo con un suave gimoteo que no puedo contener. Tan bien como se siente en mis manos, necesito más. Quiero probarlo. Lo quiero dentro de mí.

—Por favor —mi voz es un susurro gastado, pero no me importa lo necesitada que suene. No me importa el juego de control que estamos jugando, o el hecho de que podría negarme solo por romper las reglas. Me relamo los labios, que aún están húmedos e hinchados de su beso—. Nick, por favor. Déjame tenerte.

No responde, pero su agarre en mi venda se afloja lo suficiente como para que pueda inclinar mi cabeza hacia abajo. Es todo el permiso que necesito. Mi boca lo busca con urgente hambre. Cierro mis labios alrededor de la cabeza de su verga y lo succiono profundamente.

Él inhala bruscamente. —Dios.

Se retuerce con fuerza en mi agarre, sus muslos tensándose. Su palma se mueve inquieta en la parte posterior de mi cabeza, manteniéndome contra él mientras comienzo a follarlo con mi boca. Recorro con mi lengua toda su longitud, deleitándome en el puro poder masculino que pulsa a través de él. La cabeza de su miembro está resbaladiza con sus jugos y ahora también le dedico atención, lamiendo ávidamente cada gota que sale de él mientras su clímax se acerca al punto de quiebre.

Está cerca. Puedo sentir el temblor de presión creciente que estremece su cuerpo mientras embiste al ritmo de mi implacable caricia y la urgencia inquisitiva y exigente de mi boca.

Gruñe, llevando ambas manos a la parte posterior de mi cabeza. Mi cabello cae libre de su moño suelto, cayendo alrededor de mis

hombros mientras me levanto más del agua para tomarlo más profundo, más rápido, más fuerte en mi boca.

Siento la contracción de sus músculos el instante antes de que la primera ráfaga caliente de semen estalle en mi lengua. Se convulsiona, diciendo mi nombre entre dientes como una maldición mientras se viene. Trago otro chorro, luego lo saco de mi boca para acurrucar mi cara contra su eje pulsante.

Un fuerte temblor lo atraviesa con su continua liberación, mojando mi mejilla con el almizclado calor de su semilla.

—Me encanta tu sabor —confieso—. Me encanta sentirte en mi lengua, dentro de mí... por todo mi cuerpo.

Acunando su verga en mis palmas, lo guío hacia la parte superior de mis pechos, ordeñándolo hasta que finalmente está agotado. Su cuerpo se sacude, derramando los últimos chorros abrasadores sobre mi piel.

Extiendo mi mano para tocar su pecho, pero él se aleja con una dura maldición. ¿Lo he disgustado? Necesito saberlo. Levanto mis manos para quitarme la venda, pero las manos de Nick descienden firmemente sobre las mías.

—Solo porque te dejé salirte con la tuya, no pienses que he terminado contigo todavía.

La promesa erótica envía fuego por mis venas directo a mi sexo. El agua se agita cuando Nick entra en la bañera conmigo. Hundiéndose en el extremo opuesto, me arrastra hacia él a través de la espuma fragante. El agua golpea alrededor de mi estómago mientras coloca mis piernas a cada lado de él.

—Yo soy quien tiene el control esta noche, señorita Ross, ¿recuerda?

—Sí —la palabra se desliza de mi lengua como la rendición que es —. Tú tienes el control. Yo no tengo ninguno cuando se trata de ti.

—Buena respuesta —murmura oscuramente—. Veamos si lo dices en serio.

Sus fuertes dedos acarician mi mejilla antes de bajar hacia la parte superior de mis pechos. Me muerdo el labio pero no puedo

contener mi gemido cuando comienza a masajear la terrosa viscosidad de su eyaculación en mi piel. Cuando traza su pulgar sobre mis labios entreabiertos, lo lamo con avidez, saboreando su sabor.

Él gime como si desaprobara mi desafío, pero puedo escuchar el calor en ese sonido sin palabras. Sin previo aviso, alcanza hacia abajo en el agua y entre mis muslos separados. Su dedo me invade, empujando profundamente en la estrechez de mi canal. Estoy húmeda y lista, pero la repentina presión de un dedo, luego otro, arranca un jadeo de mi garganta.

Su pulgar circula mi clítoris, haciéndome retorcer y bailar en su mano. No puedo evitar los movimientos lascivos de mi cuerpo. No puedo frenar los pequeños gritos entrecortados que salen de mi boca mientras me vuelve loca con su tacto. Estoy perdida en ello, dichosamente a su merced —mi estado favorito de ser.

Detrás de la venda que cubre mis ojos, mi visión gira mientras un orgasmo intenso comienza a crecer. Estoy transportada, rendida. Totalmente a su merced.

—Te gusta eso —raspa espesamente—. Te gusta que mis dedos te lleven al límite.

—Sí —me retuerzo en su agarre, tratando de trabajarlo más profundo, más duro—. Dios, Nick... ¿no lo sabes? Estoy al borde cada vez que me tocas.

—Bien —su mano libre atrapa mi nuca y me atrae hacia él para un beso largo y lento—. Esta noche te llevaré hasta el límite.

No sé lo que quiere decir hasta que siento que su tacto se reajusta entre mis piernas, sus dedos moviéndose de los pliegues húmedos de mi sexo a la hendidura de mi trasero. Me besa de nuevo, y mientras me derrito bajo la pasión de su boca y lengua sobre la mía, su dedo empuja en la estrecha entrada de mi ano.

Jadeo ante la sensación de ser estirada y abierta para él. Su pulgar provoca mi clítoris mientras me sienta aún más profundamente, haciéndome jadear y temblar con la ferocidad del placer que me está dando. Folla mi trasero con su dedo, cada

penetración empujándome, cada roce de mi hinchado clítoris llevándome más alto, dejándome temblando con la necesidad de liberación.

Es demasiado para soportar. Mis ojos se humedecen con la intensidad de la sensación y me vengo violentamente, temblando y estremeciéndome, gritando su nombre.

Tan pronto como lo hago, Nick me arrastra contra él. Me quita la venda y mira fijamente mis ojos llenos de lágrimas. —Sin barreras entre nosotros, Avery. Eso es lo que me prometiste. Eso es lo que te exigí desde el principio.

Asiento, incapaz de formar palabras cuando cada fibra de mi ser todavía está vibrando con placer y la necesidad de más. Cuando se trata de Nick, necesito todo. Lo quiero todo.

Su gran miembro está gloriosamente erecto, sobresaliendo entre nosotros en el agua. He estado tomando la píldora desde que tuve mi primer período a los quince años. Y después de cuatro meses juntos, sé que ambos estamos limpios y saludables.

Extiendo la mano para acariciar su hermoso rostro. —Sin barreras esta noche, Nick.

Mientras lo digo, bajo mi mano y tomo su eje en mi agarre. Él me mira interrogante pero no me detiene cuando lo guío entre mis piernas y asiento la cabeza de su pene en la entrada de mi cuerpo. Presiono hacia abajo sobre él, tomándolo dentro de mí centímetro a centímetro.

Por increíble que haya sido nuestro sexo desde el principio, nada me ha preparado para la sensación de tener a Nick entrando en mí así, piel con piel, carne con carne.

—Jesús —sisea, dejando escapar un suspiro profundo y entrecortado mientras me siento sobre él hasta la raíz—. Estás ardiendo por dentro. Tan jodidamente apretada. Tan húmeda.

A pesar de todas las veces que lo he tenido dentro de mí, esta es la más íntima de todas. Su mirada fija en la mía, nada que nos separe. Sin barreras en este momento. Sin límites a nuestra pasión.

—Avery... —inclina la cabeza hacia atrás como si el placer fuera demasiado—. Ah, Cristo.

Sus manos se sujetan a mis caderas mientras comienzo a moverme lentamente sobre él, mis pequeños músculos aferrándose a la desnuda dureza de su verga. Es grande y grueso, casi más de lo que puedo soportar en este ángulo, pero me deleito en lo completamente que me llena. Quiero aún más.

Su mirada vuelve a mí ahora, tormentosa con deseo. —Tómame más profundo, nena —me incita, su voz como grava y oscura como el pecado—. Tómalo todo. Tu coño me pone tan jodidamente duro.

Su pelvis se sacude debajo de mí mientras lo monto, un empuje involuntario que delata el estado desgastado de su control. Me encanta que pueda hacerle esto. Es justo, considerando lo fácilmente que él puede despojarme del mío.

Agarrándome de sus hombros, me balanceo arriba y abajo sobre su erección. Cada roce húmedo de nuestros cuerpos hace que el espiral de necesidad en mí se retuerza más fuerte. Las manos de Nick suben por mis costados, rozando mis costillas hasta llegar a mis pechos desnudos. Gimo cuando amasa los sensibles montículos. Cuando rueda mis pezones entre sus dedos, y luego se inclina para tomar uno bruscamente en su boca, grito, sintiendo la succión erótica hasta mi centro.

Temblando, ondulando sobre sus caderas, aumento mi ritmo al compás de mi necesidad. Quiero prolongar la sensación, contener el clímax que se aproxima demasiado rápido mientras la punta de su verga toca un lugar más profundo que nunca antes. Mis paredes internas se estiran para acomodar aún más de él mientras su miembro se vuelve más grueso, más duro con cada choque impetuoso de nuestros cuerpos.

—¡Oh, Dios, Nick!

Él levanta su cabeza de mis pechos, su rostro tenso e intenso. —Lo sé, nena. Déjalo ir. Quiero sentirte desmoronarte sobre mí, a mi alrededor. Quiero sentirte venir ahora.

Sacudo la cabeza, desesperada por hacerlo durar. Pero Nick no me muestra piedad. Como para demostrarme que mi placer está bajo su control, sus embestidas se profundizan, llenándome al límite... y luego, despiadada y deliciosamente más allá.

Sus manos agarran mi trasero, moviéndome sobre su verga al ritmo que él ha determinado. Posee mi cuerpo, así como posee mi corazón. Le entrego ambos mientras se impulsa dentro de mí. Mientras me levanto para recibir toda la medida de sus embestidas profundas, sus manos separan las mejillas de mi trasero. Sus dedos jabonosos y resbaladizos se deslizan en el valle entre ellas, acariciando mi ano, provocando la estrecha entrada.

—Sí —jadeo, sabiendo que me hará caer si me toca allí otra vez, pero anhelando la posesión—. Te deseo, Nick. Quiero que lo tomes. Quiero que me tomes por completo.

Un calor oscuro destella en sus ojos. Se inclina hacia atrás, sumergiéndose en el agua y arrastrándome sobre él. Luego embiste profundamente con estocadas que me hacen jadear, gimotear de necesidad. Su dedo entra en mi trasero, y es casi demasiado para contenerme. Gimo ante la invasión sensual, mientras el éxtasis de su verga desnuda deslizándose dentro y fuera de mí se convierte en un placer demasiado intenso, demasiado poderoso para ser contenido.

Lo siento hinchándose a una circunferencia aún mayor dentro de mí, cada embestida dura llevándonos a ambos al filo del abismo. Soy yo quien cae primero. Mi sexo se contrae a su alrededor y una ola de sensación recorre cada fibra de mi ser. Grito su nombre, desmoronándome, justo como él quería.

—Joder —gruñe entre dientes apretados. Su verga se mueve como un pistón con cada fuerte embestida de sus caderas, y detrás de mí, su dedo empuja más profundo en mi trasero—. Dios, Avery... voy a venirme tan jodidamente fuerte.

Y entonces lo hace. Su gran cuerpo se tensa. Con un rugido, embiste tan profundo que me hace gritar. Luego siento la repentina y caliente explosión de su semilla erupcionando dentro de mí.

—Nick... —No puedo articular nada más. Estoy demasiado inundada de placer, demasiado asombrada por la sensación de su verga llenándome, corriéndose dentro de mí, mientras su dedo continúa acariciando tiernamente dentro de la sensible vaina de mi trasero.

Quiero más, aunque no puedo articular la profundidad de mi necesidad por él. Esta noche no quiero nada entre nosotros. Esta noche quiero darle todo.

Como si supiera todas las cosas que no puedo decir, rápidamente nos desliza a una nueva posición, girándome en su regazo para que quede de espaldas a él, con mis manos apoyadas en el borde de la bañera.

—Eres mía, Avery. —Su voz profunda suena desgarrada detrás de mí. Sus palmas se deslizan por la línea de mi columna hacia mi trasero.

Gimo en protesta cuando se retira de dentro de mí, pero mi queja pronto se convierte en una súplica sin aliento cuando siento la caliente viscosidad de su semilla brotando en la hendidura de mi cuerpo. Frota los últimos restos de su orgasmo sobre mí con sus dedos, y con la punta contundente de su erección.

—Dime que eres mía, nena. Cuando y como yo te quiera.

—Lo soy. Sabes que lo soy. —Jadeo las palabras, arqueándome sin vergüenza hacia el calor húmedo de su toque exploratorio, su verga lista—. Demuéstrame que me crees, Nick. Tómame.

Su gruñido de respuesta es puramente animal, tan primitivo que casi me vengo solo con el sonido. Con una mano agarrada a mi cadera para estabilizarme, desliza la cabeza de su miembro a través del lubricante sedoso de su liberación.

—Nunca has tenido a nadie aquí antes —dice mientras me prepara. No es una pregunta porque ya me lo ha preguntado antes —. Intentaré ir despacio contigo, pero no va a ser fácil. Cristo, me pones tan caliente. Me has obsesionado, Srta. Ross.

—Bien. —Ni siquiera intento ocultar mi satisfacción. Tampoco puedo contener mi suave maullido de anhelo cuando presiona la

punta de su verga en el anillo de mi ano—. Tú también me has obsesionado. Me has arruinado para cualquier otro.

—Nena, estoy tan duro por ti —murmura suavemente, y al mismo tiempo da un empuje gradual pero firme de sus caderas—. Empuja un poco contra mí. Ábrete para mí.

Obedezco sus órdenes, confiando en él completamente. Necesitándolo desesperadamente. Mi cuerpo cede mientras el suyo toma, respiración a respiración, centímetro a erótico centímetro. Es gentil, pero fuerte. Paciente, pero decidido.

No sé cómo logra introducirse tan tiernamente cuando cada fracción que se hunde en mí parece poner a prueba cada onza de su control.

—Dime si esto está bien. —Su voz suena tensa detrás de mí—. ¿Estás bien?

Asiento, más que bien. Estoy al borde de quebrarme, abrumada por la sensación y la excitación aún mayor que proviene de sentir su cuidado conmigo. Con una mano guiando su verga, alcanza mi frente con la otra para acariciar mi clítoris. El placer pulsa a través de todas mis terminaciones nerviosas. Tan pronto como comienzo a venirme, Nick empuja dentro de mi trasero.

Y, oh, Dios, se siente tan bien.

Apenas ha comenzado, y sin embargo mi orgasmo me golpea en ola tras ola, electricidad pulsando a través de mis venas, en mis extremidades, hasta la médula de mis huesos. La plenitud es intensa, demandando toda mi atención incluso mientras mi cuerpo se fragmenta en un fuerte clímax.

—Avery. —Nick comienza a moverse, sus embestidas lentas y superficiales, dándome todo el tiempo que necesito para adaptarme a esta nueva sensación, este nuevo placer oscuramente erótico. Su respiración sale entrecortada. Está temblando debajo de mí, su control de hierro claramente en guerra con las necesidades de su propio cuerpo.

—Joder, nena... lo que me haces.

Gimo en respuesta, frotándome contra su toque, estimulada por los bajos sonidos de excitación que hace mientras continuamos moviéndonos juntos. Su verga se hincha dentro de mí. Su tempo se aprieta, se acelera.

Cuando se viene un instante después, ruge con la violencia de su liberación.

—Te amo —susurro, incapaz de contenerlo. Estoy demasiado vulnerable en este momento, expuesta para él en todos los sentidos —. Te amo tanto que duele.

Él se estremece profundamente, murmurando mi nombre mientras su orgasmo lentamente disminuye. Se retira, solo para cambiar su cuerpo hasta que me está cubriendo desde atrás. Su fuerte brazo serpentea alrededor de mi cintura, sosteniéndome contra él mientras hunde sus dientes en la suave carne de mi hombro, reclamándome.

Marcándome como suya.

Me digo a mí misma que es suficiente.

Esta pasión que compartimos. Esta necesidad insaciable el uno del otro que ninguno de los dos ha experimentado con nadie más.

Me digo a mí misma que esta es la forma en que él me muestra que significo algo para él, que le importo.

Tal vez incluso que me ama un poco también.

No es mucho a lo que aferrarse.

Pero esta noche, con mi horrible pasado acechando y las inquietantes palabras de la ex amante de Nick aún resonando en mis oídos, lo que tengo con él aquí y ahora es suficiente.

17

CUANDO ENTRAMOS JUNTOS AL elevador a la mañana siguiente, la mano de Nick descansa posesivamente sobre la curva de mi trasero. Él está vestido para la oficina con un traje gris oscuro impecablemente confeccionado y corbata, mientras yo me dirijo al estudio con una camiseta blanca holgada y unos jeans desteñidos y rasgados doblados sobre unas zapatillas bajas de verano con cordones.

Mientras las puertas se cierran y descendemos hacia el vestíbulo, él me atrae contra su cuerpo, sellando su boca sobre la mía en un beso que me derrite hasta los huesos.

—Quiero llevarte a cenar esta noche —murmura contra mis labios —. Y después quiero traerte de vuelta a casa y devorarte. Desde esa boca traviesa hasta tu dulce y ávida cosita y tu muy delicioso y muy cogible trasero.

Le sonrío—. Vaya, señor Baine, me está haciendo sonrojar.

Su mirada arde—. Y tú me estás poniendo duro, señorita Ross.

—Después de anoche y otra vez esta mañana, no sé cómo es posible.

Sonríe con picardía—. Cuando encuentro algo que disfruto, me entrego por completo. Y hacerte venir es definitivamente algo que

disfruto —dice, metiendo ambas manos en los bolsillos traseros de mis jeans y atrayéndome contra el firme bulto de su erección.

Me río, pero se transforma en un gemido cuando Nick me aprieta el trasero y lame el interior de mi boca con profundas caricias que me dejan sin aliento. Como él, estoy lejos de estar saciada, aunque nuestra pasión alcanzó nuevas alturas eróticas anoche. Si acaso, solo lo deseo más. Lo quiero de todas las formas posibles, con una necesidad que solo se profundiza cada momento que estamos juntos.

Le permitiría tomarme aquí mismo, ahora mismo. Hay una parte lasciva e imprudente en mí que está tentada a suplicarle que lo haga, pero en ese mismo momento el suave timbre del elevador anuncia que hemos llegado al vestíbulo. Con un gruñido bajo y depredador, Nick me suelta y salimos juntos.

Manny está en la entrada del edificio, ayudando a uno de los residentes a entrar. Nos sonríe y saluda amistosamente con un gesto mientras nos acercamos. Patrick espera junto al auto, que está encendido bajo la marquesina de cristal afuera.

—Glorioso día hoy, ¿no es así, señorita Avery, señor Baine?

—Sin duda lo es —responde Nick, guiándome hacia el auto delante de él.

Manny abre la puerta trasera para nosotros y me deslizo dentro, haciendo espacio para Nick a mi lado. Mientras nos acomodamos, Patrick se sienta tras el volante, sonriéndonos a través del espejo retrovisor mientras nos da los buenos días. Nick le da instrucciones para dejarme primero en el estudio, entrelazando sus dedos con los míos mientras habla.

Cuando comenzamos a salir del pórtico, no sé qué es lo que atrae mi atención hacia el otro lado de la calle... al menos no al principio.

Pero en el instante en que veo a Rodney, mi sangre se congela.

Está parado al otro lado de Park Avenue, apoyado casualmente contra un edificio y fumando un cigarrillo. Siento su mirada oscura sobre mí como la punta acerada de una daga. Un escalofrío me recorre, dejándome fría e inmóvil por la alarma.

Él quiere que sienta este escalofrío.

Quiere que sepa que está tan cerca de mí y que no se irá. No hasta que consiga lo que vino a buscar.

Patrick sale a la avenida y atravesamos el tráfico para cambiar de dirección y dirigirnos hacia el lado opuesto. Nuestro nuevo rumbo nos lleva directamente frente a Rodney. Mis pulmones se paralizan. Sé que no puede tocarme, pero eso no impide que mi corazón golpee como un pájaro enjaulado en mi pecho.

Mientras la limusina pasa por el lugar donde él está, me obligo a mirar a cualquier parte menos a él. Finjo interés mientras Patrick bromea con Nick sobre el marcador del partido de béisbol de anoche, pero apenas estoy escuchando. Todo lo que puedo oír es el pesado tambor de mi pulso mientras los vellos de mi nuca se erizan con pavor.

—Les iría mucho mejor si tuvieran un lanzador que fuera menos divo —dice Nick, su pulgar acariciando el dorso de mi mano donde descansa sobre su muslo.

Está riéndose de algo que Patrick dice cuando su teléfono comienza a sonar en el bolsillo de su chaqueta. Lo saca con una mano y desliza el dedo por la pantalla para contestar la llamada—. Nick Baine. ¿Qué? —Su voz se vuelve tensa con impaciencia—. Inténtelo de nuevo. Se ha equivocado de número.

Negando con la cabeza, me mira mientras desliza el teléfono de vuelta a su bolsillo—. Algún idiota llamando para ver si mi Honda de mierda sigue en el taller.

Palidezco. La extraña referencia no puede ser una coincidencia.

No. Está muy lejos de serlo.

Esa llamada no fue un número equivocado; fue Rodney. No tengo la menor duda.

Dios mío.

De repente me siento enferma. Mi garganta está reseca, mi piel pegajosa.

Por fortuna, Nick se distrae un momento después con otra llamada, esta vez de su asistente, Lily. Mientras él repasa su agenda

de la mañana con ella, me vuelvo para mirar por la ventana, sin ver nada más que la bruma gris de mi pánico apenas contenido.

Tengo que librarme de Rodney.

Tengo que encontrar una manera de pagar su precio.

Nick lleva mi mano hasta su boca, sobresaltándome y alejándome de mis pensamientos oscuros. Sus labios están cálidos y tiernos sobre mis nudillos. El auto está detenido ahora, estacionado en la acera de Lexington frente al edificio del estudio.

—Te llamaré más tarde —dice Nick—. ¿Alguna preferencia sobre dónde ir esta noche?

Parpadeo, tratando de concentrar mi atención de nuevo en él y en mí, no en la amenaza que acecha a solo unos kilómetros detrás de nosotros.

—La cena —me indica cuando lo miro sin expresión—. ¿Dónde te gustaría que te llevara?

Sacudo la cabeza—. Um. Sorpréndeme.

Su sonrisa en respuesta es positivamente pecaminosa—. Cuidado, señorita Ross. Eso podría convertirse en una de mis cosas favoritas para hacer.

Por muy pesada que sea mi miseria en este momento, su sonrisa y el calor de su promesa en voz baja tienen el poder de encender verdadera alegría dentro de mí. Enmarcando mi rostro entre sus palmas, se inclina hacia adelante y me besa tiernamente.

—Te veré esta noche, cariño.

—Está bien —asiento, con el corazón tan lleno de afecto por él que reduce mi respuesta a un susurro—. Ya te extraño.

Sale del auto, ayudándome a bajar tras él. Consigo una sonrisa mientras me alejo, despidiéndome tanto de él como de Patrick al entrar al edificio.

Tan pronto como la limusina se aleja unos momentos después, meto la mano en mi bolso y saco la tarjeta de Kathryn Tremont.

No sé si ella es la respuesta a mis problemas con Rodney.

Tampoco sé si es la respuesta a mis preguntas sobre Nick.

Ahora mismo, lo único que sé es que es la única esperanza que tengo.

Mis dedos tiemblan mientras marco su número. Me sorprende que conteste personalmente. Suena cansada, ligeramente distraída, pero prosigo.

—Hola, Kathryn. Soy Avery... Avery Ross. ¿Todavía está interesada en ver mi arte?

18

NI SIQUIERA UNA HORA después, me están conduciendo al apartamento de Kathryn Tremont en la Quinta Avenida. Aunque llamar apartamento a esta residencia masiva y lujosamente amueblada, ubicada en uno de los más hermosos edificios históricos de preguerra de ladrillo y piedra caliza, es como llamar a la Catedral de San Patricio una simple iglesia.

Tengo mi gran portafolio con cremallera en la mano mientras entro al elegante vestíbulo, siguiendo al apuesto asistente rubio que me recibió en la puerta.

—Kathryn está en la sala de estar —dice, caminando delante de mí.

Es joven —probablemente más joven que mis veinticinco años— y se mueve con la fluidez suave y la vaga indiferencia de un modelo. O un acompañante. No me sorprendería si fuera ambas cosas. Al menos cuando no está haciendo de portero para la señora de esta gran casa.

Me guía desde el pasillo principal donde encuentro a Kathryn sentada en medio de una amplia habitación con techos elevados y ventanas que deben medir unos tres metros y medio de altura. Las largas cortinas están cerradas, oscureciendo la habitación hasta un estado de casi total penumbra.

Arte con marcos ornamentados adorna las paredes tapizadas en seda. Hermosos sofás y sillas antiguas tapizados en terciopelos brillantes y ricos satenes están dispuestos en grupos íntimos dentro de la sala formal, pero Kathryn no está usando ninguno de ellos.

Vestida con pijama y bata de seda negra, yace en un reclinable moderno acolchado, con sus pies desnudos elevados sobre el reposapiés levantado. Una enfermera está sentada en un taburete a su lado, monitoreando la máquina portátil y los tubos que están conectados al cuerpo de Kathryn. Uno de los tubos está conectado a un puerto fijado con cinta adhesiva en su pecho.

Ella me mira mientras su asistente masculino me deja en el umbral de la puerta, y luego se aleja sin decir palabra. —Ah, Avery. Has llegado un poco antes de lo que esperaba.

—Lo siento. —Me siento incómoda e intrusa. No tenía idea de que no estaba bien. Con razón sonaba cansada cuando contestó el teléfono—. No quise interrumpir su día. Yo, eh... debería volver en otro momento.

—No seas tonta. —Agita su mano débilmente, indicándome que entre—. Estamos terminando.

Doy un paso vacilante dentro de la habitación, maravillándome ante la enorme colección de bellas artes exhibida a mi alrededor. Todo desde maestros hasta desconocidos, todo impresionante. Y entonces lo veo: un retrato completo de Kathryn a una edad más joven, cuando su cabello no era gris acerado sino castaño oscuro y rico. Es delgada y vibrante, su mirada tenaz pero vulnerable.

Cautivadora y... *familiar*.

—Belleza —murmuro, mirándola con sorpresa—. Es usted. La pintura de Jared Rush expuesta en Dominion. Usted es *Belleza*.

Y ahora que estoy mirando a Kathryn, no sé cómo no me di cuenta en ninguna de las veces que la vi en persona. El inquietante retrato desnudo de una mujer hermosa y desafiante disfrutando de su cuerpo a pesar de la enfermedad que lo devastaba me había hipnotizado cuando lo vi en la galería de Nick. Me había perturbado e incluso excitado.

—Esa pintura fue hecha hace varios años —confirma ella—. Era una celebración. Una declaración de guerra. Era mi manera de decirle al cáncer que se fuera al carajo. —Señala el aparato médico que brota de su cuerpo—. Jared es el único que sabe que ha vuelto. Ya me quitaron los ovarios y el útero. Ahora está en mis huesos.

—Lo siento.

—¿Por mí? No lo sientas. —Ella se burla, sus labios curvados en una sonrisa tenaz mientras la enfermera comienza a quitar cuidadosamente los tubos y equipos de quimioterapia—. Nunca me he rendido sin luchar. No tengo intención de empezar ahora.

No digo nada mientras la atienden, luego le dan instrucciones para sus medicamentos y le recuerdan su próxima cita. No conozco a Kathryn lo suficientemente bien como para estar aquí ahora, pero hay una parte de mí que se siente más cercana a ella que a cualquier otra mujer en el mundo.

Después de todo, ambas amamos a Dominic Baine.

El amor de Kathryn por él puede no ser del mismo tipo apasionado y absorbente que yo siento por él, pero no tengo duda de que todavía se preocupa por él. Y solo en ese sentido, estamos conectadas.

—Me sorprendió saber de ti —dice, una vez que su enfermera ha abandonado la habitación—. No pensé que llamarías.

—No quería hacerlo —admito. Todavía me siento incómoda con toda esta idea. Venir aquí así. Ocultárselo a Nick—. No le he dicho que nos conocimos. Él no sabe que estoy aquí.

Ella asiente, entendiendo sin que yo se lo diga que los sentimientos de Nick hacia ella quizás nunca se suavicen. —Por supuesto que no sabe que viniste. Nunca lo permitiría.

—¿Permitirlo? —No importa cuán culpable me sienta por ocultarle esto a Nick, la insinuación de que necesito su permiso para hacer cualquier cosa me irrita—. Él no controla adónde voy ni a quién veo. No me posee, si es eso lo que piensa.

—No —dice ella—. No es lo que pienso. Pero lo amas. Y por eso estoy tratando de decidir por qué arriesgarías venir aquí, sabiendo

que él no lo aprobaría.

Sostengo su mirada astuta. —Tenía que venir.

—¿Porque quieres que compre algo de tu arte? ¿O porque crees que puedo ayudarte a entenderlo?

—Ambas cosas.

—Muy bien —dice, bajando el reposapiés del reclinable y luego levantándose lentamente de la silla—. Podemos comenzar con tu trabajo.

Coloco mi portafolio acolchado y lo abro mientras Kathryn desliza sus pies en unas pantuflas con el logo de Chanel, luego camina con cuidado hacia las ventanas para abrir las cortinas. He desempacado las tres pinturas y las he apoyado contra la pared, esperando en silencio mientras ella regresa a mi lado.

No puedo interpretar su expresión pensativa. Los largos momentos de silencio parecen eternos mientras mira de una pieza a la siguiente, y finalmente, a la siguiente.

—¿Cuánto tiempo llevas pintando?

—Desde que tengo memoria. Empecé a pintar con los dedos cuando era niña. Una vez que tomé un pincel, nunca miré atrás.

—Hmm.

Esa respuesta sin palabras no es ni un comentario ni una crítica, sin embargo, veo que su mirada astuta se estrecha ligeramente mientras estudia cada una de mis piezas. Inclina la cabeza como si buscara significado en las composiciones oscuras y abstractas. ¿Ve su naturaleza sensual, el erotismo que las inspiró? Tal vez lo hace, y las imágenes son ofensivas para sus gustos más convencionales.

Me aclaro la garganta, sintiendo la necesidad de llenar el silencio que se alarga. —Hasta hace poco, pintaba principalmente arquitectura y naturalezas muertas. Retratos de vez en cuando. Ahora estoy probando cosas nuevas.

—No tengo ninguna duda sobre eso, querida. —Las cejas delgadas de Kathryn se arquean casi imperceptiblemente, la primera grieta que su implacable fachada ha permitido—. ¿Dominic te ha dado alguna vez su opinión sobre tu arte?

—Sí. Lo ha hecho. —Trago saliva, apartando la mirada de ella. Por mucho que espere que le guste mi arte lo suficiente como para ofrecer comprar una de mis pinturas, no puedo quedarme aquí y fingir que soy mejor de lo que realmente soy—. Algunas de mis obras anteriores estuvieron expuestas en Dominion hace unos meses. Nick no pensó que yo encajara bien en su galería.

—¿Es así? —No hay forma de ocultar su curiosidad. Ni siquiera finge que es otra cosa que ávidamente intrigada—. ¿Qué dijo exactamente sobre tu trabajo?

—Que era autoconsciente. —Hubo un tiempo en que podría haber recitado la crítica de Nick con vergüenza, incluso con humillación. Pero el aguijón ya no está mientras recuerdo sus palabras ahora—. Dijo que mi arte era deshonesto, temeroso. Dijo que no estaba dejando que la verdad tomara forma en el lienzo, que me estaba escondiendo de ella.

Kathryn exhala un suspiro lento y pensativo. —Un juicio duro. Y tan clásicamente él.

—Tenía razón —admito—. Me hizo mejor al decirme eso. Él me ha hecho una artista más valiente, mejor.

Ella me observa por un momento, algo críptico centelleando en sus ojos cansados. Algo que se parece mucho a la tristeza, como un arrepentimiento insoportable. —Dominic tiene instintos infalibles cuando se trata de arte —murmura quedamente—. Lo único más extraordinario que su ojo era la profundidad de su propio don.

—Su... espere. ¿Está diciendo —tartamudeo, tropezando mentalmente con lo que acabo de escuchar—. ¿Está diciendo que Nick también es un artista?

—Era —responde—. Uno de los pintores con más talento que he visto jamás. Su trabajo era impresionante, crudo y sin restricciones. Desgarradoramente sensible. Era asombroso.

Me doy cuenta de que la estoy mirando boquiabierta, pero no puedo evitarlo. ¿Nick, un pintor? No me sorprende escuchar que posee este otro talento entre todas las otras cosas que parece haber

dominado tan expertamente, pero ¿por qué nunca me lo ha mencionado? ¿Soy la única que no lo sabe?

—Incluso hasta el día de hoy, he visto pocos que se le comparen —añade Kathryn—. Pero eso fue antes, por supuesto.

—¿Antes? —La palabra me golpea aún más fuerte que su primera revelación. Me golpea como un golpe en el cuerpo, quitándome el aliento del pecho—. ¿Se refiere a antes del accidente que arruinó su mano?

—Accidente. —Lentamente niega con la cabeza—. ¿Es eso lo que te dijo?

—Me dijo que se peleó con un borracho cuando tenía dieciocho años. Las cosas escalaron, y el hombre lo lanzó a través de una ventana de vidrio.

Recuerdo cómo Nick me contó sobre el incidente durante la cena en nuestra primera escapada juntos. Recuerdo cómo había relatado los detalles —tan escasos como eran— de esa manera despreocupada suya, que no invita a preguntas ni ofrece respuestas más allá de lo que está dispuesto a compartir.

—¿Qué le pasó realmente, Kathryn?

—Sí, hubo una pelea —dice—, pero no fue un accidente lo que le robó su capacidad para pintar. Dominic casi fue asesinado esa noche. Y el borracho que lo empujó a través del vidrio fue su padre.

Todo el aliento en mis pulmones parece evaporarse mientras absorbo la verdad de lo que realmente sucedió. El dolor de Nick debe haber sido tremendo. Dios mío, cuánto debe haber sufrido, no solo a través de la curación de sus heridas, sino con la comprensión de lo que había perdido.

Y por quién.

—Yo... no estaba al tanto de eso. —Niego con la cabeza tontamente, esperando no parecer tan herida como me siento por todos estos descubrimientos inesperados—. Aparentemente, no pensó que fuera importante mencionarme nada de esto.

—Mi querida —dice Kathryn suavemente—. Esa parte de él murió hace años. Desafortunadamente, yo también tengo la culpa de eso.

Ella se aleja de mis pinturas y camina de vuelta a uno de los sofás de terciopelo.

—Por favor, dígame. —La sigo y tomo asiento a su lado—. Por favor, dígame qué pasó entre ustedes. Por favor, cuénteme todo, Kathryn.

Al principio, no creo que vaya a cumplir. No tiene ninguna razón para divulgar detalles sobre su vida personal pasada con Nick, después de todo. Estoy entrometiéndome, y no hay excusa para ello. Nada excepto mi amor por él y el dolor que tengo por todo lo que ha pasado.

—Su mano ya estaba destruida cuando lo conocí —murmura, jugando con el borde de encaje en la manga de su túnica de pijama de seda. Sus dedos parecen frágiles y envejecidos contra la colección de diamantes y anillos de platino brillante que lleva. Solo su rostro hermoso y cosméticamente preservado desmiente el verdadero estado de su salud física.

—Dominic era joven —apenas veinte años, como descubriría más tarde— y solo llevaba unos meses en Nueva York. Se ganaba la vida estacionando autos en el Four Seasons cuando lo noté por primera vez. —Niega ligeramente con la cabeza, una mirada distante apareciendo en sus ojos—. Estaba asistiendo a un evento de subasta de arte y ahí estaba él, el joven atractivo de cabello oscuro que había estacionado el Jaguar de mi acompañante, parado en la parte trasera de la sala completamente absorto en uno de los programas de la casa de subastas.

Mi mente evoca la escena mientras ella la describe, mi corazón se encoge ante la idea de un Nick de veinte años, recién llegado a la ciudad y completamente inconsciente del futuro dorado y la fortuna asombrosa que le esperaba.

También se me rompe un poco el corazón al darme cuenta solo ahora de que su éxito en los negocios nació de las cenizas de su capacidad artística perdida.

—Siempre he disfrutado de la compañía de hombres más jóvenes y guapos —confiesa Kathryn, mirándome ahora, su expresión

completamente carente de remordimiento—. Ellos también me hacen sentir más joven. Me hacen olvidar que soy mortal. —Se encoge de hombros—. Entablé conversación con Dominic. Su intensidad era magnética, incluso entonces. Y me impresionó cuando me di cuenta de que había algo más en él que solo ese rostro extraordinario y esos ojos azules que podrían ahogar a una mujer si no tiene cuidado.

Asiento, porque sé exactamente a lo que se refiere. He nadado en su mirada insondable lo suficiente como para sentir la atracción de las mareas que viene con ser el foco de la mirada de Nick. Sucumbí a su poderoso encanto desde el principio, nunca capaz de resistirme a él.

Si él hubiera sido simplemente un rostro hermoso y un cuerpo que le hiciera juego, tal vez podría haberme alejado después de haber tenido ese primer sabor. Pero Kathryn tiene razón. Hay mucho más en Dominic Baine que solo su increíble apariencia y su persona seductora.

Fueron sus contradicciones las que me atraparon. La paradoja del solitario frío e intensamente privado y el hombre complicado y sensual que despojó todas mis defensas.

Son estas capas secretas que estoy pelando solo ahora las que me hacen amarlo aún más.

Kathryn presiona sus dedos contra su frente. —Me siento un poco acalorada. ¿Te importaría traerme esas pastillas de la mesa lateral y servirme un poco de agua?

—No me molesta en absoluto. —Me levanto y le traigo lo que pidió, esperando mientras toma un par de reductores de fiebre y los traga con un vaso de cristal tallado con agua. Cuando termina, devuelvo el frasco de pastillas y el vaso a la mesa, luego me reúno con ella en el sofá.

Cierra los ojos por un momento, luego continúa donde lo dejó. —Cuando vi que parecía tener más que una comprensión pasajera del arte, por capricho le pedí a Dominic que me acompañara a otro

evento la semana siguiente. Me sorprendió cuando aceptó. Y me emocioné. Las cosas entre nosotros... progresaron a partir de ahí.

Trato de no escuchar la nostalgia en su voz cuando habla sobre su tiempo con mi hombre. Excepto que él no era mío entonces. Por mucho que quiera pensar que lo es ahora, no puedo fingir que no me duele darme cuenta de lo poco que realmente sé sobre él, su pasado.

Y tal vez es lo que merezco, considerando todos los secretos que espero nunca tener que compartir con él.

Trago más allá de la culpa que parece estar siempre presente en mi garganta. —¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Unos meses, quizás cerca de un año. —Se encoge de hombros vagamente, pero por la mirada arrepentida en sus ojos, estoy segura de que podría decirme las fechas precisas si la presionara. Ella ahuyenta la expresión con un ligero movimiento de su mano—. Llevaba a Dominic a fiestas conmigo y eventos sociales. A él no parecía importarle mucho. Además de ser ridículamente atractivo, también era inteligente. Astutamente inteligente. Estoy segura de que había muchos que lo despreciaban como otro acompañante bonito pero poco inteligente, pero Dominic no era así. Prestaba mucha atención a las conversaciones que ocurrían a su alrededor. Hombres poderosos y ricos discutiendo inversiones y negocios. No ocultaba que quería algo más de la vida, y yo podía ver que era capaz de lograr cualquier cosa que se propusiera.

Recuerdo que Nick hizo su primer millón en inversiones inmobiliarias cuando tenía veintidós años. Y me ha dicho que en tres años más, su patrimonio neto había alcanzado medio billón de dólares. Pero lo que no sabía es de dónde obtuvo el capital inicial para hacer esa primera compra. Ahora, creo que lo sé.

—Un día, Dominic vino a mí con una pintura que había hecho unos años antes —la única obra suya que dijo que le quedaba. Me preguntó si estaría interesada en comprarla. Me asombró su talento. La pieza era exquisita, una de las mejores obras expresionistas modernas que jamás había visto. Por supuesto, tenía que tenerla.

Después de que la compré, invirtió ese dinero en algunas acciones inmobiliarias en las que había puesto su mirada. El resto, como sabes, es historia.

—¿Todavía tiene su pintura?

—Tristemente, no. No la tengo.

—Él le dijo que era la única que le quedaba. Si pintó otras, ¿dónde están?

Ella parpadea y desvía su mirada de mí por un momento. —Ninguna de sus obras existe ya. Había otras cuatro —piezas que trajo consigo a Nueva York, junto con la que me vendió. Había descubierto que había vendido las anteriores a otro coleccionista. Me propuse como misión privada tratar de rastrear cada una y comprarla de vuelta.

Por su tono sombrío, me doy cuenta de que esta historia no termina bien. —¿Pudo recuperar alguna de ellas?

—Oh, sí. Las encontré todas. —Sonríe tristemente—. Cada una era más impresionante que la siguiente. Estaba tan orgullosa de él. Creía tanto en él, quería que el mundo reconociera lo talentoso que era. Decidí organizar una fiesta en mi casa de verano en los Hamptons. Todos los que conocía del mundo del arte estaban allí —críticos, curadores, coleccionistas, otros artistas importantes. Todos habían venido con la promesa de conocer a este nuevo talento indescubierto que había encontrado. No le había contado a Dominic lo que estaba planeando. No tenía idea de que la fiesta pretendía ser algo más que una de mis fiestas de temporada.

—¿Sabía él que usted había encontrado sus otras pinturas?

Niega con la cabeza. —Quería que fuera una sorpresa. Pensé que estaría encantado de ver que las había comprado todas de vuelta para él. El día de la fiesta, solo momentos antes de que llegara alguien, Dominic descubrió que le estaba ocultando un secreto. Encontró las pinturas. Cuando se dio cuenta de que tenía la intención de mostrarlas públicamente, se enfureció. Las quitó todas... y luego las destruyó todas.

Jadeo, horrorizada. —Oh, Kathryn. No lo hizo.

—Nunca lo había visto tan furioso. Lo vio como una traición. No me había dado cuenta de cuán profundamente le había herido perder su capacidad para pintar hasta ese momento. Por supuesto, para entonces ya era demasiado tarde. Me acusó de usarlo —de querer destruirlo— cuando, de hecho, dañarlo era lo último que quería hacer. —Suelta un suspiro profundo y ronco—. Dios... lo amaba tan desesperadamente que habría hecho cualquier cosa para hacerlo feliz. Realmente pensé que lo estaba haciendo. En cambio, todo explotó en mi cara. Se fue, y apenas hemos hablado desde entonces.

Siento empatía por ella, y por el dolor que está reviviendo al compartir este recuerdo conmigo. Éramos extrañas cuando entré en su casa, pero ya no. Extiendo mi mano y cubro la suya con la mía. En lugar de apartarse, me mira con leve sorpresa antes de asentir silenciosamente, comprendiendo el improbable vínculo que compartiremos después de hoy.

—Lo siento mucho —le digo—. Por usted, y por él.

Lo siento por la trágica e irremplazable pérdida del arte de Nick, algo que nunca veré por mí misma.

Nadie lo hará, lo cual fue aparentemente su intención cuando lo destruyó todo.

Ella comienza a toser y suelto su mano. Está cansada por sus tratamientos médicos, y hablar conmigo no está ayudando. No quiero añadir a sus cargas, especialmente cuando he venido aquí hoy por razones admitidamente egoístas.

Me levanto y le sirvo otro vaso de agua. Ella lo toma de mí con una débil sonrisa y ojos oscuros y sombreados. Mientras bebe, camino hacia mis pinturas y comienzo a guardarlas de nuevo en mi portafolio. Dudo que tenga algún interés en ellas, aparte de la curiosidad que la impulsó a invitarme a venir en primer lugar.

—¿Me desprecias tú también ahora? —Su voz flota a través de la habitación, delgada y tranquila—. ¿Es por eso que te vas tan rápido?

—¿Qué? No. —Niego con la cabeza, frunciendo el ceño—. Por supuesto que no la desprecio. En absoluto. Solo pensé... Es obvio

que no está interesada en comprar mis pinturas, y ya me he quedado demasiado tiempo. No quiero molestarla...

—Te equivocas, Avery. Estoy muy interesada en tu arte. —Cuando hago una pausa, ella continúa—. Estas tres piezas son muy buenas. Mejor que buenas. Pero lo que realmente quiero saber es por qué quieres vendérmelas.

Su pregunta directa me toma por sorpresa, pero me doy cuenta de que la franqueza es simplemente su forma de ser. Aprecio eso de ella hoy, y siento que le debo algo del mismo respeto ahora.

—Para ser honesta, Kathryn, necesito el dinero. Estoy... estoy en problemas y necesito encontrar una salida.

Ella me mira en silencio por un momento. —¿Problemas que Dominic no puede ayudarte a resolver?

Niego con la cabeza. —No puedo pedírselo. No lo haré. Tengo que encontrar una manera de superar esto por mi cuenta.

—Ya veo. —Coloca el vaso sobre la mesa lateral junto al sofá—. ¿Cuánto dinero se necesitará para que tus problemas desaparezcan?

—Diez mil dólares.

Una fina ceja se levanta sobre su mirada fatigada, pero erudita. —Tus pinturas valdrán mucho más que eso algún día, querida. Pero me encantará tenerlas por el precio que necesitas. —Se levanta y alisa su bata de seda negra—. Confío en que un cheque personal será suficiente.

—Sí. Por supuesto. —Mi aliento sale de mí en un fuerte suspiro, la gratitud casi me abruma—. Kathryn, no sé cómo agradecerle.

—Sí lo sabes. Sé buena con él, querida. Ámalo por mí, incluso si él no te lo pone fácil. —Su sonrisa es hermosa, aunque rota—. Especialmente entonces.

19

LLAMO A PATRICK PARA que me recoja un poco más tarde, sabiendo que Nick siempre prefiere que use su chofer en lugar de tomar el metro. Hoy también me siento más segura en la limosina. Cobré el cheque de Kathryn después de salir de su apartamento, y el saber que estoy caminando por la ciudad con diez mil dólares en billetes grandes metidos en mi bolso me ha dejado nerviosísima.

Incluso más que la razón por la que necesito el dinero en primer lugar.

Una vez en el asiento trasero del elegante auto negro, le envío un mensaje rápido a Nick. *¿Te decepcionaría si nos quedamos en casa para cenar esta noche?*

Su respuesta llega casi instantáneamente. *Quedarme en casa contigo nunca es una decepción. ¿Quieres que traiga la cena conmigo?*

Me quedo mirando su mensaje—la mención de casa y la implicación de que la palabra nos pertenece a ambos. En cualquier otro día, con cualquier otra persona, esa palabra podría no significar nada. Solo una referencia casual elegida por conveniencia más que por otra cosa.

Pero Nick no hace nada sin deliberación. Es tan cuidadoso con sus palabras como lo es con sus sentimientos. Y ahora mismo, me

está diciendo que pertenezco a su lado.

Ya estoy emocionalmente afectada por mi reunión con Kathryn. Ahora, las lágrimas pican en mis ojos y hago todo lo posible por contenerlas mientras escribo mi respuesta a su mensaje. *Solo ven a casa cuando estés listo. Yo me encargaré de la cena.*

Su respuesta es inmediata. *¿Una sorpresa, entonces? Apenas puedo esperar.*

Yo tampoco, respondo, luego guardo mi teléfono en el bolso y me recuesto contra el suave asiento de cuero con los ojos cerrados para que Patrick no vea que estoy a punto de quebrarme.

Mientras el auto avanza por el tráfico de media tarde, intento convencerme de que todo será mejor una vez que le haya dado a Rodney lo que quiere y él salga de mi vida nuevamente. Solo puedo rezar para que el dinero sea suficiente para deshacerme de él para siempre.

Después de que se vaya, encontraré alguna manera de arreglar las cosas con Nick.

Me aterroriza lo que pensará de mí si conoce la verdad. Me asusta aún más dejar que mis secretos se pudran entre nosotros indefinidamente. Pero no dejaré que Rodney controle cómo Nick lo descubre. Y por supuesto que no dejaré que lastime a Nick o la vida que ha trabajado tanto para construir.

Apenas puedo contener mi alivio al no ver señal alguna de mi hermanastro cerca del edificio Park Place mientras nos acercamos. Tendré que ver a Rodney lo suficientemente pronto. Me dio solo siete días para ponerme en contacto y acordar la entrega de su dinero. Eso significa mañana.

El fajo de cien billetes de cien dólares se siente como una piedra en el fondo de mi bolso. Por más que esté ansiosa por deshacerme de él, no puedo soportar ni siquiera la idea de Rodney mientras mi cabeza y mi corazón todavía están tambaleándose por el tiempo que pasé con Kathryn.

Primero necesito a Nick. Necesito sentir su calidez y fortaleza para encontrar las mías en preparación para enfrentar mi pasado

nuevamente en lo que solo puedo rezar sea la última vez.

—Gracias de nuevo por venir a buscarme con tan poco aviso —le digo a Patrick mientras la limosina se detiene frente a la entrada principal.

Él asiente. —Cuando quiera, Srta. Ross.

Manny me abre la puerta trasera, saludándome con su amistoso hola y su sonrisa ilumina mi día como siempre. Aun así, es difícil hacer conversación trivial en este momento, y simplemente voy pasando por los movimientos mientras me dirijo a los ascensores y entro en el vacío cubículo. No me relajo hasta que finalmente estoy sola dentro del penthouse y puedo desplomarme contra la puerta cerrada, exhalando el desgarrado sollozo que ha estado luchando por salir todo el día.

Tener la tarea de cocinar ayuda a calmarme, particularmente porque lo hago con una gran copa de vino en la mano. Examino el refrigerador y la despensa en busca de ideas para la cena, sabiendo que si estuviera cocinando para mí en mi propio lugar, las opciones serían mucho más limitadas. Afortunadamente, la idea de Nick sobre los productos básicos significa que puedo hacer prácticamente cualquier cosa que sea capaz de preparar.

Me decido por lasaña, la receta familiar de mi mamá y uno de los pocos platos que puedo hacer con razonable competencia. Una vez que la bandeja de bondad, llena de queso y salsa, queda en el horno para hornear y la cocina está limpia, me doy una ducha y me cambio a algo más adecuado para la cena que mis jeans y camiseta.

Para cuando Nick llega aproximadamente una hora después, lo recibo en la puerta con un sencillo vestido negro sin mangas y tacones, con el largo collar de perlas anudado suavemente alrededor de mi cuello. Música suave de jazz fluye por el sistema de sonido. Dentro del apartamento, las luces están atenuadas y cálidas llamas anaranjadas bailan en la chimenea de gas con frente de vidrio de la sala de estar.

—Hola —digo, haciéndome a un lado para dejarlo entrar.

—Hola a ti. —Se detiene justo dentro del vestíbulo y cierra la puerta, luego extiende la mano para atraparme por la nuca y darme un beso caliente y sin prisas. Cuando nos separamos, su mirada es oscura y evaluadora—. Si esta es tu idea de cenar en casa, nunca más haré reservaciones en ninguna parte.

Sonrío, necesitando su contacto más de lo que él puede imaginar. Giro mi rostro hacia su palma mientras su caricia se desliza hacia mi mejilla. Siento las cicatrices en sus dedos y en la cálida cuna de su mano. Cicatrices que ahora tienen un significado completamente nuevo para mí.

La pena por lo que sufrió —durante y después de su violento altercado con su propio padre— me apuñala con un dolor renovado mientras él sostiene tiernamente mi rostro en su mano destrozada. Lo beso allí, mi garganta estrechándose con emoción otra vez.

—Oye —dice en voz baja—. ¿Estás bien?

—Sí. —Asiento, levantando mi mano para colocarla sobre la suya —. Estoy más que bien ahora que estás aquí. Ahora que estás en casa conmigo.

Él se inclina para rozar sus labios contra los míos nuevamente, suaves lamidas y mordisquitos que hacen que mis sentidos hormigueen con el despertar del deseo. Me libera con un gemido, luego se quita la chaqueta del traje y la dobla sobre el respaldo de una silla en la sala de estar mientras caminamos más adentro del penthouse juntos.

Mira hacia el comedor, que está dispuesto para la cena con fina porcelana y cristal, todo resplandeciendo bajo la luz parpadeante de las velas en pilares que arden en el centro de la gran mesa de madera oscura.

—Todo se ve y huele increíble. —Me mira, con diversión brillando en sus ojos—. ¿Qué hice para merecer todo esto?

Le sonrío. —¿Quién dice que ya lo has merecido?

Sus cejas oscuras se elevan mientras pasa sus dedos por la longitud de perlas que se sumerge hasta mi abdomen. —¿Tienes planes de ponerme a trabajar o algo así, Srta. Ross?

—O algo así. —Sonrío, dando un paso lejos de él—. Puedes comenzar sirviendo un poco de vino mientras preparo las ensaladas y sirvo la cena.

—Lo que tú digas, jefa.

Trato de no distraerme, sintiendo su mirada estudiándome —y, sí, desnudándome— mientras preparo todo para nuestra comida y me uno a él en la mesa. No sé si alguna vez podré mirar a este hombre y no derretirme bajo el calor de mi deseo por él, y esta noche no es una excepción.

No, esta noche todo está intensificado, incluido el amor que siento por él.

Mientras comemos y bebemos nuestro vino, me cuenta sobre los acuerdos en los que está trabajando esta semana, incluido el lanzamiento de la aplicación móvil que se avecina en Londres a principios del próximo mes.

—Lily me envió a casa con tu solicitud de pasaporte —dice, dejando su copa de vino—. Te la haré firmar por la mañana y luego podemos ir a tomarte la foto para completar la presentación.

—¿Mañana?

—¿Tienes otros planes?

—No. Nada especial. —Tomo un sorbo de mi vino e intento no pensar en Rodney o el dinero, y en el hecho de que necesito contactarlo mañana y sacar todo este lío de mi vida—. No tengo planes firmes para nada, pero solo... esperaba pasar el día en el estudio.

Nick asiente. —No hay problema. Yo conduciré, y cuando terminemos te llevaré a East Harlem.

Mi sonrisa se siente tensa. —De acuerdo.

—Nunca me contaste cómo te fue el otro día. —Termina el último bocado de lasaña en su plato, luego me mira—. La exposición de Lita. ¿Cómo le fue?

—Oh. Le fue genial. —Aunque la exposición ocurrió solo ayer, se siente como una semana después de todo lo que ha sucedido desde entonces—. Fue un evento increíble, y aparte de algunos nervios

antes del espectáculo, Lita realmente brilló. Incluso recibió una invitación del director de alguna nueva y prometedora empresa tecnológica para proponer una pieza para su edificio en Brooklyn Heights. No estoy segura de qué la emocionó más: tratar de ganar el lugar o pasar tiempo con el ex estrella de rock que posee la compañía.

Nick gruñe. —Derek Kingston es un tipo decente. Desafortunadamente, todavía carga con mucho de su ego de estrella de rock. Pero ¿quién podría culparlo? Ese tipo de estilo de vida deja marca.

—¿Lo conoces?

Nick me mira. —Con nuestro patrimonio neto y ambos siendo menores de treinta y cinco, él y yo pertenecemos a un club relativamente pequeño en esta ciudad. También resulta que poseo una buena cantidad de acciones de Dektech. Invertí antes de que saliera a bolsa y la compañía realmente explotara.

Inclino la cabeza, asombrada y, sin embargo, para nada sorprendida. —¿Hay algo que toques que *no* se convierta en oro?

Extiende la mano a través de la mesa para poner sus dedos sobre los míos, luego se encoge de hombros. —Mmm. Parece que sí. Todavía mujer de carne y hueso, cálida y sexy. Gracias a Dios.

—Hablo en serio —digo, incapaz de contener mi sonrisa.

—Yo también. Dile a tu amiga que rechace la primera oferta de Kingston, sin importar lo que sea.

—¿Y si su primera oferta no tiene nada que ver con su arte?

Nick sonríe con suficiencia. —Entonces definitivamente debería rechazar lo que sea que proponga de entrada. Lo he visto en acción, en la mesa de negociaciones y fuera de ella. Derek no respeta a nadie que ceda demasiado pronto.

Aunque está ofreciendo esta perspectiva con un sentido del humor, lo conozco lo suficiente como para entender que no reparte consejos inútiles. —Gracias. Le haré saber a Lita que lo dijiste.

—Esta lasaña es increíble, por cierto. —Se sirve una segunda porción, ofreciéndome un poco a mí también, pero yo la rechazo. En

lugar de empezar a comer, toma su vino y se recuesta en su asiento para mirarme—. ¿Qué hay de ti, Avery?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo te está funcionando el estudio?

—Bien. Matt y Lita son geniales.

Él asiente. —Parecen geniales. Pero estoy hablando de tu arte.

—Oh. —Me encojo de hombros—. Está yendo bien, supongo.

—Yo diría que sí —está de acuerdo, observándome intensamente —. Lo vi la semana pasada, cuando fui al estudio para llevarte a almorzar. Estoy seguro de que me viste mirando tus pinturas, Avery. Todavía no has preguntado qué pensé de ellas.

Trago saliva. —No.

—¿Por qué no? ¿No quieres saberlo?

—Por supuesto que quiero. —Incluso mientras lo digo, me pregunto si sueno tan poco convincente para él como lo hago para mí misma.

Hubo un tiempo, hace meses, cuando la opinión menos que brillante de Nick sobre mi trabajo me hizo cuestionar todo sobre mi habilidad y mi pasión. Eso fue antes de que supiera que él era un artista. Antes de que supiera sobre el extraordinario don que perdió.

Ahora, estoy aterrorizada de oírle decir que todavía no estoy a la altura según su punto de vista.

Ni siquiera el elogio de Kathryn o el generoso precio que pagó por mis tres piezas serán suficientes para combatir el rechazo de Nick hacia mi arte ahora.

Alcanzo mi copa de vino, sin darme cuenta de que está vacía hasta que la llevo a mis labios. Nick está ahí al instante, tomándola suavemente de mi mano. En lugar de rellenarla, deja la copa a un lado, sin darme más opción que encontrarme con su mirada inquisitiva y solemne.

—No he sido justo contigo, Avery. Especialmente cuando se trata de tu arte. —Frunce el ceño, sus sensuales labios se aplanan por un momento como si estuviera inseguro del impacto que sus palabras

tendrán en mí—. Te he hecho cuestionar a ti misma. Te he hecho dudar. Esa nunca fue mi intención.

—Nick, no tienes que...

—Tienes un don, Avery. Lo vi en ti desde el principio. —Extiende su mano hacia mí, acariciando el dorso de su mano cicatrizada a lo largo de mi brazo desnudo—. ¿Recuerdas que te dije que no era cuestión de que te faltara talento, sino que necesitaba ser liberado?

Asiento. No hay nada que haya dicho en el tiempo que hemos estado juntos que no esté todavía grabado en mi mente. —Dijiste que yo era quien estaba ahogando mi arte, conteniéndolo antes de que la verdad llegara al lienzo.

—Eso no es lo que vi en el estudio la semana pasada.

—¿No?

—No. Lo que vi en esas tres pinturas fuiste tú. Quizás por primera vez. —Su toque se desliza hacia mi muñeca, luego hacia el centro de mi palma abierta—. Cuando miré las líneas apasionadas y las imágenes crudas y sin restricciones en tus lienzos, vi cosas que te conmueven y te hacen sentir viva, cosas que te asustan, incluso te horrorizan. Vi cosas que te hacen llorar, y las cosas que te excitan.

Parpadeo rápidamente, sintiendo un repentino aumento de emoción acumulándose detrás de mis ojos. No me había dado cuenta de cuánto anhelaba su aceptación hasta este momento. No me había dado cuenta de cuánto la necesitaba.

Que vea tanto bien en mi arte es suficiente para quebrarme. Especialmente esta noche, sabiendo que las pinturas ya no me pertenecen, y por qué.

Pero es el afecto que veo en sus ojos lo que me derriba y me deja temblando bajo el peso de mis sentimientos por él.

—Nick —susurro, mi voz desgarrada. Me levanto de mi silla y voy hacia él, sentándome en su regazo. Envuelvo mis brazos alrededor de él, sosteniéndolo cerca, mi rostro acurrucado en la cálida fuerza de su hombro—. Nick, te amo tanto.

Él me envuelve en su abrazo, sus manos moviéndose lentamente en mi espalda, acariciándome. Calmándome.

—Oye —dice, su voz profunda vibrando contra mí—. Nena, ¿qué es esto? ¿Estás... Jesús, estás llorando?

Alejándome un poco de él, busca en mi rostro lleno de lágrimas y mis ojos llorosos.

—Habla conmigo, cariño. ¿Qué sucede? —La preocupación marca su hermoso rostro, frunciendo sus cejas—. ¿He hecho esto yo? ¿Te he... te he lastimado de alguna manera, Avery?

—No.

—Entonces qué...

—No quiero hablar —le digo abruptamente, mis lágrimas ya empezando a disminuir—. Esta noche no, ¿de acuerdo? Solo quiero que me abraces.

No parece feliz con mi evasiva, pero no discute. Me entiende demasiado bien, me conoce casi mejor de lo que me conozco a mí misma a veces. Y ahora mismo, puede ver que lo único que necesito es a él.

A nosotros.

Tomando mi barbilla en la punta de sus dedos, guía mi boca hacia la suya. Nos besamos, lenta y profunda y tiernamente. Cuando nuestros labios se separan un largo rato después, me estiro hacia abajo para levantar el collar de perlas.

—Esta noche, solo quiero estar contigo, Nick. —Paso el otro extremo sobre su cabeza, uniendo nuestros cuerpos con la delicada cuerda de gemas preciosas—. La única forma en que nos separamos es si te alejas de mí.

—Nena —murmura, alzando la mano para acariciar mi labio con su pulgar—. Estoy exactamente donde quiero estar.

Se pone de pie, levantándome con él. Nuestro largo grillete de perlas se desliza contra mi piel mientras me sostiene en alto en sus brazos. Luego toma mi boca en otro beso, este caliente y dominante, lleno de deseo.

—Hazme el amor —le suplico.

—Toda la noche si quieres —promete.

Entonces me lleva lejos de la mesa y más allá de las retorcidas llamas en la chimenea, sin detenerse hasta que me recuesta en su cama —nuestra cama— y procede a cumplir esa promesa.

20

NOS DUCHAMOS JUNTOS POR la mañana, tomándonos nuestro tiempo porque ninguno de los dos parece ansioso por dejar ir la noche perfecta que compartimos. Nick me hace el amor otra vez, un apareamiento lento bajo el rocío del agua tibia, nuestras manos y cuerpos resbaladizos con jabón y deslizándose juntos deliciosamente en el placer.

Me encantaría quedarme envuelta con él todo el día en el ático. En realidad, me encantaría quedarme aquí con él para siempre, aislándonos del mundo y del desagradable asunto que tengo que terminar hoy con mi hermanastro.

Dios, espero que todo termine una vez que Rodney obtenga el dinero que ha exigido.

Nick me saca de mis inquietantes pensamientos y horribles recuerdos con un beso en la parte superior de mi cabeza mientras estoy sentada frente al espejo del tocador en el amplio baño, aplicando robóticamente un poco de maquillaje mientras mi mente está a mil kilómetros de distancia.

—Puse la solicitud del pasaporte en la cómoda para que la firmes —me dice, con su mirada encontrándose con la mía en nuestro reflejo compartido en el cristal.

Está sin camisa y descalzo, vistiendo solo un par de pantalones negros de traje. A medio vestir así, parece tanto un conquistador corporativo como un maestro sensual. No puedo evitar admirar lo que veo, no más de lo que puedo evitar la corriente de excitación que recorre mis sentidos cada vez que miro a mi hombre.

—Lily ya tiene una copia de tu certificado de nacimiento en trámite —me dice, sonriendo con descarada conciencia de mi deseo por él—. Necesitaremos enviarle una copia digital de tu licencia de conducir antes de irnos a tomarte la foto.

—De acuerdo. Está en mi bolso en la habitación.

Asiente. —Puedo buscarla por...

—No. Yo lo haré. —Mi respuesta es demasiado brusca, al igual que mi repentino levantamiento de la silla del tocador. Me doy cuenta de eso en cuanto giro para enfrentarlo y veo su mirada interrogante.

Intento disimular mi error con una sonrisa y un rápido beso en su boca, pero Nick ahora me está observando demasiado atentamente. —¿Qué pasa?

—Nada. —Sonrío de nuevo, pero se siente forzado—. Iré a buscarla para ti.

Me sigue hasta la habitación. Mi bolso está sobre la cómoda junto al formulario que ha dejado para mí. Abro la cremallera de mi bolso, sintiendo sus ojos sobre mí todo el tiempo. Mis dedos tiemblan, a pesar de mi mejor esfuerzo por calmar mis nervios. Odio mentirle a Nick, y por más desesperada que esté por fingir que nada está mal, mi cuerpo parece decidido a traicionarme.

Forcejeo para sacar mi billetera. Se engancha en la correa enrollada del hombro, y antes de que pueda evitar que ocurra el desastre, mi bolso cae al suelo. Me agacho para recogerlo, pero ya no hay manera de corregir el error.

Parte del contenido se derrama sobre la alfombra, incluido el grueso fajo de billetes.

Nick me clava una mirada atónita cuando giro la cabeza para mirarlo. —¿De dónde salió todo eso?

—Yo... vendí mis pinturas.

Frunce el ceño. —¿Cuándo?

—Ayer. —Empiezo a meter el dinero de vuelta en mi bolso, pero realmente no tiene sentido hacerlo ahora. Me pongo de pie y lo enfrento, la culpa y el temor me desgarran.

—Las vendiste. —Suena confundido, casi incrédulo. Todavía está mirando el montón de billetes de cien dólares, y sé que no necesita que le diga cuánto tengo en mis temblorosas manos—. Avery. ¿De qué demonios estás hablando? ¿Vendérselas a quién?

—A Kathryn.

Su cabeza se echa hacia atrás como si lo hubiera abofeteado. Su tono es engañosamente nivelado. —¿Qué?

Trago saliva, incapaz de apartar mi atención de la tormenta de furia que comienza a acumularse en su mirada que se estrecha. —Me encontré con ella en la exhibición de Lita. No tenía idea de que estaría allí, Nick. Terminamos hablando un rato. Me dio su tarjeta y dijo que quería ver mi trabajo.

—Kathryn Tremont. —Una maldición hierve en su lengua. Sus ojos destellan con indignación mientras pasa su mano por la parte superior de su cabeza—. ¿Hablaste con ella hace dos días y esta es la primera vez que escucho sobre esto? Jesucristo, Avery. ¿Me estás diciendo que aceptaste dinero de ella?

—No acepté nada —señalo—. A Kathryn le gustaron mis pinturas y las compró.

—¡Es la misma maldita cosa! —Su repentina explosión de ira me hace sobresaltar. Nunca lo había visto tan molesto. Su poderoso pecho se agita con cada respiración. Su hermoso rostro está sonrojado y enrojecido de color furioso—. No puedo creer que hayas hecho esto. Sabes lo que siento por ella y aun así...

—No, Nick. No sabía lo que sentías por ella. —Por más aterrorizada que esté de que esta violación de su confianza pueda ser irreparable, no puedo acobardarme—. No sabía nada sobre lo que pasó entre tú y Kathryn, porque te negaste a decírmelo.

—Te dije que te mantuvieras alejada de ella. ¡Maldita sea, eso debería haber sido suficiente! —Palabras agudas y controladoras.

Hubo un tiempo en que me habría erizado ante tal arrogante presunción de autoridad, incluso habría reaccionado con mi propio veneno. Pero ahora escucho el duro estallido de Nick por lo que realmente sé que es.

Shock.

Dolor.

Incluso miedo.

Por todos los secretos y vergüenzas que aún protejo, Nick había tratado de enterrar los suyos con Kathryn. El dolor por el don que había perdido. La angustia de que esa parte especial de él fuera arrancada por las acciones descuidadas de su propio padre. Peor que descuidadas, si lo que dijo Kathryn es cierto: que el padre de Nick casi lo mató ese día.

Nick había querido cerrar todo eso fuera de su vida cuando destruyó su arte y luego le dio la espalda a Kathryn y a su deseo de ayudarlo, de sanarlo.

Pensaba que *había* cerrado todo eso.

Hasta este preciso momento, cuando me mira y su mirada se ilumina con una comprensión naciente.

—Ella no está bien, Nick. —Trago y sacudo la cabeza—. Su cáncer ha vuelto. Creo que podría estar muriendo.

Un tendón pulsa en su mandíbula. —La salud de Kathryn no es mi preocupación. Tú lo eres.

Su mano derecha se flexiona a su lado, abriendo el puño que había estado sosteniendo casi inconscientemente. Baja la mirada a las cicatrices que se entrelazan alrededor de su antebrazo y bajan hasta sus dedos. Una sonrisa irónica tuerce su boca.

—Ella te lo dijo.

—Desearía que lo hubieras hecho tú. —Mi voz es tranquila, la incertidumbre hace que cada fibra de mi cuerpo duela con el temor de perderlo, aquí y ahora—. No fui allí para hurgar en tu pasado,

Nick. No estaba tratando de lastimarte o hacer las cosas más difíciles para ti de ninguna manera.

—Entonces, ¿por qué? —Finalmente da un paso hacia mí, en lugar de seguir alejándose. Sus manos se sujetan alrededor de mis bíceps y puedo sentir la tensión en él. Todavía está vibrando de ira y luchando por mantenerla bajo control—. ¿Por qué ella, de todas las personas? ¿Por qué ahora?

—Porque no vi otra opción. —Presiono mis labios juntos, sofocando el crudo sollozo que está alojado en mi garganta—. Fui a ella porque necesitaba el dinero.

La emoción destella en su tenso rostro: indignación, confusión, insulto. —Si necesitabas dinero, todo lo que tenías que hacer era pedírmelo. Sabes eso. ¿Alguna vez te he negado algo?

—No, no lo has hecho. Me has dado tanto, Nick. Más de lo que merezco.

—Entonces, ¿por qué? —Me sacude ligeramente, como si lo hubiera empujado al borde mismo de su razón—. ¿Por qué ir a mis espaldas cuando todo lo que te pedí fue honestidad? Maldita sea, Avery. Confié en ti. Yo... —Corta el pensamiento con una maldición baja y murmurada—. Solo dime por qué.

Las lágrimas con las que he estado luchando se derraman ahora, corriendo por mis mejillas. —Hice algo terrible, Nick. Algo que no te he dicho.

Lo siento quedarse quieto mientras me sostiene en esa mirada penetrante e ineludible. —¿Algo reciente?

—No. Hace mucho tiempo. Hace nueve años.

Su agarre permanece firme en mis brazos, pero parte de su combustibilidad se desvanece mientras busca en mi rostro. —Hace nueve años. Estás hablando de tu padrastro...

No termina la afirmación. Ambos conocemos la referencia lo suficientemente bien. El día de mi violación a los dieciséis. El día en que mi madre disparó y mató a su abusivo esposo en represalia por lo que nos había hecho a ambas a lo largo de los años, pero específica y finalmente, por lo que me había hecho ese día.

—No he sido honesta contigo, Nick. —Mi voz vacila sobre las palabras—. No te lo he contado todo. No te he dicho lo que hice ese día.

Su respuesta es plana. Distante. —Dímelo ahora.

Sus profundos ojos azules adquieren una cautela, acero impenetrable reemplazando los océanos insondables que siempre me han atraído como la marea. Duele ver sus muros levantándose frente a mí, listos para sellarme fuera. No podré soportarlo si he arruinado todo con este estúpido error, con mis secretos y mentiras.

Incluso si se aparta de mí con disgusto después de escuchar cuán egoísta y cobarde he sido todo este tiempo, le debo la verdad.

Toda la verdad.

—El día que Martin Coyle me violó era un lunes, veintiuno de agosto. Tenía un examen de matemáticas en la mañana, pero accidentalmente dormí más de la cuenta. Martin estaba de baja por discapacidad de su trabajo en la escuela del pueblo vecino, así que para ganar algo de dinero extra, mi mamá acababa de empezar a trabajar en el tercer turno en la gran fábrica en Scranton. Normalmente llegaba a casa alrededor de las siete, aproximadamente una hora antes de que yo saliera para la escuela, pero ese día llamó a casa para informarnos que tenía una llanta pinchada y llegaría tarde porque estaba esperando remolque hasta el taller.

Trago saliva, superando la bilis que sube por mi garganta mientras recuerdo los eventos de esa horrible mañana.

Todavía puedo ver a mi padrastro sentado en su sillón reclinable frente al televisor, vistiendo una camiseta y pantalones de chándal, bebiendo una lata de cerveza a las siete de la mañana. Observándome con demasiado interés mientras devoraba una tostada sobre el fregadero, luego limpiaba el desorden de platos sucios del desayuno y el cenicero lleno de colillas de cigarrillos que había dejado para mi mamá en la encimera de la cocina.

—Odiaba estar sola en la casa con él. Durante un tiempo antes de ese día, me había estado haciendo sentir incómoda con sus

miradas y sus persistentes intentos de acercarse a mí. Me ofrecía licor y cigarrillos, ninguno de los cuales acepté. Se ofrecía a llevarme a comer comida rápida o ir al centro comercial. Nunca dije que sí. Trataba de tocar mi cabello o poner su brazo alrededor de mí, aunque le pedí que no lo hiciera. Me encargaba de evitarlo siempre que podía, y eso funcionó por un tiempo. Pero esa mañana todo parecía diferente. Lo sentí instintivamente. Algo había cambiado, se había vuelto peligroso. Fui demasiado estúpida para actuar antes de que fuera demasiado tarde.

—Solo tenías dieciséis años —dice Nick, con voz baja y tensa—. Nunca te culpes por esto. Eras solo una niña, por el amor de Dios.

Asiento, alguna parte de mí reconoce que tiene razón: era una niña, todavía no estaba equipada para lidiar con el problema muy adulto y muy real de mi padrastro.

Desafortunadamente, no aprendería cómo lidiar con él hasta después de que ocurriera el asalto.

—Acababa de salir de la ducha y me estaba vistiendo para la escuela cuando entró en mi habitación. Mi puerta estaba cerrada con llave, pero de alguna manera la forzó. Todo lo que llevaba puesto era mi sostén y ropa interior. Se paró allí, mirándome lascivamente. Me acusó de intentar excitarlo. Dijo que estaba cansado de que lo provocara y luego huyera. —Cierro los ojos, luchando por sacar el resto de la historia—. Dijo... dijo que quería que le chupara la verga o le iba a dar un ojo morado a mi mamá cuando llegara a casa. Sabía que lo decía en serio. La había golpeado más de unas pocas veces para entonces. Pero ella siempre inventaba excusas para él. No quería dejarlo. No quería que estuviéramos solas otra vez.

—Cariño, lo siento. —Nick frunce el ceño mientras extiende la mano para limpiar una lágrima de mi barbilla. Una rabia oscura arde en sus ojos—. No tienes que contarme más. No tienes que revivir el abuso de ese bastardo solo para hacerme entenderlo.

—Sí, tengo que hacerlo. —Inhalo un aliento fortificante. Por mucho que me conmueva su compasión, tengo que contarle todo—.

Necesitas entender, Nick. Y necesito dejar ir esto, incluso si nunca más me miras de la misma manera.

Su rostro se queda inmóvil, luego me da el más leve asentimiento. —Está bien.

—Se abalanzó sobre mí. Me dominó con tanta facilidad. Pensé que era fuerte, pero no pude liberarme de su agarre. No pude mover su pesado cuerpo cuando me derribó al suelo boca abajo. No sé cómo logró bajarse los pantalones tan rápido. Me arrancó las bragas por detrás. Y luego empujó dentro de mí. Dolió. Dios, cómo dolió. —Mi voz es ahora delgada como un hilo—. Era virgen. Me robó eso. Se metió dentro de mí y bombeó y gruñó y gimió hasta que se vino, salpicando mi espalda con su asquerosidad.

El rostro de Nick es ahora un estudio de furia animal. Sus labios están retraídos en una mueca, sus fosas nasales se dilatan mientras escucha en un silencio apenas contenido.

—No sé cuánto tiempo estuve allí tirada. Él había vuelto al televisor. Podía oírlo de fondo mientras me levantaba y me limpiaba con un pañuelo. No recuerdo haberme vestido, pero salí de mi habitación un rato después con mi ropa para la escuela. Pero no me fui a la escuela. Bajé al sótano, al armario de armas que nunca se molestaba en cerrar con llave. Luego subí y le puse una bala en el pecho.

Nick no dice una palabra. Ni siquiera parpadea.

—Le disparé —confieso, al fin, finalmente—. Le disparé y luego me senté frente a él y lo vi sangrar. No sé por qué no le disparé de nuevo. Shock, supongo. Recuerdo mirarlo mientras se desplomaba de su silla al suelo, jadeando y balbuceando, tratando de arrastrarse hacia mí. Me moví al otro lado de la habitación y simplemente... lo observé. Esperé a que muriera, pero no lo hizo.

—¿Qué pasó con tu mamá?

—Llegó a casa un rato después. Martin todavía estaba vivo, pero apenas. —Exhalo, imaginando todo el incidente como si estuviera mirando desde fuera de mí misma—. Ella no gritó. No lloró. No me

preguntó qué pasó. Lo supo. Solo con mirarme... supo lo que él había hecho.

Nick me atrae contra él, abrazándome estrechamente.

—Pasó junto a él en el suelo empapado de sangre para tomar con cuidado el arma de mis manos y dejarla a un lado. Luego me envolvió en sus brazos y me dijo que fuera a tomar una ducha. Me dijo que limpiaría el desastre y que debía ir a la casa de mis abuelos calle abajo. Me dijo que ella se encargaría de todo.

—La segunda herida de bala —dice Nick—. Los informes policiales y la evidencia judicial indicaban que no fue la primera bala la que lo mató. Fue la segunda, disparada entre una y dos horas después.

Obviamente ha estado investigando sobre el caso, ya que estos son detalles que aún no he compartido con él. Sin duda, él y su abogado, Andrew Beckham, han estado examinando todos los documentos del caso de mi madre en preparación para asegurar ese nuevo equipo legal que Nick ha mencionado.

—Según el expediente, no estabas en casa esa mañana —señala —. Tu madre les dijo a la policía que estabas en la casa de tus abuelos todo el día, que te quedaste en casa enferma sin ir a la escuela. Tu abuela corroboró la historia.

Asiento, encontrando extraño escuchar a Nick recitar la vieja mentira que mamá y la abuela me habían inculcado durante semanas después del asesinato. Me siento más ligera ahora que está al descubierto.

Pero él no es el único que conoce la verdad ahora.

—Mi madre mintió para protegerme. Le dijo a la policía que ella y Martin discutieron y que le disparó dos veces. Contó la historia como si ella hubiera sido la que lo vio sufrir durante el tiempo entre el primer disparo y el fatal. Mató por mí, Nick. Y durante los últimos nueve años, ha estado viviendo en una celda para mantenerme fuera de una.

Nick da un paso atrás ahora, frotándose la mano por la mandíbula. —Fue defensa propia, Avery. Por el amor de Dios, lo que hiciste... estaba justificado. Cualquier juez razonable habría estado

de acuerdo con eso. Cualquier abogado competente se habría asegurado de que nunca pasaras un día tras las rejas.

No puedo decir que su lógica sea débil, o que no haya pensado lo mismo durante estos nueve años. Pero a los dieciséis, era solo una chica aterrorizada y traumatizada. Y no es como si mi madre me hubiera dado opción en todo esto.

—Ella no quería correr ese riesgo, Nick. No quería que yo fuera a juicio, incluso como menor. Dijo que se culpaba a sí misma por dejar que Martin se acercara a mí, y se negó a dejarme hablar por ella. —Mi corazón duele al pensar en todo lo que mi madre soportó por mí. Y lo que continúa soportando—. Si pudiera cambiar de lugar con ella ahora, lo haría.

—No. —Su respuesta es terminante—. No lo permitiré. Ni siquiera lo pienses, Avery. —Me estudia, frunciendo el ceño—. ¿Tu madre es la razón por la que necesitabas ese dinero?

Sacudo la cabeza. —No. No de la manera que estás pensando.

—¿Entonces qué?

—Alguien sabe lo que realmente sucedió, Nick. El hijo de Martin Coyle. Mi hermanastro, Rodney. Vio mi auto fuera de la casa ese día.

Le cuento sobre las llamadas telefónicas y los mensajes de texto, sobre la amenaza de Rodney de exponer mi mentira a Nick, y, eventualmente, a la prensa y a cualquier otra persona de la que pudiera beneficiarse.

Le cuento a Nick cómo Rodney me localizó a partir de nuestra foto que se volvió viral en Internet hace unos meses, cómo de alguna manera organizó el accidente de mi madre como un medio para llamar mi atención y asegurar mi cooperación con él. Le cuento cómo el acoso de Rodney recientemente se intensificó hasta una confrontación en persona aquí en la ciudad.

—¿Ese hijo de puta está en Manhattan? —gruñe—. ¿Cuándo lo viste? ¿Dónde estaba yo, y cómo logró acercarse a ti?

—Sucedió la semana pasada, en ese restaurante italiano en East Harlem.

La expresión de Nick se endurece. —Estábamos juntos allí.

—No cuando fui al baño de damas.

Considera por un momento, luego una maldición aguda explota de su lengua. —El imbécil arrogante que pasó pavoneándose por nuestra mesa cuando nos íbamos. ¿Se acercó a ti, a solas, y no me lo dijiste?

—No podía. Por favor, entiende, Nick. Estaba tan asustada. Todavía lo estoy.

—¿De tu hermanastro? Dame cinco minutos con ese cabrón y no quedará nada de él para temer.

Aunque está vibrando de rabia, me atrevo a tocarlo de todos modos. Extendiendo la mano para acunar su dura mandíbula en mi mano, sostengo su mirada ardiente. —Tengo más miedo de perderte que de cualquier cosa que Rodney crea que puede hacerme.

—Nada de lo que me has dicho cambia lo que siento por ti. —Aun así, toma suavemente mi mano de su rostro y la baja a mi costado —. ¿Dónde está tu hermanastro ahora?

—No estoy segura. La última vez que lo vi fue ayer por la mañana, al otro lado de la calle de este edificio. ¿Recuerdas esa llamada de número equivocado que recibiste en tu celular cuando estábamos en la limusina? Estoy segura de que era él enviándome un mensaje de que va en serio con esto. —Ante la virulenta maldición de Nick, agrego—: Rodney me dijo que tengo que ponerme en contacto con él hoy para pagarle diez mil dólares por su silencio.

—Eso no será suficiente. —Nick me lanza una dura mirada—. Escoria como esa huele sangre en el agua y seguirá volviendo por más. No lo permitiré. Tu hermanastro necesita desaparecer permanentemente.

No estoy segura de querer saber lo que quiere decir. Sin ofrecerme una explicación, me da un beso en la frente y luego camina hacia su oficina en casa y cierra la puerta.

21

CENTRAL PARK ESTÁ INUSUALMENTE tranquilo, gracias probablemente a una llovizna reciente que ha mantenido a todos menos a los visitantes más decididos bajo techo esta tarde. Solo un puñado de corredores y algunos turistas rezagados han pasado por mi lado en los quince minutos que llevo esperando. No muy lejos del banco donde estoy sentada, una alegre música de carrusel se escapa del octágono de ladrillo beige y rojo que alberga el carrusel del parque, que aparentemente está cerrado por mantenimiento hoy.

Es aquí donde Rodney me indicó que nos reuniéramos cuando lo llamé para decirle que tenía el dinero.

Intento no parecer ansiosa mientras reviso la hora en mi teléfono y veo que lleva casi diez minutos de retraso. Solo quiero terminar con esto. Quiero que desaparezca de mi vida.

Siento que ese deseo se intensifica cuando lo veo acercarse por la acera, caminando hacia mí. Mientras se aproxima al banco, arroja la colilla de su cigarrillo en la hierba húmeda, con el humo exhalado saliendo de su boca y nariz como el aliento de un dragón.

Me pongo de pie, con la piel erizada ante la mirada petulante y satisfecha que me dirige al acercarse. Hoy lleva jeans holgados con una chaqueta de mezclilla sobre una camiseta de "I Love New York". Se pasa las palmas sobre el gran corazón rojo mientras me mira. —

Nunca pensé que sería del tipo citadino, pero debo decir, nena, que Nueva York me está gustando. ¿Qué te parece mi souvenir?

—A ella no le gusta —la voz profunda de Nick suena desde detrás de Rodney.

Mi hermanastro gira la cabeza, observando a Nick acercarse a donde estamos. Para evitar que Rodney se asustara o cancelara la reunión, no le dije que no estaría sola hoy. En cuanto a Nick, ni siquiera consideró la opción de que viniera aquí sin él.

Había sido inflexible en eso, aunque me había dicho poco más sobre sus sentimientos en el tiempo transcurrido desde que todos mis secretos salieron a la luz hoy y este encuentro indeseado e incómodo con el hijo de Martin Coyle.

Rodney es incapaz de ocultar su expresión de sorpresa, aunque su voz áspera está cargada de falta de respeto. —Vaya, vaya. El famoso Dominic Baine en persona. Avery no mencionó que tendría el honor de conocerte hoy.

—Ella tampoco te mencionó a ti hasta hace muy poco —la respuesta de Nick es baja, nivelada. Más letal de lo que Rodney se da cuenta—. Por lo que entiendo, ella no está feliz de verte. Yo tampoco, a decir verdad.

—Vaya forma tan poco amistosa de saludarme —responde, con sus labios formando una mueca de desprecio—. ¿No te dijo mi hermana que deberías ser muy amable conmigo?

—No me llames así —le espeto, incapaz de soportar nada de él—. Tú y tu padre no son nada para mí.

Rodney se ríe ahora, pero su mirada de depredador permanece fija en Nick. —Tiene una lengua afilada esta perra, ¿eh? Claro, quizás así es como te gustan. Tal vez a ustedes los ricachones les gusta su coño con dientes y garras, ¿no?

El cuerpo grande de Nick vibra con amenaza a mi lado, pero se mantiene completamente inmóvil. —¿Viniste aquí para que te patee el trasero, o quieres decirme qué hace falta para que desaparezcas?

—¿Patearme el trasero? —se burla Rodney—. No vas a tocarme, Baine. Si lo haces, solo te costará más. Mira, soy un hombre de

negocios como tú.

Nick ni siquiera parpadea. —¿Así llamas a esto? Acosar a Avery. Amenazarla. Meter a su madre en el hospital de la prisión.

Rodney le da una sonrisa delgada. —Nunca admitiré nada de eso.

—¿Entonces por qué estoy aquí parado con diez mil en el bolsillo?

Rodney hace una pausa. Me mira brevemente, luego su lengua sale para lamerse los labios. —Déjame verlo.

—No hasta que aclaremos algunas cosas —dice Nick—. Esto termina aquí mismo. En el segundo en que ponga el dinero en tus manos, te detienes, Rodney. Te vas y no regresas.

Levanta el mentón. Sus ojos se entrecierran sobre Nick mientras una mueca tuerce su boca. —¿Crees que soy estúpido? ¿Crees que soy un imbécil que no conoce su valor?

Trago con ansiedad mientras la voz de Rodney se eleva. Esto es exactamente lo que Nick predijo que sucedería: la arrogancia y la codicia de mi hermanastro alimentadas por la promesa de dinero fácil.

—No conozco tu valor —dice Nick, su tono cortante pero tranquilo —. Dices que eres un hombre de negocios. Está bien. Convénceme. ¿Cuánto crees que vales?

—Más que diez míseros grandes —espeta bruscamente—. Diez mil es solo un anticipo. Lo que sé sobre ella vale muchísimo más que eso. Piénsalo, Baine. Si voy a la prensa con lo que sé, se alimentarán de los titulares durante semanas. La novia de Dominic Baine, una zorra de clase baja que se salió con la suya después de un asesinato.

Cierro los ojos ante las palabras ásperas y feas, todas ellas lo suficientemente cercanas a la verdad como para que no importe lo que Nick o yo digamos para tratar de disminuir su poder. La dañina publicidad para Nick será inevitable. Insoportable.

Él hierve a mi lado, su cuerpo irradiando una violencia palpable y creciente. —Si Avery hubiera sido quien mató a tu padre violador de niños, él se lo habría merecido.

Rodney sonríe ahora. —Toqué un punto sensible, ¿no es así, Baine? El viejo siempre tuvo ojo para las presas de calidad. Y con esas tetas y ese culo, especialmente en aquel entonces, ¿quién podría culparlo por querer un pedazo de eso?

—Maldito bastardo —Nick da un paso amenazador hacia adelante.

—¡No, Nick, no!

Se detiene abruptamente, aunque no por mi grito agudo.

Es el arma en la mano de Rodney lo que deja a Nick inmóvil. La ha sacado de la parte trasera de su cintura y ahora la blande frente a la cara de Nick.

—¡Dios mío! —Mi voz se reduce a un susurro estrangulado, el terror atravesándome hasta la médula—. Rodney... por favor. No hagas esto.

No paso por alto cómo Nick gradualmente me mueve detrás de él, colocándose directamente entre mi cuerpo y el cañón del arma cargada. Quiero gritar pidiendo ayuda, pero el parque está tan vacío que no estoy segura de que alguien me oiría. Y no hay forma de que arriesgue la vida de Nick enojando a Rodney más de lo que ya está.

—Imbécil arrogante —gruñe—. Crees que eres dueño del puto mundo, ¿no? Tú tienes todo el dinero, pero yo tengo esto.

—Tranquilo, Rodney —Nick levanta lentamente sus manos, con las palmas abiertas en señal de cautelosa rendición—. Tienes razón. Este es tu show ahora. Eres tú quien tiene todas las cartas aquí.

—Así es.

—Entonces, dime qué quieres. Sabes que puedo hacer que suceda.

El miedo puro me agarra el corazón mientras los segundos pasan con una lentitud agonizante. No sé cómo Nick puede sonar tan calmado y sereno cuando yo estoy temblando de pies a cabeza, aterrorizada por lo que mi hermanastro pueda hacer.

Que yo sea la causa de toda esta horrible situación me dan ganas de vomitar.

Me dan ganas de gritar.

Pero la fortaleza de Nick me ancla. En este momento, es lo único a lo que puedo aferrarme mientras Rodney continúa apuntándole con la pistola.

—Esta no es la manera en que quieres resolver esto, Rodney. Estás aquí para hacer negocios, así que terminemos con esto. ¿Qué se necesita para satisfacerte?

—Muchísimo más que diez mil dólares.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué número tienes en mente? —pregunta Nick, con un tono tan racional que cualquiera pensaría que está sentado en una sala de juntas, no parado frente al extremo mortal de un arma—. Pero seamos claros. Estoy hablando de que no haya más contacto. No más acoso ni amenazas contra Avery. No más supuestos accidentes en la prisión. ¿Qué se necesita para que dejes en paz a Avery y a su madre, Rodney?

—Cien mil.

Nick asiente lentamente. —Cien mil dólares. ¿Si te pago tanto, te mantendrá alejado de nosotros para siempre?

—Tal vez —responde Rodney después de un momento—. Tal vez no.

Nick baja lentamente sus manos. —Estoy dispuesto a apostar que sí.

—¿Sí? —se burla—. ¿Y cómo puedes estar tan jodidamente seguro?

—Mira detrás de ti.

Rodney gira la mirada por encima de su hombro, hacia donde un grupo de no menos de seis oficiales de policía armados emergen de detrás del edificio del carrusel y de los árboles circundantes.

Me quedo boquiabierta, tan sorprendida como él.

Bueno, quizás no tanto como él.

Uno de los oficiales le ordena que suelte su arma y se tire al suelo mientras el resto de los policías avanzan en masa con sus armas apuntándole, listos para disparar. Observo con asombro y alivio cómo lo derriban y lo esposan.

Solo Nick parece menos que sorprendido de ver los refuerzos policiales.

—Tú sabías —digo mientras me envuelve en sus brazos y me sostiene cerca—. ¿Tú organizaste esto?

—Tuve un poco de ayuda —asiente hacia el sendero, donde Andrew Beckham camina hacia nosotros.

El abogado alto y apuestamente oscuro me ofrece un asentimiento mientras se acerca a nosotros. —¿Todos están bien?

—Sí, estamos bien —responde Nick—. Gracias por la asistencia con tan poca anticipación.

—¿Para qué están los amigos? —Beck se encoge de hombros, pero su expresión está llena de alivio—. Todo esto casi se fue al traste cuando Coyle sacó esa pistola.

Nick gruñe. —Para mí también fue una sorpresa. Pero ahora tiene un cargo por armas además de todo lo demás —mete la mano en el bolsillo delantero de sus pantalones y saca su teléfono. Se lo entrega a Beck—. Confío en que la grabación les dará a ti y a la policía todo lo que necesitan.

Beck asiente. —Considéralo hecho.

Ahora que el asunto de lidiar con Rodney se ha entregado a su abogado y a la policía, Nick dirige todo el poder de su atención hacia mí. Tan fuerte, confiado y formidable como es, siento el leve temblor en sus manos mientras acuna mi rostro entre sus palmas y me atrae hacia él para un beso.

Sin palabras, me aprieta contra él, abrazándome fuerte por un largo y desesperadamente íntimo momento.

—Ahora se acabó, cariño —murmura suavemente en mi cabello —. Vámonos de aquí.

22

NO HABLAMOS DURANTE EL corto trayecto de regreso al penthouse. Ninguno de los dos parece tener las palabras o el aliento para pronunciarlas.

Nick sostiene mi mano mientras conduce el BMW hacia el garaje debajo del edificio Park Place. Solo me suelta el tiempo suficiente para encontrarse conmigo en la puerta del pasajero y ayudarme a salir del auto, luego sus dedos encuentran los míos otra vez, conectándonos como si entendiera lo profundamente que anhelo nuestra conexión en este momento.

Quizás él también la necesita.

Podríamos habernos perdido el uno al otro de muchas maneras en el tiempo que hemos estado juntos, pero ninguna más permanente que al final mortal de la pistola de Rodney.

El impacto de lo que acabamos de vivir no se asienta completamente en mí hasta que entramos al apartamento. Entonces las imágenes se arremolinan frente a mí otra vez. El terror y el dolor. La angustiosa y muy real posibilidad de que mis pecados pasados podrían haber costado la vida de Nick hoy.

El peso de esa realización hace que mis piernas flaqueen. Tiemblo, mis pasos vacilan. Pero las fuertes manos de Nick no me dejan caer.

—Oye —dice, atrayendo mi cuerpo tembloroso contra el suyo—. Dios, estás helada, Avery.

—No —sacudo la cabeza débilmente—. Tengo miedo, Nick. Dios, nunca había estado tan aterrorizada en mi vida. Podrían haberte matado hoy. Por mi culpa. Podría haberte perdido.

—Estoy aquí mismo, nena —me aleja ligeramente de él, sus insondables ojos azules intensos, solemnes—. No voy a irme a ninguna parte.

—Nick —mi voz tiembla, pero no puedo evitarlo. Mi corazón está demasiado expuesto. El miedo dentro de mí sigue siendo demasiado real, demasiado consumidor. Mi culpa por lo que le hice pasar hoy es aún más paralizante.

—Ven conmigo —dice, rozando con un beso mis labios temblorosos.

Entrelazando sus dedos con los míos nuevamente, me lleva al espacioso baño principal, dejándome sentada en el borde de la bañera mientras camina y enciende la ducha. Con el agua silbando detrás de él y nubes plateadas de vapor comenzando a elevarse hacia el techo abovedado, regresa y se pone en cuclillas frente a mí.

—Nick, no tienes que cuidarme —murmuro mientras saca mis pies de las bailarinas y las coloca a un lado.

Ignora mis protestas, levantándose para quitarme la camisa, luego desabrochando mis jeans y bajando el oscuro denim de mis caderas junto con mis bragas. El sostén queda para el final, y mientras retira las copas de encaje, se detiene para acariciarme con sus manos cálidas. Manos que se mueven con la gracia de un artista sobre las cremosas curvas de mis pechos y los tensos capullos rosados que los coronan.

Su cabeza oscura se inclina, y cuando su boca se cierra sobre un pezón, luego el otro, gimo con el puro placer que me provoca. Tan agotada como estoy por el trauma de todo lo que nos ha pasado hoy, Nick es una fuerza de fortaleza y calma.

Él es mi roca, mi ancla... y mis alas.

Lo animo a levantarse, hundiendo mis dedos en la sedosidad de su cabello negro mientras lo atraigo hacia mí para un beso lento. Estoy excitada y lo necesito, pero en este momento solo necesito sentirlo en mis brazos. Lo necesito desnudo conmigo, aunque solo sea para sentirlo cálido, fuerte y vivo contra mí.

Lo desvisto con el mismo cuidado que él me mostró, permitiendo que mis manos veneren cada centímetro firme y musculoso. Su miembro está completamente erecto, su mirada ardiendo con deseo mientras me guía tiernamente a la ducha y bajo el agua caliente.

Sin embargo, en vez de tomarme con la clase de necesidad animal que irradia de él, comienza a lavarme con sumo cuidado. Hago lo mismo por él, mis manos enjabonadas deslizándose sobre su piel en adoración, en alivio, en devoción descarada.

—Gracias —susurro, una vez que el calor del agua y el consuelo de las manos de Nick han ahuyentado el frío profundo que había estado conmigo desde que dejamos el parque—. Gracias por todo lo que hiciste por mí hoy, Nick.

—No hay necesidad de agradecerme —desliza sus palmas por los lados de mis brazos, el agua escurriéndose de nosotros mientras nos abrazamos bajo la reconfortante lluvia—. Yo también quería que se fuera. Solo saber que el bastardo te había amenazado era más de lo que podía soportar. Si no me hubiera deshecho de él así, a través de canales legales, mi otra solución habría sido mucho menos misericordiosa.

Trago saliva, reconociendo el peligro en su mirada firme pero letal. Habría matado por mí. Todavía lo haría. Su expresión solemne no deja lugar a dudas.

—Cuando me dejaste fuera de tu oficina hoy, me preocupé pensando que te estaba perdiendo. No me dijiste lo que estabas pensando.

Aparta un mechón húmedo de mis ojos. —Beck y yo no teníamos mucho tiempo para poner las cosas en marcha. Una vez que tuvimos nuestro plan, no podía arriesgarme a incluirte. Necesitaba provocar a Rodney, y eso significaba que tus reacciones debían ser naturales.

Tenían que ser reales. Teníamos que hacer que mostrara sus verdaderas intenciones para darle a la policía suficiente material para usar en su contra.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Rodney me habría descubierto si hubiera mostrado algo más que terror. Nunca habría permitido que Nick lo guiara hacia la trampa de sus propias palabras comprometedoras si hubiera alguna duda de que la reunión estaba bajo su control.

—¿Qué pasa ahora? —acaricio con mi mano la plancha musculosa del pecho de Nick, sintiendo su corazón latir bajo mis dedos. Por aliviada que esté de que Rodney no pueda hacernos daño a Nick y a mí, no somos los únicos a quienes estaba dispuesto a lastimar para satisfacer su codicia—. ¿Qué hay de mi mamá? Rodney debe tener amigos dentro de la prisión. ¿Qué pasa si se vengan cuando sepan que ha sido arrestado?

—Beck y la policía ya están ocupándose de eso. Contactamos con la prisión esta tarde para explicar la situación. Le han asignado seguridad adicional a tu madre y también van a examinar más de cerca el informe de su accidente para ver qué pasaron por alto —pone su mano en mi mejilla—. Ella va a estar bien, Avery. Me encargaré de eso.

La gratitud me abruma ante su sincera promesa. Pero también me siento avergonzada. —Lamento haberte ocultado todo esto, Nick. Lamento mis mentiras. Debería haberte confiado la verdad.

—Sí —dice—. Deberías haberlo hecho. Si hubiera sabido todo lo que habías pasado, habría sido más gentil contigo desde el principio. Dios, Avery... todo habría sido diferente.

Sonrío tristemente, viendo la suavidad en sus ojos. El arrepentimiento. —Si te hubiera contado todo desde el principio, no estaríamos juntos ahora, ¿verdad?

Él no responde. Lo veo evaluando el peso de mi pregunta, y su cuidadoso silencio pone mi corazón en un torno.

Cuando ya no puedo soportarlo más, respondo por él. —No, no lo estaríamos. Porque me habrías mirado con lástima en tus ojos, como

lo estás haciendo ahora.

—¿Lástima? —la palabra sale precipitadamente de él, una dura negación—. Lo que siento cuando te miro es asombro. Es respeto. Dios, es más de lo que puedes imaginar —su contacto aún permanece en mi rostro. Siento la vibración de su voz profunda contra mi piel y a mi alrededor. Veo la ferocidad de su emoción en su ceño oscurecido y el calor penetrante de sus ojos—. Pasaste por el fuego, Avery. Lo último que siento cuando te miro es lástima. Eres más fuerte de lo que jamás imaginé. Sufriste tanto a manos de alguien en quien deberías haber podido confiar, pero sobreviviste.

—Tú también —le recuerdo suavemente. Ambos hemos pasado por el fuego. Ambos hemos tenido que encontrar la manera de sobrevivir. De no dejar que nuestros pasados nos destruyan. Alcanzo sus manos, besando primero la inmaculada, luego la otra—. ¿Por qué no me contaste sobre tu arte? ¿O que el hombre que te lo robó era tu padre?

—Nadie lo sabe.

—Kathryn sí.

Se burla, apartándose de mi suave agarre. —Y no pudo esperar para usarlo en mi contra, para intentar humillarme frente a una casa llena de ricos e inútiles esnobs.

—¿Es eso lo que piensas? —sacudo la cabeza lentamente—. Nick, ella te amaba. Estaba orgullosa de tu trabajo. Me lo dijo. Quería compartir tu don con personas que lo apreciarían tanto como ella.

—Y entonces todos podrían chasquear la lengua y sacudir la cabeza con consternación por el pobre artista mutilado mientras especulaban sobre qué clase de monstruo despreciable empujaría a su propio hijo a través de una ventana solo para hacerlo callar.

Su respuesta está tan llena de ira, tan afilada con dolor, que me toma un momento encontrar el valor para hablar. —¿Eso es lo que pasó? Con tu padre, quiero decir.

—Quién sabe —levanta las manos a su cabeza, pasando sus dedos por su cuero cabelludo con un suspiro pesado—. Quién

diablos sabe por qué mi viejo me odiaba tanto. Estaba borracho la mitad del tiempo de todos modos. Olvidémoslo, ¿de acuerdo?

Gira y cierra el agua.

—Nick...

—Déjalo, Avery—la respuesta cortante hace que mi pulso martillee con preocupación. Lo único peor es su larga y agonizada pausa, y el tenso susurro que sigue—. Solo... basta, ¿sí?

—De acuerdo, Nick. No tenemos que hablar más de él.

Me acerco, deslizando mi mano sobre los planos tensos de su espalda. Sus músculos se contraen al contacto. No sé qué he dicho que lo ha molestado más, pero lo último que quiero, especialmente ahora, es poner distancia entre nosotros.

Presiono mis labios en su omóplato, aliviada cuando no se aparta. —No tenemos que hablar en absoluto.

Lo giro para que me mire. Todavía está duro y erecto. Su pecho se agita, su apuesto rostro tenso con rabia y excitación y algo más oscuro que temo nombrar.

Su cuello se siente como una columna de acero cuando envuelvo mi mano alrededor de su nuca y lo atraigo hacia mí para besarlo. No se resiste. Gime mientras nuestras bocas se unen, su lengua atravesando mis labios y dientes entreabiertos.

Hay furia en su beso. Y necesidad.

Tanta necesidad.

Deslizo una mano por su frente, sobre las firmes crestas de su abdomen y hacia el vello rizado en la base de su miembro. Gime profundamente ante la primera caricia de mis dedos a lo largo de su longitud. Cuando los cierro alrededor de su pene y comienzo un ritmo lento pero constante, su respiración lo abandona con un suspiro entrecortado.

Rompo nuestro beso, mis ojos ardientes en los suyos mientras me hundo ante él y lo tomo en mi boca.

—Avery —pronuncia, su voz baja. Su expresión es tierna, atormentada—. Ah, Cristo.

Trabajo su pene con mi boca y lengua y manos, tragándolo profundamente, luego lamiendo la corona carnosa, sin apartar mi mirada de la suya en ningún momento.

Quiero hacerlo sentir tan seguro conmigo como yo me siento con él. Quiero hacerlo deshacerse, hacerle perder ese consumado control suyo. Quiero hacerle recordar lo que es real.

Yo.

Nosotros.

Sostiene mi cabeza mientras aumento la succión y mi tempo, mi lengua buscando el punto que lo llevará al borde. Cierra los ojos con una maldición entre dientes. Cuando sus párpados se abren un segundo después, solo hay calor en sus ojos.

Sus dedos se curvan en mi cabello húmedo, agarrándolo con fuerza. Sus caderas se mueven al ritmo de mi boca ahora, sus muslos separados y firmes. Su postura es tan carnal, tan primitiva y masculina, mientras embiste en mi exigente boca.

Gimo, perdiéndome también en el poder de su placer. Mi sexo palpita con cada embestida y retroceso. Estoy húmeda y adolorida, apenas capaz de resistir deslizar mis dedos en mis pliegues para aliviar algo de la deliciosa presión que se está acumulando entre mis piernas mientras lo chupo y acaricio y lamo.

—Joder —raspa bruscamente, su gran cuerpo convulsionando cuando lo tomo lo suficientemente profundo como para tocar el fondo de mi garganta. Sus ojos están ardientes con advertencia, con una súplica no expresada—. Nena... voy a correrme.

—Mm —murmuro mientras lo trago de nuevo, abriendo mi garganta para tomarlo casi hasta la raíz.

Su grito rebota en las baldosas y el vidrio de la ducha. Un chorro de esperma espeso y caliente inunda mi boca. Se estremece y se sacude mientras continúo trabajándolo, bebiendo todo lo que tiene.

—Ah, Dios. Avery —me levanta con poca gentileza, luego reclama mi boca en un beso febril y posesivo. Todavía estoy pegajosa con sus jugos, mis labios y barbilla cubiertos con él, pero no parece importarle.

Presionando mi espalda contra las baldosas de mármol como apoyo, levanta una de mis piernas alrededor de sus caderas y entra en mí con un gemido áspero. Mi cuerpo se arquea hacia él mientras me llena, entregándome completamente. Empieza a embestir duro y profundo, su mano cicatrizada aferrada a mi cadera, la otra extendida en la pared por encima de mi hombro mientras se mueve dentro y fuera de mi cuerpo.

Sus ojos nunca dejan los míos, ni por un momento.

Nos movemos juntos, nuestros cuerpos y miradas unidos, nuestro deseo el uno por el otro entrelazado.

Cuando mi orgasmo me atraviesa unos momentos después, Nick estudia cada matiz en mi rostro. No puedo esconderme de él, ya no.

No hay necesidad.

La realización me lava como una ola. Le pertenezco ahora, total, completamente.

Y él es mío.

Su mirada cruda me lo dice, aunque no pueda darme las palabras.

Grita mi nombre mientras se corre de nuevo, dentro de mí esta vez, su semilla chorreando con fuerza contra mi núcleo. Deja caer su cabeza sobre la curva de mi hombro. Un fuerte estremecimiento lo sacude mientras una nueva explosión de calor se derrama en mí.

—Avery —raspa, acariciándome mientras libera mi pierna de alrededor de sus caderas—. ¿Qué me has hecho?

Sonrío, pasando mis dedos por su cabello húmedo y sedoso. —Debería preguntarte lo mismo.

—Nunca imaginé lo profundo que iba a llegar contigo —se aleja ahora, su rostro sobrio. Casi apologético—. Hoy me hizo darme cuenta de todo. Cuando vi esa pistola. Cuando pensé en el hecho de que si las cosas hubieran sido diferentes hoy, podrías haber ido sola. Podrías haberte lastimado... o algo peor.

—No lo hice. Estoy bien. Gracias a ti, estoy bien.

—Ah, Dios, Avery —sacude la cabeza—. Te... necesito.

—Me tienes —sostengo su mirada atormentada—. Nick, te amo.

Las palabras parecen herirlo más que calmarlo. Un ceño frunce su frente. —Desearía que pudiéramos empezar de nuevo. Ambos hacer esto correctamente.

—Podemos. Estamos empezando de nuevo, ahora mismo —enlazo mis brazos alrededor de su cuello, presionando un beso tierno en el borde de su mandíbula—. No tengo más secretos, Nick. Los conoces todos ahora. Sin más mentiras. Sin barreras entre nosotros, ya no.

Estudia mi rostro, frunciendo el ceño mientras acaricia mi sien. —Nena...

Continúo, decidida a alcanzarlo. —Quiero hacer un nuevo acuerdo contigo. Empecemos el reloj de nuevo. Esta vez, ambos hacemos las reglas. Ambos decidimos los términos. Sin límites. Sin más esconder quiénes somos o qué necesitamos el uno del otro.

—¿Y qué es lo que necesitas?

Hay un vacío en su voz que hace que mi corazón se salte un latido. ¿He dicho demasiado? ¿He caído en la trampa que me han advertido evitar, permitiéndome acercarme demasiado?

Parte de mí siente el peligro. Pero otra parte de mí sabe que lo que Nick y yo compartimos es diferente a cualquier cosa que cualquiera de nosotros haya tenido con alguien antes. Confío en ese conocimiento.

Confío en él.

—Te necesito, Nick —miro fijamente a sus ojos atormentados—. ¿No lo sabes? Ahí es donde todos mis deseos y necesidades comienzan y terminan... contigo.

—Avery —susurra mi nombre, reclamando mi boca con una maldición silenciosa.

Me entrego a él, a la pasión que ninguno de nosotros puede negar, y a lo que espero sea la promesa de nuestro nuevo comienzo.

23

LA SEMANA SIGUIENTE, ESTOY sentada frente a Tasha en Vendange justo después del mediodía, bebiendo una copa de vino y poniéndola al día sobre todo lo que ha pasado desde la última vez que hablamos. Ella está en su descanso del restaurante, y el reservado trasero que hemos acaparado nos brinda privacidad del resto del personal y de la actividad en el área principal del comedor y el bar.

Su boca está entreabierta, sus suaves ojos marrones muy abiertos mientras le cuento las amenazas y el acoso de mi hermanastro, culminando con su arresto.

—Mierda, Ave —extiende su mano por encima de la mesa y me da un suave apretón—. Gracias a Dios que tú y Nick están bien.

Por supuesto, no podía contarle sobre Rodney sin antes explicarle mi papel en todo el asunto. Ella escuchó sin juzgar, sin condenar, mientras le confiaba en voz baja sobre mi violación y mis acciones en el tiempo que siguió.

Que hubiera podido relatar los detalles con los ojos secos y voz firme fue una sorpresa para mí. Una revelación, en realidad. Gran parte de mi carga emocional se había aliviado después de compartir la historia con Nick. Él me ha estado ayudando a llevarla desde entonces, dándome su fuerza cuando necesito apoyarme en ella, y un lugar suave donde aterrizar cada vez que caigo.

Nunca antes en mi vida me había sentido tan segura y protegida... tan en paz.

Nick me ha dado todo eso y más.

Por primera vez en casi una década, no estoy temiendo el aniversario de ese horrible día que será mañana. Quizás algún día el veintiuno de agosto vendrá y se irá sin desgarrarme por dentro.

—¿Cómo está tu mamá con todo esto? —pregunta Tasha—. ¿Has podido hablar con ella?

Asiento, consciente de que estoy agradecida con Nick por otra gentileza también. —Acabamos de regresar ayer de visitarla en la prisión. Está mucho mejor. El hueso finalmente está sanando, e incluso la tienen caminando un poco en la enfermería.

Ella sonríe. —Debes estar muy aliviada.

—Sí, lo estoy. Podría haber sido mucho peor. Todavía me siento mal cuando pienso en lo que hizo Rodney. Afortunadamente, la mujer con la que salía, que trabajaba en la lavandería de la prisión, se quebró tan pronto como supo que lo habían arrestado. Le contó todo a la policía: cómo la obligó a empujar a mi madre por las escaleras para llamar mi atención y no le importaba lo mal que pudiera resultar herida. Según la novia de Rodney, él había ido a Nueva York decidido a sacar todo lo que pudiera de Nick y de mí, incluso si tenía que matar a uno o a ambos para conseguirlo.

Tasha maldice por lo bajo. —Un punto que demostró claramente cuando sacó esa pistola. Dios mío, Avery. Tú y Nick tienen suerte de estar vivos. Tu mamá también.

—Lo sé. —Tomo un largo trago de mi vino, muy consciente de que mis secretos podrían haber acabado con las dos personas que más me importan si Rodney no hubiera sido detenido—. Nick nos salvó a ambos ese día. No tengo ninguna duda al respecto. Le debo tanto, Tasha. Le debo... todo.

Ella me da una cálida sonrisa comprensiva. —Estoy segura de que ese hombre también está contando sus bendiciones por tenerte. Te ama, ¿sabes?

—No lo ha dicho —admito, trazando con mi dedo el borde de mi copa de vino.

Ella hace un gesto desdeñoso con la mano. —No pude conseguir que Tony dijera las palabras en voz alta durante seis meses después de que comenzamos a salir. Pero yo lo sabía. Apuesto a que en el caso de Nick, tú también lo sabes.

Me encojo de hombros, queriendo creer que tiene razón. En mi corazón, sé que soy la única mujer que Nick quiere.

Desde el principio, no ha sido más que un hombre consumido únicamente por mí. Obsesionado, incluso. Tal como yo lo he estado con él.

Me necesita. Esas son palabras que me ha dado libremente, apasionadamente. Sin dejar lugar a dudas.

¿Pero amor? Ese es el único umbral que no ha cruzado.

Hay una parte de mí que ni siquiera está segura de que pueda hacerlo.

Cada vez que veo el tormento en su mirada, me pregunto si algún día lo alejará de mí. Cada vez que veo ese aire atormentado —las cicatrices que no están en su piel, sino que acechan dentro de él— me preocupa que nunca sea suficiente para sanarlo.

Que nunca me dejará acercarme tanto.

Pero eso no significa que no vaya a intentarlo. Después de todo lo que hemos pasado estos últimos meses, de lo único que estoy segura es de que quiero a Nick en mi vida. Lo necesito en mi vida, así como él me necesita a mí.

Tengo que confiar en él.

Tengo que seguir demostrando que él puede confiar en mí.

Esa es una tarea a la que pretendo dedicarme por completo ahora que tengo la oportunidad.

Mi teléfono suena sobre la mesa a mi lado. Es Nick, lo que no me sorprende, aunque ya hemos hablado un par de veces desde que se fue a la oficina esta mañana.

Desde el enfrentamiento con Rodney, Nick ha sido aún más protector de lo habitual. Por mucho que me hubiera irritado contra

ese tipo de dominancia y control en algún momento de mi vida, ahora, con él, me reconforta.

Tasha comienza a levantarse. —Adelante, contesta. De todos modos tengo que volver al trabajo. Dile al jefe que es mi nuevo héroe. Solo no dejes que Tony se entere de que lo dije.

Estoy riendo mientras agarro mi bolso y me deslizo fuera del reservado para contestar la llamada. —Hola, bebé.

—Me gusta mucho el sonido de tu sonrisa —dice—. ¿Qué te tiene tan feliz?

—Tú. —Miro por encima de mi hombro y me despido de Tasha con la mano—. Te extraño.

—Qué coincidencia. Yo también te extraño, señorita Ross. —Hace una pausa por un momento, sin duda escuchando el clamor del bullicioso restaurante en el fondo—. ¿Todavía estás en Vendange?

—Justo saliendo. Estoy segura de que Patrick debe estar aburrido esperándome los últimos veinte minutos. Realmente no tienes que hacer que me acompañe en cada pequeña excursión o diligencia que haga.

—Yo seré quien juzgue eso —responde, con tono severo—. Ya hemos hablado de esto, ¿no? Eres mía, y yo protejo lo que es mío.

Sonrío, reconfortada por su posesividad. —Sí, señor.

Gruñe. —Esa es mi chica.

Salgo y le hago un gesto con la cabeza a Patrick, que mantiene abierta la puerta trasera del auto para mí. —Gracias —digo, deslizándome dentro—. Entonces, señor Baine, ¿dónde está usted en este momento?

—Sentado en mi escritorio con media docena de propuestas para revisar esta tarde y preguntándome por qué no estoy pasando el día contigo. ¿Qué te parece cenar?

—Generalmente estoy a favor. También me gusta mucho el postre —añado, sonriendo al recordar algunos de nuestros usos más creativos para los dulces y los aderezos.

La risa baja de Nick me dice que está totalmente de acuerdo. —Te veré en el ático en una hora para recogerte.

—¿No es un poco temprano para la cena?

—Para cuando lleguemos a donde vamos, no lo será. Te veré pronto, señorita Ross.

Apenas puedo contener mi sonrisa. —Estaré lista para ti, señor Baine.

24

NICK LLEGA AL ÁTICO recién duchado y tremendamente sexy con una camisa gris perla, el cuello abierto y uno de la docena de trajes a medida que guarda en el vestidor privado de su oficina. Los pantalones y la chaqueta negros le quedan a la perfección, haciéndome anhelar poner mis manos —y mi boca— por toda la musculosa y masculina belleza de su cuerpo.

Su mirada oscura parece aprobar también mi apariencia. —Quizás deberíamos posponer los planes de la cena. Te ves lo suficientemente deliciosa como para comerte —dice, tomando mi mano y haciéndome girar frente a él—. ¿Vestido nuevo?

Asiento, mirando el vestido con cuello halter de seda color vino y las sandalias de diseñador con brillos que compré de camino a casa con parte del dinero de mis cuadros. Es un capricho que probablemente no debería haberme permitido, pero quiero verme bien para Nick. —¿Te gusta?

—Oh, sí. Aunque no tanto como me gusta lo que hay dentro — Levanta mi barbilla y roza mis labios con los suyos—. Deberíamos irnos antes de que cambie de opinión y te retenga aquí.

Si él piensa que me habría quejado de eso, está equivocado. Iré o me quedaré donde sea siempre que signifique estar cerca de él. —¿Adónde me llevas?

Su sonrisa es enigmática. —Lo verás cuando lleguemos.

Entramos al ascensor privado y bajamos hasta el vestíbulo. La limusina nos espera afuera. Con un guiño de Manny, me siento como una princesa siendo conducida a su carruaje mientras Nick camina conmigo frente al puñado de personas bien vestidas que hacen una pausa y nos miran.

No estoy segura de que alguna vez me acostumbre a la atención que viene con estar del brazo de Dominic Baine, pero ahora me siento a kilómetros de distancia de aquella impostora insegura y fuera de lugar que cruzó estas puertas hace menos de cinco meses.

No por su dinero ni por su reconocimiento como uno de los hombres más poderosos de esta ciudad, sino del mundo. No me siento diferente por el lujo y todas las cosas finas que se están convirtiendo en mi nueva normalidad.

Soy diferente por él.

Mejor por él.

Más fuerte.

Y, sí, más feliz.

Tan enamorada de él que estoy segura de que se nota en toda mi cara cuando entrelaza sus dedos con los míos y me acompaña hasta el auto que nos espera, deteniéndose para besarme una vez más antes de que ambos nos deslicemos en el asiento trasero y dejemos atrás a nuestra asombrada audiencia.

Noto que Nick no le da indicaciones a Patrick. Obviamente, ya han discutido el plan.

Le lanzo una mirada de reojo a Nick. —¿De verdad no me vas a decir adónde vamos?

—A un lugar que creo que te va a gustar.

El auto se dirige hacia el tráfico de la noche y me acomodo contra Nick durante el viaje. No me toma mucho tiempo darme cuenta de que, en lugar de adentrarnos más en la ciudad, estamos saliendo de ella. Dirigiéndonos al aeropuerto.

Le frunzo el ceño. —Nick...

Me silencia con un beso profundo que me roba el aliento. —Confía, señorita Ross.

Esa frase y la mirada ardiente y confiada que me da me transportan instantáneamente a otro momento como este, a otra ocasión cuando me sorprendió con una excursión que nos llevó a la terminal privada de vuelos chárter de este mismo aeropuerto, seguida por tres semanas de dicha tropical y sexo aventurero que encendió las sábanas.

Me recuesto e intento ejercitar una paciencia que rara vez tengo, observando cómo Patrick nos conduce hasta donde espera un gran jet. Un jet con el logotipo de Baine International en su fuselaje.

Esta no es la aeronave que tomamos antes. Ese avión fletado era una miniatura de diez asientos comparado con este elegante y formidable pájaro.

La limusina se detiene cerca de las escaleras que conducen al avión. Patrick rodea el auto hasta el lado de Nick y abre la puerta trasera.

Asiente cuando salimos y nos desea un buen viaje.

Nick me guía delante de él cuando llegamos a la azafata que nos espera al pie de los escalones. Viste un uniforme azul medianoche compuesto por un chaleco, una falda y una blusa blanca impecable. Su sonrisa es cálida y profesional mientras nos acercamos.

—Buenas tardes, señor Baine. Buenas tardes, señorita Ross.

—Hola, Pamela.

No debería sorprenderme que ella sepa mi nombre. Después de todo, Nick piensa en todo. Y claramente ha puesto al tanto a todos menos a mí sobre el motivo de este viaje.

Con su palma como una presencia cálida y tranquilizadora en la parte baja de mi espalda, me insta a subir las escaleras delante de él.

Sería imposible ocultar mi asombro, así que simplemente miro maravillada la elegancia de la inmensa y hermosamente equipada cabina con su relajante paleta de colores neutros.

—Wow —Miro a Nick—. Esto es increíble. Podría vivir aquí.

Él se ríe. —Ha habido momentos en que siento que lo hago. Como paso tanto tiempo volando entre Estados Unidos y mis otros lugares de negocios y clientes, prefiero hacerlo con comodidad. ¿Te gustaría echar un vistazo antes de despegar?

—Claro —Arqueo una ceja hacia él—. Entonces, ¿vamos a estar en el aire mucho tiempo?

—Buen intento —Su mano desciende con una firme palmada en mi trasero, su mirada pura diversión maliciosa—. Vamos, déjame mostrarte el lugar.

Antes de empezar, Pamela regresa para ofrecernos cócteles o champán. Opto por lo segundo y Nick pide agua con gas. Con nuestras bebidas frías en mano segundos después, él me guía a través del espacioso hogar con alas.

Sofás de cuero color crema con cojines decorativos grises claros y mesas de centro con un elegante diseño de cubo con tapa de vidrio conforman una sección de la cabina principal. Una gran mesa de conferencias de madera pulida rodeada por ocho sillas es el punto focal de otra área. Hacia la parte trasera del jet hay un televisor de pantalla grande montado en la pared con un conjunto de sillones reclinables de cuero frente a él.

Detrás hay un corto pasillo que termina en la puerta abierta de lo que parece ser un impresionante camarote.

—¿Guardando lo mejor para el final? —le pregunto juguetonamente mientras toma mi mano y entramos a un dormitorio que debe ser el doble del tamaño de todo mi antiguo apartamento en Brooklyn.

Tan pronto como entramos, rodea mi espalda con su brazo libre y me atrae hacia él. Sus labios toman los míos, posesivos y consumidores, haciendo que mi sangre se acelere y mi centro se contraiga con un deseo ardiente.

De alguna manera, logra quitarme la copa de champán de la mano y la deja en una cómoda cercana junto con su vaso de agua. Luego sus manos están en mi cabello, despeinando el moño suelto

en el que trabajé durante quince minutos para que quedara bien, pero no me importa.

No me importa que estemos lejos de estar solos en este momento, con la azafata en algún lugar de la cabina exterior y probablemente a escasos minutos de que nos pidan tomar asiento y prepararnos para la partida.

No me importa nada de eso.

Todo lo que importa es su toque, su beso... nosotros.

Estoy jadeando cuando se aparta de mí, mi visión nublada por el deseo. Tanto, que al principio no registro lo que veo al otro lado del camarote. Una sola obra de arte ocupa toda la pared.

Está lejos de ser extraordinaria.

Solo un simple autorretrato —amateur en mi opinión— pero cuelga ahí como un tesoro preciado.

—Nick... —Giro la cabeza hacia él, atónita. Confundida—. Ese es mi cuadro.

Es el primero que hice cuando llegué a Nueva York. La primera —la única— obra que se vendió de todo el trabajo que tenía expuesto en la galería de Nick. Lo que significa que lo ha tenido por más de un año.

Incluyendo los casi cinco meses que hemos estado juntos.

—¿Tú fuiste quien lo compró?

—Sí.

—¿Por qué? —Tengo que preguntar. En ese momento, no tenía en muy alta estima mi arte—. Dijiste que no te gustaba mi trabajo.

—Esta pieza era diferente. No era como las otras.

Frunzo el ceño, reconociendo la verdad en eso. Pinté el autorretrato justo después de llegar a la ciudad. Era un experimento, una distracción. Solo yo, un espejo y un tarro de pintura negra. Las líneas del pincel son toscas, apresuradas. La imagen es más sugerente que un reflejo preciso, mi rostro cabizbajo y la cascada de cabello suelto son el enfoque principal, como si el resto de mí se estuviera disolviendo en el lienzo.

Nick me toma de nuevo en sus brazos. Su expresión es sobria, su voz sincera. —Esta pintura es buena, Avery. Este fue el don que vi en ti. El don que veo en ti aún más ahora.

—Nunca dijiste nada. Nunca me dijiste que lo tenías.

Estoy asombrada de pensar que él ha estado viendo mi pintura —esta expresión personal de mí misma— cada vez que ha estado en este avión... en esta habitación.

Mantiene mi mirada sorprendida mientras aparta un mechón suelto de mi mejilla. —Has sido mía más tiempo del que sabes, Avery. No planeé que sucediera nada de esto entre nosotros. Ah, demonios... no planeé enamorarme de ti.

Mi respiración se entrecorta ante su suave confesión, mi corazón se hincha, se eleva dentro de mi pecho. —Nick... yo también te amo. Te amo tanto.

Rodeo su cuello con mis brazos mientras nuestros labios se encuentran, la emoción me abruma. Nunca he conocido esta alegría, esta esperanza, este amor profundo. Estoy tan absorta en el beso de Nick, en su abrazo, que apenas registro el suave sonido de pasos que se acercan por la cabina alfombrada.

La inhalación incómoda de Pamela interrumpe mi aturdimiento. —Oh, disculpen, señor Baine, señorita Ross. Lamento mucho la interrupción.

Nick aclara su garganta. —Está bien.

Miramos a la azafata, que está de pie tímidamente en la puerta abierta del camarote. —El capitán dice que tenemos autorización para la pista. Podemos comenzar la salida tan pronto como estén listos.

—Gracias, Pamela.

Cuando nos deja, miro a Nick y su sonrisa enigmática. —¿Me vas a decir adónde vamos, o voy a tener que sonsacarle la información a la tripulación?

Él sonríe con satisfacción. —Ya te lo dije. Te llevo a cenar. Conozco un pequeño lugar con una gran vista y una especialidad de pato que es espectacular.

Inclino la cabeza, con las cejas levantadas. —La última vez que volamos a uno de tus lugares favoritos terminamos en Miami.

Besa la punta de mi nariz y luego saca algo de su bolsillo trasero.

Mi pasaporte.

—Esta noche vamos un poco más lejos que Miami.

25

—SIN DUDA SABES CÓMO impresionar a una chica.

Es por la mañana en París, aunque, a decir verdad, a diez minutos antes del mediodía, apenas sigue siendo mañana. Después de llegar de Nueva York pasada la medianoche, Nick me llevó a cenar a un hermoso restaurante histórico que realmente sirvió un fantástico pato prensado. Aunque habíamos llegado mucho después de la hora de cierre, Nick había arreglado que nos esperara una mesa privada con una espectacular vista nocturna de la Catedral de Notre-Dame y el resplandeciente Sena.

Como si mi introducción a la Ciudad de la Luz no fuera lo suficientemente impresionante, Nick luego me trajo a su ático al otro lado del río, donde procedió a hacerme llegar al orgasmo no menos de tres veces antes de que ambos finalmente colapsáramos en un profundo y satisfecho sueño.

Suspiro solo de pensarlo, mi cuerpo todavía vibrando y ansioso por más.

Nick sale de la cocina para unirse a mí en las puertas francesas abiertas de la terraza. Se ve decadente y demasiado sexy vistiendo solo un pantalón holgado negro, su cabello oscuro elegante y húmedo por nuestra reciente ducha.

Pone una humeante taza de café en mis manos y besa mi sien. —¿Aprendiendo a amar las sorpresas, señorita Ross?

—Estoy aprendiendo a amar muchas cosas cuando se trata de ti —suspiro y me apoyo contra él en una esponjosa bata blanca de spa, sin motivación aún para pensar en vestirme.

Justo más allá de la terraza, el paisaje de postal del horizonte de París se extiende en todas direcciones hasta donde alcanzan mis ojos. Desde la ubicación premium de Nick en una pintoresca calle lateral de la famosa Avenue des Champs-Élysées, nuestra vista de varios millones de dólares está flanqueada por una elevada aguja de iglesia gótica a un lado y, al otro, el delicado enrejado de hierro forjado color bronce de la icónica Torre Eiffel. En las avenidas debajo de nosotros, innumerables hoteles de cinco estrellas y boutiques de diseñadores de renombre mundial se extienden de un extremo al otro del pavimento.

—¿Tienes hambre? —murmura, con su brazo alrededor de mí.

—No debería tenerla, pero lo que sea que estés preparando huele delicioso. —El aroma a mantequilla y vainilla hace que se me haga agua la boca a pesar de toda la comida y el vino que disfrutamos anoche.

Lo sigo de regreso a la cocina donde prepara un lote de crepas con bayas frescas y crema, y otras con huevos, jamón y queso. Con platos llenos de tentaciones dulces y saladas, salimos a la pequeña mesa que ha sido preparada para el brunch en la terraza.

—El mejor asiento de la casa —digo, sonriendo mientras nos acomodamos.

Nick me devuelve la sonrisa, su mirada sosteniendo la mía. —Definitivamente la mejor vista.

Como las crepas más increíbles que jamás he probado, prácticamente avergonzándome con los sonidos orgásmicos que ni siquiera puedo contener. Nick sonríe, terminando rápidamente su comida y disculpándose para buscar una jarra de café.

Acabo de meter el último bocado de bondad de fresas con crema en mi boca cuando regresa. En lugar de volver con café, se acerca

por detrás y se agacha a mi espalda. Empiezo a girarme, pero su orden en voz baja me detiene. —Cierra los ojos, cariño. Dame tus manos.

Su voz profunda enciende mis sentidos. Le obedezco sin dudarlo, mi pulso acelerado, mi piel calentándose solo con esas malvadas palabras susurradas. Estoy sintonizada con él a un nivel primario ahora, ansiosa por ir donde sea que me lleve.

Me ha arruinado para cualquier otro hombre, y ahora no hay miedo en esa realización. Solo deseo. Solo amor.

Sus dedos empujan hacia arriba las mangas sueltas de mi bata, desnudando mis antebrazos. Me acaricia, su boca presionando un suave beso en el lado de mi cuello. Algo frío y metálico envuelve mi muñeca izquierda.

—Puedes abrirlos ahora.

Mis párpados se levantan y traigo mis brazos de vuelta, dándome cuenta con un jadeo de lo que ha hecho.

Alrededor de mi muñeca hay un reluciente reloj de oro y platino, su elegante carátula incrustada con diamantes brillantes. Cartier. Debe haber costado una fortuna.

Giro para enfrentarlo mientras se mueve desde detrás de mí. —Nick, Dios mío. Es increíble. Es demasiado.

Toma mi mano, girando mi muñeca para que el oro y las gemas capturen la cálida luz. —Es perfecto —dice—. Vamos a reiniciar el reloj, Avery. Hagamos todo de nuevo. Comenzando ahora. En esta fecha.

—¿Hoy? —Lo miro, preguntándome si sabe lo que significa para mí. Pero debería saber mejor que dudar de él. Lo recuerda. Por supuesto que lo hace. Solo se lo mencioné una vez, pero él presta atención. Se da cuenta del significado de esta fecha, lo que significa para mí.

Más importante aún, entiende lo que necesito para dejarlo atrás.

Lo necesito a él.

Todo lo que necesito es a él.

—Nick. —Mi voz se quiebra mientras me levanto y lo envuelvo en mis brazos. Me besa con tanta ternura que casi me rompe.

Cuando nuestros labios finalmente se separan, sus ojos arden en los míos, abrasadores pero interrogantes.

—Quiero hacerlo bien contigo —murmura—. Nunca he deseado nada más.

Le sonrío, preocupada por la tristeza que ha vuelto a aparecer en sus ojos. —Bueno, esta es una gran manera de empezar. Anoche y esta mañana tampoco estuvieron mal.

Una sonrisa tira de la esquina de su boca. —¿Continuamos donde lo dejamos? París es para los amantes, dicen.

Me río y golpeo con mi palma contra las firmes placas de músculo en su pecho. —También es para los turistas, y es mi primera vez aquí. Así que espero que planees mostrarme todos los lugares de interés.

—Te mostraré todo lo que quieras.

Inclino mi cabeza hacia atrás para su beso. —Ojalá me hubieras dado alguna pista ayer para poder haber empacado algo de ropa extra y zapatos.

—Encontrarás una selección de cosas en tus tallas ya esperándote en el armario del vestidor. Lo he tenido surtido durante semanas.

—¿En serio? —Mi boca se abre—. Piensas en todo, ¿no es así?

—Prefiero no dejar nada al azar.

Sacudiendo la cabeza, le sonrío con asombro. —¿Cómo llegamos a ser tan afortunados? —No responde, pero sus ojos arden mientras alcanzo y entierro mis dedos en su sedoso cabello—. Esto es un cuento de hadas, Nick. Has eliminado a todos mis monstruos. Me has recogido y llevado a tu castillo. Me has salvado.

Maldice, en voz baja. Algo oscuro parpadea en su expresión mientras acaricia mi rostro con sus fuertes manos. —No soy un príncipe. Dios, nunca me veas bajo esa luz. Solo te decepcionarás. —Su toque se suaviza, incluso mientras su mirada se endurece con

intensidad—. No soy un buen hombre, Avery. Pero soy el que te ama.

Son palabras que nunca me cansaré de escuchar de él. Palabras que todavía tengo miedo de creer, por temor a despertar un día y descubrir que todo fue un sueño.

—Yo también te amo —susurro, arrastrándolo hacia mí y tomando su boca en un beso posesivo que disiparía nuestras dudas.

Gimo cuando escucho el sonido amortiguado de su teléfono dentro del apartamento.

Él tampoco parece feliz con la interrupción. El tono de llamada es uno que reconozco como perteneciente a su asistente.

—Le dije a Lily que estaría incomunicado por unos días —murmura sin soltarme.

—Si le está llamando de todos modos, debe ser importante. ¿Por qué no averigua qué quiere? —Me desenredo de sus brazos y le hago un gesto para que vaya—. Yo limpiaré.

Él entra y responde la llamada. Parte de la impaciencia por la intrusión abandona su voz cuando lo escucho mencionar el centro recreativo y problemas con uno de los contratos de construcción.

—Ese hijo de puta. Acordó esos términos hace meses, así que a menos que quiera enfrentarme personalmente por esto... —Se pasa una mano por el pelo y suelta una maldición—. No. Pensándolo bien, olvídalo. Prefiero cortar con ese bastardo e ir a otro lado. El centro es lo más importante. ¿Puedes enviarme el archivo con las otras ofertas, Lily? Gracias.

Se encuentra con mi mirada mientras cargo los últimos platos desde la terraza y comienzo a llenar el lavavajillas.

—Lo siento —me dice, silenciando la llamada—. Necesito ocuparme de esto ahora mismo. Podría tardar un rato.

—Está bien. Haz lo que tengas que hacer. Terminaré de limpiar la cocina, y luego creo que daré un pequeño paseo afuera. —Su ceño se arruga, pero antes de que pueda expresar una objeción, me acerco a él y lo silencio con un breve beso—. Estaré bien. Te encargaste de todos mis monstruos, ¿recuerdas? Además, ¿en qué

tipo de problemas crees que puedo meterme en una calle llena de alta costura y hoteles de lujo?

No parece entusiasmado con la idea, pero no discute. Con un gesto tenso, entra en la otra habitación, reanudando su conversación con Lily.

26

SALGO UNOS MINUTOS DESPUÉS, vistiendo pantalones negros a media pierna, bailarinas y una blusa a rayas con mangas cortas que me hace sentir un poco como Audrey Hepburn. La arbolada Avenida George V fuera del edificio de Nick está llena de peatones y tráfico. Compradores, turistas y residentes de todo tipo pasan a mi lado mientras deambulo por la acera, admirando la arquitectura histórica de la ciudad, desde los edificios residenciales y las famosas boutiques de diseñadores hasta los encantadores bistros y cafés.

París es un festín para los sentidos y lo absorbo todo, sintiéndome transportada, viva y profundamente enamorada.

Mi paseo me ha llevado hasta el final del largo bulevar antes de darme cuenta de lo lejos que he vagado. Doy la vuelta, ansiosa por explorar la ciudad con Nick una vez que termine con sus asuntos. Estoy casi llegando a su edificio cuando veo un destello de cabello rubio fresa y una cara familiar más adelante en la acera sombreada.

Claire Prentice.

Está bajando de una limusina Rolls Royce con un caballero mayor justo a la entrada del hotel Four Seasons. Viste con ropa cara, envuelta en un elegante vestido color champán que acentúa cada curva con un estilo discreto, pero indudablemente sexy. Es mucho más alta que su acompañante obviamente adinerado, a quien

calculo que tiene al menos el doble de su edad, con su cabello oscuro que se adelgaza y una sección media redondeada.

Mira hacia mi dirección pero no parece notar mi saludo.

—¡Claire! —intento nuevamente, apresurándome hacia ella para saludarla.

Mi grito la detiene. Gira su cabeza en mi dirección y veo la sorpresa registrarse en su hermoso rostro. Su expresión se congela, su sonrisa se mantiene fija mientras me acerco.

—Avery, hola. Qué lindo verte —a pesar de la calidez de su voz, siento una punzada de incomodidad mientras me acerco a ella y al caballero que la acompaña. Me da un beso al aire en la mejilla, todavía sonriéndome en señal de saludo—. Qué sorpresa verte aquí. ¿Qué te trae a París?

—Estoy aquí con Nick. Su apartamento está justo calle arriba.

—Oh. No sabía que tenía un lugar en París.

Mientras habla, miro a su acompañante, quien noto que parece más profesional que íntimo con ella. —¿Y tú? ¿Estás aquí por un trabajo de actuación?

El hombre sonríe con suficiencia, luego le murmura algo en francés antes de alejarse de nosotras, hacia el portero que está en la entrada del costoso hotel.

—Eh —balbucea Claire—. Estoy aquí con mi amigo.

Y entonces me doy cuenta de que debo ser una idiota. El hotel lujoso. El hombre mayor y rico. La sensación de que él y Claire posiblemente acaban de conocerse. Todo encaja y ahora me siento peor que incómoda. Desearía que el pavimento se abriera y me tragara.

—Lo siento mucho. No tenía idea...

—Claro que no —susurra. Luego se inclina cerca, añadiendo irónicamente—: De alguna manera, lo que hago *es* actuar, ¿no?

Parpadeo ante la extraña declaración. La admisión inadvertida que acaba de revelarme algo aún más inesperado.

—¿Esto es a lo que te dedicas? —Ahora tiene mucho más sentido. El apartamento multimillonario en el edificio Park Place. El armario

lleno de ropa y zapatos de diseñador, un guardarropa que me maravilló durante mi estancia como su cuidadora mientras ella estaba en Japón esos varios meses.

Pero si no es actriz...

—¿Qué hay del piloto del programa de concursos?

Ahora su sonrisa vacila. Traga saliva, desviando la mirada. —Realmente no debería hacer esperar a mi amigo. Fue muy lindo verte, Avery.

—Claire. Nunca hubo un trabajo esperándote en Japón, ¿verdad? —Mi cara se siente entumecida. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, una conciencia enfermiza me invade—. ¿Por qué mentiste sobre eso? ¿Por qué no simplemente decir que ibas de viaje o de vacaciones? ¿Por qué la necesidad de una historia tan elaborada cuando me contrataste para cuidar tu casa?

Da un paso alejándose de mí, con los labios apretados. Negándose a responder más preguntas.

—Claire, por favor. Necesito saber. —El portero y su acompañante me están mirando ahora, todos parecen incómodos con mi voz que de repente se eleva. Es imposible que se sientan tan perturbados como yo—. Claire, dime. ¿Por qué me mentiste?

Finalmente, hace una pausa. Girando para enfrentarme, su expresión es rígida, resignada.

Arrepentida.

Incluso compasiva.

—Tal vez deberías preguntarle a Nick.

27

ESCUCHO LA VOZ DE Nick en otra habitación del apartamento cuando entro. Me toma un momento darme cuenta de que me está hablando a mí. Mi mente está entumecida. Mi cuerpo se mueve como en trance.

No, no es un trance.

Es una pesadilla terrible, donde estoy envuelta en una niebla tan espesa que apenas puedo forzar a mis pulmones a respirar. Cada latido parece abrir mi pecho, exponiéndome a un escalofrío que siento hasta los huesos. Hasta el alma.

—Nena, ¿estás ahí? ¿Por qué no contestaste recién? —Nick sonríe mientras viene a la sala para saludarme. Su rostro apuesto y su mirada tierna solo rompen mi corazón aún más—. Disculpa por abandonarte así. Espero que hayas disfrutado tu paseo.

Me atrae hacia sus brazos. Estoy demasiado conmocionada para resistirme al contacto, pero él nota mi postura rígida tan pronto como me toca.

Se aparta frunciendo el ceño. —¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Sucede algo malo?

—Me encontré con alguien que conocemos. —Al escuchar mi voz sin emoción, un destello de inquietud aparece en su mirada

normalmente imperturbable. No espero a que haga la pregunta—. Claire Prentice.

—¿Aquí en París? —Gruñe, claramente sorprendido—. Eso es interesante.

—Sí —concuerdo—. Fue interesante. Estaba llegando al hotel de al lado con un... cliente, supongo que se le podría llamar así.

—¿Cliente?

Resoplo. —¿Vas a decirme que no tienes idea de a qué se dedica?

—¿Qué estás diciendo? ¿Que Claire es una prostituta?

—Definitivamente no es actriz. Acaba de admitírmelo en la calle hace un minuto.

Mantengo su mirada, sintiendo que parte de mi shock se disipa, transformándose en algo más agudo cuando veo con qué destreza Nick puede elaborar una evasiva. ¿No se da cuenta? Yo soy la maestra de las mentiras y las evasiones.

Al menos lo era antes de conocerlo. Él derribó todas mis viejas defensas. Me dejó desnuda.

Dios mío, no puedo creer que solo ahora lo estoy viendo. Me ha manipulado como nadie lo había hecho antes.

—¿Por qué, Nick?

Me mira en un silencio que se prolonga. —Dime qué está pasando, cariño.

—Eso es lo que quiero saber. ¿Qué *mierda* está pasando?

Su ceño se frunce más profundamente mientras intenta alcanzarme. Esta vez me aparto bruscamente, fuera de su alcance.

—No había ningún trabajo de actuación en Japón —le digo, buscando en sus ojos la confirmación de la verdad—. No había ninguna amiga que la dejó plantada esa noche que entró a Vendange y me dijo que necesitaba a alguien que cuidara su apartamento por cuatro meses. Su apartamento, que está en tu edificio, Nick.

No dice nada, pero veo un tendón saltar en su mandíbula. Su falta de negación es toda la evidencia que necesito. Quizás debería

sentir alguna satisfacción de que no vaya a mentirme más. Pero no siento nada excepto dolor.

Y confusión...

Pienso en mi pintura-el autorretrato que compró hace más de un año. La imagen mía que ha conservado todo este tiempo.

Recuerdo sus palabras en el camarote de su jet privado-su declaración de que he sido suya por más tiempo del que sé.

—Empezó con tu arte —admite en voz baja, conociéndome tan íntimamente ahora, que ni siquiera mis pensamientos pueden eludirlo—. Vi tu don, Avery. Me habló. Nunca había sentido esa atracción antes. Vi tu rostro en esa pintura y tocó algo profundo dentro de mí-algo que había estado muerto durante mucho tiempo. Sentí una conexión para la que no estaba preparado. Dios, no estaba equipado para sentir ese tipo de atracción por otra persona. Nunca había tenido eso antes. Nunca he deseado a otra mujer como te he deseado a ti.

—No.

Sacudo la cabeza, rechazando su explicación. No la quiero. No cuando me siento tan tonta. Tan ingenua que me había convencido de que todo esto era una especie de cuento de hadas. Que el destino nos había unido porque ambos estábamos rotos y solos.

Una risa ahogada escapa de mi garganta. —Dios, qué idiota soy. Realmente me hiciste creer que todo esto era real. Que nosotros éramos reales.

—Nosotros *somos* reales. —Su voz es como un latigazo, nítida y afilada—. Lo que tenemos juntos, Avery... es real.

—¡Tú lo organizaste todo! —Mi pecho se agita con mi respiración jadeante. Mi corazón late con fuerza, la furia y la angustia palpitan en mis sienes—. ¿Cómo sabías que aceptaría la oferta de Claire? ¿Cómo podías estar tan seguro de que yo- —Las palabras se secan en mi garganta. Porque lo sé. La respuesta me golpea con el impacto de un golpe físico—. La empresa de desarrollo inmobiliario. La que compró mi edificio de apartamentos en Greenpoint. Es una de las tuyas, ¿verdad?

Da un paso hacia mí, su rostro flojo por el arrepentimiento. —Nunca dije que fuera un buen hombre, Avery. Soy controlador y arrogante. Estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero. Soy posesivo como el demonio, pero nunca más que cuando se trata de ti.

—¡Me usaste! Desmontaste mi vida pieza por pieza hasta tenerme en tus manos. En tu cama. ¡Me manipulaste como un maldito peón en tu tablero de ajedrez! —Un sollozo me desgarra—. Maldita sea, Nick, confié en ti. ¡Dejaste que me enamorara de ti!

—Esa nunca fue mi intención —responde solemnemente—. Cuando todo esto comenzó, solo sabía que te quería. Quería ver florecer tu arte. Y, sí, te quería en mi cama. El amor nunca fue parte de la ecuación.

—Por fin, honestidad. —Me limpio con rabia las lágrimas que corren por mis mejillas—. He escuchado suficiente, Nick. No puedo seguir con esto.

Paso junto a él, caminando rápidamente hacia el dormitorio. Agarro mi bolso, mi pasaporte-las únicas cosas que realmente me pertenecen. Nick está bloqueando la puerta cuando me doy la vuelta.

—Nunca tuve la intención de que las cosas terminaran así, Avery. Cuando dije que quería reiniciar el reloj, lo decía en serio. Planeaba contártelo todo mientras estuviéramos aquí en París.

—¿Y luego qué, Nick? ¿Seguir como si nada de esto hubiera pasado?

—Sí. —Su tono es más firme ahora. La mirada en sus ojos es oscura de exigencia, incluso mientras me implora que escuche—. Eso es exactamente lo que esperaba que pudiéramos hacer. Ninguno de los dos entró en esto sin secretos, sin mentiras. Ninguno de los dos esperaba que esto durara, pero ha durado. Te necesito, Avery. Te amo.

—¡No! —Mi respuesta explota fuera de mí. Escuchar esas palabras de él ahora, cuando estoy parada entre los escombros de

su engaño-su traición-es demasiado para soportar—. No me digas eso, Nick. No quiero escucharlo. Nunca más.

Paso junto a él, desesperada por alejarme antes de que pueda convertirme en una tonta aún mayor.

Me agarra del brazo, deteniéndome.

—Avery, maldita sea. ¡No hagas esto!

Suelto una risa rota. —Yo no soy quien hizo esto, Nick. Fuiste tú.

Maldice cuando me suelto de su agarre. Dice mi nombre una vez más, suplicante y descarnado, pero sigo corriendo.

Mientras cierro de golpe la puerta de su apartamento, escucho su rugido.

Pero no viene tras de mí.

Gracias a Dios, esta vez no me detiene.

Paro un taxi en la calle y subo.

Luego, con Nick y la belleza de París quedando atrás, pongo mi cara entre mis manos y lloro.

UNA NOTA DE LARA

Gracias por leer mi libro. ¡Espero que lo hayas disfrutado!

La Serie 100 continúa con más de la historia de Nick y Avery, además de otros libros protagonizados por personajes que irás conociendo en el camino. ¡Feliz lectura!

Continúa con el siguiente libro: Por Cien Razones

TU OPINIÓN ES IMPORTANTE

Si te gustó este libro, o cualquiera de mis otros títulos, te agradecería muchísimo que dejaras una reseña, aunque sea solo una o dos líneas. Sé que tu tiempo es valioso y de verdad valoro tus comentarios y tu apoyo.

Si disfrutaste esta historia, quizá también te gusten mis otros libros. Puedes suscribirte a mi lista de correo visitando mi sitio web. Y si quieres escribirme, estaré encantada de leerte. ¡Siempre me alegra saber de mis lectoras!

LIBROS DE LA SERIE 100

Por Cien Días
Por Cien Noches
Por Cien Razones
Corro Hacia Ti
Juega Mi Juego
Por Cien Eternidades (próximamente)

SOBRE LA AUTORA

Con casi 4 millones de libros en circulación en todo el mundo y traducciones en más de 20 países, Lara Adrian es autora superventas del New York Times y número uno en ventas internacionales. Sus populares novelas románticas han emocionado a miles de lectoras desde la publicación de su primer título, Kiss of Midnight, lanzado por Random House en 2007, que se convirtió en un éxito inmediato.

Con su longeva serie de romance paranormal Midnight Breed, ha consolidado su lugar como "una de las autoras más destacadas del romance paranormal" (Fresh Fiction). Y con su sensual serie contemporánea de romance con multimillonarios, 100 Series, las críticas la han coronado como "una nueva reina del romance picante" (The Sub Club Books).

Visita LaraAdrian.com para más información sobre los libros de Lara.

DERECHOS DE AUTOR

Copyright ©2016 por Lara Adrian, LLC

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, duplicada ni transmitida por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas literarias.

Este libro es una obra de ficción. Salvo que se indique lo contrario, todos los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes que aparecen en esta obra son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas, o con lugares, hechos o situaciones reales, es mera coincidencia.